
AGATHA LUX
Siempre fuiste mío
Serie: Los Hart

Capítulo I

En el muelle de Harwich, muy temprano Aidan Hart cogió el coche que lo llevaría de vuelta a casa, aunque si lo pensaba bien ya no era su casa realmente. Desde que Liam había asumido su papel de conde y Rowena se había hecho cargo de esa casa, él se consideraba un invitado más. No porque los propietarios lo desearan así, puesto que su hermano estaría gustoso de que volviera a residir en la mansión, sino porque sus aventuras en América lo habían cambiado bastante y ahora necesitaba su independencia. Sus negocios con Freeman y otros socios habían resultado increíblemente rentables, las máquinas que estaban vendiendo para la cosecha en América y también en Inglaterra lo habían decidido a regresar. Esa noche estaría en Bedford y aprovecharía de reencontrarse con viejas amistades, Robinson le había escrito para pedirle que no faltara a su cumpleaños, ahora que era tío nuevamente. Ya habían pasado casi ocho meses desde su última visita.

El camino estaba en bastante buen estado, pero había algunos desvíos que al parecer habían sido dispuestos debido a los estragos provocados por la última lluvia que retrasaron su viaje y éste se hizo más largo de lo que esperaba. Había hecho un descanso en la posada del camino y luego almorzó un delicioso cordero con patatas en la hostería de Fallen Oak. Cuando vio asomarse las colinas cercanas a las tierras de los Hart el pecho se le infló de calma. Estar en casa iba a ser reconfortante, aunque había recuerdos tristes, pero ya había pasado demasiado tiempo desde su desilusión y todos los acontecimientos de la familia los habían dejado relegados al olvido, o eso creía.

Cuando el coche se detuvo en la entrada de la mansión, uno de los lacayos salió a recibirlo y le dio la bienvenida.

—Señor Aidan, pensamos que no llegaba hoy.
—El camino estaba bastante interrumpido, Brown.
—Fue la lluvia, señor. ¿Trae solo ese equipaje?
—El baúl y ese bolso, nada más— dijo viendo como el chico llamaba a otro de los muchachos para que lo ayudara con los bultos.
—¿No hay gente en casa?
—El conde no ha regresado, la condesa está con los niños en su cuarto.
—Veo que no estaban ansiosos por verme.
—Pero yo si— dijo Abby gritando para lanzarse a sus brazos después.
—Me alegro de que a alguien le alegre mi llegada.
—¿Me trajiste las partituras que te pedí? — dijo la niña mirando los bultos que llevaban los criados.
—Ya me parecía raro tanta efusividad.
—Te esperábamos para el almuerzo, te tardaste demasiado— dijo ella cogiéndolo del brazo.
—Lo siento, el camino estaba obstruido en varias partes.
—Fue la lluvia, parecía un diluvio— dijo ella entrando en la casa con su hermano de la mano— ve a cambiarte para cenar ¿o prefieres descansar? — dijo la niña llamando a uno de los mozos para que se llevara el sombrero y los guantes de su hermano.
—Creo que voy a cambiarme, pero me gustaría darme un baño.
—¡Aidan! — gritó la pelirroja que aparecía al inicio de la escalera y que bajaba casi corriendo.
—No grite, mi lady— dijo la chiquilla rubia— es indecoroso.

—A veces se puede gritar, Abby querida— declaró la dueña de casa.
—A mí nunca me dejan hacerlo— dijo la chica fingiendo enojo.
—Su excelencia tiene permiso— señaló Aidan abrazando a su cuñada.
—Estarás cansado, te van a preparar tu baño en seguida— aseguró haciendo un gesto al ama de llaves que esperaba en su sitio atenta a su ama— señora Richie, por favor preocúpese de eso.
—En seguida, mi lady— dijo la dama llamando a una de las doncellas— bienvenido, señor. Es un gusto que haya regresado.
—Gracias, señora Richie. Me quedaré una temporada y espero que la nueva cocinera haya aprendido a hacer el pescado frito que me gusta.
—Lo hace espléndidamente— dijo la señora saliendo de la habitación tras de la doncella.
—¿Dónde está mi hermano? ¿y los niños?
—Mis niños están en su cuarto, esperando los regalos de su tío— bromeó la muchacha— Liam fue a reunirse con el abogado y luego se encontraría con Hamilton. Parece que Harper se ha vuelto una caprichosa y Conrad prefiere estar fuera de casa lo más posible— rio la chica.
—Debe ser el embarazo, aunque siempre ha sido caprichosa.
—Creo que el embarazo le ha hecho bien, pero tal vez se ha vuelto intensa porque no le llegan todos los chismes encerrada allí; no puede salir tanto— dijo Rowena riendo nuevamente.
—¿Te quedarás a la boda?
—Pretendo hacerlo, pero faltan tres meses. Si puedo no me lo pierdo, quiero ver a mi primo dando el sí. Si no lo veo, no lo creo— bromeó pensando que la señorita Norton lo había atrapado finalmente.
—Tú deberías hacer lo mismo. Esta temporada hay bastantes chicas bonitas y en las próximas semanas tendremos la fiesta de las flores, la señora Quinn se ha asegurado de invitarlas a todas.
—No creo que alguna de esas niñas me interese. Ya no soy un muchachito.
—Tienes apenas veintiséis, tampoco eres un anciano. Peyton se casó con un hombre diez años mayor.
—Once si mal no recuerdo— manifestó Aidan pensando que su hermana era una caja de sorpresas.
—Diez, once, da lo mismo.
—Pero no voy a casarme con una chica adolescente.
—¿Qué tienen de malo las adolescentes? — preguntó Abby que cumpliría diecinueve en abril.
—Son muy sosas— dijo para molestarla.
—No es eso lo que piensan mis pretendientes— declaró la chica haciéndose la ofendida y subiendo las escaleras.
—¿Tiene muchos pretendientes? — susurró, con tono preocupado, Aidan a su cuñada.
—Ninguno que le interese al parecer— respondió la pelirroja dirigiéndole a su cuñado una mirada cómplice.

La pareja se separó, Rowena se fue a la cocina a buscar a una de las doncellas para que le preparara los biberones a los bebés y el chico rubio subió las escaleras tras de su hermana pequeña para irse a su cuarto de siempre, en donde se quedaba cada vez que visitaba la casa.
La habitación estaba tal como la recordaba, la amplia cama con el cobertor verde, su sillón azul en el que se tendía para ver la luna que aparecía por el rincón de su ventanal, su escritorio en donde escribía cartas y anotaba ideas en su diario. Necesitaba una navaja para quitarse ese resto de barba que le apareció en la cara durante el largo viaje, pero sus utensilios estaban en alguno de los bolsos. Buscó en el cajón de su mesa de noche y luego recordó que debía tener alguna en el

ropero grande del costado de su cama.

Fue hacia allá y abrió la puerta, lo primero que vio en el espejo interior del mueble fue la invitación a la fiesta de los Richmond que siempre guardó como recuerdo. No sabía por qué jamás se deshizo de ella. La sacó de la esquina en la que estaba instalada y la guardó dentro de uno de los cajones del mueble. Al abrir el cajón se encontró con el guante de color celeste que guardó allí bastante tiempo atrás.

Justo en ese momento entró uno de los mozos para avisarle que su baño estaba listo, le pidió al chico que le consiguiera una navaja y algo de jabón para acicalarse debidamente para la cena de esa noche. Se quitó la chaqueta y la lanzó sobre la cama, luego se deshizo de las botas llenas de barro y finalmente quitándose los suspensores de su pantalón se dirigió al cuarto contiguo para darse el baño que necesitaba.

En el salón, Rowena conversaba con su esposo que llegaba desde la calle. Ella se dedicaba a ordenar las servilletas de la mesa de comedor que a su manera de ver nunca quedaban perfectas.

—Señora Hart, debería dejar esa manía de ordenarlo todo.
—Gracias a mi manía encuentras todo lo que necesitas, si no fuera por mi…
—Mi vida sería un desastre— dijo él tomándola por la cintura y besándola apasionadamente.
—Deja eso, los criados te pueden ver.
—Seguramente nunca me han visto tomando lo mío— ironizó él sin soltarla.
—No soy tuya— dijo ella enfadada.
—No es eso lo que dijiste anoche, cuando…
—Basta con eso— señaló la pelirroja sonriendo por lo bajo— Tu hermano llegó hace un rato, se está cambiando y bajará a cenar.
—Me alegro, creo que va a ser bueno que esté con nosotros un tiempo, tal vez se decida a escoger alguna chica adecuada y forme familia.
—Ya lo intenté, no parece tener ninguna intención.
—Yo tampoco la tenía y terminé atrapado por ti.
—Ja, ja. Creo que la que terminó atrapada aquí fui yo— señaló ella.
—Como sea, mi lady. Todavía me siento atrapado.
—No parece que quieras escapar, no lo parecía anoche cuando…
—Eres una pícara, abusas de mí— dijo besando su mejilla— voy al cuarto, me cambió y cenamos en seguida.
—Prepararon budín de carne con esa salsa que te gusta.
—Sabes todo lo que me gusta, cariño— dijo él corriendo escaleras arriba y encontrándose con su hermano a mitad del camino.

Los Hart se enredaron en un abrazo fraterno, hacía meses que no se veían y ambos extrañaban las cabalgatas por el campo y las jornadas de caza con sus parientes y amigos. Liam había organizado varias actividades para darle la bienvenida. En algunos días, la familia se reuniría para ponerse al tanto de sus novedades. El señor Duncan y su esposa llegarían al día siguiente, Hamilton y Harper se habían quedado en el campo esa temporada y Peyton junto al barón y los niños llegarían en unos días desde Paris. Emily había anunciado su llegada para el fin de semana. Después de mucho tiempo los Hart se reunirían en pleno.

Capítulo II

La velada en la mansión Hart estaba muy animada, el señor Duncan conversaba animadamente con el vizconde de Ashfield que increíblemente se había vuelto bastante hablador luego de todo ese tiempo casado con Emily, situación que había logrado sacar un poco de calor a ese espíritu frio. El guapo vizconde se había hecho bastante cercano con Liam y se reunían bastante en el club o en el Harland. Harper parecía una bola, estaba a punto de dar a luz y sin embargo no quiso perderse la ocasión de ver a sus primos y por supuesto a su hermano que asistió junto a su prometida la señorita Norton que llego acompañada de sus padres.

—Jamás pensé ver a Hunter comprometido, aun no puedo creerlo— dijo conversando con Emily en el centro del salón, mientras respiraba profundo.
—¿Serán gemelos? — preguntó la chica señalando la barriga de su prima al ver que la otra hacía un gesto de incomodidad.
—No lo creo, por lo menos las patadas vienen de un solo lado.
—Me alegro, aunque te mereces saber lo que es tener dos críos de una vez.
—Eso dice mi madre, pero creo que no se le cumplirá el sueño— respondió la chica sonriendo— ¿Cómo bajaste de peso, Em?
—Dejé de comer y también hice ejercicio, claro que no los primeros meses, ya entiendes— dijo ruborizándose.
—¡Eres terrible!
—Te estoy dando un buen consejo, no creo que hacer ejercicio con tu esposo sea tan desagradable.
—Para nada, lo extraño— dijo con gesto serio— ¿Peyton aun no piensa en tener bebés?
—Creo que con los dos niños es suficiente por ahora, Anais es pequeña todavía.
—¿Qué planes tiene Aidan?
—Por ahora no los ha revelado. Espero que en la fiesta de lady Quinn quede asombrado con alguna de las muchachas.
—Christine tiene sus favoritas, la hija de los Mulligan y la sobrina de lord Brewster son bastante adecuadas.
—No lo sé, parece que ese corazón roto no se ha recuperado aún — dijo Emily viendo a su hermano que conversaba a lo lejos con Hunter y Hamilton— No pensé que lo que sentía por esa chica fuera tan intenso. Nunca reveló nada.
—¿Qué dijo cuando se enteró? ¿nunca pregunta por ella?
—No lo sé, me imagino que se habrá enterado por sus amigos y no desea hablar de eso.
—Es lo mejor— dijo la chica sobando su enorme barriga.

Los hombres conversaban de los temas típicos de esas reuniones: caballos, cacería, boxeo, apuestas, negocios. Hamilton pensaba aumentar los caballares y darle fuerza a la producción del campo de su familia, el marqués jamás intervenía en aquello, prefería estar encerrado en su castillo en el norte o quedarse una temporada en la ciudad, su hijo debía hacerse cargo de los bienes familiares y para eso tenía muchas ideas.

—Creo que unas máquinas de las tuyas serán necesarias, Hart. Deberías visitarnos y proponerme tus ideas.
—Por supuesto, Freeman llegará la próxima semana, tenemos que supervisar algunas labores en

el norte, pero antes pasará por aquí.
—Entonces los espero en cuanto tengan ocasión— invitó el moreno.
—Por supuesto, tus campos necesitan en verdad mucha ayuda.
—Es cierto, el administrador anterior no funcionó, nuestro nuevo administrador es más joven y tiene buenas ideas, creo que se adaptará muy bien a la modernidad.
—Eres visionario, Hamilton.
—Por supuesto, si no lo fuera la fortuna familiar estaría estancada, Lord Withman no es precisamente un hombre de negocios.
—¿Qué sucede? — preguntó Aidan al ver que su amigo se ponía pálido.
—Creo que llegó el momento— dijo dejando su copa sobre la chimenea y corriendo hacia donde estaba sentada Harper trataba de ponerse de pie con cierta incomodidad.
—Todo el mundo mantenga la calma— ordenó la señora Duncan, pidiendo a Rowena que llevara a la gente al otro salón— la señora comenzó el trabajo de parto— agregó haciendo que Abby se asustara.
—¿Ahora? — exclamo la muchacha impactada.
—Estas cosas pasan cuando pasan— declaró Emily tomando a su hermana pequeña del brazo y llamando a Peyton que llegaba desde el piso superior.
—Cariño, llamen al doctor— pidió Rowena hablando a Liam— Cariño, ¡Ahora! — agregó al ver que el hombre no se movía.

Harlow mostró la importancia de su mente fría y salió rápidamente hacia el corredor para llamar al mayordomo. Le pidió que alguien fuera por el doctor Fraser, mientras Emily urgía que alguien fuera por la señora Black que estaba más cerca y podía atenderla mientras el doctor llegaba.

La mansión se volvió un alboroto, los hombres se refugiaron en el cuarto de fumar. Emily, junto a Rowena comenzaron a dar órdenes a la servidumbre y Peyton se llevó al resto de los invitados al salón para que tomaran algún trago. Los Norton se retiraron para dejar a Hunter enfocado en la situación de su hermana.

—Es bastante intenso todo esto— dijo Abby aturdida aun con todo lo que sucedía.
—Es parte de la vida, cariño.
—No me hace ilusión pasar por eso.
—Cuando te enamores y tengas un hombre que te ame también vas a querer tener hijos.
—¿Tú no quieres tenerlos?
—Me gustaría, pero creo que es pronto todavía— dijo Peyton que en realidad lo estaba intentando sin resultados.
—Cuando veo a los gemelos me parecen tan encantadores, pero no olvido que los primeros meses eran continuos chillidos y noches sin dormir para la pobre Rowena.
—Y para Liam.
—¡Qué dices! durmió la mayor parte del tiempo— rio Abby— ahora que están grandes se ha vuelto un padre preocupado, pero de pequeños no sabía ni cogerlos bien.
—Los hombres no son tan buenos para eso.
—En cambio Aidan es perfecto con los niños.
—Ojalá se case pronto— declaró Peyton pensando en las debutantes de la temporada— hay bastantes candidatas para escoger.
—¿Tú crees? La señorita Mulligan es muy huesuda, yo tengo más pechos que ella.

—Te han crecido bastante— señaló Peyton tratando de tocarlos.
—¡Deja eso! — gritó golpeándole las manos— No lo suficiente— agregó riendo— la señorita Harris debería bajar algunos kilos y la sobrina de Brewster tiene las orejas enormes.
—Abby, jamás te va a agradar ninguna chica. Todos tenemos defectos, es difícil que haya alguna perfecta.
—Te aseguro que Aidan sabrá encontrarla— dijo la niña escuchando a lo lejos los gritos de su prima y poniendo cara de terror.
—Voy a ir a ver a los niños, pueden estar preocupados por los gritos.
—¿Quién no? — dijo Abby quedándose sola en el saloncito de lectura.

Capítulo III

La fiesta de las flores se desarrollaba con toda fluidez. Las señoritas casaderas llegaron a lucir sus mejores galas. Lady Adelaida Quinn se esmeraba cada año por entregar el mejor ambiente para que las muchachas y los hombres interesados intercambiaran miradas y sonrisas y que la pista de baile estuviera siempre repleta de danzantes que se movían al ritmo de los músicos que llegaban desde la ciudad. Los Hart habían llegado temprano, Abby era una de las señoritas que lucían sus encantos para el deleite de los jóvenes y no tan jóvenes.

—Te ves hermosa, querida. Ese vestido te queda perfecto y ese color es ideal para tu cutis— dijo Christine Boyle que ya había hecho su entrada triunfal a la fiesta.
—Eso me dijo Emily, sabes que tiene muy bien gusto.
—Efectivamente, tu hermana sabe cómo vestir. Ese traje que lleva es envidiable— señaló la baronesa observando a su amiga que se acercaba.
—Escuché que tú, la mujer que dicta la moda en esta región ¿envidiabas a alguien?
—Solo por algo puntual— dijo riendo— me encanta tu vestido.
—Es un diseño exclusivo, la última tendencia de la moda— dijo guiñando un ojo a su hermanita — sin exagerar te diría que me parece más original que los últimos vestidos que mi suegra trajo de Paris.
—Te doy la razón. ¿No me vas a decir quién te lo hizo? ¿Hay alguna nueva modista en la ciudad?
—¡Me encanta! La baronesa de Humphries no tiene toda la información— se burló la chica.
—Eres odiosa— respondió la pelirroja haciendo un mohín— ¿Cómo está Harper? ¿cuándo se puede visitar la criatura?
—Ella está bien, pero sólo han pasado unos días, ya sabes cómo es al inicio, tienes un bebé pequeño también. La hemos dejado descansar.
—Me enteré de que fue un varoncito.
—Exactamente, el marqués llegará en estos días a conocer a su heredero, el señor no cabe en sí de gozo.
—Asegura su linaje, que concepto tan machista— reclamó Christine que era una más entre todas las rebeldes de su grupo.
—Pienso lo mismo, creo que yo tendré sólo nenas— dijo Abby haciendo que las otras abrieran unos ojos enormes.
—Aún no tienes a tu galán y ya estás pensando en procrear— dijo Christine riendo.
—Ve con cuidado, chica— advirtió Emily acariciando el brazo de su hermana pequeña.
—Allí viene uno de los notables solteros de la temporada, Abby. Creo que viene por ti.
—Tendré que darle el gusto— dijo ella sonriendo y aceptando la invitación de un muchacho alto y delgado con una sonrisa encantadora.
—Parece que Abby está más avanzada que tu hermano en esto de encontrar pareja.
—Aidan no parece disfrutarlo— dijo Emily viendo como el joven observaba a las parejas que bailaban sin invitar a ninguna chica a acompañarlo al salón.

Cuando lo observaban con detenimiento para comprender sus planes vieron que el rubio cambiaba el gesto y se ponía más serio de lo que ya estaba.

—¿Qué le pasa?

—No lo sé— dijo Emily oteando alrededor. Luego de observar a la concurrencia tuvo alguna idea — creo que ya lo sé— agregó al ver que un hombre moreno y bien parecido entraba al salón.
—¿Crees que aún le guarda rencor por lo sucedido?
—Wright no tuvo la culpa, fue el padre de la chica el que lo prefirió.
—Pero ahora ya no importa— alcanzó a decir Christine cuando notó que Liam y Rowena entraban en el salón también y saludaban al hombre.

Aidan se acercó a sus hermanos cuando el tipo se alejaba, pero alcanzó a escuchar que Rowena lo invitaba a visitarlos. Al parecer el conde había aumentado su grupo de amistades.

—Esperamos verlo entonces— dijo la pelirroja que lucía muy bella enfundada en un traje de color oscuro— ojalá pueda traer a su esposa.
—Le agradezco su invitación, espero que pueda acompañarme. Hoy estaba un poco indispuesta.
—Es lo normal en los últimos meses— dijo ella recordando cuando los pequeños no la dejaban ni siquiera dormir con sus patadas.

El joven siguió su camino para llegar a reunirse con un par de caballeros que le ofrecieron un trago. Aidan llegó a su lado y se instaló junto a su cuñada.

—Veo que te has convertido en una anfitriona excepcional.
—Hago mi mayor esfuerzo— dijo la chica— quien pensaría que esa bebita que parecía un cerdito se convertiría en la esposa de un guapo conde.
—Siempre me martiriza con el pasado— dijo Liam cogiendo a su esposa de la mano.
—Lo dijiste, hermano— sentenció Aidan— tu pasado te condena— rio después.
—¿Deseas un refresco? — ofreció Liam recibiendo una respuesta afirmativa de su mujer y se fue a buscarlo.
—¿Harás algo en casa mañana? — preguntó el rubio interesado.
—Algo pequeño, solo para algunas amistades. Liam está haciendo negocios con el padre del señor Wright y a veces nos visitan.
—No lo sabía.
—Tu hermano se ha convertido en alguien ilustre para este pueblo— manifestó ella orgullosa— ¿algún problema? — preguntó viendo que él cambiaba el gesto.
—Claro que no. Me alegro de que mi hermano sea alguien importante.
—¿No bailas?
—Creo que me iré a casa.
—Claro que no— señaló ella fingiendo molestia— vas a sacar a bailar a alguna de esas chicas hermosas— agregó mirando alrededor y viendo que varias esperaban ser invitadas por él— no las vas a decepcionar.
—Bailaría contigo, si me aceptas— dijo galante.
—No bromees— reclamó ella— ve a bailar con alguna de esas ansiosas chiquillas que te miran como si fueras un pedazo de carne a medio coser.
—¡Rowena Hart! Te has vuelto una chica vulgar.
—Ahora soy una Hart, puedo permitirme esas licencias— dijo empujándolo a la pista y logrando que invitara a una de las chicas para que lo acompañara.
—¿Qué le pasa a nuestro hermano? — preguntó Peyton que se había ido a reunir con unas

amistades y regresaba al grupo junto con Rowena y Abby que le seguía los pasos.
—Parece que está sumido en los recuerdos.

Aidan Hart, el hermano menor del conde de Bradley era uno de los grandes partidos de la región no sólo por su estirpe, sino por su aspecto de caballero distinguido, con un atractivo natural, una sonrisa encantadora y unos ojos claros que parecían iluminar cualquier sitio en el que estaba. Cuando conoció a Melany Sutton fue un flechazo instantáneo, él pensó que lo fue para ambos, pero el cortejo fue lento, pues él no tenía ningún apuro, era muy joven y su hermano mayor ni siquiera pensaba en desposar a ninguna chica, por lo que no había ninguna presión social sobre él. Claro que cuando se enteraron de que lady Olivia, su abuela había mantenido la mansión y a ellos con la poca fortuna familiar que dejaron sus padres y se enfrentaron a la realidad, la sociedad de Bedford los castigó con la indiferencia y él dejó de ser apetecido por las madres.

Los Sutton que se sentían complacidos por tener la suerte de que su hija mayor, la hermosa Melany, de grandes ojos verdes y un cabello oscuro que enmarcaba unos rasgos perfectos conseguiría un buen enlace con uno de los Hart, gente influyente en la región, cambiaron de parecer cuando se enteraron de que la familia del conde estaba arruinada. Se le cerraron las puertas de esa casa y fue reemplazado por Andrew Wrigth, el hijo de lord Stanford, un noble adinerado y de gran estirpe también. El mismo tipo que ahora Rowena había invitado a casa al día siguiente.

Cuando se fue a América recién se había comunicado la noticia del futuro enlace entre la hija de Sutton y el hijo del vizconde. Luego de largos meses de lejanía en la que sus hermanos habían hecho considerables cambios en sus vidas, él aún sentía pesar en su corazón por la contrariedad que impidió que sus intenciones románticas con la chica llegaran a buen puerto. Se lamentó de haber sido tan despreocupado, pudo haber acelerado el cortejo y cuando se supiera la noticia, de la que ellos ni siquiera estaban enterados ya habría sido tarde. Melany Sutton ahora sería su mujer y no la de otro.

Se lamentó para sus adentros, mientras bailaba con Clarissa Wilson, una pecosa muchacha de hermosos ojos que tenía el mérito de ser hija del vizconde Merchant. La chica trataba de avivar la conversación, pero él estaba poco dispuesto. Cuando terminó la pieza le agradeció y la dejó sola en medio del salón, retirándose de la mansión Quinn para irse a casa, aunque a último momento prefirió irse al club de caballeros para beber algo con algún amigo que anduviera por ahí.

Al día siguiente, Rowena en la mesa del desayuno revisaba las invitaciones que les habían llegado en esos días. Abby tomaba su té en silencio mirando al infinito.

—Mañana vamos a ir donde la señora West, tu vestido debe estar casi listo para los últimos ajustes.
—Quisiera que le agrandara las mangas, le hice una modificación al diseño y podría colocarle más perlas. ¿qué crees tú? — dijo la chica rubia pensando en el traje que usaría la siguiente semana en el cumpleaños de la marquesa de Whitman.
—Cualquier cosa que decidas quedará hermosa. Recuerda que a esa fiesta vendrá toda la gente de la región.

—Estoy aburrida de ir a esas fiestas, Rowena. No hay chicos interesantes en este pueblo.
—Podría escribirle a Emily, ella podría recibirte en su casa de la ciudad, allí hay más actividad.
—¿Harías eso por mí? ¿o quieres liberarte de mi intensidad?
—Ambas cosas— rio la pelirroja— quiero lo mejor para ti. Tu hermano puede darte la dote que mereces y con los contactos de Harlow y de Hamilton que son nuestros parientes y tienen conexiones adecuadas en la ciudad tu podrás hacer una buena boda.
—No lo sé.
—Tienes casi diecinueve años, pero no estás obligada a casarte, puedes tomarte todo el tiempo del mundo.
—La sobrina de De Brun se casa este año, ya no me quedan amigas solteras. Parece que me estoy convirtiendo en una solterona, Rowena.
—Una mujer noble no se queda solterona, querida. Se da el lujo de ser selectiva y elige al hombre correcto cuando es el momento correcto.
—Eres la mejor. Me alegro tanto de que seas mi hermana postiza— dijo Abby acariciando el brazo de su cuñada.
—Me alegro de que me consideres tu hermana— respondió ella con los ojos llorosos— me casé con Liam porque quería ser parte de esta familia— dijo hablando con seriedad— pero no se lo digas— susurró luego riendo.
—¿Qué es lo que no debe decirme? — preguntó él que entraba en el comedor de desayuno.
—Que me case contigo por interés.
—Creo que fui yo el mayor interesado— declaró él aceptando el plato que le ofrecía el mozo.
—Tu interés era el dinero de mi padre, el mío era tu cuerpo, querido— bromeó haciendo que él se horrorizara y Abby riera.

Estaban en medio de esa charla cuando Aidan apareció y se apoyó en la puerta. Las chicas lo miraron interesadas, vestía su traje de montar y llegaba sudoroso.

—¿No vas a desayunar?
—Voy a cambiarme y bajo en seguida— dijo saliendo del cuarto.
—¿Qué le pasa? — preguntó Liam que nunca entendía nada.
—Parece que está melancólico.
—¿Por la Sutton?
—Shhh— dijo Rowena golpeando el brazo de su marido.
—Deberían contarle— dijo Abby metiendo el dedo en la mermelada de grosella.
—No es de nuestra incumbencia. Yo creo que lo sabe. Todo se sabe en este pueblo— declaró Liam cambiando el tema— voy a ir a la ciudad, tengo que firmar unos documentos y le pedí a Barton que no viniera, pues nos visitará en la noche, ya está viejo para tanto ajetreo.
—Eres muy considerado, querido— dijo la condesa golpeando a Abby en los dedos puesto que volvía a embadurnarlos con dulce.

El conde se retiró de la mesa, luego de dar un beso en la frente a su mujer y despeinar a su hermanita y las dejó solas en el comedor, revisando las invitaciones que Rowena tenía en las manos.

—Esta noche ¿vendrá mucha gente? — preguntó Abby interesada.
—No, seremos cerca de quince personas. Los socios de tu hermano sus esposas y sus hijas ¿por

qué?
—Quisiera invitar a unas amigas, sino voy a aburrirme.
—Invita a la señorita Pryce, a lo mejor llama la atención de tu hermano.
—¿Quién va a llamar mi atención? — preguntó el rubio apareciendo nuevamente arreglado como un caballero, limpio, peinado y perfumado.
—Prueba el pan de anís, está delicioso— propuso Rowena acercando al joven la panera repleta de biscochos.
—Quiero un café, no dormí muy bien.
—¿Hay algo mal con tu cama? Deberíamos arreglar ese vejestorio.
—No, nada malo hay con la cama, cuñada. Te agradezco tu interés— dijo recibiendo un plato con huevos que le entregaba el mozo— gracias, Brown. ¿De qué hablaban?
—De la fiesta de esta noche. Abby quiere invitar a unas amigas y le dije que a ti te parecería perfecto.
—No creo que me quede a la fiesta.
—¡Qué dices! — exclamaron ambas al unísono. La fiesta estaba preparada para que conociera chicas.
—Estoy aburrido de fiestas. Podría ir al club, seguramente me encontraré con viejas amistades, eso me ocuparía la atención.
—Claro que no. Tú estarás en la fiesta, no me vas a hacer ese desprecio. Tengo los bocadillos de pescado que te gustan, el vino que trajo el barón es tu preferido y Robinson y Chapel me confirmaron su asistencia luego de semanas de tratar de reunirlos.
—¿Vendrán mis amigos?
—Era una sorpresa, pero la estropeaste con tu desdén— reclamó Rowena.
—Eres un aguafiestas— exclamó Abby molesta.
—Lo siento, fingiré que no se nada y me asombraré al verlos.
—Es lo menos que espero.
—Puedo emocionarme incluso— bromeó él para hacerla reír.
—Tendrás que llorar de emoción para que te perdone— declaró ella levantándose de la mesa— voy a ver a los niños, Adam tiene un diente nuevo y estamos padeciendo por eso.
—Yo fui un bebé ejemplar— dijo él asombrando a su cuñada.
—No es lo que decía la abuela— aclaró Abby— nos contó de aquella vez que hiciste un berrinche enorme porque Emily te ensució tu camisa.
—Siempre he sido muy preocupado de mi apariencia.
—Y la vez que tuvo que cambiarte en medio de la fiesta…
—Eso son calumnias, jamás me comporté así.
—No es lo que decía…

Rowena los dejó discutiendo acerca del buen comportamiento de Aidan en su primera infancia y se retiró para ir a ver a sus hijos. Abby le advirtió a su hermano cómo comportarse en la fiesta.

—Deberás comportarte como un Hart.
—Siempre me comportó como un Hart. Soy un Hart.
—Serás galante con mis amigas.
—Sólo si lo merecen— advirtió él.
—Te encantará Diana Pryce, es una rubia muy hermosa— dijo Abby asombrando a su hermano — aunque tiene la frente muy amplia— agregó después, haciéndolo reír.

Capítulo IV

Aidan estaba terminando de arreglarse en su cuarto. Dejó su reloj sobre un mueble y se puso la sortija que siempre usaba. Se miró al espejo y se arregló el pañuelo, pero no estaba perfecto y esa noche debía estarlo. Vería de nuevo a Melany Sutton, ahora la señora Wright y ella se sentiría arrepentida de haberlo dejado ir de su vida. Siendo la esposa de un Hart pudo tener una vida no sólo de lujos, sino también de vida familiar, de cariño, de amor incondicional y habría tenido un esposo devoto que la habría amado y respetado. Todos sabían que Andrew Wright tenía una amante cuando comenzó a cortejarla y seguramente aun la tenía, sobre todo pensando que ahora su esposa estaba embarazada, por lo que había oído de boca de Rowena la otra noche.

Se desató el nudo con frustración; no estaba perfecto. Cuando Abby pasó por fuera de la puerta del cuarto y lo vio luchando por mejorar ese nudo fue a socorrerlo.

—Nunca has sabido hacer bien un nudo, hermanito.
—Enséñame cómo hacerlo entonces, sabionda— dijo él molesto.
—Por supuesto que lo haré— dijo ella tomando ambas puntas del pañuelo— soy una chica casadera y he recibido mis lecciones. Soy la mejor haciendo nudos para caballeros.
—Pensé que no tenías dotes manuales.
—Sólo con el tejido y el bordado, pero trabajar las telas se me da muy bien— explicó ella.

En pocos segundos logró dejar ese nudo en estado de perfección y él se lo agradeció asombrado.

—¡Quién lo diría! Estás lista para el matrimonio.
—No nos apresuremos.
—¿No quieres casarte acaso? Todas las chicas desean atrapar un marido, hasta Peyton lo hizo.
—Peyton se enamoró del señor De Brun.
—No siempre es un buen negocio enamorarse— advirtió él.
—Enamorarse no es un negocio— dijo ella decidida— a lo mejor me caso, pero no lo haré por darle el gusto a nadie en primer lugar.
—Y en segundo lugar…
—Mi esposo deberá sentir devoción por mí como primer requisito.
—No creo que el príncipe sienta devoción por alguien más que por la corona.
—Entonces tendrá que consolarse, pues lo nuestro no va a funcionar— dijo ella riendo— ahora, baja conmigo que ya están llegando los invitados y Rowena odia recibir sola.
—Se ha convertido en una tirana.
—La admiro por eso— dijo ella tironeando de su hermano para que bajaran de una vez.

Ya en el salón, Aidan se dedicó a observar a los invitados, pero sobre todo a las invitadas. Había decidido prestar atención a la chica más hermosa de la fiesta para demostrarle a todos que no tenía ningún problema con estar en la misma habitación de Wright y su esposa. Luego de recorrer la habitación principal con la vista se decidió por una chica alta, de ojos oscuros y nariz respingada que tenía bastantes atributos. Su sonrisa era agradable, sus pechos abundantes y su cintura pequeña. Tenía un poco amplia la frente, pero no le quitaba belleza a su rostro. Comprendió en seguida que era la señorita Pryce y rio de las ocurrencias de Abby.

Media hora más tarde, aun no llegaban todos los invitados. Nuevamente había llovido y el camino se ponía difícil. Cuando brindaba con la señorita Pryce mirándola fijamente a los ojos para ver si había alguna conexión entre ellos notó que llegaban otros invitados, entre ellos su hermana Peyton y su esposo que era todo devoción. Se alegraba de que su hermana rebelde hubiera encontrado a un hombre adecuado que la hacía feliz y de paso se había convertido en madre de dos niños ya crecidos.

—Dios santo, aprendiste a hacerte el nudo— dijo ella bromeando.
—Lo lamento, aun no lo he hecho— dijo reconociendo el mérito de su hermanita— Abby es la artista— señaló abrazando a la chica— De Brun que gusto verlo.
—El gusto es mío, Hart. Parece que se quedará una temporada finalmente.
—No lo he decidido— dijo evasivo mirando hacia la puerta con interés.
—¿Esperas a alguien? — preguntó Peyton que se había quedado a su lado. El barón los dejó para reunirse con un amigo que lo saludaba.
—No.
—Te ha hecho tan bien tu estancia en América, te has vuelto un hombre interesante.
—A ti te ha hecho muy bien el matrimonio, te ves radiante.
—Estoy feliz— dijo ella mirando a su esposo que no dejaba de verla— ¿Te vas a quedar o regresas pronto?
—Por lo menos me quedaré este mes, Freeman vendrá a reunirse conmigo y luego tenemos que viajar a algunos sitios.
—Parece que los negocios van bien— señaló ella aceptando una copa que un mozo le ofreció— ¿Dónde está Rowena? — preguntó ella, pero no obtuvo respuesta— Aidan, te pregunto….

Alcanzó a repetir la pregunta, pero notó que su hermano no le prestaba atención. Estaba preocupado de la puerta, observando a los recién llegados. El señor Wright y su esposa entraban al salón y Liam los recibía con entusiasmo. La pareja se incorporó a uno de los grupos que estaban charlando, mientras esperaban que comenzaran a servir los bocadillos que la dueña de casa había decidido ofrecer. Aidan miró a la pareja con interés y por fin se atrevió a preguntar lo que lo confundía.

—¿Quién es ella? — dijo señalando con un gesto de su cabeza a la mujer pelirroja con un avanzado embarazo que sonreía mientras el mozo le ofrecía algo de beber.
—La señora Wright— dijo Peyton sorprendida de la pregunta— es hija de un acaudalado hombre de negocios que se afincó hace unos años. Estamos entre amigos, por eso debió venir, no creo que por estar embarazada deba quedarse en casa— añadió mirando a su hermano que lucía confundido— ¿No la conocías?
—Peyton, pensé que la señora Wright era… otra persona— dijo confundido.
—¿A quién te refieres?
—Sabes a quién me refiero— declaró él.
—A la señorita Sutton, me imagino.
—Creí que…
—Pensé que lo sabías, todos lo pensamos.
—Qué sabía ¿qué?
—Lo que sucedió.
—Peyton, obviamente no lo sé, parece que me perdí de algo— dijo contrariado y sintiendo que la

cabeza le daba vueltas— parece que de mucho.
—Pensé que lo sabías…
—Peyton, deja de decir eso y dime qué es lo que debía saber, por favor— pidió molesto.

Ella lo cogió del brazo y lo llevó a la sala de música que estaba junto al salón principal, se encerró con él allí y le ofreció asiento. Aidan no aceptó sentarse y esperó callado a que ella comenzara a hablar.

—Estoy esperando— señaló impaciente.
—No sé por dónde empezar.
—Tal vez por el principio sería buena idea— ironizó él.
—Yo no estaba aquí cuando todo pasó, estaba en Sewerby, en casa de los Delanoe, solo vine en un par de ocasiones y luego me casé, nos fuimos a la ciudad, ahora venimos de Paris…
—¡Peyton!
—Lo siento. Te diré lo que sé— dijo respirando profundo— pero espero que…
—¡Peyton!
—La señorita Sutton se comprometió con Andrew Wright, el hijo de Stanford unos meses antes de tu primer viaje a América, estuviste muchos meses fuera. La boda sería en junio, los preparativos estaban hechos y las invitaciones enviadas, el vestido era un primor, la señora West lo confeccionó y todas estaban expectantes por ver ese diseño cuando estuviera listo. Una semana antes de la boda, Stanford suspendió el matrimonio, los Sutton comunicaron que su hija se había ido a casa de una tía en el norte, para recuperarse de alguna indisposición. Luego de eso no se habló más del enlace. Seis meses después, Wright se casó con la hija de Jonas Ronan y la acabas de conocer.
—¿Qué pasó con Melany? ¿la señorita Sutton? — preguntó intrigado.
—Nunca regresó, hasta la fecha no se sabe de ella.
—¿Cómo nadie va a saber de ella?
—Sus amigas no supieron de ella luego de los acontecimientos. Abby conoce a su hermana pequeña, a veces se reúnen en alguna fiesta y ni siquiera ella sabe lo que sucedió. Te aseguro que Abby es curiosa y siempre quiso saber.
—Es muy curioso todo aquello, ¿no te parece?
—Es intrigante.
—Sabes algo más— afirmó él que la conocía.
—Bueno, no lo sé a ciencia cierta. Son rumores, tú sabes como son las chismosas de este pueblo.
—¿Qué más sabes?
—No es que lo sepa, sólo he oído…
—¡Peyton!
—Dicen que la encontraron en una situación inadecuada con el señor Gibson.
—¿Quién es ese Gibson?
—Parece que te perdiste de mucho— afirmó ella— ese tipo apareció en la región por ese tiempo, todas las chicas quedaron impresionadas con sus modales y su atractivo. Era un hombre encantador que estuvo cortejando a varias. Incluso se interesó por Abby, pero Liam fue advertido a tiempo, llegaron algunas historias a oídos de Hamilton y evitamos el desastre. Claro que Abby no estaba interesada, el hombre era muy poco noble al parecer.
—¿Y qué tuvo que ver con la señorita Sutton?
—Parece que los encontraron en algo indebido en la fiesta de los Wills, Melany Sutton estuvo en

boca de todos por algunas semanas.
—¿No se casó con ella?
—El tipo era un estafador, andaba a la casa de alguna heredera. Sabes cómo es Sutton, seguramente lo puso en su lugar.
—Si, sé cómo es— dijo recordando que sin decirlo lo había expulsado de la vida de su hija.
—Bueno, pensé que lo sabías. Jamás preguntaste por ella.
—No tenía por qué hacerlo— dijo él pensativo.
—Es verdad.
—¿Y ella dónde estará ahora? — preguntó como pensando en voz alta.
—Eso no te lo podría decir, solo sé lo que se decía entre pasillos. Ni siquiera Rowena lo sabe y ella se codea con las damas de la sociedad de Bedford. Abby es curiosa y quiso averiguarlo, pero nadie habló más del tema.

Las mujeres de su familia no eran chismosas, no se metían en la vida de los otros, por lo que era comprensible que su hermana no tuviera más información. Las mujeres de la familia no escuchaban cotilleos y si los escuchaban no los hacían circular por ahí. No tenían cómo enterarse de pequeños escándalos, no tenían la capacidad de averiguar lo que no era evidente, salvo una de ellas y ahí iba a acudir para saciar su curiosidad.

Capítulo V

Muchas millas lejos de Bedford, en una casa señorial de aspecto aristocrático, bastante lujosa y decorada con un gusto exquisito, una chica alta y curvilínea con el cabello oscuro y unos ojos verdes intensos conversaba animadamente con una dama mayor con aspecto elegante y gesto amable.

—Debiste decirle que viniera a visitarnos— dijo la dama tomando un sorbo de su té.
—Claro que no, es una chismosa, pronto empezará a regar mentiras sobre mí.
—Es verdad, pero es graciosa— dijo riendo— me alegra que me hayas acompañado a la fiesta de los Townsend, tienes que salir más, Melany querida.
—Tía, no me siento a gusto aun saliendo de casa.
—Ya llevas aquí varios meses, deberías hacer más amistades.
—La señorita Tiffany es una buena amiga y su hermana también.
—Pero ellas no son parte de lo más granado de la sociedad. Tienes que compartir con gente de más abolengo. El viernes me vas a acompañar donde lady Eleanor Kelly, allí sí que encontrarás muchachas y jóvenes de tu posición.
—Tiffany es muy buena persona y ayuda bastante en el orfanato.
—Pero te la pasas haciendo caridad y no disfrutando de tu juventud.
—Aun no me siento a gusto, tía Deirdre.
—Lo comprendo— dijo la dama llamando a una de sus doncellas con una campanita dorada— pero el viernes me vas a acompañar.
—Está bien, pero sólo por complacerla.
—Me escribió tu madre, dice que no le has escrito este mes.
—Lo sé, es que no tengo mucho que decirle.
—Pero la echarás de menos.
—Claro que la extraño y a Scarlett también.
—¿No has pensado regresar? —preguntó la dama interesada en el futuro de la chica.
—¿Quiere que me vaya?
—Claro que no, muchacha, pero me preocupa que estés tan enclaustrada, encerrada aquí con tu tía vieja.
—Usted no es vieja— aclaró la chica observando el cabello cano de la mujer que llevaba adornado con un peine de brillantes y el escote que lucía que dejaba ver parte de sus pechos— por lo menos no lo parece— bromeó la muchacha— el día que dejé de lucir sus atributos empezaré a pensarlo.
—No voy a negar que todavía hay algunos interesados en estas curvas…
—¡Tía! — exclamó la chica horrorizada.

La muchacha sonrió frente al gesto de malicia de su tía, mientras la doncella llegaba con otro plato con galletas.

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras— agregó la señora— pero no podrás estar escapando toda la vida.
—Ya veremos— dijo la chica cogiendo una galleta del plato y saboreándola con placer.

La mansión de los Hamilton en el campo era una acogedora residencia, decorada al gusto de la marquesa, pero que dejaba notar la presencia de Harper en todos los ambientes. Cojines de colores alegres, muchas flores y cortinajes de colores claros que daban luminosidad al hogar. En el despacho, Conrad bebía un trago junto a su amigo el conde de Bradley y su hermano, el rubio y atractivo mejor partido de la temporada.

—No te envidio— dijo Hamilton, hijo del marqués de Whitman— gracias a Dios dejaron de perseguirme las madres desesperadas por casar a sus hijas.
—Ahora te persiguen las mujeres casadas— bromeó Liam.
—Gracias a Dios que no, sino tu prima me habría lanzado de la casa.
—Ahora es mi hermanito el más codiciado, quién lo diría, después de que nos cerraron todas las puertas— declaró Liam— estas últimas semanas hemos sido invitados de honor de varias veladas, sólo para que el guapo joven conozca a las chicas casaderas.
—Parece que has vuelto a ser el noble más destacado de la región, gracias a tu distinguida esposa — señaló el moreno brindando con su copa en alto.
—Rowena ha sido maravillosa, nunca pensé que pudiera convertirse en una condesa con tanta gracia.
—Además de preparar perfumes, cuida de los bebés y te tiene contento.
—Es verdad— dijo el conde sonriendo y dejando que su amigo le llenara el vaso nuevamente.
—Entonces, ¿te vas a decidir por alguna de las chicas esta temporada? — preguntó Conrad al rubio que miraba con interés su vaso.
—Le he dicho que ya es momento de ponerse serio— declaró el conde.
—Creo que volveré a América, no es buen momento para casarme.
—A propósito de eso, dijiste que traerías a tu socio para que viera mis tierras.
—Freeman llegará mañana, estará un par de semanas aquí y luego nos vamos a ir a visitar a unos interesados a Essex— dijo dejando el vaso sobre la mesa— espero que lo podamos recibir en casa.
—Por supuesto— declaró Liam— solamente mantenlo alejado de Abby y nada pasará— rio el mayor de los Hart.
—¿Aún no se entienden?
—Abby lo odia— rio Liam.
—Freeman disfruta llevándole la contraria, creo que ya se ha vuelto una diversión para él— manifestó Aidan levantándose de su sitio— ¿tu esposa podrá recibirme?
—Por supuesto, está ávida de recibir visitas.
—Te acompaño quiero ver al bebé— dijo Liam siguiendo a su hermano.
—No se hable más, vamos a ver al pequeño James Ethan Michael Hamilton, futuro marqués de Whitman.
—¡Pobre pequeño!
—Mi padre ya le reservó su admisión en Eton— bromeó Hamilton.
—Espero que lo reciban, después de todas las travesuras que hizo su padre.
—Tiene a su abuelo para que responda por él— señaló el moreno subiendo las escaleras junto con sus amigos.
En el cuarto del bebé, Harper daba ordenes entre susurros a las criadas para que ordenaran la ropa del niño y para que le prepararan su baño. Cuando vio aparecer a sus primos sonrió encantada. El mayor se acercó para abrazarla y el menor se fue directo a la cuna del bebé para conocerlo.

—Dios santo, es igual a ti— dijo mirando a Conrad.
—Es muy guapo— dijo el orgulloso padre.
—Espero que cuando vaya creciendo tenga alguno de mis rasgos— declaró Harper.
—Ya los tiene, hace berrinche todo el día y me manipula— bromeó Hamilton acariciando al niño que dormía en su cuna.
—Hagan menos ruido, si lo despiertan tienen que hacerlo dormir ustedes— advirtió la madre con gesto cansado— y contigo hablaré después— amenazó a su esposo.
—Ya casi tiene un mes— dijo Conrad cambiando el tema— el tiempo ha pasado rápido.
—No para mí, aún no duermo la noche entera— declaró la señora Hamilton que adoraba ser madre y atender a su hijo.
—Ni lo harás por mucho tiempo— dijo Hart compartiendo su experiencia.
—Abby dice que no has dejado de dormir mucho por causa de los bebés.
—Abby es una chismosa— declaró sonriendo.

Liam se acercó a la cuna y Aidan aprovechó de colocarse cerca de su prima para hablarle entre susurros.

—Necesito hablar contigo— dijo dejándola intrigada.
—¿Pasó algo?
—Nada importante— aclaró él— solamente quiero que me pongas al día de algunos chismes.
—¿Por qué iba yo a hacer eso? — preguntó haciéndose la inocente.
—Si no eres tú ¿quién?
—¿Desde cuándo te interesan los chismes de este pueblo?
—¿Me vas a ayudar o no? ¿o es que ya no te llegan los chismes frescos?
—Por supuesto que sí, no pongas a prueba mis talentos— dijo ella dejando a los otros con el bebé y saliendo del cuarto para hablar con Aidan en privado.

La muchacha llevó al chico por el corredor hasta el cuarto en el que guardaban la ropa blanca de cama y en donde una de las muchachas ordenaba sábanas y colchas.

—Lucy, por favor, déjanos un momento a solas.
—Si, señora, permiso— dijo la chica pequeñita y menuda mirando con detención al rubio mientras salía.
—¿Qué deseas saber?
—Tú siempre estás al tanto de los chismes y me imagino que ninguno se te escapa.
—Creo que no, por lo menos hasta que llegó el bebé, ahora no me sobra el tiempo y aún no he vuelto a los salones, pero tengo amigas que me traen los últimos cuentos. ¿Hay alguna novedad que te interese?
—La verdad es que necesito saber algo que pasó hace algunos meses.
—Tendré que revisar mis archivos— bromeó la chica— ¿algo que tenga que ver con tus negocios? En esos temas no soy muy experta.
—Es sobre una chica— declaró Aidan interesándola.
—¿Alguna debutante de dudoso pasado?
—Melany Sutton— señaló dejándola asombrada.
—¿Quieres saber algo de ella?

—Quiero saber todo lo que sucedió.
—¿No lo sabes?
—Si lo supiera no estaría aquí pasando por esta vergüenza— declaró molesto.
—¿Qué quieres saber?
—Todo lo que pasó— insistió.
—¿Qué sabes?
—Nada— dijo haciendo que ella dudara— bueno, Peyton me contó algo— agregó viendo que ella esperaba en silencio— me dijo que hubo un escándalo.
—Fue más que un escándalo, no se habló de nada más por semanas.
—Yo no me enteré de nada— afirmó él confundido.
—Fue cuando te fuiste la segunda vez, demoraste meses en volver. A tu regreso, ella ya se había ido.
—¿Dónde se fue?
—No lo sé— dijo Harper apesadumbrada por no tener la información.
—Dime qué fue lo que pasó. Peyton sabía apenas un par de cosas.

La muchacha le pidió que bajaran al salón y en el camino fue a ver al niño para confirmar que aún dormía. La niñera estaba con él y le dio algunas instrucciones mientras bajaba tras de su primo y lo invitaba a salir al jardín. Fuera de la casa había una glorieta que en esa época estaba rodeada de una enredadera y algunas mariposas revoloteaban por ahí. Era media tarde y el sol calentaba de manera agradable, propiciando las caminatas. Ella llevó una sombrilla para cubrirse de los rayos del sol y lo invitó a seguirla por un sendero que rodeaba una pequeña laguna.

—Tu casa es muy hermosa.
—La marquesa diseñó todo en esta casa, pero poco a poco he ido agregando algunas flores de mi gusto como ese seto de lavandas que me hace recordar a mi hogar.
—Ese columpio me recuerda vuestra casa cuando jugábamos siendo pequeños.
—Es el mismo, mi madre me lo trajo para el niño— dijo ella acariciando el cordel que lo sostenía— pero vamos a lo importante.
—Soy todo oídos.
—¿Por qué quieres saberlo?
—Tengo curiosidad— dijo él siendo evasivo.
—Cuando se empezó a conocer la noticia de su situación económica, el señor Sutton escapó de ustedes en seguida.
—Lo recuerdo.
—En ese momento, Stanford entró en el juego y consiguió que su hijo cortejara a la hija de Sutton, que entre nos, estoy segura de que estaba enamorada de ti— dijo ella mirándolo de reojo.
—No cambies el tema. Me estás contando lo que sucedió.
—Stanford pidió su mano y se comprometieron, pero Melany no se veía muy entusiasmada, me la encontraba bastante en las fiestas y aunque no éramos amigas a veces hablábamos y en un par de ocasiones me preguntó por ti.

Esperó a que el dijera algo, pero Hart se mantuvo en silencio atento a lo que ella tenía que decir. Harper retomó la historia al ver que le chico no quería dejar ver sus intenciones.

—Justo en esa época apareció en la ciudad un hombre muy atractivo, que decía ser hijo de un

acaudalado señor que fabricaba barcos y las damas de la región se alborotaron con él, todas lo invitaban a su casa para que conociera a sus hijas. Se llamaba Arthur Gibson, no era muy alto, era musculoso y con unos ojos de mirada intensa, aunque no parecía tener mucha clase. Anduvo rondando a varias, incluso Abby estuvo entre sus intereses, pero ya sabes que tu hermana es muy astuta y notó en seguida que el tipo era un farsante, Conrad se enteró de algunas cosas en el club y advirtió a Liam, pero el señor Sutton no frecuentaba el club, ya sabes que es un viejo cascarrabias.
—Nunca fue muy asiduo, es verdad.
—El señor lo hizo parte de sus amistades y Gibson comenzó a frecuentar su casa. Todos pensaban que estaba interesado en Scarlett, la menor, porque Melany estaba comprometida, pero al parecer el hombre tenía altas aspiraciones.
—¿Qué pasó?
—Finalmente, una noche, en la fiesta de los Wills, de alguna forma Gibson y Melany desaparecieron de la fiesta y a medianoche alguien los vio en el jardín en actitud comprometedora.

Harper se detuvo y miró a su primo fijamente a los ojos, esperando ver su reacción ante lo que ella relataba.

—¿Qué sucedió entonces?
—Todos esperaron que el hijo de Stanford defendiera a su prometida, pero lo único que hizo fue dejarla sola. Todos dijeron que su padre lo obligó a dejarla, porque no iba a aguantar ese escándalo para su familia. La única opción para Melany era casarse con el tal Gibson.
—¿Se concertó el matrimonio?
—Para nada. Unos días después, el tal Gibson se fue del pueblo y una semana más tarde se destapó el otro escándalo, el hombre tenía deudas de juego y se escapó de sus acreedores, nadie más supo de él.
—¿Qué pasó con Melany?
—Unos días después del escándalo nos enteramos de que su padre la envió lejos.
—¿Dónde la envió? — preguntó interesado.
—No lo sé— dijo ella contrariada— pero puedo averiguarlo…

Capítulo VI

Un mes más tarde, tía y sobrina salían ataviadas elegantemente y subían al coche que las esperaba a las puertas de la mansión. Melany había escogido un vestido verde que su tía le había insistido en que usara porque combinaba con sus ojos y llevaba algunas joyas que siempre usaba, una esmeralda que caía en su pecho desde un colgante adornado con brillantes y un brazalete que su tía le había prestado y que hacía juego con los adornos que llevaba en el pelo que se había peinado con un bucle que caía por su hombro derecho.

—Los Connoly son gente muy elegante y las fiestas de lady Grace son famosas por la decoración del salón de baile, la lampara central es una maravilla.
—Creo que los conocí en la ciudad hace tiempo.
—El hijo mayor será el futuro vizconde, no te olvides de eso.
—Tía, deje de tratar de emparejarme con todos los hombres de este pueblo.
—No con todos, solo con los adecuados— dijo la dama instalándose dentro del coche y cubriéndose las piernas con una manta que compartió con la chica— te ves hermosa con esa esmeralda entre los pechos.
—No debí colocarme este vestido, es muy llamativo.
—Tú llamas la atención con cualquier vestido, querida.
—Estos escotes que usted usa son algo exagerados— reclamó cubriéndose con la capa el pecho semi desnudo.
—Ese vestido ya no me queda y a ti te luce encantador.
—Pero es algo escandaloso.
—Los hombres no podrán dejar de mirarte— dijo la señora— te comenté que el hijo de Connoly…
—Será el futuro vizconde— respondió ella haciendo reír a la dama.

Cuando llegaron a la mansión de los Connoly el recibidor parecía una colmena, mucho ruido, susurros y conversaciones alegres entre los invitados. Melany y su tía se introdujeron en medio de esa masa de gente que se agolpaba en ese estrecho espacio y caminaron algunos metros hasta llegar al final de ese pasillo que terminaba en un amplio hall repleto de velas que parecía un jardín con todas las lilas y gardenias que lo decoraban. En cuanto llegaron al centro de aquella estancia se encontraron con lady Penelope Walters, una de las ancianas más prominentes de la región que era pariente lejana de la señora Sullivan.

—Deirdre, pareces de treinta— dijo la dama afirmándose en un elegante bastón dorado con mango de madera oscura y adornado con varios pequeños rubies.
—Querida lady Penélope, es demasiado amable— dijo la señora orgullosa de su aspecto, que parecía realmente de cuarenta a pesar de que ya pasaba los cincuenta— y esta chica ¿es tu sobrina?
—Es hija de Rachel, mi hermana que vive en el norte.
—Es una chica muy guapa.
—Melany Sutton, encantada, lady Penélope— la saludó la muchacha haciendo una respetuosa venia.
—Y además, muy educada— celebró la dama devolviendo el saludo.
—Ve a reunirte con los jóvenes, querida. Aprovecha de bailar.

—Aún no se instalado la orquesta, tía— dijo la chica observando alrededor— ¿desea que el traiga un refresco?
—No te molestes, recién llegamos— señaló la dama— creo que veo entre la concurrencia a Rebeca, iré a saludarla.
—La espero aquí— dijo Melany viendo como las señoras se reunían con otras damas mayores.

Ella se dedicó a recorrer el salón. Más de alguno la observó con interés, sobre todo admirando su figura y deteniéndose en el escote, lo que la hacía sentir incomoda. Estaba muy arrepentida de haberse puesto aquel vestido que su tía le prestó. Era cierto que era un sueño, ajustado en el talle, con un amplio escote ribeteado de cinta de terciopelo en un tono más oscuro y unas mangas ajustadas que llegaban al codo y terminaban en un puño amplio de tul que caía hermosamente sobre la falda, que era amplia y tenía bordadas muchos capullos en hilo que brillaba a la luz de las velas.

Estuvo varios minutos recorriendo la casa, admirando los espejos que decoraban las altas paredes, los candelabros de plata que se habían dispuestos en pares sobre las cornisas, los bellos cuadros que adornaban el salón interior y los vestidos de las otras damas que parecían querer rivalizar por ser nombradas la más elegante del baile. Luego de varios recorridos por el salón para pasar el tiempo se detuvo junto a la chimenea principal que estaba repleta de flores que se habían colocado sobre un enorme jarrón. De pronto, un hombre se acercó a su lado, mostrando vivo interés. Era un joven moreno, muy alto y de cabello despeinado que la miraba fijamente desde su altura con unos ojos oscuros intensos.

—Disculpe que me atreva a dirigirle la palabra, sé que no nos han presentado— dijo quedándose frente a ella que lo miraba en silencio— Maxwell Truswell tercero, vizconde de Rushford a sus pies.
—Encantada, mi lord— respondió ella sin saber cómo comportarse.
—Espero que me conceda una pieza en cuanto comience el baile.
—Por supuesto, mi lord.
—¿Viene sola?
—No, claro que no. Acompaño a mi tía que se ha ido a reunir con algunas amistades— explicó observando alrededor para ubicarla entre la gente.

Se quedó en silencio mirando al hombre que no le quitaba la vista de encima sin saber qué decir, había estado muchos meses recluida y había perdido un poco la soltura para enfrentarse a los pretendientes y ese claramente tenía la intención de pretenderla.

—Querida, estabas aquí— dijo la tía Deirdre cuando apareció a su lado.
—Si, tía. Estaba recorriendo la casa y el señor…
—Maxwell Truswell tercero— se presentó el joven saludando a la dama colocando un beso en su guante repleto de anillos.
—Un placer, señor Truswell— dijo la dama satisfecha con lo que veía. Un joven guapo, seguramente de la nobleza del lugar, que ella no conocía —No recuerdo haberlo visto, señor— dijo la dama tratando de indagar acerca de él.
—Mi padre es Archibald Truswell.
—¿El conde?

—Efectivamente. Veo que lo conoce.
—Algo— dijo la señora dejándolos con el misterio.
—He llegado a la región hace pocas semanas, mi padre ha estado un poco indispuesto y me ha solicitado que me haga cargo de sus asuntos momentáneamente.
—¿Qué le ha sucedido?
—Nada grave, necesita un tiempo de reposo solamente.
—Un placer tenerlo en la región, mi lord— dijo la señora entusiasmándose al ver que el hombre admiraba a su sobrina descaradamente— espero que no sea muy atrevida de invitarlo a visitarnos.
—Tía…
—Por supuesto que las visitaré si me invita señora…
—Lo siento, no me he presentado, mi lord. Soy Deirdre Sullivan, ella es mi sobrina la señorita Melany Sutton, se está quedando conmigo un tiempo.

Mientras conversaban, la orquesta comenzó a tocar una contradanza y el murmullo general denotó que los jóvenes comenzaban a acercarse a la pista de baile. El señor Truswell extendió la mano para que Melany lo acompañara al salón. La chica aceptó la invitación y ambos se perdieron entre la multitud de parejas que repletaba la estancia. La tía Deirdre sonrió satisfecha al ver que su chica parecía estar comenzando a atraer a los hombres adecuados y ese Truswell era de lo mejor.

Ya entrada la noche, la señora Sullivan se regocijaba de su suerte y cogida del brazo de su sobrina comentaba los éxitos de la noche.

—Hemos conseguido retomar viejas amistades, querida. Te has lucido esta noche, más de uno se ha fijado en ti con interés.
—Con este vestido sería raro que no me miraran.
—No sólo miran el vestido, te miran a ti, porque eres hermosa y distinguida. Serás una gran vizcondesa— dijo la señora con gesto malicioso.
—Tía, ¡qué dice! El señor Truswell apenas nos saludó.
—Sé cuándo un hombre está interesado— declaró ella tajante — ese joven te visitará pronto, te lo aseguro.
—Usted lo comprometió un poco invitándolo a casa sin conocernos realmente.
—En el mercado del cortejo todo se vale— dijo la señora aceptando un vaso de ponche que le ofrecía un mozo.
—No beba más, tía.
—Este ponche está exquisito. Apenas me he tomado dos.
—Creo que este sería el tercero.
—Por eso digo que me he tomado dos— aclaró ella riendo— este es el tercero— agregó notando que la muchacha de pronto perdía los colores de su rostro para luego ruborizarse y mostrarse agitada.
—¿Qué pasa, Melany? — preguntó viendo que la chica tenía la vista fija en la puerta.

La señora no tuvo respuesta y se dedicó entonces a observar a los recién llegados. En primer lugar, un hombre trigueño, que debía tener algo menos de treinta años y acompañándolo otro más joven, rubio de ojos celestes, alto y con porte distinguido, junto a él una hermosa rubia

sonreía orgullosa frente a los Connoly. Quienes llegaban saludaban a los dueños de casa y luego se incorporaban a uno de los grupos en donde estaban los hombres más acaudalados de la región.

—¿Qué pasa, querida? ¿te sientes bien?
—No me siento muy bien, creo que aquí hace mucho calor— dijo la chica sintiendo que el vestido no la dejaba respirar con facilidad.
—Tienes las manos frías— dijo la señora que se había quitado los guantes mientras bebía su ponche— quizás será mejor que nos vayamos, ya es tarde.
—Claro que no, usted se está divirtiendo y no quiero estropearle la noche.
—¿Estás segura?
—Por supuesto, ¿Qué le parece si vamos al salón de baile a ver cómo se lucen las parejas?
—Tu carnet de baile debe estar repleto— dijo ella mirando el cartón que lucía atado a su puño.
—Creo que tengo que bailar con el señor Daniels.
—Es una buena opción, cariño. Ve al salón y espera que el señor Daniels te encuentre, yo me quedaré cerca para ver cómo te luces— dijo la señora dejando su vaso vacío sobre una mesa y mirando si aparecía otro mozo por ahí.

Melany se fue caminando hacia el salón para salir de allí. La impresión aun la tenía consternada. Después de tanto tiempo volver a verlo le parecía increíble. Tan lejos de Bedford, tan lejos de casa y de aquellos lindos recuerdos. A escasos metros de ella, en un lugar tan alejado, el hombre más importante de su vida que ella había dejado ir por cobardía, por acatar las decisiones de su padre y por no reconocer que sentía por él en ese momento lo que notó con el tiempo, un amor profundo, que se truncó por causa del destino. Pensó que nunca volvería a verlo, pensó que no volvería a Bedford jamás porque no se sentía capaz de ver cómo él había continuado con su vida.

Esa mujer debía ser su esposa, seguramente. Se enteró después de que el conde se había casado con una rica heredera y que los Hart que habían sido relegados por una parte de la sociedad entre los que se encontraba su padre, luego de aquel enlace provechoso habían vuelto a recuperar el lugar que siempre tuvieron en aquella misma sociedad. Su hermana conocía a Abigail, la más pequeña de la familia y a través de ella había estado al tanto del destino de los hermanos. Emily se había casado con el vizconde de Ashfield y Peyton se había casado con un barón francés. De Aidan jamás supo nada más y ahora que lo tenía tan cerca no quería saberlo tampoco. Saber de su felicidad sería tal vez su tristeza.

Se dedicó a seguir los pasos del señor Daniels que era un joven divertido y entusiasta. No era un hombre atractivo realmente, pero era grata su compañía y bailar con él fue estimulante. Cuando la pieza terminó ya había recuperado su compostura y decidió que a pesar de que no deseaba estropearle la noche a su tía, le pediría que se fueran de allí.

Se despidió del señor Daniel que le agradeció su compañía y fue hacia su tía que en ese momento estaba compartiendo en un grupo en el que estaba la mujer que había llegado con él un momento antes. Trató de evadir el encuentro, pero su tía la vio primero y la llamó a su lado.

—Evangeline, le presentó a mi sobrina Melany Sutton.
—Melany, querida, la señorita Evangeline Atkinson.
—Señorita Atkinson, encantada— dijo la chica pensando que la muchacha no era una Hart y eso

le pareció estúpidamente fabuloso.
—No sabía que estaba en la ciudad— dijo la tía Deirdre que parecía conocer bastante a la chica — ¿su madre está con usted?
—No, mi madre se quedó en Londres, estoy aquí con papá que trajo a unos socios que desea presentarle al señor Connoly.
—¿Su padre está aquí? Me encantaría saludarlo.
—Claro, se quedó conversando con tío James, pero ya debe estar aquí en el salón— dijo la chica buscándolo por la habitación— justamente, ahí vienen— agregó haciendo que Melany se sintiera agitada y sin aire.

Apenas unos segundos después tenía frente a ella a un señor alto y robusto, sonrosado y con los mismos ojos de la chica rubia que le sonreía, junto a él dos hombres, uno desconocido, alto, trigueño de ojos oscuros y rasgos atractivos; el otro rubio, alto también con unos ojos celestes intensos y con el gesto serio, distinto al gesto risueño que siempre tuvo con ella en aquellos tiempos en los que la cortejaba.

—Señora Sullivan, qué placer verla nuevamente.
—Señor Baxter, me alegro de encontrarlos. Espero que Arlene esté bien de salud.
—Está divinamente, pero prefirió quedarse esta temporada en Londres, ya sabe, Tara está debutando y tiene que acompañarla.
—Tiene razón— dijo la dama observando a los jóvenes que la acompañaban.
—Que descuido— dijo el hombre— le presento a unos amigos que están de visita en casa— el señor Freeman y el señor Hart— declaró el hombre señalando a los muchachos que saludaron a la dama con cortesía.

Melany fijó la vista en el señor mayor, evitando mirarlo a él, que notaba que tampoco la miraba a ella. La tía tuvo que pisarla suavemente para llamar su atención.

—Le presento a mi sobrina Melany Sutton— dijo sonriendo a la chica que estaba como pasmada.
—Señorita Sutton, un placer— dijo el trigueño colocando un beso en su mano.
—Señorita Sutton, me alegro de verla, espero que su familia se encuentre bien— dijo el rubio haciendo que todos se mostraran intrigados.
—Están bien, señor Hart. Muchas gracias por su preocupación— declaró ella viendo que todos los observaban sorprendidos; su tía Deirdre la primera.
—¿Se conocen? — preguntó la rubia asombrada.
—La familia del señor Hart es de Bedford, lugar en el que vive mi familia también— aclaró ella sin explicar nada más— espero que el conde y su esposa estén muy bien, supe que tuvieron gemelos.
—Es verdad, el conde y su familia están muy bien, gracias por su consideración, señorita Sutton — declaró él poniendo distancia entre ellos.
—Creo que es hora de irnos— dijo Freeman para distender el momento incómodo— buenas noches, señorita. Señora.
—Buenas noches, señor Freeman, espero que su estancia en Brighton sea placentera. Señor Hart — dijo la señora observando con detención al chico que se despidió de ella con cortesía.
—Deirdre, esperamos que nos visiten— dijo la rubia siendo cortés.
—Evangeline, querida. Será un placer visitarla, esperaré su invitación— dijo la dama sonriendo

animadamente— dele mis saludos al señor Atkinson.
—Jonathan está en Londres, regresa pasado mañana— dijo la muchacha que finalmente no tenía intenciones de ser una Hart.

Capítulo VII

Ya en casa, las damas se despojaron de sus capas y se retiraban a sus cuartos cuando la tía no aguantó más la curiosidad.

—¿No me vas a contar?
—¿Qué cosa?
—No te hagas la distraída. Quiero saberlo todo— dijo la tía tomándola de la mano para hacerla sentarse frente a ella en uno de los sillones del salón.
—¿Se refiere al señor Truswell? No sucedió nada, sólo bailamos.
—Deja eso, Melany. Me refiero al rubio con esos ojos preciosos.
—Ah, el señor Hart.
—Si, al señor Hart. ¿no crees que tiene unos ojos preciosos?
—Los Hart son todos guapos, tía. Es una familia importante en la región, el mayor es el conde de Bradley, sus hermanas son hermosas e hicieron muy buenos matrimonios.
—¿No te gusta?
—Tía Deirdre, Aidan Hart no va a interesarse en mí.
—No te pregunté eso. Pregunté si te gusta— dijo la señora que notó en seguida que algo había entre ellos.
—Como no va a interesarse en mí, no importa si me gusta— declaró la chica poniéndose de pie — buenas noches, tía. Que descanse, ya es tarde, vaya a dormir— agregó bostezando.
—No me engañas, Melany. Cuando lo viste te pusiste como un papel y luego parecías pasmada al tenerlo enfrente.
—Buenas noches, tía— dijo la chica sonriendo y retirándose a su cuarto.

La señora vio como la muchacha subía las escaleras y llamó a su doncella para que le ayudara a prepararse para dormir, pero decidió que iba a averiguar qué era lo que su sobrina no le contaba.

En casa de los Baxter, el anfitrión ofrecía un trago a sus invitados que deseaban retirarse a dormir, pero no podían ser groseros con el señor y aceptaron acompañarlo un rato más. Su hija se había retirado a su alcoba y los dejó para que fumaran tranquilos.

—Mañana nos reuniremos en el club con los señores Rudd y Simpson, les aseguró que están tan interesados como yo.
—Nos encantaría hacer negocios con usted y sus socios, señor Baxter.
—Tenemos que analizar bien todo, pero sería muy provechoso para nuestros campos poder contar con alguna ayuda como la que ustedes ofrecen.
—Y que ha sido exitosa en varios sitios ya. Lord Brewster quedó muy contento— señaló Hart lanzando una bocanada de humo al aire.
—Lo sé, muchacho, lo sé. Me los recomendó muchísimo— dijo el señor bostezando por segunda vez— creo que me iré a dormir, jóvenes. Los dejo en su casa, si desean algo pueden llamar a Riggs.
—No se moleste, nos iremos a dormir en seguida— dijo Freeman apagando el cigarro en una bandeja.

El señor se despidió llamando a su ayudante de cámara y los dejó solos en el salón de fumar.

Freeman se sentó en una de las sillas que rodeaban la mesa principal de la sala.

—Es muy hermosa, ¿qué pretendes?
—Nada.
—No te creo— dijo Freeman estirándose para descontracturarse.
—Te aseguro que no tengo ninguna intención.
—Recorriste medio país para verla, me trajiste obligado para conocer a esta gente que te recomendó Brewster.
—Han sido una buena opción, creo que vamos a hacer negocios con ellos.
—Pero tú no viniste a hacer negocios solamente.
—Siempre tengo en mi mente los negocios, es lo más importante.
—Es muy hermosa en realidad. ¿De verdad pudo ser la señora Hart?
—Eso fue hace mucho tiempo— declaró el rubio apagando ahora su cigarro en la misma bandeja que su amigo.
—Parece que ella no te ha olvidado.
—Estás igual que mi prima y mi hermana. Eso quedó en el pasado— aclaró nuevamente— No debí contarte.
—Aunque no me hubieras contado lo habría notado igual. El silencio incómodo y las chispas que sacaron al mirarse los delata.
—No hubo ninguna chispa.
—Reconoces el silencio incómodo entonces.
—Fue incómodo realmente. Tal vez está casada.
—No lo está. Su tía, la presentó como la señorita Sutton.
—Puede estar comprometida— manifestó Hart incómodo.
—Si fuera su prometido no la dejaría ir sola a una fiesta y que bailara con otros hombres.
—Eres muy celoso, Freeman— bromeó el rubio cambiando el tema— me voy a dormir, estoy cansado. Mañana tenemos que reunirnos con esos tipos en el club, sería bueno que llevaras los modelos de las máquinas, no sé dónde tengo los míos.
—Perdiste la cabeza esta noche— rio el otro viendo como su amigo se retiraba del cuarto y subía las escaleras.

Al día siguiente en el club, los amigos se reunían con varios caballeros que se mostraban muy interesados en conocer los beneficios de las maquinarias que ellos vendían en la isla y en América lo que era una novedad para aquellos terratenientes que habían manejado sus propiedades con las técnicas más arcaicas. Desde que se empezaron a usar máquinas para trabajar el campo, quienes se atrevían a incorporarlas a sus labores tenían diferencias importantes de productividad.

—Conozco muy bien estos métodos, tengo un sobrino que las ha estado usando hace años— dijo uno de los hombres bastante interesado.
—No lo sé, debe ser muy complicado, mis trabajadores no van a saber usarlas.
—Se les enseña a usarlas, señor Belvedere— señaló Freeman tratando de convencerlos.
—A mí me parece una idea muy atinada— dijo otro.
—No lo sé— insistía el que no lograba convencerse.
—Tienes que ajustarte a los nuevos tiempos. El que no se sube a la modernidad se queda muy atrás— le recomendó Baxter que ya era uno de los convencidos.

—Caballeros, si tenemos interesados de verdad podemos traer una de las máquinas hasta aquí. La próxima semana llegará desde Londres un barco con un prototipo.
—Me interesaría conocerlo, señor Hart— dijo un hombre alto y muy flaco con unos espejuelos redondos y poco cabello en la cabeza que todos le habían advertido que era uno de los más adinerados de la región.
—Si lo desea, podemos tener la maquinaria aquí funcionando en un par de semanas, señor Rudd.
—Le aseguro que quedará encantado con lo que logrará hacer con ella— dijo Freeman entusiasmado.

Luego de varios minutos más, en los que los caballeros revisaban los planos de las máquinas y leían los folletos explicativos todos se fueron a beber un trago al bar junto a Baxter y a comentar sus impresiones. Los socios se quedaron en el salón ordenando sus papeles.

—¿Qué te pareció?
—Creo que uno o dos podrían interesarse de verdad, el resto aún está muy reacio.
—Cuesta acostumbrarse a las cosas modernas— dijo Freeman guardando en un bolso los planos que había doblado.
—Creo que deberíamos ir a casa, el señor Baxter es muy puntual con los horarios, en cuanto termine de beber su trago saldrá de aquí.
—Este club no es gran cosa, prefiero cenar en casa de Baxter, tiene una buena cocinera.
—Y mañana llega Atkinson, me interesa conocerlo. Al parecer es un joven de estos tiempos.
—Y muy adinerado— señaló Freeman sentándose en una silla que estaba junto al gran mesón en el que habían estado reunidos.

Cuando se preparaban para irse a casa de su anfitrión, entró un par de hombres al club y se sentaron en la mesa contigua. Uno de ellos, moreno y alto pidió un trago a un mozo e invitó a su amigo.

—La tía me invitó a visitarlas, al parecer la señorita Sutton está disponible e interesada en un buen matrimonio— dijo el moreno haciendo que Freeman que estaba de espaldas al tipo abriera los ojos con intención mirando a Hart.
—¿Es la chica de ojos verdes?
—La misma, es una belleza. Tiene buen porte, es elegante y se ve desenvuelta.
—Sería una buena vizcondesa— declaró el pelirrojo que lo acompañaba.
—Mi padre me apremia, desea herederos pronto. No me molestaría engendrarlos con una chica así— rio el vizconde.
—¿Qué vas a hacer?
—Creo que si decido cortejarla tendré muchas posibilidades.
—¿No hay otros interesados acaso?
—No me importa, tengo una fortuna considerable, un título importante y mi padre es conde. No creo que tenga rival para eso— dijo el hombre seguro de sus posibilidades.
—¿Qué sabes de ella?
—Que tiene una cintura pequeña, unos pechos abundantes y una piel de seda. No necesito saber nada más— rio el hombre otra vez, haciendo que Freeman se pusiera serio.

Aidan se levantó y tomó el bolso de cuero apretándolo fuerte, miró a su amigo y le hizo un gesto

de que lo acompañara a la salida. Antes de encaminarse hacia la puerta miró al moreno con detención e interés. Freeman salió junto a él sin hablar. Su amigo tenía mal gesto y ya le conocía el genio.

—Caballeros, que bueno que los encuentro— dijo el señor Baxter satisfecho de su suerte. Era un hombre alegre.
—Señor Baxter, ¿qué le pareció la reunión? — preguntó Freeman para sacar a Aidan de su ensimismamiento— Hart no quedó muy tranquilo.
—Despreocúpese mi caballero, mis amigos son anticuados y creen que la modernidad viene a darles problemas, pero yo los voy a convencer.
—¿Cree que estén interesados? — pregunto Freeman que aún no lograba atraer a su amigo a la conversación.
—Pienso que Rudd querrá invertir y quizás Flanagan. Yo de todas maneras lo haré y creo que Atkinson pensará como yo.

Freeman observaba a su amigo que miraba fijamente a la pareja de hombres que conversaba en la mesa del comedor. Baxter notó el gesto y se permitió comentarlo.

—Veo que conocieron a Truswell.
—No tuvimos el placer— dijo Freeman con indiferencia— ¿es alguien importante? — consultó para saber de quién se trataba.
—Su padre, el conde es muy importante, el chico acaba de regresar a casa, me refiero al moreno. El otro es Elliot Cadwell, hermano de un barón— agregó el señor haciendo un gesto de desdén— no vale la pena que se los presente, no tienen ningún interés en hacer producir el campo— añadió el señor lanzando una carcajada.
—Claro— dijo Hart que recuperaba el habla.
—Ahora, señores. Acompáñenme a casa. La señora Wilmot iba a preparar un lenguado al vapor que les va a encantar.

Los tres salieron del club, comentando la reunión que tuvieron con los caballeros. Aidan volvió a echar un vistazo al moreno que se regocijaba de su suerte y que al parecer seguía declarando sus planes de cortejar a la señorita Sutton.

Aquella misma noche, en la casa de la señora Sullivan, algunos invitados se encontraban reunidos en una de las habituales veladas que le gustaba organizar en donde además de algunos parientes y amigos, aprovechaban de conocer a los visitantes ilustres del pueblo. La tía de Melany había invitado oficialmente al señor Truswell para que las acompañara en aquella ocasión. Las damas terminaban de prepararse en sus cuartos.

—Querida, ya deberías estar lista. Voy a bajar en seguida— dijo la dama acercándose a la puerta.
—Lo estoy, tía— respondió la chica tratando de abrochar una gargantilla de plata de la que colgaba un rubí pequeño.
—Me gusta tu sencillez. El vestido es adecuado y esta pieza perfecta— dijo la dama ayudándola con la joya.
—¿No estaré demasiado desabrida?
—Para nada, el rojo oscuro es elegante y el vestido tiene preciosos detalles. Me parece perfecto.

—Invitó a mucha gente, tía.
—Hacía tiempo que no hacíamos algo más importante. El señor Truswell lo merecía, es el invitado de honor.
—Espero que él no lo note— dijo Melany— no debería ser tan evidente, tía.
—El hombre se presentó solo y aceptó en seguida la invitación. El evidente es él, querida— bromeó la dama.

Melany se levantó de la silla en la que estaba sentada frente al tocador y la tía se asomó al espejo para verse el escote. Colocó el pañuelo que llevaba en la mano entre sus pechos con un gesto gracioso y se levantó los pechos para dejarlos en su sitio, haciendo reír a la chica.

La señora Sullivan era una viuda de aspecto juvenil aun, a pesar de sus cuarenta y ocho años, con dos hijos ya crecidos y una hija bien casada. Dos de ellos vivían en Escocia y se aparecían solo una temporada en el verano para visitarla, traer a sus nietos y enloquecerla con sus alborotos, el otro la visitaba cada vez que tenía ocasión entres sus muchas obligaciones en Dorset. Mientras tanto, podía aprovechar de estar sola en casa y comunicarse mediante una correspondencia permanente, eso la hacía feliz. Más de algún pretendiente aún tenía; la señora no perdía el tiempo.

—¿Conoce al conde? — preguntó Melany cogiendo un abanico para aprestarse a bajar al salón.
—Algo.
—¿Por qué creo que ese algo es bastante?
—Puede ser. El padre de Truswell es un hombre muy atractivo, si no quieres ser vizcondesa, todavía podría ser yo una condesa, querida— bromeó la dama.
—¡Está bromeando! — exclamó la chica, pero al verla seria, agregó— no está bromeando— afirmó riendo.
—Invité al padre y al hijo. Veamos quién se ve más interesado— rio la señora invitando a la chica a bajar.

En el medio del salón se habían formado algunos grupos, al verlas llegar junto a ellos, algunos caballeros se adelantaron a recibirlas.

—Señora Sullivan, luce radiante— dijo un caballero alto y delgado cogiendo su mano y besando su dorso por encima del guante que llevaba.
—Lord Foley, es usted tan amable— dijo ella sonriendo— permítame presentarle a mi sobrina, Melany Sutton.
—Señorita Sutton, un placer.
—Lord Foley, encantada— respondió ella observando a la concurrencia.
—Tengo que saludar al resto de los invitados, Harvey, luego conversaremos— propuso la dama dejando al caballero contento.

La tía se reunió con otras personas que le hablaron y Melany fue a reunirse con algunas amistades. Tiffany y Hope Callaghan.

—Melany, su tía es una gran anfitriona— dijo la menor que era una chica bajita y de hermosos ojos azules sobre una pecosa nariz.

—Fue muy amable de invitarnos a esta velada— dijo la mayor que era trigueña y de bonita sonrisa, con unos ojos oscuros.
—Tiffany, al contrario. Les agradezco que vinieran, no conozco a casi nadie en esta velada, me harán compañía. No me dejen sola— suplicó sonriendo.
—Por supuesto que no lo haremos— dijo la pequeña que apenas había cumplido dieciocho años unos meses atrás.
—Prueben los bocadillos de salmón o los canastitos de langostinos, están deliciosos— ofreció Melany cogiendo uno de la bandeja de un mozo.
—Creo que escogeré éste— dijo Hope que era más atrevida que su hermana.
—Cariño, compórtate— pidió la mayor con pudor.
—Por favor, Tiffany, disfrute de la velada y no se preocupe de nada— dijo Melany mirando si había algún joven interesante para presentarle a su amiga.
—Le agradezco su preocupación. No nos invitan a muchas veladas como ésta— dijo la chica aceptando una copa de espumante.
—¿Su madre está mejor?
—Si, afortunadamente fue sólo una gripe— dijo la rubia saboreando un bocadillo de salsa de queso.

Mientras hablaban notó que la tía Deirdre la llamaba con un gesto. Les pidió a sus amigas que la acompañaran. Acababa de llegar el conde con su hijo. Ambos lucían impecables, tanto el padre como el hijo llevaban trajes negros con chalecos de brocato dorado. El señor era bastante atractivo y el joven moreno y alto era bastante bien parecido. Las chicas quedaron agradadas de conocerlo.

—Señorita Sutton, un placer volver a encontrarla— dijo el joven y le presentó a su padre.
—Mi lord, encantada— dijo la chica haciendo una reverencia al señor que era moreno como su hijo y peinaba bastantes canas que le hacían parecer muy elegante.
—El encantado soy yo, estimada señorita— dijo el hombre y luego dirigió su atención a la tía Deirdre que esperaba su turno para saludar al señor— Deirdre, tan fascinante como siempre— dijo haciendo que la mujer se ruborizara y que las chicas se asombraran del descaro.
—Mi lord, exagera. No soy nada fascinante al lado de estas muchachas— dijo fingiendo modestia. Había sido una de las más famosas debutantes de la región muchos años atrás por su belleza y encanto.

Mientras los mayores se dedicaban a coquetear causando asombro en las muchachas, Melany aprovechó de presentarle a sus amigas al vizconde.

—Mi lord, le presento a la señorita Callaghan y a su hermana la señorita Hope— dijo señalando a las chicas que lo miraban ruborizadas.
—Señorita Callaghan, un placer— dijo deteniéndose en el escote de Tiffany que era bastante bien formada y luego en los ojos de Hope que eran realmente llamativos— señorita Hope.
—El placer es nuestro, mi lord— dijo la pequeña, que era más osada. La mayor se mantuvo en silencio solo haciendo un saludo amable.
—Señorita Sutton, permítame decirle que se ve radiante, ese color le favorece muchísimo— señaló el joven admirando ahora sus pechos.
—Agradezco que haya aceptado la invitación de mi tía, fue bastante repentino.

—Para nada, me encanta reunirme con gente interesante y con muchachas tan guapas— agregó mirando a la Callaghan que no le quitaban la vista de encima.

Unos minutos después, las chicas volvían a su conversación, viendo como el vizconde se alejaba para reunirse con algunas amistades de su padre.
—Creo que la está cortejando— dijo Tiffany admirando a Melany que era demasiado elegante y distinguida comparada con ella.
—Así parece— dijo ella con indiferencia.
—¿No le parece atractivo? — preguntó siendo bastante atrevida.
—Querida, veo que la ha impresionado— dijo Melany mirándola con detención.
—Claro que no. Es que es un hombre tan elegante, no tenemos la posibilidad de conocer gente como él— explicó Tiffany mirándolo desde lejos.
—Claro que es atractivo— declaró su hermana— tiene unos ojos hermosos y es tan alto— agregó haciendo que la mayor se horrorizara.
—¡Hope!, no debes hablar así.
—Lo siento, señorita Sutton— se disculpó la chica.
—No tiene que disculparse, Hope. Y puede llamarme, Melany. Somos amigas ¿o no?
—Claro, Melany— dijo la pequeña saboreando otro bocadillo, ahora de pavo con salsa de coñac.

El resto de la noche, el señor Truswell lo dedicó a conversar con la señorita Sutton, que al parecer ya estaba aprobada por el padre para ser cortejada por el hijo, aunque el señor no estuvo muy pendiente de la pareja puesto que sus ojos estaban dedicados a deleitarse con la fascinante señora Sullivan.

Capítulo VIII

En casa de la señora Sullivan, estaba todo listo para que las damas salieran rumbo a la mansión de los Baxter. La invitación formal había llegado unos días antes y la tía obligó a la sobrina a disponerse de buena forma para asistir. La chica tenía reticencia a presentarse en aquella casa y la tía sospechaba la razón. La obligó a vestirse adecuadamente para la ocasión y a colocarse en la cara la mejor sonrisa.

—No podemos ser groseras con ellos. Eran muy amigos de Sullivan, siempre han sido muy amables conmigo— dijo la tía apelando a la sensibilidad de la chica.
—Lo sé, tía. Es que no conoceré a nadie, me sentiré como pollo en corral ajeno.
—Me conoces a mí— declaró la dama— y no he visto nunca que seas tímida, cariño. Sabes comportarte perfectamente. Es una buena ocasión de conocer gente— dijo la señora— además conoces al señor Hart y conocimos a su amigo la otra noche.
—No creo que el señor Hart esté en la ciudad todavía, no lo hemos encontrado en ninguna de las veladas a las que hemos asistido.
—Estará ocupado, no dices que es un hombre de negocios.
—Eso dicen— manifestó recordando lo que había oído.

Cuando conoció a Aidan Hart en la fiesta de los Richmond quedó encantada con él. Era un joven atractivo, pero además risueño y de conversación interesante. No conoció mucho a sus hermanos, pero decían que era gente muy agradable y que la abuela que los crio era pariente de algún duque o algo así. En pocos meses habían logrado cercanía y se sentía muy cómoda a su lado. Se encontraban en muchas fiestas y veladas y siempre la interacción fue interesante. Los ojos de él eran tan azules que la hipnotizaban y parecía que a él le gustaba estar en su compañía. Lamentablemente, cuando se supo la noticia de que los Hart estaban arruinados, su padre puso la mayor distancia entre ellos.

Ella creyó que él trataría de recuperar la amistad, pero pasó poco tiempo hasta que su padre concertó el compromiso con el hijo de Stanford y todas sus esperanzas se fueron diluyendo. Luego supo que los Hart habían vuelto a tener el esplendor de siempre y que Aidan se había ido a América. Después todo se volvió un desastre, se encontró enlodada en medio de un escándalo que ella no propició, pero que pudo manchar a su familia. Su padre la sacó de Bedford repentinamente y se encontró en medio de una sociedad que no conocía y que hasta ahora aun no lograba integrar con comodidad. Tal vez no era una mala idea aceptar las atenciones de Truswell. Luego de todo lo sucedido, atrapar a un vizconde sería algo excepcional y podría compensar los malos ratos que pasó su familia.

Cuando llegaron a casa de los Baxter, el señor las esperaba en la puerta y las recibía junto a su hija como al resto de los invitados. Melany había escogido un traje de encaje celeste con patrón de pequeñas flores sobre un fondo de raso del mismo tono, que le hacía una bonita cintura y que terminaba en unas mangas que llegaban hasta el codo ajustadas y transparentes, la falda era de gasa celeste también con aplicaciones del mismo encaje del corpiño que caían haciendo un coqueto faldón sobre la delicada tela. La parte trasera era bastante escotada y la cubría con una gruesa trenza adornada con brillantes y perlas que le hacían una bonita espalda.

Luego de ser recibida por Evangeline que las llevó a reunirse con una tía mayor que descansaba en un sillón que se veía bastante cómodo, Melany dejó a su tía para ir a recorrer los salones y comprobar si encontraba a alguna conocida. Tardó poco tiempo en encontrar a la señorita Townsend y a Amy Flanagan, un par de muchachas que eran hijas de amistades de su tía, con las que no tenía intimidad, pero que eran agradables y siempre tenían historias divertidas que contar.

—Melany, que gusto verla— dijo la morena que se llamaba Catriona.
—Que placer encontrarlas, no conozco a nadie aquí— se lamentó Melany.
—Porque sale muy poco, debería visitarnos más seguido— dijo la chica Flanagan que era un muchacha alta y espigada con unos ojos muy separados.
—Se habría enterado del escándalo de los Cohen— declaró Catriona entre susurros.
—¿Qué sucedió? — preguntó Melany alarmada. La palabra escándalo la tocaba muy de cerca.
—Encontraron a Daisy con el señor Lincoln, se escapaban a Gretna Green.
—¿Qué dice?
—Parece que quería huir del compromiso con lord Rutherford.
—¿Lord Rutherford? Si podría ser su abuelo.
—Por eso mismo, la chica se aferró al primero que encontró.
—¿Quién es ese señor Lincoln?
—Un tipo que apareció hace unos meses, creo que su padre tiene un astillero o algo así y se dice llamar barón de alguna parte.
—Obviamente es un farsante—dijo Catriona horrorizada— Daisy es una ingenua.
—Está perdida— afirmó la otra con gesto triste.

Se hizo un silencio incómodo, que Melany no quiso interrumpir y luego de unos segundos las chicas retomaron la conversación.

—¿Conoció a los invitados de los Baxter? Dicen que uno de ellos es realmente arrebatador.
—¡Amy! — la reprendió su amiga.
—Es cierto, escuché que tiene unos ojos fascinantes. Y el otro es bastante guapo, lo vimos en la ciudad — dijo mirando a la morena— no niegues que te pareció guapo.
—¡Deja de hablar así! Tu madre se horrorizaría.
—No está escuchando ahora— dijo riendo.
—Si, los conocí en la fiesta de los Connoly, el señor Baxter nos presentó.
—¿Es verdad que es tan guapo? — preguntó Amy.
—No me fije. Sólo los saludé un momento.
—Ojalá que estén aquí esta noche. No he visto a ningún hombre que valga la pena— dijo Catriona Townsend vaciando su copa.
—Deja de beber, Catriona. Tu madre te va a reprender.
—No la veo por aquí— dijo haciendo reír a las otras

Tardaron poco tiempo en descubrir que efectivamente los jóvenes estaban en todavía con los Baxter.

—Mira, Evangeline viene con un par de hombres guapos— dijo la chica alta.
—Deben de ser ellos— declaró la otra.
—Dios, el rubio me hizo doler las muelas.

—¡Amy! Estás tan atrevida hoy.
—Hacía tiempo que no venían hombres así por este pueblo.
—Vienen hacía acá— dijo Catriona alarmada.

Evangeline Atkinson se acercó a ellas y las saludó con cortesía. Los hombres que la acompañaban hicieron lo propio.

—Señorita Sutton, que gusto volver a verla— dijo el mayor de los dos hombres, trigueño y de ojos pardos.
—Señor Freeman, pensé que ya nos habían dejado.
—Por supuesto que no, aún no hemos terminado algunos asuntos— dijo mirando a su amigo que no hablaba.
—Señor Hart— dijo ella saludándolo con cortesía.
—Señorita Sutton— fue lo único que respondió él sin dejar de mirarla con sus intensos ojos, logrando ponerla nerviosa.

Sus amigas acudieron a su auxilio, dándole un codazo para que las presentara con los señores. Ella reaccionó en seguida, procediendo a presentarlos.

—Señor Freeman, señor Hart, les presentó a la señorita Catriona Townsend y a la señorita Amy Flanagan, su padre es el barón de Adkins.

—Encantado, señorita Towsend— dijo el rubio recibiendo la mano de ella para colocar un beso en su dorso— señorita Flanagan.
—Encantada, señor Hart— dijo la morena dedicándole su mejor sonrisa.
—Conocimos a su padre, hace unos días en el club— dijo Freeman sonriendo amablemente.
—Espero que los habrá invitado a visitarnos.
—No en realidad— dijo Freeman fingiendo pesar.
—Voy a solucionar eso, le diré a mi madre que los invité a nuestra siguiente velada, vamos a tener una cantante de ópera muy famosa.
—Adoro la ópera— dijo la señorita Townsend.
—Entonces tienes que venir, querida— dijo su amiga concertando el panorama en seguida— espero que aceptará la invitación.
—Por supuesto— dijo Freeman.
—Creo que no estaremos tanto tiempo más en la ciudad— agregó Aidan interviniendo en la conversación.
—Que lamentable— dijo Amy Flanagan decepcionada— le diré a mamá de todas formas que mis amigas irán a ver a la cantante de ópera. ¿Usted nos acompañará, señorita Sutton?
—Me encanta la ópera también— dijo ella mirando a Hart que la miraba de reojo.
—Entonces creo que nos quedaremos unos días más. ¿no es cierto, amigo? — dijo Freeman golpeando al otro en el codo.
—Si, creo que nos quedaremos unos días más— señaló mirando a Melany a los ojos y haciéndola ruborizar.
—Perfecto, le diré a mi madre entonces— dijo la chica despidiéndose de los jóvenes que se retiraron para volver son la señora Atkinson que los buscaba y reunirse en un grupo cercano.
—Es demasiado guapo— dijo Catriona cuando quedaron solas.

—¿A cuál te refieres? — dijo su amiga.
—A los dos— declaró riendo a carcajadas.

Melany se quedó como petrificada. Verlo de nuevo estaba siendo una tortura. Aidan Hart era un hombre atractivo, disponible y adinerado. No tardaría en atraparlo la hija de algún noble que fuera muy afortunada. ¿Estaría equivocada o le pareció que él no dejaba de mirarla? Se reprendió a sí misma por pensar tonterías. Obviamente que Aidan Hart no pensaría en ella como esa hija de noble, aunque su padre fuera un barón, jamás le perdonaría el desprecio que sufrió por su causa y la cobardía de ella por abandonarlo cuando él estuvo en desgracia.

Cuando estaba cavilando en esas ideas, alguien le habló. Reconoció la voz en seguida y se volteó para verlo.

—Señor Truswell, no lo había visto.
—Acabo de llegar, a usted es imposible no verla— dijo el otro siendo cortés.
—Es usted muy galante.
—Y usted muy hermosa— declaró asombrándola. Pensó que el hombre era muy atrevido— me permite invitarla a bailar o acaso ya está comprometida.
—Me encantará acompañarlo— dijo al ver que Aidan la observaba detenidamente unos metros más allá.

Se retiraron a la pista y se dedicó por un largo rato a aceptar las atenciones del vizconde que cada vez hacía más evidente su interés.

En uno de los rincones del salón, Freeman y su amigo bebían de sus copas mirando a las parejas que bailaban.

—¿No piensas invitar a alguna chica a moverse al ritmo de la música?
—No creo que valga la pena.
—Ni siquiera invitar a una guapa muchacha de ojos verdes que te está martirizando mientras disfruta en brazos de otro.
—Te has vuelto un verdadero incordio.
—Sólo digo que deberías aprovechar tu oportunidad. No creo que ella te rechace.
—No estoy seguro.
—Corre el riesgo. Eres un hombre de negocios. No te he visto dudar cuando el riesgo es menor que el beneficio— lo alentó Freeman mirando a lo lejos a una chica pelirroja que le dedicaba sus sonrisas— creo que yo voy a correr un poco de riesgo— dijo dejándolo solo y yendo en busca de la chica.

Aidan se quedó otro rato mirando a las parejas que bailaban. No podía dejar de notar que Melany le dedicaba sus sonrisas a Truswell y por la cara del tipo parecía que estaba completamente embrujado con ella. Su sangre empezó a calentarse y su cabeza no dejaba de girar. Melany Sutton ya no era la niña inocente que el conoció, eso era seguro, ahora era una mujer atrevida que no tenía pudor en coquetear con ese tipo a vista y paciencia de todos. Decidió hacerle caso a su amigo. Iba a correr el riesgo, la chica le interesaba, no le importaba lo que había sucedido en Bedford, quería darle una lección, puesto que lo despreció por nada.

Cuando la música se detuvo y vio que Truswell agradecía a Melany por su compañía se dirigió rápidamente hacia ella para no permitir que otro la abordara. Cuando llegó a su lado, le habló al oído haciendo que ella se sorprendiera.

—¿Me concede esta pieza? — preguntó susurrando en su oído y notando que la chica se estremecía.
—¿Quiere bailar conmigo?
—Se lo estoy pidiendo a usted— afirmó sin alejarse de su lado— Lo siento, he sido demasiado atrevido…
—No, no lo ha sido— dijo ella apresurándose en rectificarse para no hacer notar su ansiedad— quiero decir…

No alcanzó a terminar la frase cuando sintió que la cogía de la mano y aun por encima del guante la hizo sentir el mismo estremecimiento que en Bedford aquella noche en casa de los Richmond. Cuando lo tuvo frente a ella y él se acercó para comenzar la contradanza, ambos se miraron a los ojos y ella comprendió que jamás dejó de amarlo, que aquellos ojos la persiguieron desde aquel día y que siempre lo tendría en su cabeza. Cuando se alejaron y él de nuevo la acercó a su cuerpo para dar el primer giro sintió su aroma que le impregnaba los sentidos y el calor de su mano la hizo ruborizarse.

Aidan cerró los ojos un momento y se dejó llevar por la música. Él la llevaba con firmeza y cada vez que sus miradas se cruzaban las chispas que Freeman había descubierto estaban allí. Se dio cuenta que todo ese tiempo sin verla había sido una larga agonía, que cada vez que se decía que no le importaba que se hubiera casado con el hijo de Stanford se había estado mintiendo. La quería para él y si ella elegía a otro nuevamente y no sería su esposa, le daba igual, su deseo por ella era irrefrenable. Decidió que la iba a tener de cualquier forma.

Al escuchar los últimos acordes de la música todas las parejas se quedaron detenidas y se hicieron la venia final. Él hizo lo propio despidiéndose de ella y dejándola sola en la pista. Melany se quedó paralizada mirándolo alejarse y reunirse con sus amistades. Reaccionó unos segundos después al ver que nadie la acompañaba en medio del salón y caminó despacio para cobijarse junto a sus amigas que la esperaban ansiosas.

—El señor Hart es fascinante, ¿no cree? — preguntó Amy Flanagan sin dejar de mirarlo— no había bailado con nadie más, espero que ahora quiera seguir haciéndolo.
—Y baila muy bien— dijo la señorita Townsend sin quitarle la vista de encima— ¿no le parece?
—Si, baila bastante bien— dijo ella buscando a la señora Sullivan con la mirada— creo que mi tía me está llamando— dijo excusándose y saliendo del salón.

Las muchachas se quedaron comentando lo fascinante que era el joven y deseando que les pidiera algún baile; la noche aún era joven.

Melany se retiró hacia el salón de descanso en donde otras chicas se refrescaban con algunas toallitas húmedas que las doncellas habían dejado para ellas. Cogió una de aquellas telas y la llevó a su cuello recorriéndolo suavemente y luego las aproximó a su rostro que aún estaba

encarnado. Se miró al espejo y escrutó su rostro, notando que su piel estaba tan lozana como siempre, que sus pestañas oscuras delineaban perfectamente sus ojos y se sintió hermosa y segura de sí misma. Se arrepintió de su actuar, se había comportado como una chica sumisa, pudiendo haber aprovechado de hablarle y reanudar su antigua relación. Recordó después que en Bedford todos hablaban del escándalo y de que él seguramente sabía lo que todos, que el señor Gibson y ella tuvieron un affaire a la luz de la luna en la casa de los Wills.

Lamentaba su estupidez de aquella noche, el tipo la engañó haciéndola creer que se iba a reunir con Scarlett de manera furtiva y ella fue para evitar que su hermana cometiera una locura, pero cuando llegó al sitio de la cita el hombre la esperaba a ella y algunos de sus amigos aparecieron de entre las sombras para presenciar su torpeza. Cuando llegó la tía de las Daniels, junto con las hermanas Donovan, las mayores chismosas del pueblo, todo se derrumbó para ella. Era obvio que Aidan Hart estaba al tanto de su desgracia y que la despreciaba como lo hizo Wright a instancias de Stanford, pues le negó el saludo a su padre desde el primer momento. Fue favorable que su madre la apoyara y que el tal Gibson desapareciera de Bedford días después, pero el daño ya estaba hecho.

Se volvió a ver al espejo y decidió que su belleza no iba a ser desperdiciada. Si tener a Aidan Hart no era una posibilidad tendría que buscar a un sustituto que le restituyera su buen nombre; mientras más alto el rango mejor sería. El señor Truswell era perfecto y se veía dispuesto por lo que apreciaba cada vez que estaba cerca. El hijo de un conde era un gran partido para ella que tenía casi veintitrés años.

Volvió a la fiesta y se aproximó al grupo en el que su tía conversaba con el vizconde que al verla acercarse le sonrió fascinado. La dama comenzó a declarar las condiciones musicales de la chica, sus habilidades para la decoración y su gusto por los niños y el hombre quedó cada vez más convencido de que la muchacha sería una esposa adecuada. Cuando se retiró de la fiesta se aseguró de conseguir otra invitación para la casa de la señora Sullivan.

Más tarde, cuando la fiesta ya estaba en su ocaso, tía y sobrina se retiraban del lugar cansadas, pero satisfechas.

—Creo que Truswell no tardará en pedir permiso para cortejarte.
—¿Lo cree de verdad?
—Por supuesto, basta verle la cara cuando te mira. Le gustas mucho— dijo la señora envolviéndose en su capa y quitándose los zapatos dentro del coche— mis pies no aguantan más.
—Debería usar unos zapatos menos apretados.
—¿Y que mi pie parezca de un elefante? Claro que no.
—Ahora parecen pies de elefante— afirmó la chica al ver como la dama se sobajeaba sus pies hinchados.
—Parecen una empanada de carne, mejor dicho— rio la dama— ¿Me vas a contar?
—¿Qué cosa?
—No soy tonta, Melany. Tú y el señor Hart se miran como si se fueran a devorar el uno al otro.
—¡Tía!
—Si tuviera veinte años menos me lo devoraría yo— señaló la señora entre sonrisas— es un especímen de la mejor calidad.

—¡Tía Deirdre! ¡Qué manera de hablar es esa!
—Se llama sinceridad— dijo ella arrebujándose en su capa— lo que deberías hacer tú es ser sincera con tu tía preferida.
—No hay nada que decir— dijo la chica guardando silencio.
—Yo creo que sí— declaró la dama— cuando una es vieja y no la sacan a bailar puede observar todo lo que sucede y ese hombre no te quitó la vista de encima en toda la fiesta.
—¿En serio? — preguntó Melany delatándose— quiero decir, no es cierto— agregó después.
—¿Cómo se conocieron?
—Le dije, tía. El señor Hart es hermano del conde de Bradley, su familia es prominente en la región. Mi padre era cercano a ellos y nos frecuentábamos.
—¿Es soltero?
—No lo sé, me imagino que sí.
—Es raro que nadie lo haya atrapado— dijo la tía.
—Es el segundo hijo, el conde tiene unos gemelos, niño y niña. No tiene ninguna opción al título, eso lo hace poco apetecido por las familias.
—Con título o sin título yo creo que es muy apetecible.
—Tía, creo que esta noche bebió más de la cuenta— dijo la muchacha arrebujándose en su capa ahora— creo que tenemos que pensar en el señor Truswell, allí hay posibilidades.
—No parecía que estuvieras interesada en el matrimonio.
—Porque no veía ninguna posibilidad, pero si el señor Truswell se ve dispuesto no veo por qué no aprovecharlo.
—Así se habla— dijo la señora— mañana mismo vamos a ir a ver a la modista, tengo unos diseños que te van a parecer divinos.
—Me asusta, tía.
—Tienes que mostrar tus atributos, el hombre tiene que caer rendido a tus pies— declaró la señora bostezando y comenzando a dar cabezadas en el coche.

Mientras su tía dormía, Melany se regocijó con sus recuerdos. Instantáneamente recordó aquella tarde en la jornada de caza de los Roswell cuando Aidan Hart la besó por primera vez.

—No debería estar sola, sin su carabina, señorita Sutton— dijo el joven asustándola al hablar a su espalda.
—Me perdí, creí que por este camino llegaría al salón principal— explicó ella volteándose y mirándolo fijamente.
—Si desea puedo acompañarla.
—Claro que no, no estaría bien— dijo ella alarmada tan sólo de imaginar que alguien pudiera verlos allí solos.
—¿Le molestaría que pensaran que hay algo entre nosotros?
—No, no es eso.
—¿No le molestaría?
—Señor Hart, me está confundiendo— declaró ella incómoda— creo que es mejor que me vaya.
—Anoche se veía hermosa, no tuve ocasión de decírselo— dijo él acercándose unos pasos— escapó de mí toda la noche.
—No escapé de usted— dijo ella tratando de alejarse unos pasos.
—Ahora lo está haciendo— señaló él atrapando su mano.
—Señor Hart, ¿qué hace? — alcanzó a decir antes de sentir que el rubio posaba sus labios en su

boca.

El sabor de sus labios era agradable, el aroma de su loción era arrebatador y sus manos rodeando su cintura la hicieron sentir acalorada. Dejó que la besara, sin moverse de sus brazos y cuando el beso terminó los ojos de él se mantuvieron en los suyos logrando cautivarla, haciéndola incapaz de escapar.

—Tiene unos ojos hermosos, señorita Sutton, rivalizan con el verde de este bosque que nos rodea.
—Señor Hart, conozco su fama— dijo ella tratando de recuperar la cordura.
—¿De qué habla? Soy un caballero.
—Lo dudo. Acaba de besarme a la fuerza— dijo ella sin dejar de mirarlo a los ojos.

Aidan sin soltarla, comenzó a acercar su boca a los labios de ella que no se movía. Cuando estaba solo a unos milímetros de tocarlos se detuvo.

—Dígame que no lo haga.
—Señor Hart…
—Si me dice que no lo desea, no lo haré— advirtió él sin moverse de su sitio.
—Creo que debo regresar…

Aidan se acercó un poco más y rozó sus labios con los de ella que cerró los ojos, dejando que él tomara posesión de su boca en un largo beso, demasiado apasionado para lo que ella había conocido hasta entonces. Un ruido los distrajo, alguien gritaba buscando a sus compañeros. Ella reaccionó separándose de su lado.

—Me tengo que ir— dijo dando media vuelta para rodear la pared y entrar a la casa.
—No me abandone— pidió el alcanzando a cogerla de la mano.
—Señor Hart— dijo sonriendo— usted es muy insistente— agregó sin atreverse a mirarlo.

Él la soltó entonces y ella corrió hacia la casa. A lo lejos vio a una de sus amigas que la estaba buscando. Al reunirse con ella, la otra la encontró rara y se lo hizo notar.

—No deberías salir sin sombrero, estás roja— dijo la señorita Sharp.
—Lo olvidé en el salón— se excusó ella.
—Y el guante, ¿también lo olvidaste? — preguntó viendo que ella sólo llevaba uno de sus guantes.

Se dio cuenta entonces que su guante ya no estaba en su mano. Miró hacia el sitio desde el que venía y pudo ver como a lo lejos, Aidan Hart la saludaba sacudiendo el guante que le había robado.

Capítulo IX

Las señoras paseaban por el pueblo junto a sus doncellas que llevaban algunas cajas. Habían recorrido las calles en busca de algunas chucherías que necesitaban para complementar sus vestidos. Llegaban a la tienda de Madame Dujardin, que era la preferida de las damas de la sociedad de Brighton.

—Mi señora, que placer verlas por aquí.
—Querida Marión, tenemos que renovar nuestro guardarropa.
—Han venido al lugar correcto. Le voy a mostrar lo que se está llevando en Paris— dijo la mujer buscando unos bocetas.
—Esta tela es preciosa— señaló Melany tocando un raso satinado de color lavanda con algunos brillos.
—Acaba de llegar desde Londres, la encargué a un importador que trae telas de oriente, tengo unas sedas que le pueden gustar más.
—Yo quiero sedas— dijo la dama— busco algo que sea adecuado para mis rasgos.
—Algo cobrizo le quedaría muy bien, o quizás un verde oscuro que le voy a mostrar en seguida — dijo Madame Dujardin —venga conmigo al probador, le voy a mostrar las telas que han llegado este mes.

Las tres se internaron en la tienda y llegaron hasta un probador con grandes espejos, allí la señora tenía varias piezas de tela separadas del resto.

—Esta tiene un bordado maravilloso, le quedaría muy bien a la señorita— dijo mostrando algunos trozos de tela que tenía en forma de muestrario.
—Me encanta ésta— dijo Melany que podía permitirse escoger aquellos vestidos gracias a la generosidad de su tía. Su padre no la estaba apoyando demasiado.
—Marión, deseo que le haga a mi sobrina un traje con cada una de estas telas— dijo escogiendo junto con la chica tres telas que se veían divinas.
—Si, me encanta este raso color lavanda, es el mismo que estaba viendo afuera. El marfil con bordados y este terciopelo color verde esmeralda.
—Se verá hermoso con sus ojos— le celebró la dama— tiene que decirme qué tipo de modelo prefiere.
—Buscamos algo atrevido, pero elegante, mucho escote y espaldas descubiertas— dijo la señora Sullivan.
—Tía, no creo…
—Hazme caso, Melany. Necesitamos llamar la atención.
—Por supuesto, señorita. Con esa figura y estas telas va a conseguir llamar la atención de todos en donde vaya.
—Para mí quiero algo en este brocado púrpura y me encantaría que usara esta seda color gris azulado en un vestido digno de la corte.
—Así lo haré. Por favor, vengan a elegir los modelos, tengo algunas ideas bastante innovadoras, de una nueva diseñadora. Una amiga del norte me envió unos bocetos— dijo la dama llamando a una de las chicas que trabajaba con ella— ¿desea té? ¿tal vez algún refresco? Tengo un jarabe de pera que debe probar.
—Un té frio estará bien— pidió Melany.

—Podría probar el jarabe de pera— dijo la tía mirando a la chica que la reprendía con la mirada — solo por curiosidad.
—Por supuesto— dijo la modista— Leslie, por favor trae lo que desean las damas.
—En seguida, mademoiselle— dijo la chica desapareciendo en la trastienda.

Al salir, se fueron a tomar un té en el salón de la señora March y allí comentaron sus siguientes visitas.

—Tenemos la velada de las Mortimer— dijo la señora disfrutando su pastel de manzana— allí se reúne mucha gente importante, creo que hasta la marquesa de Lynch podría hacer una aparición.
—¿Es importante?
—Cualquier marquesa lo es, querida— dijo la señora saludando a unas conocidas que le sonreían desde lejos— luego, la próxima semana tenemos la velada de los Flanagan, allí va mucha gente mayor, pero es una buena opción, seguramente Truswell estará allí. Y Aidan Hart, pensó la chica sin mostrar ninguna expresión.
—Habrá una cantante de ópera.
—Seguramente Sarah McLaren, es divina.
—¿Quiere ir? — preguntó la chica preocupada.
—No me la pierdo.

Siguieron comentando las invitaciones a las que tenían que responder y organizándose para las siguientes semanas. La señora Sullivan gustaba de visitar y de asistir a cuanta velada se le presentaba. Muchos señores la esperaban en cada una de ellas, al parecer la dama todavía tenía posibilidades de formalizar algún compromiso y no perdía el tiempo.

Una semana más tarde, cuando desayunaban en la salita de la señora Sullivan que lucía envuelta en una bata de seda rosa, ésta hacia planes para esa noche.

—Madame Dujardin enviará un vestido de los que le encargamos para tí, llegará justo para la velada de esta noche.
—¿No será muy elegante? Es sólo una velada musical.
—Veremos, el modelo de raso satinado sería muy apropiado, los otros son más adecuados para alguna fiesta pomposa.
—Pensaba colocarme el traje de brocado marfil.
—Esperemos a ver qué manda esta señora. Yo por lo pronto tengo listo mi atuendo. El vestido azulino con las flores de seda en el escote.
—Es precioso— dijo Melany pensando en que sus trajes más hermosos habían quedado en casa. Esperaba que Scarlett los estuviera aprovechando.
—¿Le escribiste a tu madre?
—Si, ayer le despaché una carta, espero que me responda pronto. Quiero saber cómo le ha ido a Scarlett en la temporada.
—Le irá muy bien, tu hermana es tan linda y además es muy dulce. Tendrá muchos pretendientes.
—Espero que no haya tenido consecuencias para ella todo lo sucedido.
—Querida, tarde o temprano se sabrá la verdad y tú también volverás a tener tu lugar en la sociedad de ese pueblo.

—No veo cómo— dijo ella lamentándose— pero no hablemos de eso. Lo importante es que esta noche debemos lucir despampanantes.
—Como siempre ha sido, querida— dijo la dama llamando a su doncella para que la ayudara a vestirse.

A las ocho de la noche, tía y sobrina hacían su aparición en casa de los Flanagan. El señor lucía impecable en medio de sus dos hijas, la mayor lady Norris recién casada con un barón y la pequeña, Amy que se alegró de ver a Melany y a su tía.

—Me encanta su vestido.
—Gracias, lo hizo madame Dujardin.
—Me lo suponía, tiene ese toque moderno y es bastante atrevido— dijo la chiquilla viendo que tenía la espalda bastante descubierta.
—Mi tía insistió. Yo creo que es un poco escotado.
—Me encantaría usar algo así— dijo la chica susurrando— pero padre no lo permite.
—Mi padre tampoco lo haría— rio Melany.
—Es una suerte que viva con su tía entonces— rio la chica también y la dejó para ir a reunirse con su familia.

Melany vio que su tía se acomodaba en un grupo de gente mayor en donde dos caballeros se disputaban sus atenciones y sonrió mientras caminaba para internarse en el salón, en donde ya se habían dispuesto varias sillas para que los invitados disfrutaran de la actuación de la señorita McLaren. Era temprano aún, por lo que aprovechó de conseguir un bocadillo y sentarse para esperar a que el resto de la gente se ubicara en sus posiciones. Los músicos se estaban ubicando y probando sus instrumentos. Cinco minutos después el resto de la concurrencia comenzó a tomar sus lugares. Tía Deirdre llegó entre un grupo de gente y todos ellos se fueron sentando en las sillas adyacentes.

—Creo que vendrá mucha gente, la señora McLaren es soberbia.
—Fue una suerte que nos invitaran entonces.
—Truswell no parece que esté aquí.
—Creo que no está, tía. Hemos hecho el esfuerzo en vano, pero por lo menos escucharemos buena música.
—Un caballero que no guste de la música será un esposo muy aburrido— dijo la señora viendo que llegaba más gente.

Diez minutos más tarde, la señora disfrutaba de su segunda copita de licor. La sobrina la reprendía por eso, pero no alcanzaron a seguir debatiendo el tema, puesto que el dueño de casa anunció que la señora McLaren estaba lista y el resto de los invitados se terminó de acomodar en sus posiciones. Algunos caballeros quedaron de pie en los costados del salón.

—Qué lamentable que Truswell no haya venido.
—Estará de viaje tía, otro día podría invitarlo a casa.
—Creo que eso será una buena idea, el señor conde podría acompañarlo— dijo la dama esperanzada.

Melany se quedó pendiente de los músicos que terminaban de afinar y vio que la cantante charlaba con lady Norris que le recogía su chal para que ella se acomodara en el escenario improvisado. De pronto, una extraña sensación la hizo voltearse, sintió que alguien la miraba y se volteó suavemente para salir de dudas. Recorrió el salón con la vista y cuando llegó a fijarse en una columna que había en el costado trasero notó que unos ojos azules intensos la observaban con detención. Se detuvo en ellos unos segundos y luego volvió a su posición rápidamente sintiendo que el rubor le inundaba el rostro.

—¿Qué sucede?
—Nada, tía. Hace un poco de calor aquí— se excusó mintiendo.
—Ten mi abanico— ofreció la dama dejando en su falda el artilugio de seda bordada con adorno de plumas que llevaba.
—Gracias— dijo aceptando la idea y moviendo la pieza frente a su rostro unos segundos, hasta que le volvieron los colores normales.

Melany ya no pudo concentrarse en el recital de la señora, sentía el calor de esa mirada en su espalda semi desnuda. Unos minutos después la situación fue peor, porque a escasos metros de ella, a su costado izquierdo, Aidan Hart lucía apoyado en una columna quedando expuesto a su vista sin poder evitarlo. Estuvo pendiente de él y de sus gestos el resto de la velada, hasta que la señora McLaren hizo un descanso y todos aprovecharon de levantarse de sus lugares para estirar las piernas e intercambiar sus impresiones. Los caballeros salieron a fumar y la tía Deirdre la dejó sola para ir a sentarse junto a lady Harrison que era su proveedora favorita de chismes.

Melany se sintió ahogada en el cuarto, aunque era un salón enorme, así que decidió salir al jardín, envolviéndose muy bien en un mantón de tela gruesa que había llevado. Cuando salía de la habitación vio que Hart conversaba en un grupo con otros hombres jóvenes sin fijarse en ella. Cuando respiró profundo y sintió el aroma de gardenias que repletaban el jardín agradeció la suave brisa que movía las copas de los árboles. Caminó entonces algunos pasos meditando acerca de su situación.

El vizconde no había aparecido esa noche y si pensaba en ello realmente eso no estaba avanzando. El hombre no la había visitado expresamente a ella, por lo que no había demostrado el interés de la manera adecuada. Mientras no fuera a visitarla de manera formal no se podía hablar de cortejo. Sopesó otras opciones, el señor Niemeyer, un extranjero que había llegado unas semanas antes y que decían que buscaba esposa, el conde St.Davis, algo mayor, pero atractivo o quizás debía fijarse en el hijo de Lord Conway que la había invitado a bailar en la fiesta de los Leland días atrás.

Estaba en esas reflexiones cuando una voz casi la hizo gritar de la impresión. Se volteó y lo vio justo frente a ella.

—Señor Hart— dijo ella sorprendida.
—Señorita Sutton, lo siento, la asusté. ¿esperaba a alguien más?
—Tomaba un poco de aire— dijo ella mirando hacia el interior de la casa.
—No debería estar sola aquí afuera.
—Sólo fue un momento— explicó ella envolviéndose en su mantón.

—¿Se siente bien? — preguntó él al ver que estaba algo pálida.
—Si, me siento muy bien— señaló desafiante— ¿buscaba a alguien tal vez?
—A usted— dijo él con esa voz grave que ella recordaba tan bien.

Se hizo un silencio, que él rompió volviendo a hablar.

—Estuve en Bedford y me enteré de lo sucedido…
—No pensé que escuchara los chismes de las cotillas, señor Hart.
—Es inevitable— dijo él muy serio.
—¿Viene a refregarme en la cara mis errores?
—Para nada. No me interesa nada de usted— dijo haciendo que ella se sintiera como desvanecida y sin fuerzas.
—¿Qué hace aquí entonces?
—Tomar aire— dijo él sonriendo— ¿o prefiere que la deje sola?
—No me interesa lo que haga— respondió ella ofendida.
—¿Le interesa más lo que haga Truswell? — preguntó dejándola asombrada.
—A usted no le importa lo que me interesa— dijo ella molesta y más ofendida aún.

Hart comenzó a caminar en su dirección y un par de segundos después lo tenía junto a ella, podía sentir su aroma y percibir el roce de su cuerpo. El rubio se acercó un poco más y le habló al oído.

—Se está ofreciendo al mejor postor— le dijo haciendo que ella sintiera que una lágrima aparecía en sus ojos, provocada por la ira.
—¿Cómo se atreve…
—Una mujer en su posición necesita algún protector, ¿eso es lo que busca?
—Señor Hart, no tiene ningún derecho…

No alcanzó a terminar la frase, pues sus labios quedaron atrapados en la boca de él que la atrajo por la cintura y la pegó a su cuerpo. El beso fue prolongado y provocador. Melany sintió que perdía las fuerzas al verse atrapada entre sus brazos. Cuando los labios de Aidan comenzaron a bajar por su mejilla y luego recorrieron su cuello llegando hasta su escote, ella reaccionó tratando de alejarlo, pero no tuvo fuerzas frente a otro intento de posesión de él que buscó otra vez su boca.

—El hermano de un conde no fue suficiente, prefirió entregarse a un farsante que la condenó— dijo en su oído haciendo que ella se liberara dándole una fuerte bofetada que lo apartó de su lado.
—¡Cómo se atreve! Usted no sabe…
—Todo el mundo lo sabe en Bedford. Cuando lo sepan en Brighton podría ser lamentable.
—¿Me está amenazando?
—Le estoy mostrando sus oportunidades— dijo esbozando una sonrisa irónica— podría tener mi protección, no necesita venderse a un vividor como Truswell.
—No voy a seguir hablando con usted— dijo ella alejándose de él y volviendo a la casa, mientras Hart suspiraba viéndola entrar en la mansión de los Flanagan.

Cuando llegó a recuperar su asiento dentro del salón, su tía la recibió con una amplia sonrisa que se le borró de la cara al verla.

—¿Te sientes bien?
—Si, perfectamente— dijo respirando con fuerzas— la noche está hermosa.
—No debiste salir sola, ya sabes que siempre hay cotillas pendientes de todo.
—Lo sé, voy a tener más cuidado de ahora en adelante— dijo viendo como Hart volvía a ubicarse en la misma columna de antes, mientras conversaba con su amigo que apareció entre la muchedumbre.

Capítulo X

En casa de la señora Sullivan, el ambiente era de fiesta. La señora estaba de cumpleaños y quería celebrar en grande. Uno de sus hijos la visitaría de paso hacia su residencia en Dorset y el resto de los invitados serían amigos y conocidos, gente prominente en la región y más de algún visitante interesante.

—Espero que esta noche Truswell se muestre igual de interesado.
—No hemos tenido ocasión de encontrarnos últimamente— dijo la chica escogiendo algún brazalete que colocar en su muñeca que combinara con su vestido de terciopelo verde.
—Ese de esmeraldas y brillantes— sugirió la tía señalando al cofre en donde la chica guardaba sus joyas.
—Este modelo es un poco incómodo— dijo Melany ajustándose el talle que tenía el corset incorporado y dejando que la doncella le arreglara las telas transparentes que la modista había colocado en cada hombro haciendo una suerte de manga que le cubría la parte superior del brazo y luego los dejaba despejados.
—Se te ve muy bien.
—Debí colocarme el de la tela bordada.
—Ese es muy soso. Es más adecuado para una velada de teatro, pero este que llevas es perfecto para una noche de desenfreno.
—¡Tía! ¿Qué pretende que pase esta noche? — dijo riendo y pidiendo a la muchacha que le abrochara un colgante que le caía entre los pechos.
—Por lo menos que Truswell se decida a cortejarte de una vez y que algún caballero me dé algún regalo de cumpleaños que valga la pena— dijo la dama ajustándose el escote con ambas manos para levantarlo.
—Es muy graciosa, tía.
—No estoy bromeando, Melany. Si el conde no se interesa por este cuerpo, podría darle alguna oportunidad a lord Foley, que aún tiene cabello sobre la cabeza.
—Poco.
—Pero tiene y parece que también en el pecho.
—¡Tía! — exclamó la chica mirando a la doncella que reía.
—Dejemos de hablar, siento que han llegado bastantes coches. Espero que mi fiesta de qué hablar.
—La comida dará que hablar sin duda y las antorchas en el jardín se ven preciosas.
—Si, se ven bien. Espero que el cuarteto que me recomendaron cumpla su cometido.
—Los escuché hace un rato mientras ensayaban. Se oía muy bien.

La señora se puso de pie y le pidió a la doncella que le ayudara con la falda de su vestido que era de seda gris azulada de color intenso con muchos brillos en el corpiño y que tenía un escote bastante sugerente.

—Tía, se ve muy hermosa— dijo Melany levantándose de su sitio también.
—Madame Dujardin hizo un excelente trabajo— dijo la dama escogiendo un par de sortijas enormes desde una caja que su doncella le trajo.

Luego de terminar de arreglarse el peinado, la señora Sullivan tomó a su sobrina del brazo y la

invitó a bajar al salón.

—Esta noche quiero verte bailar con todos los chicos guapos que habrá en la fiesta.
—Espero que Truswell me pida un baile.
—Lo hará— afirmó la señora bajando las escaleras detrás de la chica.

Mientras caminaba descendiendo por los escalones, observaba a la concurrencia. Algunos parientes se habían dignado aparecer. Su hijo Thomas fue a recibirla, luego de saludar a Melany que lo recordaba más flaco, pues hacía muchos años que no lo veía.

—Madre, está usted…exagerada— dijo el joven riendo.
—Atrevido, estoy perfecta. Si en mi cumpleaños no se me permite ser extravagante, cuándo sino.
—No diría que es recatada en otras ocasiones— dijo el joven riendo con Melany que le celebraba sus pullas.
—¿Cómo está Sarah? ¿y los niños?
—Bastante bien, Brian está algo agripado. En cuanto esté mejor de salud vendré con toda la prole.

El hijo mayor de la señora estaba casado con Sarah Hills, una mujer distinguida, miembro de una acaudalada familia del sur y tenían cinco niños que iban desde los ocho hasta los dos años. La señora disfrutaba tener nietos, pero verlos un par de veces al año era suficiente.

—Tu hermana vendrá en diciembre.
—Entonces vendré antes— dijo él bromeando nuevamente.
—Querido, ven que quiero presentarte a algunas amistades— dijo la dama llevándose al joven que estaba algo más robusto de lo habitual, pero igual de guapo.

Melany se quedó sola en medio del salón. Buscó con la vista alguna conocida que le pareciera agradable de ver y se alegró al encontrarse con Tiffany Callaghan que lucía un vestido de color rojo suave que ella le había prestado.

—Tiffany, luce muy bien.
—Es que con este vestido cualquiera lo haría.
—Para nada. Le queda perfecto— dijo Melany buscando a Truswell entre la concurrencia sin encontrarlo.
—La comida está exquisita. Su tía es una gran anfitriona.
—Espero que se divierta, tenemos un cuarteto que nos recomendó lady Walters y al parecer dará que hablar.
—No bailo mucho— se lamentó Tiffany, que siendo agraciada pero de escasa fortuna, no lograba atraer a los hombres elegibles de la región.
—Esta noche lo hará— prometió Melany pensando a quién podría pedirle que llevara a la chica a la pista.

Unos metros más allá, varios jóvenes conversaban y se voltearon a verla. Uno de ellos se acercó para pedirle un baile y ella se lo concedió dejando que se anotara en su carnet, pero aprovechó de comprometerlo con su amiga siendo sutil, obligando al chico a hacerlo con una sonrisa amable.

—No debió hacerlo— dijo la chica Callaghan avergonzada.
—Tiffany, esta noche diviértase. Ese hombre no tendrá ningún perjuicio por bailar con una chica linda.
—Es usted tan amable. Es una buena amiga.
—Me alegro de que me considere así— dijo Melany contenta— ¿y Hope?
—Creo que debe haber ido a refrescarse.
—Espero verlas más tarde, ahora voy a ir a revisar si está todo en orden— agregó yendo a ver si ya había llegado la gente importante.

Cuando entraba al salón secundario se encontró de frente con Truswell que venía con una copa en la mano. El hombre al verla no pudo dejar de admirarla y de fijarse en sus pechos como siempre hacía con todas las mujeres.

—Señorita Sutton, se ve fascinante esta noche— dijo dejando su copa sobre un mueble— espero que me conceda el primer baile.
—Será un placer, señor Truswell— respondió ella animándolo a seguir con la conversación— ¿su padre?
—Llegará más tarde, no se perdería esta fiesta por nada.
—Me alegro de que nos acompañe, mi tía estará muy halagada de tenerlo con nosotros.
—Es usted muy amable, señorita— dijo el hombre poniendo atención al ruido ambiente— me parece que ya comienza la música— dijo ofreciéndole su brazo.

Se retiraron al salón y estuvieron alejados del resto de la gente por bastante tiempo. El vizconde le pidió el segundo baile y ella aceptó. La tía Deirdre la observaba desde lejos y se regocijaba de la suerte de la chica. Atrapar a un vizconde era una hazaña, sobre todo en ese pueblo lejano en donde la sociedad era bastante restringida. Si ella pudiera atrapar al padre sería una doble hazaña y lo estaba intentando con mucho ahínco.

—Mi lord, está muy elegante esta noche.
—No podía ser de otra forma, Deirdre querida, su celebración es una fecha esperada.
—Pensé que no vendría— dijo ella golpeándolo suavemente en el pecho con su abanico.
—No me lo perdería de ninguna manera. Espero que cuando la gente se vaya…
—¡Mi lord! — exclamó ella cubriéndose la cara con el abanico.

Cuando la orquesta terminó de interpretar la segunda pieza la pareja se separó y la chica se acercó a su tía que dejaba ir al lord que se dirigía a buscar algo de beber.

—Querida, el hombre se ve interesado.
—Eso creo— dijo la chica con una sonrisa poco entusiasta, para luego abrir ojos de asombro al ver que llegaba más gente a la fiesta— ¿lo invitó? — preguntó al ver que Aidan Hart junto con Atkinson y Freeman entraban al salón.
—Claro, Atkinson es el yerno de Baxter, un gran amigo.
—Me refiero…
—Ah, el joven Hart— dijo la tía fingiendo inocencia— es su huésped, habría sido una grosería no invitarlo también. ¿Algún problema con él?

—Claro que no— mintió Melany pensando en cómo sus labios habían recorrido su pecho días atrás— pensé que se habían ido.
—Creo que se quedará otras semanas— dijo la señora pendiente de sus invitados y llamando a uno de los mozos— que traigan más champaña, por favor.
—En seguida, señora— dijo el chico que vestía una larga chaqueta color rojo oscuro con botones dorados.
—Jonathan, está muy guapo esta noche. ¿y su mujer?
—Estaba algo indispuesta, se quedó descansando. Le envía sus disculpas— la excusó el joven.
—Lo comprendo. Anda mucha gripe en la región— dijo la dama— Señor Hart, que gusto que nos acompañe— agregó llamando la atención del rubio que miraba fijamente a su amigo— Freeman.
—Señora Sullivan, fue muy amable de convidarnos. Todo se ve espléndido— dijo Aidan siendo amable.
—Mi señora, luce radiante— dijo Freeman siendo galante con la dama— señorita Sutton, se ve fascinante.
—Muchas gracias, señor Freeman— respondió la chica— veo que se han quedado en la región.
—Si, tenemos temas que resolver aun— se atrevió a decir Hart sin mirarla.
—La orquesta comenzó el vals— señaló la tía Deirdre animando a su sobrina a bailar— señor Hart, ¿usted no baila?
—Creo que el vals no…
—Por supuesto que baila— dijo Freeman animándolo a él— señora Sullivan, ¿me concede el honor?
—Señor Freeman, es usted muy galante— dijo la dama asorochada— espero poder seguirlo adecuadamente.
—Me imagino que será una gran bailarina— manifestó Freeman llevando a la señora a la pista.

La otra pareja se quedó como paralizada. Atkinson que aún permanecía junto a ellos, los obligó a ir a la pista, aprovechándose del momento para ir a beber una copa.

—No es necesario…
—Sería una grosería no invitarla— dijo Hart ofreciéndole su mano.
—No parece que le importe ser grosero— dijo ella recordando sus impulsos de noches atrás.
—Con su tía no deseo serlo— aclaró caminando junto a ella para situarse entre las otras parejas.

El vals era un baile atrevido, en donde las parejas se acercaban demasiado y en donde el hombre dominaba a la mujer cogiéndola por la cintura y apretando su mano. Melany sintió que el calor la inundaba al sentir los dedos de él en la espalda, pues el vestido tenía una zona descubierta que fue precisamente en donde Aidan situó su mano, que otros no podían ver porque las telas transparentes lo cubrían. Ella sentía el calor de su piel en su espalda y sus ojos que la miraban fijo la ponían muy nerviosa.

Le costaba respirar con facilidad, no sabía si por lo ajustado y armado del corset del vestido o porque ese hombre la estremecía al tenerlo cerca. Aidan Hart era un caballero en Bedford, pero ahora luego de tanto tiempo estando alejados se estaba mostrando como un descarado. De pronto sintió que la acercaba peligrosamente a su cuerpo y que sus piernas la rozaban al girar. Ella trató de zafarse con suavidad, pero no lograba hacerlo sin que el resto se diera cuenta.

La mano masculina se movía por su espalda, subía y bajaba llegando casi hasta su trasero y la presión de su brazo la acercaba cada vez más. Melany se preocupó de que alguien notara el desenfado de él, pero miró alrededor y la gente disfrutaba del baile, los tragos y la comida sin fijarse en lo que pasaba en la pista.

Al terminar la pieza, él le dio las gracias y se alejó sin decir nada más. Ella caminó hasta su tía Deirdre que estaba acompañada del vizconde que la miraba con devoción. Al parecer el hombre estaba decidido a que todos notaran su interés, pero no tanto como para decidirse a cortejarla abiertamente. Cuando la señora Sullivan lo invitó a visitarlas otro día, él aprovechó de aceptar la oferta.

—¿Qué flores prefiere la señorita? — preguntó mirándola fijamente.
—Me encantan las rosas— dijo ella recordando que en el jardín de su casa, su madre cultivaba especies de diversos colores.
—Y las orquídeas— agregó la tía levantando la apuesta.
—Claro, una flor excepcional— señaló el hombre sonriéndole.

Más tarde, cuando ya la gente se estaba retirando la chica se encontró con la dama que descansaba en un salón interior, mientras conversaba con un par de amigas.

—Cariño, que bueno que te veo. Prudence me preguntaba por tu madre— dijo señalando a una anciana dama vestida de marrón y dorado que se había echado demasiadas joyas encima.
—Lady Sutton está muy bien. Creo que se irá a Paris en unos meses, con mi hermana— mintió a sabiendas de que eso no era tan probable.
—Entonces nos encontraremos por allá— auguró la señora— voy a ir a visitar a Harriet que acaba de tener un bebé.
—¿Cuántos nietos tiene ya? — preguntó la señora Sullivan llamando a un mozo para que le trajera otra copa.
—Tía, no beba más. Mañana tendrá una terrible resaca.
—No pensaba levantarme mañana, Melany querida— rio la dama— creo que ni siquiera me voy a acostar— bromeó levantando la copa y chocándola con su amiga que la acompañó en el brindis.

Melany volvió al salón y lo recorrió viendo el desastre que estaban dejando los visitantes. Muchas copas repartidas por las mesas y algunos vasos rotos por aquí y por allá. Se agachó a recoger un cojín que había quedado botado en el suelo y al levantarse se encontró con Hart, que entraba en la habitación.

—Lo siento— dijo afirmándose en su pecho para que no cayeran ambos de bruces al suelo.
—Discúlpeme— pidió él cogiéndola por la cintura.

Sus rostros quedaron separados por pocos centímetros y la mirada de uno se clavó en los ojos del otro. Melany demoró un par de segundos en reaccionar y separarse como si se hubiera quemado con su cuerpo. Él se quedó en su sitio y rompió el silencio dejándola asombrada.

—Esta noche se ve deslumbrante— declaró acercando su mano al rostro de la chica y recorriendo su mentón con el dorso de su mano.
—Señor Hart…
—Eres hermosa, Melany Sutton— agregó acercando sus labios a la boca de ella que sintió que el suelo se movía a sus pies.

Cuando parecía que iba a posarlos en sus labios, un ruido los interrumpió y los trajo a la realidad. Algún borracho se había tropezado con algún mueble y una copa salió disparada de sus manos rompiéndose en pedazos en el piso. Un par de mozos corrió a resolver el desastre que dejó el invitado pasando por el corredor contiguo. Hart se alejó rápidamente y salió del cuarto dejándola sumida en la confusión.

—¿Qué haces ahí? — preguntó la tía que llagaba un par de minutos después encontrándola en la misma posición.
—Iba a retirarme a mi cuarto.
—Creo que haré lo mismo. Ya sólo quedan los borrachos y algún amigo de confianza— dijo envolviéndose en un chal que una doncella le trajo.
—Es buena idea.
—Si, creo que mañana tendremos visitas. Espero que Truswell no sea tan inapropiado de visitar temprano.
—Las visitas de cortejo se hacen temprano, tía— dijo la chica esperanzada en que Truswell la rescatara de su complicada vida.
—Es cierto— se lamentó la dama— pero las orquídeas llegan al mediodía— bromeó la señora.
—No debió comprometerlo.
—Si pregunta qué flores prefieres será porque tiene dinero para comprarlas— rio la dama— te aseguro que lo tiene— agregó después.

Ambas salieron del salón y se encaminaron hasta el salón principal en donde algunas de las parejas todavía compartían. Aidan seguía en la casa y la señora al verlo fue a reunirse con él.

—Señor Hart, se ve muy guapo esta noche— dijo la señora que era desinhibida al natural, mucho más con algo de alcohol en el cuerpo.
—Usted se ve deslumbrante— dijo él mirando a la chica que recordaba haber recibido el mismo halago un rato antes.
—¡Qué galante!, ¿aun por aquí?
—¡Tía!
—Estoy esperando a Atkinson, que está conversando con un caballero.
—Es mi Thomas. ¿ya lo conoció?
—No he tenido el placer— dijo el joven ofreciendo el brazo a la señora para acompañarla donde el joven que conversaba con su anfitrión y dejar a la chica sola en el salón.

Un rato después, Melany regresaba del jardín en donde había estado un momento disfrutando del aire tibio de la noche, pero luego se había enfriado y había decidido regresar. Al entrar en la casa encontró a su tía sentada en un cómodo sillón conversando muy íntimamente con el conde, en otro sillón más alejado una pareja conversaba, mientras su coche llegaba a buscarlos.

Se quedó apoyada en una columna que separaba el salón del recibidor y pudo ver como Hart y sus acompañantes se retiraban de la casa, despidiéndose de su tía con un respetuoso beso en su mano. Cuando salían de la casa, subiendo los escalones que los separaban de la puerta, el rubio se volteó y la miró fijamente de la cabeza a los pies con una mirada tan ardiente que le pareció que la abrazaba como una llama. Se quedó allí viéndolo alejarse y fijándose en su ancha espalda, su elegante cuello y su cabello claro, suave y ordenado que antes lo hacía parecer un buen chico, pero aparentemente ya había dejado de serlo.

Capítulo XI

Unos días después, tía y sobrina recorrían la calle principal del pueblo, admirando los escaparates. Hacía poco tiempo que habían instalado un salón de té para damas que les habían recomendado muchísimo. Cuando terminaban sus pasteles y la tía pedía que le rellenaran su taza de té, Melany recordó que tenía que ir a ver a la modista para que le terminara los arreglos de un vestido que le había quedado mal ajustado.

—Parece que he adelgazado, tía. El traje de color azul claro que necesitaba ajustar debe estar listo.
—Últimamente estás comiendo muy poco, parece que algo te tiene trastornada.
—Para nada. Solamente que he decidido bajar algunas libras para que ese vestido me quede perfecto.
—Tienes otros que te quedan muy bien. ¿qué tiene ese de particular?
—Ese vestido lo usé en mi cumpleaños el año pasado.
—No pensé que fueras tan sentimental.
—Me encanta ese vestido, también lo usé en otras ocasiones importantes.
—Deberías ir a la modista entonces— propuso la señora— yo me quedaré otro momento y luego me reuniré con la señora Prescott que debe estar por llegar. Iremos a buscar unos sombreros que la señora Garland me prometió que tendría listos.
—Nos vemos en un rato— dijo la muchacha dejando su servilleta sobre la mesa— debería llevar algunos de estos pasteles, están deliciosos.
—Lo había pensado, creo que le diré al señor Riedl que me los envíe mañana.
—Tenga cuidado. Las calles están un poco mojadas— advirtió la chica saliendo junto con la doncella que la escoltó por las calles hasta llegar donde la modista.

Melany se demoró media hora en la tienda, probándose el vestido azul que le traía tan buenos recuerdos. Ese vestido llevaba aquella noche en la que conoció a Hart en la fiesta de los Richmond, cuando su amiga Debbie Sharp los presentó. Él elogió el color y ella pensó que tenían el tono de los ojos del chico que la enamoraron en seguida. Luego de probarse se quedó otro momento, bebiendo un té que la señora le ofreció mientras miraba unos bocetos de trajes que la dama había adquirido en los últimos días. Cuando se aprestaba a salir escuchó voces en la trastienda. Sin querer alcanzó a escuchar que unas mujeres hablaban de Hart y su amigo.

—Te aseguro Lindsay que el señor Hart está interesado en mí. Sino porque iba a visitar tanto la mansión.
—Puede ser porque tu padre está interesado en hacer negocios con él, Amy.
—No, estoy segura de que no. Anoche me miró de una forma que parecía desnudarme.
—Te has vuelto muy atrevida, chica.
—Es que creo que mi corazón ya tiene dueño. Tal vez el próximo fin de semana cuando vayamos a la jornada de caza se me declare.
—¿Vas a salir de la ciudad?
—Iremos a la propiedad de Hampshire, en esta época hay muchas aves.
—Y su amigo, ¿también irá? El americano.
—¿Te refieres al señor Freeman? No es americano, su madre es inglesa y vive en Coventry, creo que es pariente de un lord. ¿Te interesa?

—Es muy guapo, es interesante.
—Entonces tienes que venir. Mamá me pidió que invitara a algunas amigas, Lindsay. Puedes traer a tu hermana.
—¿Lo dices en serio? Me encantaría.

Melany escuchó la conversación y decidió que necesitaba unos días de asunto en el campo y Hampshire sería un buen sitio al que ir. Descorrió la cortina que la separaba de las chicas que estaban sobre unas tarimas probándose unos sosos vestidos y las saludó como si se alegrara de verlas.

—Señorita Sutton. ¿Cómo está?
—Bien, señorita Flanagan, Lindsay ¿cómo está? — dijo saludando a las dos muchachas— Que tela tan hermosa— señaló acariciando un resto de raso que la ayudante de la modista dejó a un costado.
—Acaba de llegar, la señora Dujardin la trajo especialmente para mí— se vanaglorió la chica, cuyo padre era muy adinerado.
—Esta tela es ideal para el campo. ¿Piensa viajar? — preguntó llevando la conversación hacia el asunto que la interesaba.
—Justamente le decía a Linny que nos iremos al campo la próxima semana.
—El campo debe estar hermoso— dijo Melany suspirando— la ciudad me tiene algo agobiada, el aire está muy reseco.
—Deberías invitarla, Amy. La señorita Sutton será una buena compañía. Irá mucha gente mayor, necesitas llevar jóvenes para amenizar el ambiente.

Melany se hizo la ignorante de los que hablaban y la miró con gesto interesado. Las chicas se miraron y sonrieron.

—Por supuesto, señorita Sutton. Debería acompañarnos. Mi madre me pidió que invitara gente joven para que el ambiente fuera más divertido. Los socios de papá, salvo algunas excepciones— dijo pensando en el rubio— son hombres muy aburridos.
—No lo sé— dijo ella dándose importancia— mi tía no querrá quedarse sola.
—Llévela. Su tía es una mujer muy divertida— dijo Lindsay.
—Claro que la gente mayor se aburre a veces en esas jornadas— señaló la chica Flanagan que tenía tías poco divertidas.

La señorita Sutton se alegró de ser capaz de fingir con tanta gracia. Su gesto era de alguien complicado y que no lograba tomar una decisión. Luego de pensarlo unos segundos, le entregó una respuesta favorable.

—Tiene razón. Mi tía se ha estado quejando de la poca vida social que hay aquí en este pueblo. Le encantará salir de la ciudad unos días.
—No se hable más. Le diré a mamá que le envíe una invitación apenas llegue a casa.
—Le agradezco que me considere. Espero que podamos conocernos mejor en el campo. Estas jornadas sirven mucho para que las chicas afiancemos lazos— dijo Melany avergonzada de mentir tan bien.

La conversación se detuvo cuando la señora Dujardin llegaba con un montón de tela de color azul claro en sus manos y lo colocaba sobre un mesón.

—¡Que vestido tan hermoso! —dijo Lindsay Johnson admirando el diseño del traje.
—Señorita Sutton, usted es tan elegante— dijo Amy que era bastante menor que Melany y la encontraba muy sofisticada, aunque le preocupaba que una chica tan linda le quitara la atención de los hombres.
—Es un vestido viejo que quise ajustar un poco. La señora Dujardin lo dejó perfecto.
—Su gusto es exquisito— dijo la modista— escuché que el vizconde está muy interesado— señaló la dama que como toda mujer era algo chismosa.
—Es un amigo de la casa. El conde era muy amigo de tío Robert— explicó ella quitándole importancia al hecho.
—¿El señor Truswell la está cortejando? — preguntó Amy interesada.
—Es lo que he oído— insistió madame Dujardin haciendo que Melany se ruborizara.
—Sería un honor si así fuera, pero le aseguro que no hay nada de eso… todavía— dijo Melany mirando a Amy que cada vez se sentía más segura de que la señorita Sutton no sería un problema.

Dejó a sus amigas luego de terminar de chismorrear acerca de la chica Cohen que se casaría pronto y volvió al salón de té para reunirse con su tía, pero la dama no se encontraba por allí. Uno de los mozos le entregó una nota que la señora le había dejado.

“Querida, lady Prescott se sintió un poco mal y la he acompañado a su casa. Un par de caballeros nos han asistido, ven a reunirte conmigo en Jenson Hall.
Tía Deirdre”

La señora Prescott vivía bastante cerca y Melany le agradeció al muchacho, saliendo con su doncella para encaminarse a Jenson Hall. Allí se encontró con un grupo de gente que estaba reunida en la puerta; su tía entre ellas.

—Melany, querida. El señor Freeman y su amigo fueron muy amables y nos escoltaron hasta aquí.
—¿La señora Prescott se encuentra bien?
—Si, solamente que resbaló en el piso húmedo y se golpeó la mano, pero está mejor, su hija la está asistiendo ahora.
—Me alegro— dijo la chica, notando que ambos jóvenes la observaban— —Señores, buenas tardes, disculpen mi grosería.
—No se preocupe, señorita Sutton, comprendemos la preocupación por su amiga— dijo el trigueño que siempre era más amable que su amigo.

Hart no pronunció palabra. Solamente la miró de reojo, haciendo que la tía rompiera el silencio al ver que algo lo tensionaba.

—Deberíamos irnos, querida. Vendré otro día a ver los sombreros de la señora Garland o pediré que los envíe a casa.
—Si, es mejor que volvamos a casa.

—Si necesita que las escoltemos…— propuso Freeman.
—No es necesario, señor. Henderson vendrá por nosotras en un momento. Avisé en el salón de té que le den mis señas.

Se quedaron un momento más en compañía de los muchachos hasta que el cochero se veía venir a la entrada de la calle. Cuando estaba despidiéndose para separarse, un par de chicas apareció desde la esquina.

—Señorita Sutton— dijo la señorita Johnson al reconocerla entre el grupo— ¿ya le comentó a su tía del viaje?
—¿Qué viaje? — preguntó la señora interesada.
—La señorita Flanagan nos ha invitado a una jornada de caza que su padre hará en Hampshire. Me pareció una buena idea, pero si usted no se siente de ánimo.
—Claro, si la señora no gusta del campo…— dijo Amy para desencantar a la dama.
—Me encanta el campo. ¿Irá mucha gente?
—Algunos socios de papá, algunos amigos— detalló la señorita Flanagan.
—El vizconde también irá— dijo Lindsay mirando a Melany con malicia.
—Y claro, los señores— agregó Amy mirando al par de caballeros que las acompañaban— Irán, ¿no es cierto? — preguntó interesada.
—Por supuesto que iremos— dijo Hart dejando a su amigo sin palabras.
—Perfecto— declaró la señorita Flanagan mirando a su amiga como diciendo: *"te dije que está enamorado de mí"*

Las señoritas se despidieron tomando rumbo hacia el norte. La señora Sullivan junto con su sobrina se subieron al coche en donde Henderson las esperaba y retornaron a su casa. Freeman se puso su sombrero y esperó a que su amigo dijera algo, pero sólo escuchó el ruido del viento que levantaba algunas hojas.

—¿Por supuesto que iremos? Pensé que querías regresar a Bedford esta semana.
—Creo que podríamos quedarnos unos días más. El campo te hará bien, amigo.
—Si tú lo dices.

Capítulo XII

El viaje hasta Hampshire se desarrolló sin problemas. Freeman y Hart aparecían a media tarde, siendo recibidos por el señor Flanagan que estaba encantado de haber atraído tanta atención. Muchos caballeros aceptaron su invitación, bastante gente importante y algunos muchachos para que Amy se sintiera a gusto, sino haría un berrinche.

—Señores, que gusto que vinieran.
—El gusto es nuestro, señor Flanagan— dijo Freeman admirando la casa— su propiedad tiene una arquitectura muy interesante.
—La adquirí el año pasado, pertenecía a un lord. La tenía bastante descuidada, he invertido bastante en ella.
—Se ve que ha puesto dedicación, esos balcones lucen muy bien con ese decorado— dijo Aidan admirando la fachada de la propiedad que estaba cubierta de abundante vegetación.
—Mi esposa gusta mucho de la jardinería. Tenemos un pequeño invernadero con muchas orquídeas que ella cultiva con sus propias manos.
—Mi cuñada, la condesa también gusta de cultivar especies, pero ella se encanta por los aromas.
—¿Su cuñada es una condesa? — preguntó la esposa de Flanagan que se unía a ellos.
—Mi hermano es el conde de Bradley, distinguida señora— aclaró Hart besando la mano de la dama, que lo apreció mucho más ahora que se enteraba de sus lazos familiares.
—Rupert, no me habías dicho nada— le reclamó la señora a su esposo por no haberla advertido.
—Al señor Hart no le gusta que se hable de sus conexiones con la nobleza— dijo el caballero invitándolos a pasar.

Los jóvenes se internaron en la casa, mientras un mozo los guiaba por los corredores de la mansión hasta la segunda planta. Freeman sonreía con malicia y Hart lo apremió para que dijera lo que estaba pensando.

—Al parecer, la señora Flanagan ha abierto los ojos. Acaba de descubrir que tiene a un noble en su casa.
—Soy el segundo. A nadie le importa mi rango, amigo.
—No lo creas. Esta gente con dinero paga por tener conexiones con gente como tu hermano. Cuando se entere que tus hermanas hicieron matrimonios ventajosos no te querrá soltar— rio divertido.
—Tu abuelo es marqués, eso es más impresionante— dijo Hart siendo acallado por el otro— Matthew William Freeman, heredero de Flint.
—No se te ocurra mencionarlo— susurró aterrado— Las madres se lanzarán a mi caza en seguida.
—Entonces guardemos nuestros secretos, querido amigo— dijo Hart dejando a su amigo en el cuarto que el mozo señalaba y siguiendo al chico después para que lo acomodara en la alcoba siguiente.

Como todos sabían, en aquellas jornadas las chicas y los chicos se alojaban en alas distantes de la casa para acallar los rumores y evitar encuentros inadecuados. Las muchachas estaban conversando entusiasmadas en la salita de Amy adonde las había llevado para distraerse un rato. Al día siguiente muy temprano, los caballeros saldrían a cazar aves y ellas se dedicarían a hacer

largas caminatas por lo senderos, aunque esa noche quienes ya estuvieran instalados disfrutarían de una velada distendida, en donde alguna chica pudiera tocar el piano y quizás alguna valiente entonar alguna canción. También podría ser que jugaran charadas o algunos se atrevieran a jugar ajedrez, pero lo que más las divertía era bailar. Así que Amy y sus amigas estaban expectantes para bajar al salón principal y ver si algunos jóvenes también acudirían.

Melany y su tía aún permanecían en el cuarto, descansando del viaje que habían hecho desde la ciudad aquella tarde. La señora Sullivan estaba tendida sobre la cama y abrazada de un cojín enorme.

—Podrías ir a reunirte con la gente joven, querida.
—Prefiero descansar un rato más, tía. Servirán el té en un momento.
—Creo que me voy a acostar temprano. Podrías bajar al salón más tarde. Puede ser que el vizconde ya haya llegado.
—No lo creo. Escuché al señor Flanagan hablar con un amigo y no lo esperan hasta muy tarde. Al parecer el conde tenía que atender algunos asuntos.
—¿Viene el conde? — exclamó la señora, sentándose en la cama.
—Por supuesto, el señor Flanagan invitó a todos sus amigos y conocidos. Quiere presumir su nueva propiedad recién remodelada.
—Es en verdad un lindo lugar. La señora Flanagan tiene muy buen gusto— dijo la dama admirando la decoración del cuarto.
—Mi habitación es más pequeña, pero muy acogedora. La casa es enorme, se puede perder una entre tantos corredores— declaró Emily que había quedado alojada algo separada de su tía— voy a cambiarme para bajar a tomar el té— dijo la chica levantándose de la cama en donde había estado sentada.
—Despiértame a las ocho, cariño. Voy a bajar más tarde para compartir un poco con los invitados.
—Pensé que quería acostarse temprano— dijo la muchacha bromeando.
—Sería muy grosero, tenemos que alternar con la gente— dijo la dama riendo.
—La vendré a buscar más tarde.

Melany se fue a su cuarto y se cambió de ropa. Escogió un vestido de color rosa pálido que había traído de casa. No empacó muchas cosas cuando su padre la obligó a salir de Bedford, pero alcanzó a escoger algunos vestidos. Ese vestido era uno de sus favoritos para salir de tarde y lo usaba siempre que recorría el parque con sus amistades, que se habían revelado bastante ingratas. Siempre le preguntaba a su madre por Debbie Sharp y Judi Sanders, pero las chicas jamás le habían escrito ni preguntado por ella. Su hermana Scarlett y su prima Lavinia eran las únicas que le escribían de vez en cuando, pero las dos chicas estaban bastante ocupadas con sus cosas.

Su padre jamás le había escrito ni enviado mensajes a través de su madre, parecía como si la hubiera borrado de su mente, pero ella le iba a demostrar que se había equivocado al juzgarla por las insinuaciones de otros. Tarde o temprano lo haría, no sabía cómo, pero si volvía comprometida con un vizconde podría aplacar un poco su injusta decepción.

Bajó al saloncito de la señora Flanagan en donde las pocas mujeres que habían acudido a la cita se reunían para conocerse un poco más. Se acercó a la señorita Amy que reinaba orgullosa entre

sus más cercanas amigas.

—Señorita Sutton, acompáñenos— invitó la muchacha que lucía un soso traje de organza poco llamativo.
—Me encanta su ropa, señorita Sutton— dijo Catriona Townsend, la mejor amiga de su anfitriona.
—No es nada especial. Me gusta la ropa con toques femeninos, uso mucho los vuelos y los colores claros.
—El vestido azul que le ajustó la señora Dujardin es bastante llamativo— dijo Lindsay Johnson que estaba en medio del grupo.
—Ese vestido lo uso a veces para las veladas.
—¿Lo trajo? — preguntó Amy interesada— me encantaría que mamá lo viera. Me gustaron mucho las mangas.
—Lo luciré esta noche entonces— ofreció Melany sonriendo amablemente.

Las chicas se quedaron bastante rato hablando de trapos y de sombreros. Melany estaba bastante aburrida de la charla de las muchachas, que en general eran más jóvenes y evitó que la vieran bostezar en un par de ocasiones. Cuando una de ellas comenzó a hablar de chicos la conversación se puso más interesante.

—¿El señor Truswell no vendrá? — preguntó una de ella a Melany, al parecer ya se había corrido la voz de que el hombre mostraba interés.
—Llegará más tarde— aseguró Amy viendo que Melany no parecía tener la respuesta.
—¿Vendrá algún otro muchacho o solamente los amigos de tu padre? — preguntó otra decepcionada antes de tiempo, pues las partidas de caza eran normalmente muy aburridas.
—Habrá hombres guapos, te aseguro— dijo Amy— le pedí a mamá que invitara a todos los jóvenes casaderos— señaló sonriendo— claro que algunos amigos de papá también son muy guapos.
—¿A quién te refieres? — preguntó Catriona que había estado en casa de su tía Glenda y llegaba recién a reunirse con las chicas luego de semanas sin verse.
—Al señor Hart, por supuesto.
—No me gustan los rubios— dijo una chica poco agraciada.
—A mí tampoco me gustaban— declaró la niña Flanagan— pero creo que me está cambiando el gusto— agregó riendo ruborizada— bueno, pero no se desanimen. El hijo de lord Rutter llegará esta noche también y creo que los Pattinson se están instalando.
—¿Gregory está aquí? — preguntó Catriona dejando a todas asombradas— quiero decir el señor Pattinson.
—Si, querida. Está aquí enterito y dispuesto. Creo que lo de su compromiso con Lorraine quedó atrás— señaló Amy sonriendo a su amiga para darle ánimo.

Melany volvía a escuchar a la hija de Flanagan declarar su interés por Aidan Hart y aquello la ponía de mal humor. Por supuesto que él no se fijaría en una chica como esa, consentida de papá e infantil. Aunque el Aidan que ella conoció había cambiado bastante. Casi dos años después de que su ilusión por él se viera truncada por todos los acontecimientos que los separaron, sentía que ahora no lo conocía.

Se fue a su cuarto un momento después, dejando a las niñas hablando de muchachos, lo que al parecer era su tema favorito. Antes de entrar en la habitación que le habían destinado, pasó a ver a su tía que ya estaba levantada y se cambiaba de ropa para bajar a compartir con los invitados en la velada que se había organizado.

La señora lucía bastante guapa enfundada en un traje de raso color verde oscuro con decorados brillantes en el corpiño. La dama la estaba esperando para que la ayudara con sus joyas.

—Esto de no tener a tu doncella es muy complicado. Necesito a Rossie para que me ayude con mis arreglos.
—Yo la ayudo, tía— dijo Melany recogiendo una caja recubierta de tela brillosa en cuyo interior encontró bastante gemas de todos colores— creo que debería usar algo sobrio. Su vestido es muy llamativo.
—¿Tú crees?
—Es sólo una velada. Quizás podría usar algo menos brilloso.

La señora se miró al espejo y luego se observó desde el corpiño hasta el ruedo del vestido y le encontró razón a su sobrina.

—Es verdad, se vería bien en una noche de gala.
—Exactamente— dijo Melany dejando la caja con joyas sobre el tocador— creo que usarlo mañana en la cena sería más apropiado.
—Me voy a cambiar. ¿o es tarde?
—Para nada. Yo recién subo. Las chicas ni siquiera piensan ir a cambiarse— dijo ayudando a la señora a quitarse el abundante montón de telas y dejándolo sobre la cama.

La señora Sullivan quedó en enaguas esperando que Melany guardara el vestido en un baúl y escogiera otro más apropiado.

—¿Qué le parece éste? — preguntó mostrando un traje de brocato rojo oscuro, con flecos en las mangas y en el talle que caía sobre un faldón poco abultado.
—Me gusta— dijo, dejando que la chica le pusiera el vestido por la cabeza y le ayudara a cerrarlo por la espalda, manipulando los muchos botones que llevaba ahí— ¿Habrá alguien interesante en la velada?
—No lo sé. Las chicas sólo hablan de muchachos. Escuché por casualidad que algunos llegan más tarde. Los Pattinson, un tal Rutter. Algunos socios de Flanagan, creo que un señor Rudd, que debe ser importante, otro invitado de apellido Cadwell y su padre.
—¿Lord Cadwell?
—Puede ser. No conozco a ninguno de esos señores.
—Puede ser una velada interesante. Lord Cadwell me cortejó en mi juventud, pero luego se decidió por la hija de un barón, finalmente heredó el título. Hizo una buena elección.
—No lo creo. Usted habría sido la mejor elección.
—Pero no él para mí. Sullivan fue el mejor esposo y tuvimos una hermosa familia.
—Lo sé. Tío Bob la adoraba.
—Y yo a él— dijo la dama sentándose nuevamente en el mueble de tocador— ¿qué te parece si me ayudas con el peinado?

—Un moño bajo con estas peinetas. ¿le parece?
—Si Cadwell todavía está tan guapo como en ese tiempo podría colocarlo en mi lista.
—Usted no pierde el tiempo, tía— dijo la chica riendo— mejor le hago un peinado más elaborado, para impresionar al señor ese— propuso tomando un peine.
—Nada que te demore. Debes ir a cambiarte también.
—No demoraré mucho, sólo me cambiaré de vestido y me colocaré un colgante pequeño. No quiero exagerar. Las chicas lucirán sus mejores atuendos y habrá demasiados brillos que mirar.

Melany bajó media hora más tarde. Su tía no la había esperado, pues cuando llegó al salón en donde la gente se había reunido la vio en medio de un grupo de caballeros que se disputaban su atención. La chica sonrió para sí misma; su tía era realmente atractiva para el sexo opuesto. Miró alrededor y solo encontró chicas coqueteando con chicos embelesados de sus bellezas, algunos señores mayores discutiendo de negocios y un par de señoras muy mayores que se calentaban cerca de la chimenea. Ella decidió reunirse con un par de parejas que le parecieron conocidas.

Estuvo un momento conversando del tiempo y de la cacería del día siguiente, hasta que pudo liberarse de ellos y se acercó a un par de muchachas que había conocido aquella tarde.

—Señorita Rhys— dijo saludando a una muchacha morena y muy atractiva que le habían contado que era hija de un conde— ¿Qué hacen apartadas del grupo?
—Señorita Sutton, creo que usted tampoco comparte los intereses de esas muchachitas— dijo señalando a las niñas que sonreían en un grupo cercano— Naomi y yo preferimos disfrutar de un buen trago y de la exquisita comida.
—Claro que tampoco vamos a desechar la opción de ver a tanto hombre guapo— dijo la chica que las acompañaba, que se llamaba Naomi O´Rourke y cuyo padre era vecino de la propiedad.
—Es verdad. Hay varios hombres interesantes— dijo la señorita Rhys— sobre todo aquel— dijo señalando con un gesto de sus cejas a un hombre alto y trigueño que les sonreía desde lejos.
—¡Regina! — exclamó su amiga— nos está viendo.
—Señorita Sutton. No cree que el hombre del que hablo merece un poco de atención.
—Por supuesto— dijo Melany mirándolo también— parece que solo tiene ojos para usted— agregó sonriendo a la chica— tenga cuidado, hay muchas cotillas pendientes de nosotras.
—Lamentablemente— dijo la chica haciendo un gesto de decepción.
—¿Y ese quién ese? — preguntó la morena, que andaba a la cacería de cualquier presa.
—No lo sé, pero me interesa saberlo— dijo la otra, haciendo que Melany se sintiera incómoda. Hart hacía que todas parecieran interesadas, aunque él no había mostrado interés por ninguna hasta ahora.

Cuando se cruzó frente a ella, saludó a Melany con cortesía y a la morena le dedicó una sonrisa que hacía mucho tiempo ella no veía en su cara. La muchacha le sonrió de vuelta y pareció que se entendieron en seguida. Ella se había puesto el vestido azul claro que recordaba haber llevado la noche que se conocieron en Bedford, pensando que él también recorrería esos recuerdos al verla, pero ni siquiera se fijó en ella.

—Creo que lo conoce— afirmó la señorita Rhys esperando que Melany se explicara.
—Él y su socio están haciendo algún negocio con el señor Flanagan— dijo viendo que las otras esperaban más información— Se apellida Hart.

—Muy interesante— dijo la morena sin quitarle la vista de encima y consiguiendo que él tampoco lo hiciera.

La noche estuvo aborrecible para Melany, Hart se dedicó a coquetear con todas las chicas de la fiesta que estuvieron dispuestas, que fueron bastantes y ella estuvo aburrida gran parte de la noche, sintiéndose ridícula con aquel vestido que le traía demasiados recuerdos. Decidió irse a su cuarto temprano, pero ni siquiera pudo advertirle a su tía, pues la señora estaba demasiado entretenida disfrutando de los halagos de dos hombres maduros y atractivos que se disputaban sus atenciones.

Capítulo XIII

La jornada de caza comenzó muy temprano, los caballeros se tomaron un café caliente casi de madrugada y cuando comenzaba a clarear el alba ya caminaban por los bosques buscando bandadas de pájaros para disparar. Aidan no era muy dado a cazar, prefería pescar en el arroyo de su casa en Bedford y Freeman alegaba tener muy mala puntería, por lo que los amigos se dedicaron a recorrer el lugar admirando los bellos paisajes y conversar de sus nuevos planes de negocios.

—Cuando regresemos a Bedford creo que voy a escribirle a Pryce, podemos estar en Gales el próximo mes.
—Podría aprovechar de visitar a mi madre. Hace bastante tiempo que no la veo— dijo Freeman que era el mayor de una familia con muchas hermanas.
—Excelente, entonces prepararemos el viaje en cuanto lleguemos a casa.
—Tenemos que estar en América en noviembre, recuérdalo.
—Por supuesto, lo tengo muy presente— dijo Hart estremeciéndose de frío— deberíamos estar entre las cobijas, esto de salir de madrugada no es para mí.
—Más bien tú vuelves de madrugada.
—En otros tiempos, amigo mío— dijo arreglándose el sombrero— ahora me he vuelto muy juicioso.
—¿Piensas sentar cabeza definitivamente? Anoche vi a varias chicas interesadas en tus encantos.
—Puede ser— dijo echándose aliento en las manos para calentarlas.
—Tu señorita Sutton anoche estaba deslumbrante— dijo haciendo que el otro lo mirara sorprendido.
—No lo noté.
—Ja. Ella no lo habrá notado, porque fuiste muy grosero, pero los ojos se te van hacia su cuerpo cuando la tienes cerca. Soy muy observador.
—No lo niego— dijo haciendo que el otro se asombrara —Creo que alguna vez estuve enamorado de ella. Es hermosa, encantadora y pensé que sería una buena compañera, pero me engañé.
—Sigue siendo hermosa y encantadora.
—¿Te gusta?
—No osaría entrometerme entre ustedes.
—No hay un nosotros— dijo Hart caminando rápidamente y dejando a su amigo rezagado.

Freeman lo dejó ir y sacó una cigarrera de su bolsillo, sacando un cigarro y encendiéndolo, mientras se sentaba en una roca saliente.

Una hora más tarde, las señoritas se preparaban para salir de excursión. Amy Flanagan junto con sus amigas entusiasmaban al resto para caminar por el bosque aprovechando que la mañana estaba empezando a ponerse más cálida.

—Les aseguro que no se van a arrepentir— dijo alabando las bondades de las tierras de su familia— hay un arroyo cristalino, repleto de peces preciosos y hay muchas flores silvestres maravillosas.
—Dicen que hay hasta mariposas de abedules— dijo otra de las chicas que gustaba de los

insectos.
—No lo sé, pero he visto enormes mariposas azules— dijo Amy orgullosa— y petirrojos hay muchos.
—Yo quiero ir— dijo Catriona buscando un sombrero para cubrirse del sol.
—Señorita Sutton, acompáñenos— pidió otra que quería ir también.
—Si, querida— dijo la tía— aprovecha de respirar el aire puro, pero lleva un sombrero sino te llenarás de pecas.
—¿Usted no quiere ir?
—Creo que no— dijo la dama colocando su servilleta en su falda— me quedaré con la señora Flanagan que ofreció mostrarme sus orquídeas.
—Si quieren pueden acompañarnos— dijo la dama.
—No, mamá. Iremos al bosque— insistió su hija que quería encontrar a los cazadores, si tenía suerte.
—Regresen para almorzar— advirtió la señora cuando las chicas desaparecían por la puerta.

Las chicas se encaminaron por el sendero, siguiendo a Amy que las guiaba decidida. Sabía dónde se encontraban las bandadas de pájaros que estarían cazando y se propuso acercarse para encontrar a los muchachos que anduvieran por ahí. Cuando ya habían avanzado bastante y lo que menos habían hecho era ver pájaros y flores, algunas de las muchachas se rezagaron cansadas de tanto caminar. La dueña de casa se internó por un sector repleto de arbustos y desapareció de la vista de las demás. Un par de amigas la siguió, pero la gran mayoría incluyendo a Melany se quedaron sentadas sobre un tronco hueco.

—Señorita Sutton, veo que tampoco desea seguir recorriendo este enorme bosque.
—Es hermoso, señorita Rhys, pero mis pies necesitan descanso— dijo estirando los dedos y haciendo ruidos de placer.
—Creo que los hombres andan cerca— dijo otra de las chicas al sentir unos estruendos.
—No deberíamos acercarnos más, puede ser peligroso— dijo una chica de anteojos que era prima de los Flanagan.
—Siento el ruido del arroyo— dijo una muchacha regordeta y rubia con muchas pecas— quiero ver los peces.
—Te acompaño, Lily— dijo otra y desaparecieron por entre medio de unas ramas.

Melany se preocupó al ver que las chicas estaban siendo muy audaces y se levantó para ir en busca de ellas y regresarlas al grupo.

—¿Dónde va? — preguntó la morena que llevaba un quitasol de encaje que la cubría de los rayos del sol, pero que ya no tenía mucha utilidad, porque de pronto el astro rey se ocultó tras de una masa de nubes.
—Creo que alguien tiene que poner cordura.
—Déjelas, ya no son unas niñas.
—Creo que la gran mayoría se comportan como si lo fueran— dijo caminando tras de las chicas que caminaron hacia el arroyo.
—Yo esperaré aquí, siempre que no comience a llover— se lamentó mirando el cielo que estaba muy oscuro.

Caminó bastante trecho sin encontrar a nadie. El día se había puesto muy extraño, pues entre las nubes que se desplazaban en el cielo aparecían algunos rayos de sol que desaparecían en seguida. Siguió caminando, siguiendo el ruido del arroyo y de pronto notó que estaba sola en medio del bosque. La insensata fue ella, que al parecer estaba perdida. Recordaba que la casa estaba orientada al norte, por lo que consiguiendo orientarse podría regresar sin problemas. Lo lamentable sería que comenzara a llover, lo que parecía ser bastante probable.

De pronto sintió un ruido entre medio de los arbustos. Se asustó y observó alrededor, no había nadie. Se escondió detrás de un enorme tronco y desde allí atisbó el espacio que la rodeaba. Seguía sintiendo un ruido suave entre las hojas. Se envalentonó y caminó algunos pasos entre unas altas matas y de pronto lo vio. Había un conejo atrapado entre unas raíces y el animalito chillaba sin poder liberarse. Quiso ayudarlo y se encaminó hacia donde estaba el animal, pero no tenía como quitarle las raíces de las patas.

—Pobrecito. No te asustes— le dijo al lanudo de color gris que la miraba con unos enormes ojos asustados.

De pronto, sintió un ruido y se alarmó. Eran pisadas que venían en su dirección. Alcanzó a levantarse, pero no a escapar. Se encontró de frente con Hart que la miraba alarmado.

—¿Está bien? — preguntó al verla en medio de las ramas.
—Si, estoy bien. Estaba tratando de ayudar a este animalito— explicó observando al conejo que chillaba a ratos— pero no tengo...
—¡Salga! — ordenó él llegando a su lado.
—No me voy a ir sin…
—Salga, yo lo voy a sacar de ahí— dijo sacando una navaja de su bota.
—¿Qué va a hacer? — dijo ella pensando que iba a dañar al pequeñito— No se atreva…
—Dios Santo, Melany. No voy a dañarlo— dijo comenzando a cortar las raíces y quitándolas de en medio.

Se demoró un buen rato en lograr cortar todas las raíces que atrapaban al animalillo, ella mientras tanto lo miraba trabajar enternecida de su actuar. Cuando el animal pudo salir de su cautiverio, él le hizo una caricia y lo dejó correr por el medio de los arbustos hasta desaparecer.

—Gracias.
—No iba a dejarlo allí— señaló él, molesto— y no iba a hacerle daño, si es lo que pensó.
—Lo siento— declaró ella arrepentida.
—No debería estar aquí sola.
—Creo que me separé demasiado del grupo y no sabía cómo regresar…pero puedo averiguarlo.
—Yo la ayudaré a regresar— dijo ordenándole que avanzara.
—No es necesario.
—No sea necia— dijo haciendo que ella se indignara.
—No le permito…
—Deje de discutir y camine, señorita Sutton— ordenó nuevamente, haciendo que ella obedeciera.
—No pueden vernos juntos, pensarán…

—No nos verán. Camine adelante, cuando lleguemos al grupo la dejaré sola— declaró haciéndola obedecer.

Caminaron varios metros, hasta que de pronto un ruidoso trueno la hizo gritar. Él sonrió divertido.

—Son sólo truenos.
—Me asusté.
—Nada le va a pasar— dijo él caminando detrás de ella— siga por ese camino de la derecha —ordenó haciendo que ella empezara a rebelarse.
—No es por ahí— señaló ella que recordaba haber pasado por ahí al ingresar a esa parte del bosque.
—Claro que es por ahí.
—Le digo que no. Sé que ese tronco de allá es el que vi cuando venía hacia acá— declaró ella señalando hacia la izquierda.
—Todos los troncos se parecen.
—Estoy segura— manifestó sin moverse de su sitio cuando otro trueno la hizo gritar otra vez,

Aidan la miró encolerizado, si no caminaba de una vez la llevaría a rastras. Estaba en ese momento de reflexión cuando una gota cayó en su nariz y luego otra que le mojó la mejilla. Unos segundos después, el agua caía de manera copiosa sobre ellos.

—Si se hubiera apurado y dejara de discutirlo todo ya habríamos llegado a la casa.
—No es mi culpa, si usted no quiere entender— dijo ella cubriéndose con el sombrero que no le servía de mucho.
—Señorita Sutton— señaló cogiéndola por la cintura— camine en esa dirección— ordenó tratando de llevarla con él.

Ella se resistió y lo empujó para que la soltara, haciendo que él resbalara en una raíz que estaba levantada del suelo y cayera sentado en medio de la tierra mojada, llevándola a ella y quedando ambos tirados en medio del barro cubiertos de lluvia. Hart se mantuvo en su sitio de espaldas manteniéndola abrazada a su cuerpo sin dejarla escapar. Ella intentó liberarse una vez, pero luego dejó de intentarlo.

—¡Suélteme! — ordenó ella.
—Suélteme usted, señorita Sutton— respondió abriendo sus brazos para demostrar que era ella la que estaba abrazada de él.
—¡Es un grosero! — dijo tratando de levantarse.

Aidan la tomó con fuerzas y la puso debajo de él, quedando cada vez más empapados. Buscó entonces su boca, mientras con sus manos recorría su cintura y sus caderas que se destacaban bajo la ropa mojada. Melany suspiró al sentir su lengua que jugaba con la de ella y provocó que él se encendiera comenzando a besarla en el cuello y luego a bajar por su pecho hasta llegar a su escote y de un tirón bajarlo el hombro dejando su pecho al descubierto. Cuando comenzó a lamer su pezón, ella reaccionó separándose de su lado y empujándolo para que dejara de aplastarla.

—¡Suélteme! ¡Cómo se atreve! — dijo levantándose con dificultad en medio de la tormenta en la que estaban.
—Podríamos pasarlo muy bien, si quisiera, señorita Sutton.
—Deje de humillarme, señor Hart. Merezco más respeto— dijo ella indignada.
—Hágase respetar— dijo él.
—¿Qué se cree? Usted no sabe…
—Todos saben que usted se entregó a un don nadie, que prefirió a un farsante antes que al hermano de un conde, pero además despreció a Stanford un futuro vizconde que era su prometido, si eso no habla de sus instintos…
—Me está ofendiendo, Aidan.
—¿Por qué está aquí escondida de todos? ¿por qué no está en Bedford con la frente en alto?
—¿Por qué me habla así? — preguntó ella explotando en sollozos.
—Te amaba, Melany Sutton. Me destruiste con tu desprecio— dijo él haciendo que ella lo mirara sorprendida de su declaración— No vales nada para mí— agregó recogiendo su sombrero y obligándola a caminar delante de él para recuperar la ruta y encontrar el camino de regreso.

No hablaron más en el camino. Cuando varios minutos más tarde, se encontraban con el grupo que se estaba rearmando entre algunas damas que trataban de regresar a la casa y los caballeros que se devolvieron de la jornada de caza, él la dejó sola para que no los vieran llegar juntos y desapareció. Esa misma tarde, cuando ya todos se habían cambiado la ropa mojada por otra seca y almorzaban en el comedor recordando los pormenores de la mañana, Melany oyó como Hart y su amigo le decían a otros caballeros que en cuanto volvieran a la ciudad, regresarían a casa y luego se irían a Gales sin tener claros planes de retorno.

Melany recordó la conversación que mantuvieron en el bosque, en donde él le demostraba su desprecio, pero también le declaraba su antiguo amor. ¡Cuánto se arrepentía de no haber sido más valiente cuando su padre la alejó de él! Cómo sentía no haber disfrutado de ese amor que estaba floreciente. Él se iría lejos, no volvería jamás y ella se dedicaría a encontrar un hombre que quisiera honrarla con su apellido. Saber que él la había amado como ella lo amó a él también la destrozaba. Su destino era dejarlo ir otra vez, le hubiera gustado saber lo que era amar de verdad; entregarse a un hombre como Aidan Hart habría sido una experiencia inolvidable.

Capítulo XIV

Cuando regresaron a la ciudad, tía Deirdre volvía rozagante de alegría. El campo le había hecho muy bien, a pesar de que el conde y su hijo jamás llegaron a la reunión. Algunos negocios los detuvieron en la ciudad y esa mañana el señor Truswell por fin hacía su aparición con las flores que había ofrecido días atrás.

—Cariño, el señor Truswell está aquí— dijo la tía abriendo la puerta de la alcoba de Melany que leía un libro de poemas.
—¿Ahora?
—Si, deberías bajar al salón en seguida.
—Pero no estoy lista, debería cambiarme— dijo ella viendo que su vestido era muy sencillo.
—Creo que si— dijo la dama llamando a una de las doncellas— Rossie, ayuda a la señorita a cambiarse. Yo voy a entretener a este muchacho. Date prisa— ordenó.

Melany le pidió a la chica que el ayudara a buscar el vestido rosa que usó en el campo que era bastante adecuado y estaba a mano. Se arregló rápidamente y bajó a reunirse con su pretendiente.

—Señor Truswell le aseguro que estará encantada— dijo la tía llamándola con un gesto al verla bajar las escaleras— El vizconde nos invita a su palco para esta noche.
—Buenos días, mi lord— saludó ella siendo correcta y aplacando los ánimos de su tía— esta noche estamos invitadas a cenar con los Prescott.
—Lady Prescott comprenderá nuestra ausencia. Le enviaré una nota— ofreció la dama tratando de acelerar esa relación.
—Claro, si usted cree…
—Por supuesto, esta noche espero verlas en mi palco. Lamento tener que irme en seguida— dijo el hombre admirando la belleza de la chica que lucía deslumbrante con su traje rosa.

El señor Truswell se acercó a la muchacha, tomó su mano y puso un beso en su dorso desnudo, sin dejar de mirarla fijamente a los ojos cuando lo hacía. Melany se quedó fija en sus ojos también, fingiendo que le provocaba gusto, aunque no sintió nada especial al percibir el roce de la mano masculina en su piel. La tía quedó encantada con la invitación del joven y en cuanto desapareció de su vista se puso de pie, esperando escuchar como el mayordomo cerraba la puerta al salir el hombre.

—Querida, el vizconde nos ha invitado a su palco. Eso es una excelente señal.
—No lo veo interesado, tía Deirdre— dijo la chica mirando las rosas blancas que Truswell trajo de regalo— un poco más de color habría sido significativo.
—No te fijes en esas cosas, esta gente de la nobleza es así. Necesita una esposa y parece que tú estás en sus planes.
—¿Por qué lo dice?
—La misma señora Prescott me dijo que el conde está urgiendo a su hijo para que formalice una relación, quiere asegurar la descendencia— dijo haciendo un gesto de alerta al recordar a su amiga — debo enviarle una nota en seguida.
—Parece que no le importa mucho quién sea la elegida.
—A nosotros solo debería importarnos que seas tú— dijo la dama entrando en su salita para

escribirle una nota a su amiga— deberías ir a escoger el vestido perfecto, tal vez esta noche se decida.
—¿Qué le parece el vestido con bordados dorados?
—Creo que sería adecuado, con los guantes largos, cariño— dijo la dama mientras se dedicaba a terminar la nota y la sellaba con un poco de lacre para entregarla al mozo que la esperaba— Stuart, entregue esto en casa de lady Prescott.
—En seguida, señora— dijo el chico y salió apresuradamente del cuarto.

Melany salió de la habitación también, yéndose a su alcoba. La dama se dedicó entonces a reflexionar sobre los acontecimientos que venían. El vizconde necesitaba una esposa, no sería precisamente un matrimonio por amor, sino más bien por conveniencia. Él buscaba una chica adecuada y Melany necesitaba un hombre de alto rango para presumirlo al volver a casa. Así su padre se sentiría satisfecho. La dama terminó con esas elucubraciones y se dispuso a decidir qué escogería ella para esa noche. Le encantaba la ópera y había escuchado que la temporada estaba muy concurrida. Tener la opción de un palco tan bien ubicado la haría destacarse de sus amigas.

Aquella noche, en el teatro de Brighton, la señora y su sobrina aparecieron entre la concurrencia buscando al vizconde con la mirada. Lo primero que Melany vio fue a Hart que conversaba en un grupo lejano, pero como si hubiera sido un poderoso imán sus ojos se posaron en él nada más percibir su presencia entre la gente. Al parecer él también era sensible a su presencia, pues demoró muy poco en voltearse al sentir que algo llamaba la atención de sus acompañantes.

—Tu señorita Sutton se ve radiante— dijo Freeman despacio en su oído— parece que esta noche será especial— agregó al ver que Truswell aparecía
—¿A qué te refieres?
—El señor Truswell la ha convidado a su palco como puedes notar— señaló haciéndolo observar como el ofrecía su brazo frente a todos los presentes.
—¿Y eso?
—Mi hermana Louise recibió la propuesta de lord Redmayne en plena ópera.
—Me alegro— dijo Hart retomando la conversación y volviendo a voltearse, mientras la señora Sullivan lo saludaba cortésmente desde lejos.

Melany vio como todas las personas que los rodeaban los miraban con interés. El vizconde la llevaba del brazo invitándola a subir por las escaleras que los llevaban al palco de su familia en la mejor ubicación del lado norte del teatro. La vista desde allí sería privilegiada, tanto para ver la obra como para ver a la concurrencia. En ese momento, el grupo del señor Baxter se instalaba en un palco que los enfrentaba y desde allí podía ver a lo lejos que Aidan se sentaba junto a su anfitrión y comentaban la representación que comenzaría en breve.

La tía Deirdre lucía radiante, su traje de color vino tinto con encaje en el corpiño y repleto de flores de seda era el atuendo perfecto para esa noche y para esa ocasión. La señora observaba que el vizconde se dedicaba a atender a su sobrina dando claras señales públicas de su interés por ella, pero también notaba que la chica se mostraba distraída; más bien preocupada de los asistentes que de su galán. La dama tomó sus binoculares y se dispuso a averiguar qué o quién llamaba la atención de la chica y luego de observar los palcos encontrados se explicó toda la situación. El joven rubio y atractivo que siempre estaba rondando lucía muy interesante sentado

junto a lord Baxter, mirando en reiteradas ocasiones a la chica con manifiesto interés. La dama sonrió para sí misma y se acomodó en su silla para ver el espectáculo que ya comenzaba.

Esa representación había tenido muy buena crítica y con razón, ya que la soprano era magnífica, la señora Sullivan se emocionó en un par de ocasiones durante el primer acto y cuando ya terminaba el segundo, aprovechó de salir un momento hasta el foyer para encontrarse con algunas amigas y comentar sus impresiones, dejando a Melany a solas, ya que el vizconde había salido a fumar hacia uno de los salones dispuestos para ello.

Melany se quedó en su sitio, pensando en sus perspectivas respecto del futuro. Podría muy bien intentar atrapar al vizconde y regresar a Bedford con la frente en alto, convirtiéndose en alguien de respeto; el tiempo haría olvidar el escándalo. O tal vez no, pudiera ser que aun casándose con el mejor partido del reino las habladurías jamás cejaran. Estaba sumergida en sus pensamientos cuando observó que en el palco de enfrente la gente se había retirado también. Aidan Hart se iría pronto, volvería a su hogar y luego se iría a Gales según recordaba haber oído. Tal vez nunca volvería a verlo.

¿Por qué el destino lo había puesto en su camino de nuevo? ¿sería que ella estaba perdiendo su segunda oportunidad? No sabía qué hacer. Había una probabilidad de que Truswell se declarara, aunque no había seguido los pasos adecuados, pero el hombre podía ser impulsivo y hacerlo esa noche sin tomarse tiempo para el debido cortejo. Quizás su padre lo apremiara con su actuar en ese sentido.

En esas reflexiones estaba cuando de pronto sintió una presencia a su espalda y pensando que era su tía espero que se acomodara a su lado, pero no fue así. Nadie entró en el palco; ella entonces tomó sus binoculares para observar a la concurrencia y buscar a Hart, pero un segundo después su voz la hizo reaccionar.

—¿Ya logró lo que deseaba? — preguntó susurrando medio oculto tras uno de los cortinajes que separaban el palco del pasillo posterior.
—No sé de qué habla— respondió ella sin voltearse para evitar que alguien se diera cuenta de la situación.
—Todos dicen que esta noche recibirá una propuesta del vizconde— dijo él haciendo que ella se sintiera nerviosa.
—No creo que a usted le importe.
—No me importa— le dijo susurrando todavía.
—Entonces no sé qué hace aquí— señaló ella susurrando con tono molesto.
—Simple curiosidad, deseaba saber si había logrado su cometido.
—Lo dice como…
—Si fuera una oportunista— dijo él terminando la frase.
—No debería inmiscuirse, señor Hart.
—No lo haré. Me iré mañana o pasado y creo que no habrá otra ocasión de vernos. Lamento haber sido grosero, señorita Sutton. No soy quién para juzgarla— dijo haciendo que ella sintiera que el corazón le latía más fuerte y que una lágrima trataba de caer por su mejilla.
—Aidan, yo…
—Le deseo lo mejor, espero que consiga sus sueños. Adiós, Melany— dijo dejándola sola y

presa de la confusión.

Tardó unos segundos en recomponerse y tuvo que hacerlo rápido, porque su tía regresaba en ese momento junto con el señor Truswell y un amigo que lo había acompañado de regreso hasta su palco.

Melany alcanzó a atrapar la lágrima que amenazaba con caer por su rostro y fingió estar alegre al verlos regresar, pero su apariencia pálida le dio señales a su tía de que no se sentía bien.

—¿Estás bien, querida?
—¿Qué le sucede, señorita Sutton? — preguntó el vizconde alarmado.
—No me siento muy bien, creo que me siento algo agobiada.
—Suele suceder en estos espacios. Este teatro es algo húmedo— dijo la tía inventando una excusa para explicar el malestar de la chica.
—Es verdad.
—Creo que será mejor que regresemos a casa, cariño— dijo la tía.
—Claro que no, estaré bien— mintió para impedir que la señora se perdiera la oportunidad de ver el resto de la función, aunque ella quería escapar de allí.
—¿De veras? — dijo la dama.
—Si, por favor. No se molesten por mí— dijo tratando de retomar la normalidad— va a empezar el tercer acto, por favor, acomódense— propuso tomando el abanico para darse aire.

Melany padeció la media hora siguiente, viendo como Hart parecía estar concentrado en la representación y nunca más volvió a mirarla. Ella se sentía presa de la ansiedad, no quería recibir la propuesta, deseaba salir de allí cuanto antes, así que en cuanto la obra llegó a su fin y el público estalló en largos aplausos ella volvió a demostrar su malestar para obligar al vizconde a buscar el coche que la llevara a su casa. Su tía se mostró preocupada y cuando se sentaron dentro del vehículo sólo tomó la mano de la muchacha para darle ánimo.

—¿Te sientes bien, querida? ¿Qué pasó? — preguntó la dama.
—Nada, solamente…
—Vi que Hart fue al palco, Melany. ¿Qué sucedió?
—Se va, tía.
—Sabías que eso iba a pasar—dijo la señora atreviéndose a hacerla reaccionar.
—Lo sé.
—¿Qué piensas hacer?
—¿A qué se refiere? — preguntó haciéndose la indiferente.
—Deja de fingir, Melany. El joven Hart te tiene la mente agitada desde que llegó.
—Fue alguien importante, tía— reconoció después de semanas de negarlo.
—¿Y pensaste que ya no lo era? — preguntó ella con la sabiduría de los años.
—Me equivoqué— dijo la chica dejando que su tía la abrazara y permitiendo que la lágrima que toda la noche batalló por caer por su mejilla lo hiciera por fin.

La mañana siguiente, Melany encontró a su tía comentando con su amiga la señora Prescott las últimas novedades.

—Te aseguro que anoche estaba en el teatro.
—Me imagino que la representación fue prodigiosa… para dejarme plantada.
—Laura querida, no todas las noches un vizconde te invita a su palco.
—¿Las invitó Truswell?
—Precisamente— se vanaglorió la dama.
—Y entonces ¿hubo alguna…
—Nada— se lamentó la tía— Melany se sintió algo indispuesta y nos vinimos nada más terminar la ópera, que fue maravillosa.

Melany llegó junto a ellas y saludó a la anciana dama que era la mejor amiga de su tía en la ciudad, luego las dejó solas para que siguieran cotilleando. Las dos siguieron dedicadas a comentar las noticias frescas.

—La mansión Baxter está inhabitable en el ala norte— señaló la señora Prescott que tenía una red de informantes entre las criadas del lugar— la pared cedió con la humedad.
—¿Qué hicieron?
—Creo que esta mañana se van al campo, vendrá un constructor a solucionar la caída de la pared.
—Esa mansión es muy antigua, cuando Baxter se cambió Sullivan le comentó que debía hacer refacciones, pero siempre las dejó para después.
—Tendrá que hacerlas ahora.
—¿Y los invitados? ¿O ya se fueron? — preguntó la tía con interés.
—Creo que tenía unos visitantes del norte. Me enteré de que se quedarían en la posada hasta que viajen de regreso a su ciudad, pero será mañana o pasado.
—Que lamentable, le escribiré a Evangeline para saber cómo está la familia.
—Irse al campo ahora no será un problema, la temporada está aburridísima y no teniendo hijas casaderas, dará lo mismo irse a Dorset, tienen una costa bellísima.
—Recuerdo que estuvimos allí con Sullivan, el tiempo fue muy favorable en aquella ocasión— recordó la dama.

Melany se quedó pensando en lo que oía. Aidan aún no se había ido, quería verlo, explicarle todo lo que pasó. Obviamente no iba a creerle, como nadie lo hizo. Ni siquiera su madre lo había hecho, pero la apoyó con su amor maternal para evitar que su padre tomara decisiones peores. Si nunca más volviese a verlo, por lo menos deseaba que él no siguiera pensando que era una perdida. Su opinión valía mucho para ella y si aun parecía estar resentido podría ser una señal de que algo de ella aun le importaba.

Capítulo XV

Melany se retiró a su cuarto aquella noche fingiendo estar cansada. Su tía se quedó un rato más escribiendo algunas cartas, mientras se bebía un trago del licor de hierbas que la señora Shawn, la cocinera, preparaba cada temporada. Ella esperó que la casa se quedara en silencio, lo que habitualmente pasaba cerca de las nueve de la noche cuando ellas estaban en casa y no recibían, pero en esa ocasión debió esperar hasta las diez, porque algunas de las chicas estaban terminando de ordenar la ropa de cama que se había lavado.

Cuando percibió que la casa dormía finalmente, se cambió su vestido de tarde que aun llevaba por otro que fuera más cómodo al moverse en la oscuridad. Se cubrió con una capa negra de terciopelo que a veces usaba en el invierno por ser muy gruesa y se dispuso a salir de la casa con un destino muy claro. Revisó que en el bolsillo de su falda estuvieran en su sitio las monedas que llevaba para poder pagar lo que necesitara y suspiró para darse fuerzas.

Caminó despacio escaleras abajo y recorrió el corredor trasero en donde cada mañana empezaba el ajetreo diario, cuando los comerciantes llegaban con la carne, el pescado o las verduras que se requerían en la cocina. Allí había una puerta auxiliar que en la noche quedaba cerrada con un enorme pestillo, pero que no tenía un cerrojo extra, porque solo se abría desde dentro.

Llegó hasta aquella parte de la casa, que estaba completamente a oscuras, solamente la luz exterior de la luna iluminaba a pedazos los corredores y con esa sola guía tuvo que llegar hasta la puerta que buscaba. Sentía que las puertas crujían demasiado, que la casa tenía ruidos propios y algunos la asustaron, pensando que alguien la había descubierto, pero fue solo su imaginación. Cuando llegó frente a la puerta que tenía un pasador de metal que la cerraba hizo el máximo esfuerzo que le dieron sus brazos para forzarla sin generar ruido que pudiera alertar a alguien.

Sus brazos eran muy débiles para mover esa estructura y cuando ya parecía que no lo lograría y su impotencia la haría estallar en lágrimas, el metal cedió al moverlo suavemente, pero con ahínco. Tardó varios minutos en lograrlo, pero finalmente la puerta se abrió a su paso y saliendo con sigilo la cerró a sus espaldas, sabiendo que al despertar alguien creería que la puerta había quedado cerrada sin asegurarla.

Se encontró entonces en el patio trasero de la casa y tendría que recorrer el jardín hasta encontrar la puerta de servicio por donde ingresaban los carros del pescadero o del verdulero que ella había visto llegar cada mañana cuando aparecía por la cocina a buscar algún dulce. Al salir por aquella puerta que tenía un cerrojo fácil de abrir con un gancho que ella había preparado más temprano se encontró a pasos del camino peatonal de rodeaba la casa. Tenía que llegar hasta el camino principal por donde circulaban los coches.

Se armó de valor y cerrando la puerta con cuidado comenzó a caminar lentamente atenta a cualquier ruido de animales o personas que pudiera percibir. Se quedó agazapada en medio de las matas hasta sentir que el camino estaba solitario. Sabía que aquella noche en casa de los Howard, sus vecinos, había una velada musical y mucha gente llegaría en coche. Se acercó hasta allí para conseguir que alguno de aquellos conductores que esperaban a sus dueños por largas horas aburridos durmiendo o algún coche que esperara a los menos favorecidos que no tuvieran

vehículo estuviera detenido por ahí.

Caminó por entremedio de las antorchas que decoraban la entrada principal y acercándose a un lacayo que dormitaba en el pescante, le habló para despertarlo.

—Señor, buenas noches— dijo alarmando al tipo que casi se cayó de su sitio.
—Dama, ¿qué hace aquí? — preguntó al verla sola en ese sitio apartado.
—Necesito con urgencia llegar a la posada de Arundel— le dijo mostrando un saquito que llevaba en su mano.
—Tengo que esperar a mi amo.
—No le tomará mucho tiempo, demorará menos de una hora en volver. La fiesta no terminará antes que eso.
—No lo sé.
—Son monedas de plata— dijo sacando un par del saquito que llevaba y entregándoselas para causar tentación en el muchacho.
—Suba en seguida— dijo el chico, hablándole al conductor que conversaba algo más lejos con otros cocheros.

El muchacho la hizo entrar al coche y cerró la puerta, sin dejar que el conductor la viera. Cuando el coche comenzó su trayecto, Melany sintió el corazón acelerado, había tomado una decisión impetuosa, sin pensar. No quería pensarla tampoco, solamente necesitaba hablar con él y era lo que iba a hacer.

Veinte minutos después, el coche se detenía en un edificio de piedra con tejados oscuros en donde se percibía luz en su interior. Junto a la entrada había otro coche, pero no se notaba que hubiera otras personas circulando. Por el otro costado parecía haber una taberna, así que ella entró a la edificación y el coche retornó a su lugar para esperar a sus patrones que saldrían medios borrachos de la fiesta de los Howard.

Melany se armó de más valor y abrió despacio la puerta de la posada, que fuera tenía colgando un letrero con el nombre “Road Shelter”, pero que todos conocían como la posada de Arundel. Cuando ingresó se ajustó la capucha sobre la cabeza para que no se le viera ni el pelo y se dirigió al posadero que la miró interesado.

—Buenas noches— dijo hablando en un susurro.
—¿Qué desea? — inquirió el señor, que tenía una melena como de león y un bigote frondoso.
—Necesito hablar con un huésped. Llegó aquí hoy.
—No se permiten mujerzuelas en los cuartos— señaló el hombre con mal gesto.
—No soy una mujerzuela— dijo ella colocando su mano con un par de sortijas de rubí sobre el mesón— necesito darle un recado urgente al señor Hart.
—Déjeme ver— dijo el tipo tomando un libro de registro y mirando las sortijas que eran de alto valor.

En ese momento, Melany cayó en la cuenta de que no sabía si Aidan estaría allí. Al escuchar posada, pensó en seguida en Arundel. Si no era aquella estaba en serios aprietos, puesto que se había alejado bastante de casa de su tía y no sabía cómo regresar.

—Hart…si, está aquí— dijo el hombre cerrando el libro con fuerzas y dejándolo sobre el mesón — espere pediré que lo llamen.
—Muchas gracias— dijo ella respirando con dificultad.

La llevó a una habitación contigua en donde había algunas mesas en la que un par de hombres comían y estando allí pareció que el tiempo no avanzaba. Lo que parecieron siglos fue lo que demoró en aparecer un chico junto con el rubio que llegaba con curiosidad a enterarse de quién podría ser la mujer que lo buscaba allí. El muchacho recibió una moneda por su cometido y los dejó solos. Cuando Aidan cerró la puerta tras del chico, ella se quitó la capucha, volviendo a colocársela para tapar su rostro. Al verla su asombro fue mayúsculo.

—Señorita Sutton ¿Qué hace aquí? ¿Vino sola? — preguntó alarmado.
—Si, vine sola. Necesitaba hablar con usted.
—No creo que sea prudente…
—¿Qué cosa? ¿estar a solas con usted? Nadie se va a enterar.
—El posadero…
—Nadie me ha visto— aclaró sin quitarse la capa.

Aidan se quedó impactado con la intensidad del verde de sus ojos. Parecía que ella estaba en una situación extrema, la veía asustada.

—¿Por qué está aquí? ¿le pasó algo a su tía?
—No, ella está bien.
—¿Qué quiere de mí?
—¿Podemos hablar? — preguntó ella— pero en un lugar tranquilo— agregó al ver que los hombres los miraban intrigados.
—No lo sé— dijo él interesado en saber lo que ella quería decirle.
—No le pido nada más. Usted se irá pronto, no nos volveremos a ver. ¿puede darme unos minutos de su tiempo?

Aidan sopesó la situación. Ella quería decirle algo y él quería estar con ella un momento. Tal vez fuera verdad que no volvieran a verse y podría ser bueno decirse algunas cosas que en el pasado quedaron pendientes. Pensó en lo que podía idear para que pudieran estar solos.

—¿Podemos ir a su cuarto? — preguntó ella dejándolo atónito.
—¿Mi cuarto? ¿Está segura? — preguntó él de vuelta, susurrando y viendo que ella asentía decidida — pero no pueden verla subir— agregó buscando alguna forma de lograrlo —Espere un momento aquí— ordenó dejándola sola y saliendo de la habitación.

Volvió casi en seguida y le pidió que lo acompañara. La llevó fuera de la posada, pasando junto al posadero y agradeciéndole por el recado que le había dado.

—Gracias, señora Hutchinson— dijo inventándole un nombre— dígale a su esposo que lo iré a ver mañana mismo.

Abrió la puerta de la posada y la llevó a un rincón fuera de la vista del hombre.

—El chico la ayudará a entrar por la puerta trasera. Debe seguir ese sendero rodeando el edificio. Tenga cuidado, cualquier cosa grite, estaré atento— dijo mostrando preocupación— la espero— dijo volviendo a entrar.

Melany sintió que el pecho se le llenaba de aire puro. Había conseguido su cometido, podría decirle lo que quería, aunque ni siquiera ella sabía lo que iba a decirle. El chico la esperaba al doblar la esquina de la casona y la hizo seguirlo hasta la siguiente esquina ayudándola a entrar por una puerta pequeña desde donde salía una angosta escalera que llevaba al piso superior. Cuando ella llegó junto a él al finalizar los escalones le señaló el segundo cuarto de la derecha y la dejó sola. Ella estaba asustada, pero cuando vio que la puerta se abría y Aidan se asomaba le volvió el alma al cuerpo.

—¿Qué hace aquí? Es muy peligroso andar sola a estas horas por el campo— señaló al cerrar la puerta luego de que ella entrara al cuarto.
—Lo sé— dijo ella, mirando alrededor y viendo que la habitación constaba de una cama, un par de muebles que se usaban como escritorio y tocador y un ropero enorme que ocupaba casi por completo una de las paredes.
—No debió correr este riesgo.
—Necesitaba hacerlo.
—¿Cómo me encontró?
—Me enteré de lo que pasó en casa de los Baxter.
—Las noticias corren rápido— dijo con gesto serio— ¿se da cuenta de lo que pasaría si alguien se entera de que está aquí?
—No me importa.
—Melany…señorita Sutton— agregó en seguida— se ha vuelto una mujer muy distinta a la que yo conocí— declaró causando en ella desazón.
—No soy la misma es cierto. Pasaron cosas…
—Me enteré— dijo él alejándose de su lado.
—No es lo que cree— manifestó la chica— quisiera explicarle.
—No necesita darme explicaciones— dijo él contrariado— lo que haya pasado entre nosotros en el pasado ya no es importante— declaró sin mirarla.
—Para mí siempre lo será— señaló ella acercándose a él— me gustaría regresar el tiempo. Haría todo distinto— añadió.
—El pasado no se puede cambiar.
—¿Alguna vez me quiso? — preguntó ella recordando esas veladas en las que coqueteaban cuando parecía que habría mucho tiempo por delante para ellos.
—¿Qué importa ahora? — preguntó él viendo que ella se quitaba la capa y que debajo llevaba el vestido azul claro que lucía aquella noche que la conoció.
—Sólo dígalo.

Aidan se quedó en silencio como envarado frente a la chica que lucía tan hermosa como la recordaba en su mente cada vez que añoraba estar con ella. Se acercó unos pasos y cogiendo un rizo de su cabello que había caído del peinado que había llevado en el día respondió sin quitarle la mirada de sus verdes ojos.

—La amé, Melany.
—Ámeme ahora— pidió ella acercando sus labios a los de él y posándolos suavemente.

Sus labios se unieron en un largo beso, suave al principio que comenzó a volverse más ardiente a medida que se dejaban llevar por la pasión. Cuando Hart reaccionó separándose de su lado, ella se sintió despreciada y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No soy digna de sus caricias— afirmó alejándose de su lado con gesto triste y cogiendo la capa para retirarse de ahí— me cree una mujerzuela que se acostó con el primero que le endulzó el oído.
—¿No fue así?
—¡No! — exclamó ella casi gritando.
—Me dijeron…
—Usted no debería creer todo lo que le dicen— dijo amarrándose la capa y disponiéndose a salir de la habitación.

Cuando sólo un par de pasos la separaban de la puerta y los ojos no la dejaban ver por las lágrimas que los inundaban, sintió que una mano la tomaba por la cintura y la hacía regresar. Hart se plantó delante de ella y la miró a los ojos, buscando comprender las razones de que ella estuviera ahí en ese momento. Cuando notó que ella parecía triste por su rechazo colocó su dedo en su mejilla y le secó las lágrimas.

Ella se dejó acariciar cerrando los ojos al sentir el contacto de sus dedos en su piel y luego se entregó al beso que él colocó en sus labios. Cuando el beso terminó él le habló muy cerca de su boca.

—¿A qué vino señorita Sutton? — preguntó teniéndola cogida por la cintura aún.
—No lo sé— dijo ella siendo sincera— tal vez no quería que se fuera sin verlo por última vez.
—¿Sólo por eso?
—No— declaró ella colocando su mano en el cuello de él y acercándolo nuevamente a sus labios para colocar un nuevo beso en ellos.

Hart la tomó entre sus brazos y comenzó a besarla nuevamente, la desprendió de la capa que la cubría y se deshizo de ella lanzándola lejos. Buscó entre su cabello los broches que lo afirmaban y sacándolos uno por uno dejó que la cabellera de la chica cayera sobre sus hombros, tomando un mechón y enrollándolo entre sus dedos.

—Me encanta tu aroma— dijo llevando el mechón de pelo a su nariz— me encanta el sabor de tu piel— agregó besando su cuello y bajando por su escote, mientras ella se quedaba quieta.

Cuando él se detuvo, besando su pecho y volvió a situar su vista en los ojos de ella, Melany esperó que hablara, pero él no decía nada, sólo la observaba.

—¿Qué pasa? — preguntó la chica.
—No lo sé— dijo él volviendo a besarla— creo que estoy confundido, señorita Sutton.
—¿Por qué?

—Porque pensaba que me aborrecía— dijo besando su mejilla— ¿no me aborrece?
—Cuando se pone grosero, un poco— señaló ella, secando con sus dedos las lágrimas que todavía humedecían su rostro.

Hart se separó de ella y se alejó unos pasos sentándose en la cama. Desde allí le hizo un gesto para que se acercara. Ella caminó despacio y se situó entre sus piernas.

—Ven — ordenó rodeando su cintura— No deberías estar aquí ahora.
—No hay otro sitio donde quiera estar— dijo ella acariciando su rubio y suave cabello.
—¿Sabes lo que va a pasar si te quedas?
—No— preguntó fingiendo inocencia.
—Lo sabes— afirmó él sonriendo— ¿quieres que suceda?
—Quiero estar contigo— declaró mirándolo con sus ojos verdes que se habían convertido en dos llamas intensas— ¿me regalas esta noche?

Aidan la miró nuevamente con esos ojos azules que ella adoraba y dejándose llevar la tomó en sus brazos y la tendió sobre la cama comenzando a recorrer su cuerpo con ardientes caricias. Ella dejó que la acariciara, buscó su boca y disfrutó del placer de tenerlo a su merced. Aidan Hart no se iba a resistir más, podría tenerlo una única vez, pero sería suficiente para no olvidarlo jamás.

Capítulo XVI

A medianoche, Melany aún despierta, desnuda en sus brazos decidió que era momento de irse. No sabía cómo regresar a casa de su tía, pero estando en el camino encontraría algún transporte; ella tenía algunas monedas de plata todavía. Al hacer el intento de moverse, Aidan despertó y la atrajo a su lado otra vez.

—¿Qué haces?
—Debo irme. No puedo quedarme más tiempo…
—Señorita Sutton, creo que no te has dado cuenta de lo que ha sucedido aquí esta noche.
—Lo sé— dijo ella apesadumbrada.
—Me entregaste tu virtud— dijo él abrazándola y mirándola a los ojos— no lo merecía.
—No me importa haberlo hecho. Todo el mundo cree que no tengo virtud. ¿qué puede importar ahora?
—¿Por qué lo hiciste?
—Quería sentir lo que era estar con el hombre…

La frase quedó a medias, porque la terminó colocando un beso en sus labios y acariciando su barbilla.

—Tengo que irme.
—Claro que no. Tenemos mucho de qué hablar— dijo él sin soltarla— en primer lugar, debo pedirte perdón por haberte tratado como lo hice.
—Tú no sabías.
—Debí dejar que me explicaras. Debí oírte— dijo besando su mejilla y enredando sus dedos en los de ella.
—Ya lo sabes— dijo abrazándolo como una despedida— cuando estés en América tienes que escribirme, quiero saber cómo van tus cosas — dijo secando con un dedo la lágrima que amenazaba con caer por su ojo.
—No te voy a escribir— declaró él molesto.
—Está bien, yo sólo…
—No me voy a ir sin ti— dijo dejándola asombrada.
—No voy a ser tu querida, Aidan Hart— dijo tratando de salir de esa cama— no era mi intención…
—Serás mi esposa— señaló tajante.
—¿De qué hablas? No tienes que cumplirme, yo no te obligué, fue mi decisión.
—No lo hago por cumplir. Te amo, Melany. ¿Acaso crees que atravesé todo el país, trayendo a cuestas al pobre Freeman porque quería hacer negocios?

Ella lo miró sin ser capaz de articular palabra. Sus palabras la dejaron aturdida, siempre pensó que él la despreciaba.

—Cuando llegué y te vi coqueteando con el vizconde me di cuenta. El despecho no me dejaba razonar, cada vez que te veía deseaba besarte y hubiera querido decirte muchas cosas, pero la rabia me dominó muchas veces.
—¿Me amas?
—Estoy completamente enamorado de ti. Estos últimos años fueron difíciles. Cuando tu padre nos alejó me sentí desgraciado. Luego vi que a ti pareció no importarte…
—¡Qué dices! Yo nunca estuve de acuerdo.
—Pero te comprometiste con Stanford.
—Mi padre me obligó. No tenemos dinero, Aidan. Mi padre necesitaba ese matrimonio para salvarnos de la ruina. Lo estropee todo cuando sucedió lo de Gibson. Mi padre me aborrece porque le dañé sus planes.
—¿El barón está en la ruina?
—Ahora está tratando de que Scarlett encuentre un buen partido.
—¿Qué sucedió con ese hombre…Gibson? — preguntó soltándola y dejando que ella hablara.
—El tipo apareció en Bedford a inicios de la temporada con un par de amigos, todas decían que era hijo de un acaudalado comerciante, era guapo; todas las chicas se fascinaron con él, incluyendo a Scarlett. Yo estaba comprometida con Wright, sin embargo, también fui víctima de sus galanteos. Yo no tenía ningún interés en él, pero me preocupaba que Scarlett pudiera hacer alguna locura.
—¿Qué pasó?
—Esa noche, en la fiesta de los Wills, noté que el hombre hablaba a hurtadillas con mi hermana

y pensé que ella haría una tontería. Mi padre la estaba abrumando con el tema del matrimonio y ella es muy niña aún. Cuando de repente perdí de vista a Scarlett y noté que Gibson salía hacia el jardín, fui tras él pensando en evitar algún escándalo, pero era una trampa— dijo sollozando.
—¡El muy imbécil!
—Cuando llegué al jardín, ya sabes, ese jardincito pequeño que tienen los Wills junto al invernadero, el hombre estaba oculto entre las sombras. Sin darme cuenta me tomó con fuerzas y me llevó al invernadero, allí trató de abusar de mí, me rompió el vestido y…— se detuvo para suspirar y secarse una lágrima— de repente estaba rodeada de gente. Todos murmuraban y Gibson comenzó a decir que nos habíamos excedido, que él respondería casándose conmigo…yo no reaccioné…
—¿Y tu padre?
—Me sacó de allí, pensé que era para protegerme, pero al llegar a casa se regocijó de su suerte y dijo que íbamos a hacer una boda por todo lo alto, que perdonaba mi desliz…que había perdido la opción de casarme con un futuro vizconde, pero que me casaría con un tipo acaudalado.
—Pero no te casaste.
—Yo me resistí, le dije que no me iba a casar con ese tipo y me encerró en casa por varios días.
—Debiste buscarme.
—Estabas en América— se excusó ella.
—Mi familia pudo ayudarte.
—Tú jamás me declaraste tus sentimientos, tu familia era ajena para mí, sólo los conocía de vista. Ni siquiera me habías presentado a tus hermanas.
—Fui un inmaduro, fui imbécil y lo hice todo mal. Pensé que habría tiempo de sobra y cuando llegó la ruina, ya era muy tarde. No creí que sintieras algo por mí.
—Yo estaba enamorada de ti— dijo abrazándolo— pero pensé que tú estabas jugando conmigo. Casarme con Stanford no parecía una mala idea.
—Era una pésima idea. Ese tipo tiene una amante y un niño en Essex.
—¿Qué dices? Debiste advertirme.
—Lo supe hace poco tiempo, incluso al verlo recientemente con su esposa, recién me enteré de que no te habías casado con él.
—Finalmente se descubrió que el tal Gibson era un farsante que andaba estafando a todo el mundo, dejó el pueblo con un montón de deudas de juego tras él. Mi padre quedó aturdido luego de todo eso, quería encerrarme en alguna parte para no verme más, pero mamá intercedió por mí y me envió con tía Deirdre.

Aidan la tomó por la cintura y la colocó debajo de su cuerpo, intentó besarla nuevamente, pero ella se resistió jugando.

—Tengo que irme— dijo tratando de zafar de esa posición riendo.
—No vas a ir a ninguna parte. Te acabo de hacer una propuesta de matrimonio y ni siquiera la tomaste en cuenta.
—Porque no estás pensando— dijo ella acariciando su barbilla— No puedes casarte conmigo.
—¿Por qué no? — preguntó él confundido— ¿Acaso estás comprometida con Truswell? — preguntó alarmado.
—No, no estoy comprometida con nadie. Tú no puedes casarte conmigo, la sociedad de Bedford te va a marginar.
—No me importa la sociedad de Bedford.

—Tu hermano no estará de acuerdo, tiene un nombre que cuidar.
—Se caso con Rowena por dinero y no le importó la sociedad entonces, no va a tener escrúpulos ahora.
—Tu familia…
—Mis hermanas están muy bien casadas, serán inmunes a cualquier habladuría.
—Tienes una hermana pequeña, ella pagará las consecuencias— advirtió tratando de convencerlo.
—Abby es hermosa, inteligente y la dote que Liam puede ofrecer es enorme. Ella puede elegir a quien desee, no te preocupes por ella— dijo sentándose en la cama y soltándola por fin— Si no quieres casarte conmigo, no inventes más excusas— dijo mostrándose molesto.
—Aidan, claro que quiero— dijo haciendo que el sonriera y se lanzara sobre ella otra vez— pero no quiero perjudicarte ni a ti ni a tu familia.
—Yo te perjudiqué a ti…dos veces— dijo sonriendo con malicia — voy a darte mi apellido. No se hablé más— dijo besándola y enredándose entre las sábanas sin dejarla escapar.

Unas horas después, luego de dormir un rato, Melany despertó y lo primero que vio fue el rostro de Aidan que la miraba con devoción.

—¿Me estabas mirando dormir? — preguntó bostezando y estirándose en la cama.
—Creo que es hora de que regreses a tu casa— dijo él bostezando también— van a ser las seis.
—Tengo que irme en seguida— exclamó saltando de la cama, cubriéndose con una manta que había sobre el lecho.
—Tienes unas piernas hermosas— dijo él tendido sobre las almohadas mirándola vestirse apresuradamente.
—¡Me da vergüenza que mes veas! No me mires.
—Anoche no parecías avergonzada— bromeó él y se levantó de la cama por el otro costado buscando su ropa para vestirse.
—Tengo que conseguir un coche— señaló Melany como pensando en voz alta.

Aidan se levantó ajustándose los pantalones en su sitio y colocándose la camisa. Se acercó a ella para abotonar su vestido y la tomó por la cintura abrazándola con fuerzas.

—Señorita Sutton— dijo besando su mejilla— ¿Te vas a casar conmigo o tengo que secuestrarte y llevarte obligada a Gretna Green?
—Aidan, yo…

La cogió por la cintura y la lanzó sobre la cama. Se tendió sobre ella y comenzó a acariciar su pecho por encima del vestido, haciendo que ella suspirara con fuerzas y lanzara un gemido.

—Así será todas las noches, te lo prometo— bromeó él besando su cuello— no me sigas rechazando, por favor— pidió poniéndose serio— te deseo, te voy a amar siempre.
—¿Estás seguro de que no te importa…
—Me importa mi felicidad— declaró mirándola a los ojos— y la estoy viendo en este momento.
—Te amo, Aidan Hart. He pensado en ti cada día desde que te conocí— dijo besando sus labios — voy a casarme contigo.
—Por fin— manifestó el rubio sonriendo— perfecto. Vamos a hablar con tu tía.

—No creo que…
—Ella sabe que tú y yo…
—Más o menos— reconoció ella que no había sido muy clara con la señora al respecto.
—Me conseguiré un caballo— dijo colocándose sus botas, arreglándose la camisa y cogiendo su chaqueta— vengo en seguida— agregó saliendo del cuarto y dejándola sola allí.

Unos minutos después, regresaba satisfecho. Buscó su capa y recogió la de ella que todavía estaba tendida en el piso a un costado de la cama.

—Tienes que salir sin que te vean, te espero en la caballeriza— dijo ayudándola a colocarse la capa— el chico que te trajo anoche te espera en la puerta trasera— dijo dándole un suave beso en los labios y saliendo de la habitación.

Melany se sintió agobiada. Nunca pensó en cómo regresaría a casa, ni siquiera tenía planes para eso. Su tía aun estaría durmiendo, si es que nadie se enteró de su escapada. Tal vez la casa estuviera alertada de su falta y todos la estarían esperando. Se apresuró en terminar de arreglarse, se colocó la capucha sobre el cabello que trató de armar con una trenza para que no se viera y abrió la puerta despacio, para no alertar a los otros huéspedes de la posada.

El chico la estaba esperando, jugando con una moneda que lanzaba al aire, seguramente una que le dio Aidan. La llevó por el mismo estrecho corredor por el que llegara y le pidió que lo esperara para asegurarse de que nadie andaba por ahí. Cuando estuvo seguro la guio escaleras abajo y la llevó a un costado de la posada en donde había un espacio que usaban para guardar caballos. Aidan la esperaba sentado en un mesón; el chico la dejó con él y desapareció. El muchacho la ayudó a subir al caballo y montó a su espalda rodeando su cintura con sus manos para coger las riendas. La besó en el cuello y luego animó al animal para que avanzara.

Luego de quince minutos de camino, la casa de la señora Sullivan apareció frente a sus ojos.

—Llegamos muy pronto— dijo ella asombrada.
—Es que el camino principal está muy alejado— dijo él sin inmutarse.
—No puedo llegar contigo a vista y paciencia de todo el mundo— advirtió ella.
—Nos vamos a casar.
—Todo el mundo hablará de mí.
—No queremos eso— dijo él bromeando.
—¡Aidan!
—Estoy bromeando, te dejaré cerca de la casa. Vas a cambiarte, regresaré en un par de horas, prepara a tu tía.
—¿Qué le digo?
—Que vendrá alguien a pedir tu mano— sonrió deteniendo al caballo y ayudándola a bajar.
—¿Hablas en serio?
—¿De qué dudas? — preguntó colocando la capucha que se había caído, en su sitio.
—No lo sé.
—Voy a poner las cosas en orden. Espero que el tal Truswell se aleje de ti— advirtió besando sus labios y montando el caballo, mientras esperaba que ella caminara hasta la casa.

Cuando la vio entrar por la puerta trasera y estar a salvo, le ordenó al caballo que regresara por el camino que había vendido. Melany entró corriendo a su cuarto, agradeciendo que los criados madrugaran y la puerta de servicio estuviera abierta. Se encerró allí y deshizo la cama, se desvistió rápidamente y se metió entre las cobijas. Alcanzó a dormir unos minutos, hasta que las criadas comenzaron a provocar ruido con su trajín diario. Media hora más tarde la muchacha que la asistía apareció para ayudarla a vestirse. Ella había dormido poco y se sentía adolorida, pero estaba feliz. La noche había sido fructífera en todo sentido. Fue a despedirse de un amor y resultó que el amor recién llegaba. Aidan Hart era maravilloso.

Capítulo XVII

Melany escogió un traje de color verde claro adornado con cintas blancas repulgadas en el escote, muy femenino y romántico. Cuando bajó al comedor para acompañar a su tía que terminaba de comerse su té de la mañana con los dulces que le gustaban la señora le celebró su apariencia.

—¿Dormiste bien? — preguntó la señora revisando un periódico que llegaba a la casa.
—Si, tía. Muy bien— dijo ella aceptando que la chica de servicio le llenara su taza con el rico té que se bebía en esa casa— se ve cansada.
—No dormí muy bien— dijo la dama.
—¿No? — preguntó la muchacha preocupada.
—Ya sabes, a veces tengo insomnio. Estuve leyendo un poco, debo haberme dormido de madrugada.
—Deberá echar una siesta más tarde.
—Creo que eso haré— dijo la señora mirando a la chica con atención— ese vestido no te lo había visto.
—Lo usaba en las veladas de Bedford. Mi madre me lo regaló hace unos años.
—Te luce muy bien— dijo bebiendo de su té, mientras dejaba el periódico doblado encima de una bandeja— nada nuevo, ni siquiera algún chisme sabroso.
—Aquí no parece haber mucha actividad— señaló la chica.
—A propósito, tengo que terminar de arreglarme, creo que visitaré a madame Dujardin esta mañana.
—¿Va a salir?
—Si, ¿me quieres acompañar?
—Podría ser que alguien viniera a visitarnos— dijo la muchacha tratando de que ella se quedara por si Aidan cumplía su promesa.
—No me digas que el vizconde…

La señora no alcanzó a terminar la frase cuando se sintió una campana que anunciaba a algún visitante.

—Es la hora del cortejo, querida— dijo la señora alborotándose— debiste avisarme que el señor Truswell vendría.
—Tía, yo…

El mayordomo entró a la habitación con su habitual fastuosidad para anunciar al visitante que había dejado esperando en el recibidor.

—Señora, la busca un caballero— dijo esperando instrucciones.
—Claro, Swanson. Haga pasar al señor enseguida al salón— dijo cogiendo a su sobrina del brazo para salir hacia la otra sala.
—Como no, mi señora— dijo el hombre abriendo la puerta para que ella pasara junto a la chica y se instalara en la salita de recibir.

La dama se mostró expectante a recibir a quien ella creía que entraría al cuarto. Cuando vio al

alto y rubio señor Hart que ingresaba al salón su desazón fue manifiesta.
—Señora Sullivan— saludó él— señorita Sutton— agregó casi sin mirar a la chica, manteniendo la vista fija en la dama.
—Señor Hart— dijo ella sorprendida— ¿a qué debemos el placer de su visita?
—Pensé que…
—No— dijo Melany con un gesto que explicaba que no había advertido a la señora de lo que iba a suceder.
—¡Oh! — exclamó él respirando profundo— me he tomado la libertad de visitarla sin avisar, debido a que he venido a comunicarle una noticia importante.
—¿Ha sucedido algo? ¿Los Baxter están bien? — preguntó alarmada.
—Si, ellos están bien. No se trata de eso— aclaró.
—Señor Hart, me ha dado un susto— dijo la dama ofreciéndole asiento y sentándose a su vez.

Melany se quedó de pie mirando a Hart que se veía un poco desorientado. Pensaba que la dama ya estaría al tanto de sus intenciones. Debió organizar sus pensamientos.

—Como usted sabrá, la señorita Sutton y yo nos conocemos debido a que su familia y la mía proceden de Bedford.
—Así es.
—Mañana regresó a casa y…
—¡Melany! — exclamó la dama— el señor Hart es tan amable. Me imagino que se ofrecerá a llevar algún recado a tu madre. Señor Hart…
—Señora Sullivan— la interrumpió él para que la dama lo oyera— Estoy aquí para comunicarle que en cuanto llegue a Bedford iré a ver al barón para pedir la mano de su sobrina en matrimonio.
—¿Matrimonio? — repitió la dama confundida.
—He venido para comunicárselo por el respeto que usted me merece. Melany no quisiera disgustarla de ninguna forma.
—Señor Hart— dijo la señora— me deja asombradísima, no sabía que ustedes…
—Fue algo repentino— se apresuró a aclarar Melany que había estado en silencio todo ese rato.
—Bastante repentino— declaró la dama.
—Sé que sus preferencias están con el vizconde de Rushford y que yo soy el hermano de un conde sin ninguna opción de título…
—Señor Hart, ¿qué dice? — lo interrumpió la señora— no tengo preferencias de ese tipo. Mis deseos son que Melany encuentre al hombre indicado.
—Espero serlo— dijo el rubio mirando a la señora fijamente con sus ojos azules.
—Yo no lo dudaría— declaró la señora hipnotizada con su mirada.
—Yo estoy segura— declaró Melany, haciendo que la señora observara las miradas de ambos que cuando se cruzaban parecían generar algún magnetismo.

La señora Sullivan se sintió de pronto presa de la felicidad más completa. Su sobrina había atrapado a un excelente partido, que no tan sólo era guapo, sino que prometía ser un acaudalado hombre en el futuro cercano y además pertenecía a una importante familia.

—Me hace muy feliz saber la noticia— dijo la señora tomando la mano del joven con cariño— espero que mi cuñado sea sensato y comprenda los beneficios de este matrimonio.

—Eso espero también— dijo Melany como pensando en voz alta.
—Lo comprenderá— señaló Aidan dando a entender que el señor no tendría ningún reparo.
—Permítanme felicitarlos— dijo luego poniéndose de pie— deberíamos hacer un brindis— agregó dejando a los chicos asombrados.
—Es un poco temprano— dijo Hart viendo la hora en el reloj de la pared.
—Apenas son las diez, tía— señaló Melany— tal vez más tarde.
—Eso es, más tarde— declaró la dama exultante de felicidad— señor Hart, permítame invitarlo a cenar. Tendremos…
—Lamento no poder aceptar, mi estimada señora— se excusó Aidan— mi socio ya ha tenido bastante paciencia. He retrasado el viaje demasiado. Debemos salir esta noche rumbo a Bedford.
—Lo siento mucho, señor Hart— dijo la dama admirando la estampa del chico— espero que en otra ocasión nos permita invitarlo.
—Por supuesto, volveré en unas semanas— ofreció despidiéndose de la dama y salió de la habitación, acompañado de Melany que fue a dejarlo a la puerta.

La pareja se despidió como lo permitía el recato. Aidan cogió su mano enguantada y la besó mientras la miraba fijamente a los ojos. Luego le quitó el guante con suavidad y se lo llevó a los labios.

—Lo guardaré junto al otro— dijo haciendo que ella recordara aquella ocasión en la que se besaron por primera vez.
—Que tengas un viaje sin novedad. Espero que regreses pronto.
—Te escribiré. En cuanto hable con tu padre me comunicaré— dijo saliendo de la casa.

La muchacha regresó a la salita en donde su tía la esperaba para que le contara los pormenores de toda esa trama que ella no había logrado descubrir.

—Ese hombre hace doler las muelas, querida.
—¡Tía!
—No me dirás que no lo encuentras guapo.
—Si, es muy guapo— dijo Melany suspirando.
—Espero que no vayas a casarte con él sólo por esa razón— advirtió la tía que comprendía que la muchacha se enamorara de tremendo espécimen.
—Claro que no. Aidan es atento, cariñoso, divertido. Le gustan los niños y ama los caballos. Es un hombre de familia, caballeroso y muy trabajador. Es un hombre fascinante.
—Y en la cama ¿cómo es? — lanzó la señora haciendo que la chica se sonrojara por la intempestiva pregunta.
—¡Tía!
—¿Acaso llegaste de madrugada porque estabas recorriendo el campo?
—No es lo que piensa — afirmó la chica muy sorprendida— No fue algo planeado— agregó más roja aún.
—A veces pasa— reflexionó la dama— Sullivan era un hombre muy correcto, respetuoso y formal. Yo lo amaba, pero quería estar segura y realmente en la cama es donde se sabe si hay compatibilidad.
—¿Usted…
—Por supuesto, tenía que estar segura— dijo la señora con gesto malicioso— ¿tú estás segura?

—Completamente— respondió la chica.

Más tarde, aquella mañana, la señora y su sobrina se dirigieron donde madame Dujardin que le estaba terminando un vestido para la fiesta de la marquesa. La señora Sullivan era muy cercana con la hermana de la dama y todos los años la invitaban de forma especial.

—Este vestido se verá divino a la luz de las velas— dijo la modista colocando algunos alfileres en el ruedo.
—Me encanta el color— dijo la tía Deirdre— este azul noche se verá hermoso— señaló levantando un brazo para que la señora le midiera el ancho de la manga.
—Se verá magnífica, tía.
—Eso espero— señaló la señora— Claro que voy a necesitar otro vestido pronto Marión, tendrá que hacerme algo extraordinario para la boda de mi sobrina.
—¿Se casa la señorita? — preguntó la modista interesada. Los chismes eran lo más sabroso de esas sesiones de prueba— por fin el vizconde se ha decidido.
—¡Tía!
—Bueno, es un secreto todavía Marión. El vizconde perdió su oportunidad, Melany se va a comprometer con el señor Hart— dijo la tía orgullosa.
—La felicito, señorita— dijo la mujer saboreando el cotilleo.
—Espero que no lo divulgue aun, querida.
—Por supuesto que no, señora Sullivan. Su secreto está seguro conmigo— dijo la dama

Al finalizar la prueba, las señoras se despedían en la trastienda mientras escogían otras telas. La señora Sullivan pensaba que la seda sería perfecta para su nuevo vestido. Quería lucirse en esa boda que ya estaba planeando en su mente, pues no dejaría que la chica quedara en manos de Rachel que era demasiado recatada.

Cuando salían de la tienda de la modista se encontraron con las Flanagan que entraban en ese momento. Amy saludó a Melany con cortesía y su madre cruzó algunas palabras amables con la señora Sullivan que las invitó a visitarla. Al salir a la calle, Melany se volvió y vio como la modista invitaba a la pareja hacia el interior en donde se realizaban las pruebas y se activaba el cotilleo.

Capítulo XVIII

En la mansión de los Hart en Bedford, Rowena y Abby tomaban el té de la tarde, revisando la labor de la chica que no lograba dar con el punto de un bordado.

—Realmente deberías dejarlo, querida— dijo Rowena tomando el bastidor y viéndolo a trasluz.
—Pienso lo mismo. El bordado no necesita de mí— señaló la chica riendo.
—Mañana vamos a visitar a los Lawrence, tal vez podrías preparar tu traje de montar.
—No me parece atractivo ese chico, Row— dijo acomodándose en el suelo sobre un cojín.
—Tienes que darle una oportunidad. Su padre es alguien importante, su madre es hermana de la baronesa de Schild. Sería un excelente matrimonio.

—No creo que necesite un matrimonio por ahora.
—Tienes que conocer chicos. Algún día te parecerá atractivo alguno— declaró Rowena viendo que la señora Richie entraba en la casa corriendo.
—¿Qué sucede? — preguntó la pelirroja levantándose de su asiento y ayudando a la chica rubia a levantarse del suelo.
—El señor…
—¿Qué le sucedió a Liam? — exclamó la condesa casi gritando.
—No— declaró el mayordomo que venía detrás— el señor Aidan, sufrieron un accidente cerca de Hitchin. Un muchacho vino a avisar, los traen en un coche.
—¡Aidan! — gritó Abby alarmada.
—¿Qué sucedió?
—El coche en el que venían rompió una rueda y se desbarrancaron por una pendiente. El otro joven también está herido.
—¿Qué otro joven?— preguntó Rowena mirando a Abby.

Mientras la señora Richie llamaba a las criadas para que arreglaran todo para recibir a los heridos, el conde llegaba desde el campo.

—¿Qué es este alboroto? — Preguntó al ver que las doncellas corrían hacia la cocina y que los mozos salían en tropel.
—¡Aidan! está herido.
—¿Dónde está?
—Lo traen, el coche se volcó en el camino.
—Preparen todo— ordenó el conde volviendo a salir— que me acompañen algunos muchachos. Vamos a buscarlo— gritó llamando a dos chicos— traigan al doctor— dijo hablando a uno de los muchachos que subió ágilmente a un caballo y se dirigió al pueblo.
—Parece que hay más heridos, cariño— dijo Rowena abrazando a Abby que se puso muy nerviosa—Va a estar bien— afirmó para calmarla.

Media hora más tarde, Liam regresaba con los mozos y escoltaban a un coche que llegaba con algunos heridos.

—¿Cómo están? — preguntó Rowena, viendo que Liam llegaba cubierto de barro en medio de los hombres.
—Aidan se golpeó la cabeza— dijo apesadumbrado— Freeman tiene algunas heridas en las piernas, el cochero se queja bastante.
—¿Freeman? — exclamó Abby.
—Venían de regreso del viaje de negocios— declaró Liam pidiendo que las mujeres salieran del camino para llevar a los heridos a los cuartos— ¿Dónde está Fraser?
—No ha llegado.
—Aquí viene— gritó uno de los chicos al ver que un hombre se bajaba de un caballo semi corriendo y entraba en la casa.
—¿Dónde están? — preguntó el doctor dejando el maletín sobre un mueble y quitándose su chaqueta.
—Venga conmigo— ordenó Liam que se había tomado su posición en serio y estaba dominando la situación.

Ambos subieron corriendo las escaleras seguidos de la señora Richie y una de las chicas que llevaba muchas sábanas y bastante agua hervida para limpiar las heridas. Rowena se fue al cuarto a ver a sus hijos que lloraban por el ruido que habían provocado todas las maniobras para subir a los enfermos.

—Mi hermano está inconsciente, doctor— dijo el conde— parece que se golpeó la cabeza, Freeman está sangrando por una herida en la pierna y el cochero parece que tiene algo roto.
—Veamos en seguida. Veré a su hermano y luego al herido que sangra— declaró el doctor— necesito que alguien me ayude, alguna de las chicas que no tenga problemas con la sangre— advirtió.
—Yo puedo hacerlo— dijo Abby que había subido tras ellos.
—No tienes que hacerlo— dijo su hermano.
—Doctor, dígame qué debo hacer— preguntó la chica sin tomar en cuenta al conde.
—Vaya a ver al herido que sangra y trate de controlar el sangrado, apriete la herida con fuerzas. ¿Está consciente? — preguntó Fraser.
—Si— respondió Liam— hablé con él.
—Bien, vaya con él, señorita— ordenó el doctor— Lléveme con su hermano, mi lord. El cochero ¿cómo está?
—Se queja bastante, pero parece que solo tiene alguna herida en el hombro.
—¿Hay alguien que sepa de huesos?
—Mi ayudante de cámara— dijo Liam llamando a un muchacho flaco que estaba pálido — ve por Morris.

La siguiente hora fue trabajosa para el doctor. Revisó al que estaba peor que era Hart, tenía una herida en la cabeza y algunos cortes en su mano derecha, magulladuras en el cuerpo y no reaccionaba. Freeman fue atendido y el sangrado se detuvo con una sutura que el doctor practicó en la pierna. El cochero había sido atendido por Morris que sabía hacer masajes y que tenía practica componiendo huesos. El hombro del tipo quedó en su sitio luego de una larga rutina de gritos. Abby se quedó con Freeman para terminar de limpiar las heridas.

—Señorita Abby, no tenía que hacerlo— dijo el joven acomodándose en la cama para no aplastar su brazo que estaba magullado.
—Por supuesto. Tenía que ayudar, además no quiero pensar en lo que pasa con Aidan. Tenía que distraerme en algo.
—Fue una distracción para usted— dijo Freeman fingiéndose ofendido.
—No quise decir eso. Usted es insufrible— reclamó ella apretando su mano mientras le curaba algunos rasguños.
—Estoy bromeando— aclaró él— de verdad se lo agradezco. Aaaaaay— gimió al sentir que ella limpiaba sus heridas con coñac.
—¿Tiene mucho dolor? – preguntó fingiendo placer— parece que lo hubieran azotado— rio ella.
—La verdad es que sí.
—Iré a ver si el doctor tiene láudano para calmar sus dolores — ofreció la chica tratando de levantarse de su silla, pero Freeman la detuvo.
—No se vaya— pidió pareciendo desvalido.
—Debe sentirse muy mal si desea que me quede— afirmó asombrada.

—Me siento horrible— declaró él sonriendo y haciéndola sonreír a ella.

En el cuarto de Aidan, más tarde cuando el doctor bajaba, Rowena se asomó para ver cómo estaba su cuñado.

—Hay que dejarlo dormir, mi lady. Es natural que haya perdido la conciencia, fue un fuerte golpe— dijo Fraser al ver que la condesa parecía preocupada.
—Se ve impresionante esa herida— dijo al notar que el doctor le había vendado la cabeza con mucha tela.
—Es para evitar que sangre, prefiero dejarlo bien presionado— dijo el doctor— sus signos vitales están bien, es el traumatismo lo que debemos tratar.
—¿Se pondrá bien?
—Habrá que esperar unos días— señaló el señor— lo positivo es que la herida sangró bastante, no hay hematoma interno.
—Dígame la verdad, Fraser— pidió Liam— ¿saldrá mi hermano de esto? — preguntó el conde apareciendo en la puerta tras de su esposa.
—No puedo asegurarle nada, pero es joven, fuerte y siempre ha sido sano— dijo Fraser que los conocía desde pequeños— hay que esperar, veamos cómo amanece mañana.
—Me quedaré con él esta noche— dijo Liam mirando a su mujer que lo reconvino.
—Creo que será mejor que yo me quede con él, la señora Richie puede ayudarme.
—Lo importante es controlar la fiebre, excelencia— dijo el doctor— manténganlo con paños húmedos en el cuerpo.
—¿Estás segura?
—Aidan es como mi hermano también— dijo ella— creo que Abby puede ayudarme. Tenemos que preocuparnos de Freeman además.
—El cochero está bastante mejor. Saltó al caer el coche y no sufrió más daño que lo del hombro. Los pasajeros que estaban dentro se golpearon con las paredes. El hombre estará bien en un par de días— aseguró Fraser.
—Gracias doctor— dijo el conde acompañándolo escaleras abajo.
—Mañana vendré temprano— dijo el galeno recibiendo su chaqueta de manos de una de las doncellas— Buenas noches.
—Gracias nuevamente, doctor.

Al día siguiente, Aidan aun no reaccionaba. El conductor accidentado estaba más repuesto y Liam le pidió a su cochero que lo llevara a la ciudad para que pudiera regresar a su casa, dándole lo necesario para que pudiera moverse y llegar a su destino. Freeman al mediodía ya estaba tomando un caldo que Abby le ayudaba a beber.

—Eso está hirviendo— reclamaba el hombre.
—Es un caldo de gallina, siempre están hirviendo— decía Abby disfrutando de verlo quemarse.
—Usted se está aprovechando de mi debilidad— seguía reclamando.
—Deje de chillar como niñita. Sólo tiene una herida en la pierna— señaló ella – algunos cortes en los brazos y estos moretones que apenas se ven.
—Parece que disfruta mi sufrimiento— manifestó quitándole el plato de las manos.
—Sólo quería ser amable— replicó la chica sonriendo.
—¿Cómo está su hermano?

—Aun no despierta— se lamentó ella.
—Va a estar bien. Fue un accidente mayor. Tuvimos suerte.
—¿Cómo pasó todo? — preguntó ella curiosa.
—Fue muy repentino, veníamos distraídos. Cuando el cochero gritó, el coche ya estaba cayendo. Aidan se golpeó en el techo primero y luego debió golpearse con el asiento que se soltó, yo me caí sobre el marco de la ventana que se astilló. Alguien nos encontró y le di las señas del conde.
—Aidan tuvo la peor suerte— dijo ella.
—Tenga fe, su hermano es un hombre fuerte y ahora tiene mucha ilusión por el futuro— dijo pensando en la noticia que el chico le dio antes de salir de Brighton.

Abby pensó que se refería a lo bien que iban sus negocios y no preguntó nada más. Dejó solo a Freeman cuando terminó de tomarse la sopa llevando el plato con ella y entregándoselo a una de las chicas que lo llevó a la cocina. Luego fue al cuarto de su hermano en donde la señora Richie le cambiaba los paños húmedos.

—Todo está igual— afirmó al verlo dormir.
—Duerme plácidamente, no manifiesta dolor— la calmó la señora.
—¿Va a reaccionar?
—Eso esperamos todos. Tuve un pariente que vivió algo similar, estuvo una semana en este estado y luego despertó sin acordarse de nada.
—¿De nada? — exclamó Abby asustada— ¿no me recordará?
—De nada del accidente, mi niña. Son momento en los que la mente se bloquea y a veces pierden algunos periodos de memoria, luego los recuperan de a poco, aunque no siempre.
—Espero que me recuerde— dijo sentándose junto a él en la cama y tomando su mano.

Al día siguiente, cerca del mediodía Rowena dormía la siesta sentada en un sillón a un costado de la cama del enfermo y despertó cuando él le habló.

—¿No hay comida en esta casa para el pobre Aidan? — susurró haciendo que la chica saltara de su asiento.
—Aidan, despertaste— dijo asombrada— ¡Despertó! ¡Despertó! – gritó llamando a todo el mundo— ¡Aidan despertó!
—No grite, excelencia— la reprendió Abby que llegaba corriendo desde su cuarto— ¡Despertó! — gritó también riendo las dos junto al enfermo que trataba de moverse, pero el dolor se lo impedía.
—¿Podrían dejar de gritar? – pidió suplicando a su hermano que llegaba que las sacara del cuarto.
—Todo el mundo fuera, dejen descansar al enfermo— ordenó golpeando a su esposa en el trasero cuando salía del cuarto— ¿cuántos dedos ves? — preguntó levantando tres dedos de su mano?
—Uno— dijo Aidan causando estupor en su hermano— veo tres, deja las payasadas.
—¿Cómo te llamas?
—Me llamo Aidan Benjamin Hart, conde de Bradley— rio para que su hermano se calmara.
—¡Está bien! Igual de payaso que siempre— dijo gritando desde el umbral de la puerta hacia el salón.

La casa volvió entonces a tener la movilidad de siempre, que las doncellas habían evitado hacer para que los enfermos descansaran. Al tercer día, Aidan era revisado por el doctor Fraser que tenía un muy buen pronóstico para el enfermo.

—Se pondrá bien en unos días. Deberá descansar unos días más en cama. Podrá levantarse poco a poco, teniendo cuidado si siente mareos.
—No siento nada de eso. Me gustaría levantarme…
—Claro que no— ordenó Rowena— te vas a quedar en esa cama hasta que el doctor lo ordene.
—Creo que las ordenes no las da el doctor, las das tú, excelencia.
—Como sea, el señor Fraser tiene todo mi apoyo— dijo mirando al señor— el señor Hart se levantará cuando usted lo autorice.
—Gracias, mi lady— dijo el doctor satisfecho, guardando su instrumental en su bolso.

Unos minutos después, el enfermo recibía la visita de su amigo. El más joven de los Hart aún tenía la cabeza llena de trapos y el otro llegaba cojeando y apoyado en un bastón que había sido de la abuela Olivia.

—¿Qué te ha pasado? Te ves terrible— dijo Hart a su amigo.
—Tú no te ves mejor, amigo— dijo apoyándose en la cama.
—¿Cómo te sientes?
—Tu hermana me ha cuidado muy bien— dijo medio en serio, medio en broma.
—Me asombra que no te haya dejado más herido.
—Y a mí. Pero te aseguro que algunos de estos rasguños no los hizo el coche — dijo sonriendo — Nos asustaste bastante— señaló observando la herida de su frente, que aunque estaba cubierta de vendajes se notaba que estaba hinchada aun.
—¿Qué pasó con el cochero? recuerdo el grito que dio cuando caíamos.
—Está bien, se fue a su casa anteayer— dijo mirando por la ventana del cuarto— ¿tienes recuerdos entonces? Pensábamos que perderías la memoria.
—Recuerdo lo que sucedió perfectamente. Transitábamos por el camino y de pronto se sintió un ruido de algo que crujía, el cochero gritó y el armatoste en que veníamos comenzó a dar tumbos y más tumbos. Cuando mi cabeza golpeó el techo perdí la conciencia.
—¿Recuerdas lo que pasó en Brighton?
—Claro que lo recuerdo.
—Bien— dijo su amigo asintiendo.

Dos días más tarde, Liam ya podía levantarse dentro del cuarto y sentarse a leer un poco, aunque todavía tenía algunos mareos si movía muy rápido la cabeza. Habían regresado desde Brighton hacía más de una semana y todavía sus recuerdos estaban algo difusos. Estaba reflexionando acerca de los últimos acontecimientos cuando Rowena entró en el cuarto junto a una de las chicas que traía una chaqueta y un pantalón en sus manos.

—Tu ropa sufrió poco daño, las chicas la limpiaron— dijo pidiendo a la doncella que guardara el traje del joven en el ropero.
—¿Qué tienes ahí? — preguntó al ver que su cuñada llevaba algo entre sus manos.
—Esto estaba en el bolsillo de tu chaqueta— dijo enseñando un guante celeste de mujer.

Aidan lo miró con cuidado y le pidió a ella que se lo entregara. Lo cogió entre sus dedos y de pronto algo en su cabeza se activó.

—Tengo que salir— dijo tratando de levantarse de su sitio y mareándose en el intento.
—Tienes que descansar, no vas a salir de este cuarto hasta que el doctor lo autorice.
—Tengo que hacer algo importante— dijo sonriendo al recordar todo lo que sucedió la última noche que estuvo en Brighton.
—Nada es más importante que tu salud.
—Necesito escribir una carta, entonces.
—Será cuando te recuperes de la mano— dijo señalando su extremidad que aún permanecía vendada y bastante hinchada.
—Soy un inútil— dijo enfadado.
—Da gracias a que estás entero y en buen estado. Tus heridas se sanarán pronto y luego podrás retomar tus obligaciones— le advirtió Rowena sin dejarlo moverse de su sitio.

Capítulo XIX

En Brighton los ánimos no eran los mejores. Melany llevaba tres días angustiada, debido a que no tenía ninguna noticia de Aidan.

—Cariño, tienes que tener paciencia. El correo a veces sufre retrasos— la calmaba su tía mientras jugaba con unas cartas ordenándolas sobre una mesilla.
—Debió escribirme en cuanto llegó. Tengo un mal presentimiento, tía.
—¿Qué estás pensando?
—Tal vez quiso vengarse por lo que sucedió en aquellos tiempos. Pudo querer tomar revancha.
—No creo que el señor Hart sea ese tipo de persona.
—Tendría todo el derecho de hacerlo. Yo no me comporté como una mujer en ese entonces, sino como una niña que obedece a su padre y nada más.
—No fue así, querida. Si hubieras obedecido a Sutton ahora estarías casada con un petimetre embaucador.
—¿Qué será lo que pasa entonces?
—Puede ser que sus negocios lo tengan ocupado.
—Eso no puede ser más importante que yo— dijo ella desilusionada.
—Es verdad, si pondrá sus negocios por delante no será un marido muy atento, querida.
—Pero Aidan no es así.
—Pudo cambiar. Tú lo conociste como un muchacho desenfadado que vivía a expensas de su familia. Ahora se ha vuelto un hombre juicioso.
—No lo sé— dijo la chica con gesto afligido.

La tía no quería reconocerlo delante de la muchacha, pero el joven Hart podía estarlas engañando. Quería creer que el chico no era un desgraciado como ambas estaban pensando sin decirlo.

—Si hubiera querido burlarse de ti, no habría venido a plantarme cara, Mel— dijo la señora al ver que la chica comenzaba a sollozar.
—¿Usted lo cree así?
—Por supuesto, no tenía para que venir a fingir conmigo. Pudo desaparecer nada más traerte.
—Pero vino…
—Vino a hacer las cosas como se debe, aunque no las hicieron como se debe, ya sabes a qué me refiero…
—No debí…

En Bedford, el conde miraba asombrado a su hermano que le estaba comunicando su decisión de contraer nupcias con la mayor de las Sutton. Sentado frente a él en el despacho del mayor de los Hart, el menor explicaba lo sucedido.

—No me mires así, No me he golpeado en la cabeza— advirtió para luego corregirse— bueno, me golpeé la cabeza, pero eso no tiene que ver con lo que te estoy diciendo.
—Aidan, me estás diciendo que te vas a casar con una chica que hace dos años prácticamente no ves. Si eso no es fruto del golpe…
—No me estás oyendo, nos vimos en Brighton.

—Tú no fuiste a Brighton, hermano. Tu viaje fue a Essex.
—Luego me fui a Brighton, estuve allí varias semanas.

Liam lo miraba confundido, pensaba que un golpe como el que su hermano sufrió tendría consecuencias insospechadas. Al parecer tenía la mente revuelta y estaba confundiendo las fechas. A lo mejor había perdido la memoria y sólo recordaba los eventos de años atrás.

—Recuerdas que me casé con Rowena ¿verdad?
—No empieces de nuevo con eso de los dedos— le pidió Aidan enfadado— Te casaste con Rowena, Emily se casó con Harlow y Peyton ahora está en Paris con el barón y sus dos hijos.
—Parece que tus recuerdos no fallan. ¿por qué entonces te empeñas en hablar de esa chica?
—Porque le pedí que se casara conmigo y tengo que ir a pedirle su mano a Sutton— dijo tratando de pararse de la silla sin lograrlo al sentir un leve mareo.
—Será mejor que te quedes tranquilo. Hablaremos de esto en otro momento.
—¡No! — exclamó el rubio enojado, levantando la voz.
—Mañana vendrá Fraser, a lo mejor conoce a alguien que pueda ayudarte.
—No necesito ayuda con mi cabeza, necesito ayuda para escribirle una carta a Melany.
—¿Dónde se la vas a escribir?
—Tengo sus señas en algún sitio— dijo tratando de recordar dónde había dejado ese papel en donde había anotado la dirección de la señora Sullivan, sin lograrlo— no recuerdo dónde.
—¿Lo ves? tu memoria aún te tiene confundido— exclamó Liam pensando en tener razón.
—No estoy confundido— Gritó el rubio — Te digo que me voy a casar con Melany Sutton y tengo que ir a pedir su mano.

Mientras hablaban alguien abrió la puerta y entró en el despacho. La condesa caminó un par de pasos y cerró la puerta tras de ella.

—¿Qué son esos gritos? — preguntó al ver a Liam muy serio y a Aidan enojado.
—Nada.
—Cuñada, mi hermano no quiere entrar en razón.
—El que no quiere entrar en razón eres tú— dijo Liam disgustado— se le ha puesto en la cabeza, luego del golpe— dijo mirando a su mujer— que se va a casar.
—Me parece bien que quiera casarse— dijo la pelirroja acercándose al chico y acariciando su hombro— ¿Quién es la afortunada?
—Melany Sutton— dijo Aidan con tono tajante mirando a su hermano con una sonrisa que parecía querer desafiarlo.
—Melany Sutton ¿No es la chica…
—Es una chica que hace años no ve y que además lo dejó por otro— manifestó el conde.
—No me dejó por otro— declaró molesto— bueno, de alguna forma lo hizo— agregó mirando a su hermano que no cejaba en su intento de hacerlo entender— pero no lo hizo finalmente— añadió triunfante.
—Le estoy pidiendo que se tome todo esto con calma, mañana veremos a Fraser y podrá ayudarnos con sus desvaríos.
—No son desvaríos.

Rowena tomó una silla que había a un costado de la habitación y la colocó frente al muchacho,

se sentó en ella y lo encaró.

—Cariño, ¿de dónde salió esa idea de casarte con esa chica?
—Estuve con ella en Brighton y conversamos, vive con su tía la señora Sullivan.

Rowena miró al muchacho y luego a su esposo que tenía un gesto de enojo poco habitual en él.

—¿Estás seguro de lo que dices? — preguntó la chica con dulzura— ¿no será que tu memoria te está jugando alguna mala pasada?
—Es lo que digo— regañó el conde.
—Rowena, debes creerme. Mi memoria funciona perfectamente.
—Jamás ha ido a Brighton para empezar— declaró Liam moviendo la cabeza negativamente.
—¿Por qué no le preguntas a Freeman? Creo que lo escuché decirle a Abby algo de que estuvieron en el sur y de que el viaje fue muy largo para llegar acá.
—Tienes razón. ¿Cómo no lo pensé antes? — dijo Aidan triunfante— eres genial, cuñadita. Por supuesto que Freeman puede aclararlo todo.
—Iré por él en seguida— dijo la chica dejándolos solos en el cuarto.

Los hermanos se mantuvieron en silencio, para no seguir discutiendo en vano. Cada uno se mantenía en su postura y nada los iba a sacar de allí. La idea de Rowena tenía sentido, Liam estaba seguro de que el joven le daría la razón y con eso Aidan se convencería de que todo era producto de su imaginación.

Se sintieron los golpes en la puerta y luego Rowena apareció acompañada del invitado. Le ofreció asiento junto a Aidan y los dejó solos.

—Por favor, señor Freeman, ponga cordura en esta disputa— pidió al salir y cerrar la puerta.
—Mi lord, ¿en qué puedo ser útil? —preguntó el joven dejando el bastón con el que se movía apoyado en el borde de la mesa.

Aidan iba a hablar, pero Liam lo detuvo. No quería que influyera de ninguna forma en el otro.

—Mi hermano está empeñado en contar una historia sin ningún asidero— dijo escrutando el rostro de Aidan que se mantuvo en silencio— dice que estuvo en Brighton y que allí se encontró con la señorita Sutton.
—Claro, en Brighton— dijo Freeman— con la señorita Sutton— agregó haciendo que Liam dudara.
—¿La conoció?
—Por supuesto. Y a su tía, una señora muy interesante— agregó dejando a Liam anonadado.
—Se han confabulado para burlarse de mí— señaló mirando a uno y a otro.
—Excelencia, jamás me burlaría de usted— aclaró Freeman preocupado— No entiendo qué sucede.
—Mi hermano ha declarado que va a casarse con la señorita aquella.
—Ya lo sabe— afirmó Freeman observándolo fijamente.
—Entonces es cierto— señaló Liam asombrado— Le agradezco que me cuente lo que sucedió en Brighton, señor Freeman.

—Claro, porque a mí no me crees— reclamó Aidan.
—Nuestro destino original era Essex, allí nos reuniríamos con Brewster en su residencia de verano— comenzó diciendo Freeman— Luego regresaríamos aquí y nuestro siguiente destino sería Gales, pero al terminar las reuniones en Essex, su hermano me convenció de acompañarlo a Brighton, según él para cerrar otro negocio del que yo no tenía conocimiento.
—Al parecer el negocio tenía faldas— dijo Liam molesto.
—Así fue realmente. Nos dirigimos a Brighton y nos alojamos en casa de un socio del señor Brewster, gente muy amable, debo decir. En realidad, no fue un viaje perdido, hubo varios interesados en las máquinas, su hermano tuvo buen tino.
—¿Dónde entra la señorita Sutton en esto?
—Una noche Baxter, así se llamaba el señor que nos hospedó, nos llevó a una velada para que conociéramos a otros probables inversionistas y allí nos encontramos con la dama— dijo Freeman sonriendo— en cuanto se vieron las chispas comenzaron a saltar— agregó golpeando a su amigo en el brazo que aún le dolía, haciéndolo dar un grito ahogado— la atracción era obvia, mi lord.
—¿Y bastó con eso para decidir casarse? — preguntó Liam confundido.
—Claro que no, excelencia. Su hermano buscaba sufrir viendo como ella era cortejada por otros; no fue amable con la dama.
—Siempre ha sido testarudo— dijo Liam recordando otras ocasiones en las que Aidan se portaba así.
—La pobre señorita Sutton tuvo que soportar sus groserías en muchas ocasiones.
—Típico de él— agregó Liam interesado en la historia— actuó como un hombre despechado.
—La persiguió reunión tras reunión, sólo para agobiarla con sus desprecios.
—Muy inmaduro de su parte— señaló el conde.
—Lo mismo creo, excelencia.
—Hey, estoy aquí, no hablen de mí como si no estuviera— pidió Aidan interviniendo.
—La señorita Sutton es preciosa, muchos la pretendían. Incluso, había un vizconde decidido a cortejarla. Creo que eso fue determinante para que Aidan quisiera marcharse y dejarla en paz.
—¿Y dónde aparece la propuesta? — preguntó Liam cada vez más interesado en el final de la historia.
—Lo mismo me pregunto, señor. Cuando todo parecía que la historia iba a tener un triste desenlace y nos íbamos de la ciudad, increíblemente desperté hace una semana con mi amigo rebosante de alegría diciendo que se casaba.

Los dos observaron pacientemente a Aidan que se mantenía en silencio. Ambos esperaban comprender como había sucedido todo.

—¿Realmente se lo propusiste o estás imaginando todo? — preguntó Liam decepcionado del fin del relato.
—Otra vez con eso— reclamó— no he imaginado nada. Le hice la propuesta y ella aceptó. Fin de la historia.

Liam quedó tan confundido como al principio, pero menos preocupado, puesto que su hermano parecía estar cuerdo y su memoria bastante sana.

—Señor Freeman, le agradezco su información— dijo el conde— ¿sería tan amable de dejarme a

solas con mi hermano?
—¡No faltaba más! Espero que haya aclarado sus dudas— dijo el joven cogiendo el bastón e intentando levantarse de la silla con dificultad.
—Completamente, Freeman. Muchas gracias.

Cuando ambos se quedaron a solas, Aidan aprovechó de reafirmar su posición. Su memoria no fallaba, por lo menos eso estaba claro.

—¿Sabes lo que estás haciendo?
—¿A qué te refieres?
—La señorita Sutton se fue de este pueblo en medio de un escándalo. Ella no es una chica virtuosa.
—No, en realidad no lo es— reconoció Aidan.
—¿Y no te importa? Se entregó a un tipo que engañó a todo el mundo. Dio muestras de ser una mujer poco…
—¡No te permito que hables así de ella!
—Acabas de reconocer que la muchacha no es virtuosa.
—Melany es una dama. Era una chica virtuosa…hasta hace unos días.
—¿Cómo puedes asegurar eso?
—Puedo asegurarlo. Créeme— dijo mirando a su hermano que lo miraba con estupor.
—¿Qué estás diciendo?
—Que Melany Sutton jamás se entregó a ese tal Gibson que todos dicen. Te puedo asegurar aquello, porque yo fui el que le quitó su virtud.
—¿De qué hablas? ¿Por eso te vas a casar? ¿la embarazaste acaso? Te está engañando.
—No soy un crío, Liam. Se cuando una mujer es inocente y ella lo era— aclaró enfadado— No voy a casarme con ella por eso.
—¿Hay alguna razón mejor?
—La amo, siempre la he amado, estoy loco por ella desde que la conocí. El despecho me hizo engañarme a mí mismo. Fui a Brighton a regocijarme de su desgracia y terminé más enamorado aún— dijo respirando profundo— voy a pedir su mano y quisiera que lo aprobaras.

Liam lo miró para asegurarse de que no estaba cometiendo alguna estupidez. Su hermano parecía muy seguro de sus intenciones.

—¿Sabes lo que pasará? Todos murmurarán, no los dejarán en paz. La sociedad de este pueblo finge ser muy conservadora, la chica tiene mala fama.
—Injustamente.
—Tú no vas a cambiar eso. Los van a marginar.
—Ella me lo advirtió.
—Es una chica sensata— dijo Liam asintiendo.
—Además, se preocupó por ti, por la reputación de los Hart, por Abby que está en el mercado del matrimonio. Sé perfectamente lo que estoy haciendo. La quiero.
—¿Y ella te quiere a ti? Tu protección y la nuestra será muy beneficiosa para ella.
—Ella me quiere— dijo sin manifestar ninguna duda.
—Está bien, no quiero interponerme en tu felicidad— dijo el conde luego de unos segundos de deliberación.

—Perfecto— declaró Aidan sonriendo.

Se puso de pie despacio para no marearse y se acercó a su hermano que se levantó para abrazarlo.

—¡Gracias!
—No me des las gracias. Te advertí todo lo que puede pasar, como lo hice con Emily y con Peyton; nadie me hace caso.
—Porque has estado equivocado y también lo estás en esta ocasión— señaló dándole otro abrazo — ahora tengo algo que hacer— dijo caminando despacio fuera de la habitación.
—Voy contigo— manifestó Liam que seguía preocupado.

Capítulo XX

La señora Sullivan estaba muy nerviosa. Ya había pasado una semana desde la despedida del joven Hart y su sobrina parecía cada vez más ojerosa y desilusionada. La chica parecía una magdalena llorando por los rincones. La señora venía llegando de la calle; había estado fuera gran parte del día.

—Cariño, no estés así— pidió acariciando su brazo.
—Cómo quiere que esté. Usted sabe lo que pasó entre nosotros.
—Espero que no traiga consecuencias— dijo la dama siendo práctica.
—Yo también lo espero.
—Tal vez deberías intentarlo con Truswell, ha venido dos veces a visitarte. Ya no puedo inventar más excusas.
—No quiero ver a nadie— dijo la chica suspirando.

El mayordomo las interrumpió trayendo la correspondencia. La señora la recibió y comenzó a revisarla.

—¿Este es el correo de hoy?
—Algunas cartas sí, hay otras que parecen haberse retrasado. El chico que distribuye las cartas no ha venido, estas las trajo Bernard cuando fue al pueblo esta mañana.

Separó los sobres de acuerdo a su importancia, encontró algunas cuentas de la modista que le entregaría a su administrador, algunas invitaciones para visitar a sus amistades. Una carta de su hija que leería más tarde.

—Este folleto de la exhibición de jardines recién llega— se lamentó la dama— el correo de este pueblo está cada vez peor, pero creo que alcanzó a ir de todas formas. Cariño, tu madre ha escrito — dijo entregándole un sobre largo que venía dirigido a Melany.
—Me extrañaba que no lo hubiera hecho.
—Tal vez es el correo que se ha demorado, es lo que te digo— señaló la tía tratando de darle ánimos.

La muchacha cogió el sobre y lo tomó entre sus manos sin abrirlo. Su madre siempre escribía lo mismo, nunca había novedades. La temporada de su hermana estaba siendo un fracaso y ella se sentía responsable por eso. La leería más tarde.

—Acompáñame a ver a la señora Dujardin, llegaron las telas que me ofreció.
—No tengo ánimo, tía— dijo la chica sonando su nariz— me siento algo desganada.
—No estarás enfermando por todo esto. No vale la pena— dijo la señora pensando que el atractivo chico rubio había sido tan farsante como el tal señor Gibson.
—Estoy perfectamente. Sólo que la rabia me tiene muy irritada— dijo arrugando el sobre con la carta de su madre— fui una imbécil, debí darme cuenta de que Hart buscaba su revancha. Se lo hice muy fácil.
—No hagas eso— pidió la tía recuperando la carta— mejor léela y nos enteraremos de algún chisme.

Melany tomó un cuchillo y cortó el papel para abrirlo y leer su contenido. La carta comenzaba como siempre.

"…Esta semana hemos ido a varias veladas, incluso los Richmond nos invitaron a una representación en su casa. Scarlett se veía hermosa, usando tu vestido amarillo con las rosas de cinta, le queda perfecto. La señora Field nos visitó ayer y dejó muchos cariños para ti…"

—Lo mismo de siempre. Mi madre es tan optimista que quiere hacerme creer que todo está bien — señaló Melany limpiando su nariz con un pañuelito con orilla de encaje.
—Rachel solo ve lo que quiere ver. De otra forma, no se habría casado con tu padre— manifestó la tía Deirdre que nunca congenió con Sutton— pero sigue leyendo, la carta es bastante larga.
—Es cierto— dijo la chica continuando con la lectura. Su madre detallaba muchas situaciones de los últimos bailes a los que habían asistido, hablando de la música, la ropa de las damas y otras nimiedades.

"…Te voy a contar algo que sucedió, que tal vez no te importe, pero como sé que tuviste una antigua ilusión con el señor Hart, podría interesarte..."

—Habla de Aidan.
—¿Qué sucedió? — preguntó la tía interesada.

"…Hubo un accidente en el camino viejo, un coche se desbarrancó, iban en él unos hombres, que luego nos enteramos de que era el menor de los Hart, de los varones quiero decir; venía con un amigo. El coche sufrió un desperfecto y ambos salieron mal heridos, claro que el conductor también sufrió algún daño, pero los pasajeros tuvieron que ser atendidos por Fraser…"

—¿Qué les sucedió?
—No dice nada más— se lamentó Melany— la carta está fechada la semana pasada.
—Recién llegó hoy.
—Mi madre colocó mal el nombre de la casa, tía— dijo la chica al ver que la carta había sido reexpedida.
—Rachel es tan distraída— señaló la señora.
—Aidan tuvo un accidente— señaló la muchacha sintiendo que el corazón se le salía por la boca — debo ir a Bedford.
—No puedes hacer eso. Es demasiado lejos. Será mejor que le escribas a tu madre.
—Tiene razón, pero demorará demasiado tiempo en llegar y en qué responda.
—Ten calma, voy a pedir un té y eso te calmará.
—Gracias, tía.

La doncella les trajo el servicio de té a la salita de la señora Sullivan, en donde después de beberlo se quedaron charlando y tratando de no pensar en lo que apenas su madre había comentado, sin saber que para su hija era de vital importancia.

—Tía, necesito hacer algo.
—Está bien, mañana veamos cómo podemos conseguir más noticias. Tal vez podrías escribir a

alguna amiga— propuso la señora— ahora ve a acostarte y trata de dormir.
—No creo que pueda— dijo ella despidiéndose de la dama y yéndose a su alcoba.

La mañana siguiente, la encontró muy temprano levantada. Melany salió a pasear temprano por el jardín y luego entró a la casa para acompañar a su tía durante el desayuno y convencerla de que la dejara ir a Bedford con urgencia.

—No creo que sea sensato. ¿Qué vas a ir a hacer allá?
—Quiero saber cómo está.

El mayordomo volvió a interrumpirlas con la correspondencia del día que llegaba muy temprano. El caballero la dejó sobre la mesa haciendo notar que había correspondencia importante.

—Viene una carta urgente, creo que es para la señorita— dijo el hombre dejándolas solas en el comedor.
—Es de mamá— dijo Melany que había escarbado entre los sobres para encontrar la misiva.
—Léela, en seguida— ordenó la señora Sullivan.

La carta empezaba como siempre, hablando de las reuniones a las que habían asistido y luego relataba los chismes del pueblo. Melany leyó rápidamente la primera hoja para llegar a la segunda en donde encontró lo que necesitaba.

"…Te comenté en mi carta anterior del accidente de este chico Hart y su amigo. No sé si te interese, pero te puedo contar que salieron bien librados del mismo, aunque el hermano del conde estuvo varios días inconsciente, pero ya me ha contado mi doncella que conoce a una de las criadas de los Hart que ya pasó lo peor. …dicen que se golpeó la cabeza, eso a veces es complicado, esperemos que no vaya a tener problemas a futuro, es un joven fuerte…es gente conocida por eso te lo comento, sé que no debe interesarte"

—Tía, Aidan está bien.
—Me alegro, muchacha— dijo la señora acariciando el brazo de su sobrina— esta carta es más larga que la otra.
—Al final agrega otra hoja, parece que la escribió después.

"…cariño, estoy muy confundida, pero contenta. Te conté que el señor Hart, al hermano del conde me refiero, había estado delicado, pero ayer nos vino a visitar. Tu padre estaba reacio a recibirlo, pero venía con su excelencia y a lord Bradley no podíamos hacerle un desaire…"

—Fue con el conde a ver a papá— dijo Melany ansiosa por saber lo sucedido.
—Sigue leyendo— ordenó la tía, más ansiosa aún.

"…el conde acompañó a su hermano, porque quería hablar con tu padre de ti…¿por qué hablarían de ti?, me pregunté yo, pero tu padre no me dejó quedarme, dijo que la conversación era de hombres y tuve que salir…

—No se enteró de lo que pasó— señaló Melany enfadada.

—Sigue leyendo, Rachel es muy curiosa, te aseguro que algo supo.
—¿Usted cree?
—Veamos— dijo señalando la carta y pidiendo que siguiera leyendo.

"…tu padre no podía creerlo, en cuanto se fueron me llamó y me puso al corriente… Rachel, estamos salvados, me dijo… los Hart se han vuelto locos, pero no soy yo quién para impedirlo… el menor de los Hart quiere casarse con tu hija…parece que se golpeó muy fuerte en la cabeza, rio…luego, cuando estábamos cenando me confirmó la noticia. Tu hermana está feliz por ti. El señor Hart desea casarse muy pronto. Tu padre me pidió que te dijera que debes volver con urgencia, no vaya a ser cosa de que este chico se arrepienta, dijo riendo a carcajadas…"

—Tu padre siempre ha sido algo desagradable, disculpa que lo diga— señaló la tía siendo muy sutil, pues pensaba cosas peores de él.
—Fue a pedir mi mano— dijo Melany dejando caer una lágrima por su mejilla.
—Y tú pensando lo peor.
—Me arrepiento de mis pensamientos. Aidan ha cumplido su promesa.
—¿Qué más dice tu madre?

"…Yo me alegro de verdad, siempre pensé que tú y ese chico harían un buen matrimonio, fue lamentable todo lo que sucedió después, pero la vida da segundas oportunidades, cariño… te esperamos lo más pronto posible…le escribiré a Deirdre para agradecerle todas sus atenciones, pero díselo de mi parte, tiene mi agradecimiento eterno, es una gran hermana..."

—Me emocioné un poco, Rachel jamás me dice lo que siente.
—Ahora lo hizo— dijo Melany— y yo también lo hago. Tía, ha sido maravillosa conmigo, esta temporada ha sido inolvidable, espero que me acompañe a Bedford. No quiero que me deje sola.
—Claro que no, tu padre se volverá insufrible. Alguien tiene que ponerle coto.
—Gracias— dijo la chica sonriendo y abrazando a la dama.

Capítulo XXI

Una semana después, la señora Sullivan y su sobrina llegaban a Bedford por el camino viejo, el mismo en el que Aidan y Freeman habían tenido aquel accidente y Melany se conmovió al ver que aún se notaba el sitio en el que había ocurrido el suceso, puesto que algunos árboles yacían destrozados junto al camino.

—¿Seguro que no deseas ir a casa primero? — preguntó la tía admirando el paisaje.
—No, tía. Necesito ver que Aidan está bien.
—Tu madre dijo en su última carta que el muchacho ya ha retomado sus actividades.
—No lo creo. Necesito verlo con mis propios ojos.
—Lo comprendo. Creo que ya estamos cerca de la mansión del conde.

—Espero que su excelencia no me crea impertinente por venir sin avisar.
—Van a ser familia— declaró la tía orgullosa.
—No sé si el conde estará contento por eso.
—¿Cómo es él?
—No lo he tratado demasiado. Parecía un hombre sensato cuando lo conocí hace algunos años. Su esposa es muy agradable y su hermana menor es muy divertida. Scarlett la conoce mejor.
—Creo que estamos llegando.

Melany lucía hermosa, enfundada en un elegante traje de seda de color azul con pocos adornos, bastante sobrio y recatado. La envolvía una capa de color azul más claro y al bajar del coche se cubrió con la capucha, pues había un leve rocío que volvía húmeda la mañana. La señora Sullivan vestía un traje de brocato color verde oscuro que la hacía lucir señorial y distinguida; la dama se colocó todas las joyas que creyó necesarias para mostrarse al nivel del noble que iba a conocer.

En el interior de la casa, Abby alertó a los habitantes del lugar de que alguien llegaba. La chica miraba por la ventana del cuarto de los niños.

—Llegó un coche— dijo llamando a Rowena que tenía a la niña en sus brazos.
—¿Quién será?
—Son dos mujeres— dijo la chica rubia observando tras de la cortina de la habitación — una señora que brilla bastante— bromeó refiriéndose a las joyas que llevaba en el cuello — y la otra es una mujer joven, creo.
—Voy a ver, ten a la niña. Le diré a una de las chicas que venga asistirte.
—Yo quiero ir también— reclamó la muchacha recibiendo a su sobrina que le cruzó los brazos al cuello.

Rowena se arregló su traje de mañana, pues no estaba vestida para recibir visitas, pero la condesa no tenía cuidado con esas cosas. Se dirigió al salón en donde las mujeres esperaban ser atendidas. El mayordomo iba por la condesa y se encontró con ella en el camino.

—Mi lady, la señora Sullivan y su sobrina la buscan.
—¿Quién es? — susurró la pelirroja hablando cerca del oído del señor.
—No lo sé. Pensé que la conocía, si desea….
—No se preocupe, Bronson. Iré a ver, dígale a alguna de las chicas que vaya al cuarto de los niños, Abby la necesita.
—Como no, mi lady.

La pelirroja caminó decidida hasta el salón en donde las damas la esperaban. Una de ellas le pareció conocida.

—Excelencia, espero no importunarla viniendo sin avisar— dijo la chica viendo que la condesa parecía no comprender— soy Melany Sutton, la señora es mi tía Deirdre Sullivan.
—Señorita Sutton, qué placer conocerla— dijo Rowena con su habitual hospitalidad— claro que no es inoportuna.
—Llegué recién a la ciudad, pero vine en seguida. Quise saber de la salud de Aidan…quiero

decir, me enteré de que el señor Hart…
—Por supuesto, la comprendo— dijo la pelirroja llamando a una de las chicas que andaba cerca — Jessie, por favor trae té y pastas a mi salita, gracias— luego se dirigió a las visitantes— por favor, acompáñenme.

Las damas la siguieron por el interior de la mansión. La señora Sullivan aprovechó de observar los cortinajes y el mobiliario de la casa y no pudo evitar lisonjearla.

—Su casa es muy confortable y elegante. Su decoración es soberbia.
—Muchas gracias, gran parte de todo esto lo logró la antigua señora Hart, la abuela del conde. Lady Olivia era una dama de la mayor distinción. Yo he agregado algunos colores, para dar más vida a la casa. Tengo dos pequeños y me preocupa que la casa se vea iluminada.
—Creo que escuché que tiene gemelos— dijo la dama avivando la conversación al ver que Melany mantenía silencio.
—Si, niño y niña. Tienen ya seis meses— dijo la orgullosa madre— por favor, tomen asiento.
—¿Podría ver al señor Hart? — preguntó Melany que no aguantó más la ansiedad.
—Aidan está descansando aun, todavía lo estamos cuidando. Le pediré a la señora Richie que mande a avisar de su llegada— dijo tocando una pequeña campanita; en seguida apareció una dama muy agradable.
—Muchas gracias, excelencia. Estoy preocupada por él.
—Señorita Sutton, espero que me permita llamarla Melany y que deje de tratarme como a una vieja pomposa. Mi nombre es Rowena— dijo la pelirroja haciendo que el ambiente se relajara.
—Lady Rowena, que particular— dijo la señora Sullivan.
—Mi padre es el dueño de los jabones Duncan. Puede ser que además recuerde el nombre por eso.
—Tiene razón, los uso. Son maravillosos, el aroma de jazmín es mi predilecto.
—Y el mío— dijo la condesa riendo, sin decir que ella misma lo había creado.

Uno de los mozos llegó para retirar las capas de las damas y una de las chicas entró con una bandeja con pastas y galletas para que las señoras tomaran un té mientras esperaban. Media hora más tarde, el joven y atractivo rubio que las dejó en Brighton aparecía bajo el marco de la puerta.

—Señorita Sutton, que gusto verla— dijo con una sonrisa que pareció iluminar el cuarto— señora Sullivan, luce deslumbrante.
—¡Aidan! — exclamó ella levantándose para llegar a su lado— se ve terrible— agregó haciéndolo reír.
—Gracias, usted se ve hermosa— dijo tomando su mano enguantada.
—¿Cómo está? Me enteré de todo por mamá, en cuanto recibí su carta me vine en seguida.
—Esa tirana no me dejaba escribir— declaró señalando a Rowena.
—Porque no podías— dijo la pelirroja saboreando una galleta de miel y ofreciendo la bandeja a la dama que los miraba enternecida— el doctor pidió que no se esforzara— agregó— Melany, espero que usted pueda convencerlo de portarse como un paciente obediente.
—Lo haré, Rowena.
—Veo que ya hay confianza— dijo el chico sentándose junto a las damas y llevando a Melany con él.
—¿Cómo está el señor Freeman? Preguntó la señora Sullivan por cortesía.

—Mi amigo está bien, fui yo el más perjudicado.
—Debió avisarme, no supe de usted y me preocupé— Lo reprendió la chica.
—No estaba en condiciones, pero ya estoy repuesto.
—El doctor Fraser no lo cree. Ordenó que se quedara en cama, pero no quiere obedecer— dijo la condesa.
—Deja de acusarme, Row.
—Alguien tiene que hacer entrar la razón en esa cabeza. Espero que tu prometida lo haga— dijo la condesa haciendo que Melany se emocionara al oírlo.
—¿Soy su prometida?
—¿Su padre no ha hablado con usted?
—Aún no voy a casa, quise venir a verlo antes que nada.
—Así es, señorita Sutton. Su padre ha aprobado nuestro compromiso, me ha concedido su mano.
—¿Así nada más? — preguntó ella que sabía que su padre no tenía dinero para ofrecer su dote.
—Después hablaremos de eso.
—Está bien— dijo la chica sin soltar su mano.
—Creo que debemos irnos, querida. Tu madre nos estará esperando— dijo tía Deirdre levantándose y agradeciendo a la condesa su amabilidad— espero que nos veamos pronto.
—Por supuesto. Tenemos que organizarlo todo. Nos queda poco tiempo.
—¿Por qué? — preguntó Melany intrigada.
—La boda será en octubre.
—¿Tan pronto?
—Yo creo que es demasiado tiempo— dijo él sonriendo— pero las damas dicen que menos de un mes sería poco adecuado.
—No hay necesidad de apurarnos— dijo Melany.
—¿No? — preguntó él mirándola fijamente con sus ojos azules que parecían decir: sería mejor apurarnos.
—Bueno, me encantaría que fuera pronto.
—Excelente, estamos todos de acuerdo, entonces.
—Buenos días, señora Hart— dijo la tía Deirdre entusiasmada por el pronto enlace.
—Señora Sullivan, regrese pronto— pidió la pelirroja llamando a Abby que las observaba desde la escalera— permítame presentarle a mi cuñada, la menor de los Hart, la señorita Abigail.
—Encantada— dijo la rubia haciendo un saludo cortes.
—Es igual a su hermano, es muy bella, señorita Hart.
—Muchas gracias— respondió la chica que siempre recibía lisonjas— señorita Sutton, bienvenida a la familia— agregó dejando a todos asombrados.

Cuando las damas se retiraron de la casa, Abby aprovechó de dar su opinión a su cuñada, acerca de la próxima integrante de la familia.

—Me parece una buena elección, la señorita Sutton tiene unos ojos divinos y un cutis de porcelana, tendremos sobrinos muy lindos.
—Veo que está aprobada.
—Siempre supe que Aidan la escogería, bastaba ver cómo la miraba cuando estaba cerca.
—No sabía que la conocías.
—Era la primera de mi lista.
—No sabía que tenías una lista para tus hermanos. Deberías tener una para ti.

—Tal vez la tenga. Algún día lo sabrás— declaró sonriendo y robando una galleta que quedaba en el plato que dejaron las visitantes.

Capítulo XXII

Llegó el día de la boda. En casa de los Sutton, la novia acompañada de su madre, su hermana y de sus futuras cuñadas se preparaba para partir a la iglesia en donde Aidan la esperaba para dar ese gran paso que significaba el matrimonio. La chica estaba muy nerviosa, pero sobre todo decepcionada por la poca concurrencia. Lucía hermosa con su traje de satín color marfil, decorado con encaje y muchas perlas.

—Lamento que todo haya salido de esta forma— dijo mirando a Rowena que se había quedado con ella para ayudarle con su tocado— confirmó muy poca gente.
—Como diría mi padre: más comida para nosotros— rio la pelirroja ajustando una flor del tocado que no quería quedarse en su sitio— la gente que vino es la que los quiere. Eso es lo que importa.
—Agradezco que su familia haya comparecido, me siento fatal— dijo dejando que una lágrima amenazara con caer desde uno de sus ojos.
—Nada de eso— la reconvino la condesa— tiene que estar feliz. La ceremonia va a ser hermosa de todas formas, el sacerdote vino de la ciudad especialmente para celebrar la boda. Era amigo de lady Olivia.
—La iglesia estará vacía.
—Por supuesto que no. Los Hart son muchísimos y ninguno quiso enemistarse con el conde— rio la chica— mi padre vino con su esposa y trajimos a todos los niños de la familia para que hagan mucho desorden.
—Ninguna de mis amigas va a asistir, sus familias no vendrán.
—No son sus amigas entonces, piense que algunas la envidian y otras están celosas. Mi cuñado era el soltero más codiciado de la temporada— rio.
—Es muy positiva, excelencia.
—Dejemos ese trato, ya le dije que soy Rowena.
—Gracias, Rowena. Ha sido de gran ayuda que esté aquí.
—Su madre no ha colaborado mucho, está más pendiente de su hermana.
—Ella es poco dada a participar en sociedad y la abruma un poco. Además, esperaba que mi boda fuera algo fenomenal y los he decepcionado.
—Claro que no. Será fenomenal, la iglesia está repleta de flores, Peyton y yo nos preocupamos de decorarla muy temprano. Su hermana está muy entusiasmada.
—Scarlett se ha hecho muy amiga de la señorita Hart— dijo Melany contenta por ella.
—Abby, debe decirle Abby. Usted será una Hart en pocos minutos más— dijo sintiendo que el reloj del salón daba las diez de la mañana— deberíamos apurarnos, sino Aidan vendrá a buscarla.
—Está algo ansioso— dijo Melany sonriendo— no puedo creer que seré su esposa.
—Si no nos apuramos, el sacerdote se va a aburrir y no habrá boda— bromeó Rowena llamando a Emily que estaba en el corredor arreglando a los hijos de sus primos que irían delante de la novia lanzando pétalos junto con los otros niños de la familia.
—¿Está lista?
—Si, mi lady— dijo Melany levantándose del taburete en el que estaba.
—Dígame Emily, querida— dijo viendo que la muchacha lucía radiante— Rowena, te agradezco que te hagas cargo de los niños, sino voy a terminar chasconeando a alguno. Anais es una rebelde.

—Dile a su madre que la gobierne— rio la pelirroja llamando a Peyton.
—Espero que Gracie se comporte mejor cuando tenga su edad.
—No lo hará si su padre la sigue malcriando— le advirtió Rowena saliendo del cuarto.
—La verdad es que esto es un alboroto, pero usted tiene que estar tranquila, Melany. Le pediré a las chicas que vengan a ayudarnos con la cola del vestido— ¡Abby! ¡señorita Sutton! — gritó escaleras abajo.
—No grite, mi lady— la regañó su hermana pequeña que aparecía envuelta en un traje de seda color celeste que la hacía parecer un hada— no es elegante— agregó haciendo reír a su nueva mejor amiga.
—Vengan aquí y ayúdenme con toda esta tela. Tenemos que llevarla escaleras abajo y subirla al coche.
—Papá está ansioso. Insiste en que el señor Hart se va a arrepentir si no nos vamos pronto— bromeó la pequeña de los Sutton que era tan bromista como Abby, lo que las hacía congeniar muy bien.

Cuando por fin la novia se montaba en el coche y el señor Sutton subía tras ella para acompañarla hasta el altar, las Hart sintieron que la tarea estaba casi hecha.

—Ahora sube con los niños al carro y llévatelos— ordenó Emily a su cuñada para que gobernara a los niños Debrun y a los primos pequeños.
—Tienen que tirar los pétalos suavemente— ordenó Rowena— tal como lo practicamos.
—Tía— gritó uno de los niños— Anais se está comiendo las flores.
—¡Peyton! — llamaron ambas para que la baronesa se hiciera cargo.
—¿Qué pasa? — preguntó asomándose por la puerta, mientras se colocaba sus guantes.
—Tu niña, parece que es floretariana— bromeó Rowena ayudándola a subir al carro con los pequeños.
—Cariño, no te las puedes comer, hay que lanzarlas a la novia— advirtió Peyton quitándole el canastillo con las flores.
—No se las puede comer porque no está bien— declaró Emily que era más estricta con la crianza.
—Además no tenemos más pétalos que esos— señaló Rowena que era más práctica— si sobran luego te los comes— le dijo haciendo reír a la niña.

Cuando el coche llegaba a la iglesia, padre e hija que no habían cruzado palabra se miraron fijamente. El señor Sutton aprovechó el momento para hablar con su hija.

—Me alegro de que finalmente hayas logrado una buena boda, hija…y no me refiero a la posición. Te estás casando con el hombre que amas— dijo el señor dejándola asombrada— fue una gran suerte, teniendo en cuenta…
—Padre, espero que algún día me crea. La sociedad ha sido injusta conmigo.
—Es verdad, todas esas cotillas van a tener que cerrar la boca. Serás parte de una familia importante— dijo el hombre cogiendo la mano de su hija y apretándola con fuerzas.
—Papá…
—Melany, he sido un padre poco afectuoso, lo sé. Pero siempre he querido lo mejor para ustedes. Sacarte de aquí fue lo mejor que se me ocurrió para que no sufrieras.
—Se lo agradezco, padre.

—Fue una gran suerte que a este chico Hart no le importe lo que la gente diga. Encontraste un buen partido…y no lo digo por el dinero, sino…
—Lo sé— sonrió ella— gracias, padre— dijo apretando su mano ella ahora.

Al bajar del coche lo primero que vio fue a su madre y a su hermana que la esperaban con una enorme sonrisa en la cara. Realmente la iglesia era enorme y se veía aún más enorme con la poca concurrencia, pero sus familias estaban allí, algunos buenos amigos y algunos cercanos que valoraban la influencia del conde, el marqués de Whitman y lord Ashfield, que eran gente importante. Los Humphries también habían llegado, Cristina luciendo como la más estilosa del evento. Eran pocos asistentes, pero lo más granado estaba allí.

Al entrar a la iglesia, los invitados se ubicaron en los asientos destinados para cada uno. Aidan esperaba junto a su hermano, su primo y sus amigos Chapel, Robinson y Freeman.

—No puedo creer que vayas a casarte antes que yo— dijo Hunter— estamos planeando la boda desde hace meses.
—Lo siento, primo. Tendrás que seguir esperando por tu chica.
—Silencio, la novia viene entrando— dijo Liam viendo que Rowena dirigía a los niños para que comenzaran a recorrer el pasillo y lanzaran flores.

La más pequeñita de los niños era Anais que llevaba un cojín con las argollas. La pequeña sonreía a todo el mundo y miraba a Peyton que la guiaba desde lejos, asintiendo para que se sintiera segura.

Cuando la novia asomó en la puerta del brazo de su padre, el novio dejó de respirar por unos segundos. La muchacha encandilaba con sus enormes ojos verdes, que se notaban aun por debajo del velo que cubría su cara. El señor Sutton comenzó a guiarla por el corredor detrás de los niños, mientras el clavicordio comenzaba a tocar la música que la acompañaría en el trayecto. Melany sonreía y miraba a Aidan que no le quitaba la vista de encima. Al llegar junto a él, el señor la dejó en manos de su futuro esposo y la pareja se volteó para quedar de pie frente al sacerdote que pidiendo a los asistentes que ocuparan sus asientos comenzó la ceremonia.

Cuando el religioso dio fin al solemne acto, todo el mundo aplaudió y el novio se atrevió a besar a su esposa con delicadeza, reservando las expresiones más efusivas para la intimidad. La madre de la novia lloraba de emoción, el padre respiraba relajándose luego de semanas de tensión en las que pensaba que el joven aún podía arrepentirse. Las Hart les entregaban otros canastillos con pétalos a los niños y los padrinos lanzaban monedas al aire para el deleite de los más pequeños; aunque algunos mayores se aprovecharon y recogieron bastantes.

—Salió todo perfecto— declaró Hart tomando la mano de Melany y colocándola sobre su pierna dentro del coche que los sacaba de ahí.
—Pensé que me iba a desmayar— dijo ella relajándose.
—Te ves hermosa— dijo él buscando su boca.
—No hagas eso, nos están viendo— advirtió ella colocando su cabeza en el hombro de él.
—Tengo mucha hambre, ni siquiera desayuné.
—Yo apenas comí algo. Me tenía muy preocupada toda esta situación.

—¿A qué te refieres?
—El pueblo nos ha marginado, sabes de lo que hablo.
—No me importa. Si hubiéramos estado tú y yo solos junto al sacerdote me habría dado igual.
—Debimos hacer eso.
—Estás loca, Rowena no lo permitiría, le encanta organizar eventos. Mis hermanas se vuelven locas con todo esto, no les iba a quitar ese placer.
—Está todo hermoso.
—En casa, está todo cubierto de flores y cintas de colores, parece la fiesta de la primavera— dijo él riendo.
—¿Qué haremos?
—Ahora, vamos a ir a comer, necesito energía— dijo él mirándola con malicia— para esta noche.
—¡Aidan!
—Es nuestra noche de bodas, no pensarás que me voy a acostar y dormir temprano.
—No hablemos de eso. Dime qué haremos luego de esta noche.
—Dormiremos en la posada de Hitchin y luego iremos hasta la propiedad de Surrey. Nos quedaremos una temporada allí, Liam nos la ha cedido por el tiempo que necesitemos, hasta que nuestra casa en la ciudad esté acondicionada.
—¿Viviremos en la ciudad?
—¿Deseas quedarte en Bedford? Pensé que…
—No, me encanta la idea de vivir en la ciudad. ¿puedo invitar a mi madre y mi hermana cuando estemos instalados?
—Será tu casa, puedes invitar a quien quieras. Será sólo en alquiler. Espero que el próximo año los negocios ya rindan sus frutos y compraremos alguna propiedad cerca de la familia.
—Me encantan tus planes. Me encantaría que me incluyeras en ellos— dijo ella molesta.
—Son sólo planes, decidiremos juntos lo que hagamos, mi amor— dijo tratando de congraciarse con ella.

Ya estaban llegando a la mansión de los Hart en donde se realizaría la recepción de la boda. Todos los invitados estaban llegando también. Cuando los recién casados aparecieron, la orquesta comenzó a tocar y la fiesta empezó. No llegaron los quinientos invitados que se programaron, pero los cerca de cien que cumplieron disfrutaban bastante. La sociedad de Bedford fue castigadora con el hombre que prefirió a una muchacha de mala reputación antes que a sus hijas casaderas y virtuosas. La fiesta se desarrolló durante buena parte del día, los niños se reunieron en las habitaciones de juego en donde no distraerían a sus padres, pues las niñeras los estaban cuidando. Los jóvenes bailaron animadamente toda la tarde y los mayores se dedicaron a intercambiar impresiones de la fiesta y del clima. Algunos se preocuparon de cerrar negocios y otros se dedicaron a beber. A media tarde algunos con varias copas en el cuerpo cantaban entonando tonadas y brindando por los novios que se iban de viaje.

—Ese es mi amigo— gritaba Robinson que estaba bastante alegre. El futuro marqués de Welles no pensaba casarse aún, pero celebraba que sus amigos lo hicieran.
—Hermano, no hagas eso. Mi madre se va a horrorizar— decía Christine.
—No la veo horrorizada— decía el chico señalando a su madre que brindaba con él desde lejos.
—Amigo, deja de beber— pidió Hart abrazando al muchacho.
—Recién te casas y ya estás siendo juicioso— señaló el joven llevándose a una chica para seguir

bailando.
—Parece que tu amigo está contento— dijo Melany que llegaba enfundada en un vestido de color turquesa muy sencillo y adecuado para el largo viaje.
—Querida, me tienes que escribir en cuanto estén instalados— decía lady Sutton— señor Hart, por favor cuídela mucho.
—Seré el mejor guardián— dijo despidiéndose de todos quienes los rodeaban.

Melany subió al coche y Aidan la siguió cerrando la portezuela a su espalda. Se acomodaron en el vehículo y se asomaron por la ventana para sacudir su mano y despedirse de sus amigos y familiares que por lo visto no pensaban dejar de celebrar.

Capítulo XXIII

Era tarde cuando llegaban a la posada, Melany estaba nerviosa. Aunque no era la primera vez que tendría intimidad con él, de todas formas, no habían vuelto a estar juntos desde aquella noche en la posada de Arundel. Su madre le había dado algunos consejos, pero la señora Sutton no era muy osada y sus comentarios dejaron a Melany bastante sorprendida. Si no hubiera sabido lo que pasaba en la cama de una pareja, pensaría que la llevaban a vivir algún suplicio. Afortunadamente ella ya sabía lo que iba a suceder y aunque le había sido satisfactorio la vez anterior no sabía cómo comportarse.

—Voy a hablar con el posadero, si deseas ve al cuarto en seguida, yo me iré a conseguir unas copas y algo de beber.
—¿Quieres beber?
—Para celebrar— dijo él dejándola con la muchacha que la guiaba por las escaleras hasta una habitación del segundo nivel.

Ella entró al cuarto y se quitó la capa, dejándola sobre un sillón negro que estaba adosado a una pared. En el otro extremo del cuarto había un ventanal que tenía las cortinas corridas y dejaba ver de fondo un resto de luna que aparecía oculta por las nubes. La chica salió dejándola sola en la habitación. Ella se sentó en un cómodo diván tapizado de una tela verdosa y se quedó mirando las estrellas. Hart demoró bastante en aparecer, abriendo la puerta animadamente con una sonrisa radiante en su cara.

—¿Qué pasa?
—Nada— dijo ella levantándose del diván y recibiendo una copa que él le ofrecía y que había llenado con un líquido espumante.
—¿Estás cansada? — preguntó con gesto de decepción— si deseas podemos dormir, no es obligación…
—No deseo dormir— respondió ella riendo suavemente— No te voy a privar de tu noche de bodas— agregó bebiendo un trago de su copa.
—Lo dices como si fuera un castigo— señaló él bebiendo un sorbo de su trago y dejando la copa sobre una mesa lateral, mientras se quitaba la chaqueta y la lanzaba sobre una silla.

Ella se acercó dejando su copa a un costado de la de él y lo abrazó, colocando su cabeza sobre su hombro. Aidan la aprisionó entre sus brazos y se quedaron así un largo momento.

—Cuando lo hicimos en Arundel pensé que te había gustado— señaló preocupado— si necesitas tiempo…
—Me gustó— dijo ella besando su mejilla— me gustó mucho, es sólo que no lo hemos hecho de nuevo.
—Porque tú no quisiste.
—No habría estado bien. No podíamos hacerlo en tu casa ni en la de mi padre.
—Podríamos habernos escapado por ahí— dijo él acariciando su frente con sus labios— pensé hacerlo más de una vez, pero no te sentí muy dispuesta.
—Nunca me dijiste.
—¿Te habrías escapado conmigo por ahí? — preguntó sorprendido.

—Tal vez.
—No lo habrías hecho, Melany Sutton.
—Melany Hart, si me permites— dijo ella sonriendo y besando sus labios.
—Señora Hart, es usted muy apetecible. Me gustaría devorarla en este momento— dijo él arrepintiéndose en seguida de su comentario— lo siento, no…
—Ayúdame con mi vestido— pidió volteándose para que le desabotonara la parte posterior del traje.

De pronto, Aidan se puso nervioso, mientras abría uno a uno los ojales que atrapaban esos pequeños botones y maldiciendo por no poder hacerlo con rapidez.

—Ten paciencia, tenemos mucho tiempo— dijo ella quitándose las horquillas que ajustaban su peinado y dejando caer varios mechones de pelo que cayeron por su hombro.
—Deberían inventar algún sistema que sea más fácil— regañó.
—Y todavía te queda el corset. Tienes que quitarme todos esos cordones.
—Podríamos cortarlos con una navaja, tengo una…
—¡Estás loco! No vas a romper mi…
—¡Por fin! — exclamó dejando caer al suelo el vestido y sacándolo de en medio.
—No te atrevas a…
—Calma, los cordones se me dan más fáciles— declaró soltando con maestría el nudo que la doncella había apretado cuando la ayudó a vestirse— Ya está— señaló satisfecho, viendo que ella sólo quedaba cubierta por una delgada enagua que se traslucía un poco.
—Déjame ayudarte— dijo ella quitándole el chaleco y levantando la camisa para quitársela por la cabeza.
—Parece que nos estamos entendiendo— señaló él sonriendo y comenzando a quitarse los pantalones, pero ella lo detuvo— ¿Qué pasa? pensé que…
—Quiero beber un poco más— dijo tomando una de las copas y bebiendo un sorbo del trago— estoy nerviosa, no sé cómo…
—No tienes que hacer nada, yo lo haré todo— propuso él tomándola por la cintura y comenzando a besarla.
—No quiero— exclamó ella enojada.
—¿No quieres? — preguntó asustado— me dejaste quitarte el vestido y ahora…
—Déjame hacerlo a mí, quiero darte placer.
—Me lo das, cariño. Te toco y ya estoy ardiendo— dijo volviendo a besarla y bajando la enagua por los hombros.
—Quiero tocarte— pidió ella dejándolo asombrado— ¿puedo?
—Puedes hacer conmigo lo que quieras, preciosa— dijo él quitándose las botas— puedo explicarte…
—No es necesario— dijo ella dejándolo asombrado— tengo alguna idea— agregó comenzando a desabotonar la parte delantera del pantalón de Aidan que la miraba embobado. Cuando lo tocó y empezó a acariciarlo, él se quejó.
—Lo siento, ¿te duele?
—No, claro que no. Me encanta— dijo dejando que ella siguiera explorando su cuerpo y quitándose el pantalón para quedar desnudo.

Se tendió en la cama y quedó expuesto para que ella siguiera con sus caricias. Melany se tendió a

su lado y comenzó a besarlo en los labios, mientras seguía acariciándolo. Aidan se quedó quieto y dejó que ella tomara el control. Melany se alegró de haber hablado con su tía Deirdre que fue bastante explícita con sus consejos.

Capítulo XXIV

Estando ya instalados en la propiedad de Surrey, Melany y Aidan vivían aun su luna de miel. Ya llevaban un mes en el lugar y las largas cabalgatas eran la mayor diversión que podían tener fuera de la alcoba. Una tarde, mientras la nueva señora Hart reposaba en su salita privada, Aidan apareció en la puerta.

—Cariño, me parece que esta casa es demasiado grande— dijo él viendo que su mujer bostezaba mirando por la ventana.
—En realidad lo es, pero es muy hermosa. Me encantan los jardines.
—¿Vas a invitar a tu madre?
—Le dije que me visitaran, pero Scarlett tiene compromisos importantes hasta finales del próximo mes. No creo que puedan venir aún.
—Tengo que viajar en un par de semanas— señaló él dejando un libro sobre una mesilla— estaré lejos diez días.
—¡Me vas a dejar sola! — se lamentó ella.
—Lo lamento, pero Freeman concertó algunas reuniones en Gales. Lo hemos postergado bastante. Estropeé toda su programación, es mi deber cumplirle; es mi socio.
—Lo sé.
—Tal vez Abby podría venir a acompañarte. O alguna de tus amigas. ¿por qué no invitas a alguna de las chicas que frecuentabas?
—Jamás me escribieron mientras estuve en Brighton, ninguna de ella asistió a nuestra boda. Ni siquiera me han escrito para disculparse, no parece que les importara.
—¿No tienes ninguna amiga? — preguntó él asombrado de que la sociedad la haya apartado tan violentamente.
—Bueno…en Brighton frecuenté algunas chicas— dijo recordando esos días en los que trataba de ajustar allí— Las señoritas Callaghan fueron muy amables conmigo.
—Podrías invitarlas a visitarte.
—¿De verdad?
—Melany, por favor. Esta es tu casa, puedes hacer lo que te plazca. Incluso te pedí que hicieras los cambios que desearas.
—No me siento dueña de este sitio. Es de tu familia, Aidan.
—Estaremos aquí varios meses más— dijo él— podríamos cambiar la cama. Está bastante maltrecha.
—Tú la has dejado así— sonrió ella al recordar que la habían usado bastante.
—Porque es un mueble viejo, creo que era de la madre de mi abuela.
—Es bastante antigua entonces. Voy a encargarme de eso— dijo levantándose del sillón y acercándose a su esposo que la abrazó cuando llegó a su lado.

Él la cogió acariciando su cuello y luego recorrió su nuca con su mano. La acercó a su rostro y le plantó un beso en los labios que la dejó sin aliento.

—Señor Hart, eres muy fogoso— dijo abrazándolo por debajo de su chaqueta.
—Y tú eres muy excitante— dijo besando su cuello y comenzando a bajar por su escote hasta llegar al monte de sus pechos y lamerlos ávidamente.
—Cariño, no podemos…los criados…

La cogió de la mano y la llevó con él hasta la puerta. La cerró y la aprisionó entre ésta y su cuerpo, cogiendo el escote del vestido con ambas manos y bajándolo hasta dejar sus pechos al descubierto.

—¡Aidan! — susurró ella.
—Si, mi amor.
—Vamos al cuarto.
—No puedo esperar tanto— dijo quitándose la chaqueta y lanzándola sobre el sillón.

La cogió por las caderas y la acomodó para comenzar a escarbar entre sus faldas y acariciar sus piernas, sin dejar de saborear sus pechos. Ella lo ayudó a quitarse el chaleco y después bajo hasta su pantalón para liberarlo de ellos.

—Mi señora, se ha vuelto muy osada— dijo ayudándola a soltar los botones del pantalón.

Melany le rodeó el cuello con sus brazos y comenzó a besarlo. De pronto, se separó de su lado y le habló al oído.

—¿Qué voy a hacer sin ti tantos días?
—Yo te mostraré lo que vas a hacer— dijo tomando la mano de la chica y llevándola debajo de su falda.
—¿Qué haces? — dijo ella sintiendo que él dirigía la mano de ella a la entrepierna femenina y cogiendo un dedo la hacía tocarse allí— ¡Aidan! — gimió.
—No es lo mismo, pero puede ayudar.
—¿Dices que yo…
—Piensas en mí, te tocas allí y…
—¡Cariño! — exclamó ella ruborizada— no puedo…
—Te va a gustar— dijo él buscando su boca para devorarla— esta noche te voy a explicar mejor — agregó escarbando entre sus faldas para darle placer.

Una semana más tarde, Melany recibía la correspondencia y entre ellas llegaba la respuesta de la señorita Callaghan.

“Le agradezco demasiado su invitación. Me encantaría visitarla en su nuevo hogar, pero no sé si podré estar a la altura de sus amistades. No creo ser merecedora de tanta generosidad y me atrevería a rechazar su propuesta para no incomodarla, pero mi hermana está muy ilusionada con conocer Surrey y rodearse de nuevas personas. Acepto su invitación y estaremos allí nada más ordenar algunas cosas en casa y esperar a que tía Lidia se quede con mamá. Nos vemos pronto, le agradezco por considerarme dentro de sus amistades.
Suya
Tiffany Callaghan.”

—¿Qué lees que te pone tan contenta? — preguntó Aidan entrando al cuarto.
—La señorita Callaghan de Brighton aceptó visitarme, vendrá con su hermana. Deberían llegar nada más tú te hayas ido.

—No recuerdo que me la hayan presentado, estuvimos en casa de mucha gente.
—Es una chica adorable, su hermana es encantadora. Son gente buena. Su padre dilapidó su fortuna en malos negocios y viven con su madre viuda. La conocí visitando unas obras de beneficencia que frecuenté y a las que ella también iba como voluntaria. No es muy acogida por la sociedad de Brighton.
—¿Y te identificaste con ella?
—Un poco— dijo ella levantándose de su sitio para abrazarlo— ¿cuándo te vas?
—El jueves al mediodía, me reuniré el viernes con Freeman en Birmingham; su familia vive en Coventry. Desde allí nos vamos a Gales. Regreso el diecisiete, vendrán unos probables inversionistas del oeste.
—¿Vamos a recibir visitas?
—Si.
—Gracias por advertirme— dijo ella molesta.
—Te lo estoy contando ahora, me acaban de confirmar— dijo mostrando la carta que llevaba en la mano.
—Ah.
—Vas a poder estrenar tus dotes de anfitriona. Tu amiga puede ayudarte a organizarlo todo. Creo que serán dos o tres visitantes.
—Voy a disponerlo todo. Jamás he tenido que recibir gente, espero no defraudarte.
—Jamás vas a defraudarme— dijo besando su mejilla para dejarla sola en el cuarto.

Ella se quedó releyendo la carta de Tiffany; se alegraba de tener alguna amiga aún. Iba a ser divertido recibirla junto a su hermana y después ser la anfitriona de una reunión importante para Aidan. Comenzó a pensar en qué debía hacer y no tenía idea. Fue a su escritorio y busco papel y una pluma. Necesitaba ayuda de una experta.

“Estimada Rowena, espero que el conde y sus niños estén bien. Le escribo para…”

Cerró el sobre y llamó a uno de los mozos para que fuera en seguida al correo a dejarla. Necesitaba una rápida respuesta.

Luego de otra semana, la residencia de los Hart bullía de actividad. La señora Murphy, el ama de llaves de la casa, seguía a Melany que organizaba los últimos detalles para la llegada de sus amigas.

—Creo que fue buena idea que se quedaran en el mismo cuarto— dijo la señora.
—Si, son muy hermanables y la habitación del oeste es grande y tiene dos camas, es amplia y le da el sol de la mañana.

—Está lista para recibirlas. Puse algunas mantas más, está comenzando a enfriar en las noches.
—En Brighton el clima es más bien frío gran parte del año.
—Entonces estarán acostumbradas. Yo todavía extraño el calor de mis tierras.
—Lleva muchos años aquí— afirmó Melany que conocía bastante a la señora, pues era prácticamente su compañía más cercana y charlaban mucho por las tardes.
—Si, pero uno siempre recuerda su tierra.
—Es cierto, yo echo de menos mi antigua casa todavía— reconoció ella, al tiempo que se sentía

ruido en el portal— creo que llegaron— dijo algo nerviosa por estrenarse como anfitriona.

Las señoritas Callaghan tardaron unos minutos en aparecer. La menor de ellas, Hope llegaba cubierta con un amplio sombrero y con una radiante sonrisa en la cara. La mayor, más recatada, lucía un vestido de viaje de color gris y llevaba unos guantes negros como único adorno.

—Tiffany, Hope. Qué gusto que por fin llegan.
—El viaje fue bastante largo— declaró la pequeña— pero estos parajes son hermosos.
—Si, Surrey es hermoso— señaló Emily invitándolas a sentarse— la señora Murphy se hará cargo de todo— agregó para que se relajaran. Sus equipajes se estaban llevando al cuarto de visitas.
—Su casa es muy bella— señaló Tiffany.
—Esto no es casa, es una mansión— declaró Hope mirando alrededor.
—Es bastante grande, pero no es mi casa— aclaró Melany algo incómoda— es de la familia de mi esposo. Esperamos poder instalarnos en Londres en unos meses.
—Espero que nos invite también— dijo la chica haciendo avergonzar a su hermana mayor.
—¡Hope! no seas atrevida.
—Por supuesto que serán bienvenidas— dijo Melany llamando a una de las chicas para pedirle que trajera algo de beber— vamos a tomar un té ¿o prefiere algún refresco? — dijo hablando a la mayor.
—No se moleste por nosotros, un té estará bien.
—Trae té y pastas, Becky, por favor.
—En seguida, señora.
—Me alegro de verdad que vinieran. Me siento bastante sola aquí, necesito amistades, pero en esta región no es muy habitual que haya grandes fiestas. Hay pocos vecinos cerca.
—¿Y su esposo?
—Claro, él está conmigo, pero hace unos días se fue de viaje de negocios y regresará en una semana, llegaron justo a tiempo.
—Esperamos hacerle compañía— dijo Tiffany Callaghan, que era una chica lista y muy guapa, pero que no era cotizada en el mercado del matrimonio por su escasa fortuna.
—Me tienen que ayudar a organizar algunas actividades. Aidan regresará con unos socios y tengo que atenderlos. Nunca he tenido esas responsabilidades, me tiene algo nerviosa.
—Cuando era adolescente, mi madre recibía bastantes visitas. Yo le ayudaba con todo aquello, puedo serle útil.
—Me ayudaría bastante— dijo Melany recibiendo una bandeja que la muchacha dejaba sobre una mesilla de centro— mi cuñada me dio algunos consejos, ella hace poco tiempo se hizo cargo de la mansión Hart en Bedford. El conde recibe mucha gente.
—¿Su cuñado es conde? — preguntó Hope asombrada.
—Si, el hermano mayor de mi esposo es conde, pero es gente muy sencilla.
—¿Tiene caballos aquí? — preguntó la chica.
—Si, hay caballerizas en la parte posterior. Mis cuñados son bastante activos y les encanta cabalgar. Es una de las entretenciones que tenemos aquí.
—Hasta que lleguen los niños— dijo Hope saboreando un pastel de crema— esto está delicioso.
—La señora Fuller cocina muy bien, esta noche vamos a cenar un pavo que es mi favorito— dijo Melany contenta de tener amigas con quien compartir— en cuanto se beban el té las llevaré a su cuarto. Las instalamos en el mismo cuarto, ¿está bien?

—Está perfecto. Me asusta dormir sola en estas residencias antiguas— rio Hope— mi hermana me rescatará si tengo miedo.
—¡Ridícula! — le dijo Tiffany riendo.
—Deben estar cansadas— declaró Melany dejando su tacita sobre la bandeja y recibiendo las de las chicas— vengan conmigo, las voy a llevar a su cuarto.
—No es necesario— dijo la señora Murphy— yo puedo llevar a las señoritas.
—Prefiero hacerlo yo, así aprovechamos de conversar otro momento— dijo guiando a las chicas y dejando al ama de llaves ordenando la sala y cambiando algunas flores de los floreros.

Las guio por la escalera mientras les comentaba acerca de los jardines. Al ver por uno de los ventanales se apreciaba un bonito parque al costado de la casa con una laguna pequeña rodeada de juncos y con flores acuáticas en el centro.

—El jardín es hermoso— dijo Tiffany alabando la casa.
—En esa laguna siempre hay pajarillos cazando bichos y más atrás hay un huerto y muchos árboles. La madre de Aidan era muy asidua a las mermeladas, hay albaricoques, melocotones, membrilleros, hasta una palmera que da cocos— rio Melany— También hay muchos magnolios.
—Es precioso— dijo la chica.
—Aquí está el cuarto. Escogí este que justamente da hacia el jardín interior. En esa ventana se posan mariposas hermosas— dijo abriendo las cortinas para mirar el paisaje.
—Melany, es demasiado amable. Este cuarto es precioso— señaló Tiffany sorprendida de la hospitalidad de su amiga— no merecemos tantas atenciones.
—Ustedes fueron mis únicas amigas verdaderas en Brighton. No saben lo importante que fue contar con ustedes— dijo Melany emocionándose.
—Usted es una mujer muy agradable y fue un gusto conocerla. Fuimos nosotras las favorecidas con su amistad— dijo Tiffany abrazando a la chica y luego dejando su bolso sobre la cama— Yo me quedaré con esta cama porque soy la mayor— dijo para disgustar a la chica, pero ésta ni se inmuto.
—Yo prefiero esta otra— dijo sentándose sobre la cama más pequeña que estaba adosada a la pared— así no me asustaré con los ruidos— señaló Hope riendo.

Melany las dejó para que descansaran y se fue a la cocina a hablar con la señora Fuller. Como nueva dueña de casa estaba aprendiendo a llevar ese lugar y las criadas más antiguas habían sido de gran ayuda. La cocinera era una señora muy chistosa que siempre estaba inventando platillos suculentos para el señor y preparaba las sopas más extraordinarias.

—Voy a servir sopa de remolacha con ese queso hediondo que le gusta al señorito Aidan.
—Me parece bien, aunque no sé si las invitadas estarán acostumbradas a esos sabores.
—Se van a acostumbrar. Nunca han probado una sopa tan deliciosa, mi señora.
—Está bien, señora Fuller confío en su gusto— dijo Melany revolviendo entre unos vegetales— me encantaría comer algo de ensalada verde, pudiera ser algo de espinaca y rúcula, lechuga, algo de coles.
—Le haré una fuente con muchas verduras y un aderezo que sólo yo sé hacer— se ufanó la señora.
—Me tendrá que enseñar a hacerlo— pidió la dueña de casa.
—Usted no tiene que meterse en la cocina, señora— dijo la mujer— quien la habrá visto, usted

debe estar en los salones.
—Me encanta meterme a la cocina.
—Digo yo no más. La señora de la casa qué tiene que hacer entre las ollas.
—Me gusta hurgar entre las ollas, sobre todo cuando prepara el dulce de melocotón ese que hizo ayer. Tengo muchas ganas de comerlo.
—Señora, anda muy antojada— dijo la cocinera— eso dice algo.
—Para nada— señaló ella— siempre he sido muy asidua a los dulces.
—Digo yo no más— agregó la mujer revolviendo una olla que humeaba bastante.
—Pídale a Jenkins que traiga un vino para cenar— dijo al salir de la cocina— y recuerde la ensalada.
—Claro, mi señora— dijo la mujer secándose las manos en su grueso delantal.

Capítulo XXV

Durante la cena, las chicas se dedicaron a conversar de sus conocidos en Brighton, Melany se escribía con su tía Deirdre y algunas cosas sabía.

—El señor Truswell se va a casar con la hija del señor Branigan. No se habla de otra cosa— dijo Hope saboreando la sopa de remolacha, que tenía un sabor bastante extraño.
—¿No le gusta? — preguntó Melany interesada.
—Si, me gusta. Es un sabor nuevo. ¿Qué tiene?
—Tiene un poco de queso que Aidan trajo de un viaje, es algo fuerte.
—A mí me parece sabroso, aunque es un sabor distinto— dijo Tiffany.
—Mientras estén aquí van a probar nuevos sabores. La señora Fuller es muy inquieta en ese sentido. Hace sopa de lo que encuentra.
—Vamos a probarlas entonces— declaró Tiffany entusiasmada. Su vida en Brighton era muy aburrida.
—La señorita Cohen finalmente no se escapó con el tipo ese. Su tía Greta la vino a buscar y se la llevó a su casa en Gales.
—La muchacha fue muy insensata— dijo Tiffany— claro que su madre no se preocupó de cuidarla— agregó después.
—Pero hablemos de otra cosa— dijo Hope— Su tía Deirdre y lord Cadwell al parecer van a comprometerse finalmente— señaló la más pequeña.
—¡Hope!
—Es cierto, no la regañe— pidió Melany llamando al mozo para que sirviera más vino en las copas— creo que fueron novios en su juventud y mi tía es muy guapa aun, el caballero no pudo resistirse. Dos almas solitarias que se reencontraron.
—¿Entonces se van a casar?
—A principios del próximo año, luego de que mi prima Diana tenga al bebé.
—Quién lo diría— reflexionó la chica— entonces no perderé la esperanza de atrapar a un noble — dijo haciendo reír a las otras— ¿Va a hacer una fiesta? — preguntó Hope pensando en bailar — ¿para los amigos de su esposo?
—No creo que hagamos una fiesta, pero un par de veladas podría ser. Me gustaría tocar mejor el piano.
—Tiffany lo toca muy bien— dijo su hermana.
—Hace años que no lo hago, perdí la práctica.
—Tenemos un piano en la sala de música, tiene que ensayar, siéntase libre de usarlo.
—Le agradezco mucho.

Cuando terminaron de comer el postre, la menor se fue bostezando a su cuarto luego de agradecer a Melany sus atenciones. Las amigas se quedaron bebiendo un té en la sala que Melany usaba para leer.

—Tiene muchos libros aquí— dijo admirando los lomos de los libros que veía.
—El padre de Aidan, lord Percy gustaba mucho de la lectura. La biblioteca que está en la habitación que usa como despacho está bastante nutrida. Si le gusta leer tiene que ir a revisar qué encuentra.
—Su casa es magnífica.

—Esta residencia es demasiado grande. Serviría muy bien para una familia numerosa, pero para nosotros dos es algo inhóspita. Me siento bastante sola cuando Aidan no está.
—Espero que le ayudemos a no sentirse tan sola.
—Por supuesto que así será. Tenemos que aprovechar de conocernos mejor. En Brighton no tuvimos mucha oportunidad de hacerlo.
—Es cierto. No sabe nada de nosotros. Y a pesar de eso, nos ha acogido en su casa. Es usted muy amable.
—¿Qué es lo que no sé? Podría contarme y así me voy a enterar— dijo Melany interesada.
—¿Quiere que le cuente nuestra historia?
—Si usted me cuenta su historia, yo le contaré la mía. No crea que mi vida ha sido tan fácil. No llegué a Brighton por casualidad— dijo haciendo que la otra chica se sintiera intrigada.
—Bueno, primero debo decirle que mi madre no es viuda realmente. Vivíamos en Scheffield hasta hace unos años, mi padre nos abandonó para irse con otra mujer y mi madre no soportó el escarnio público que eso significó. Mi padre es barón, hasta que nos dejó teníamos una vida bastante holgada y tuvimos la mejor crianza.
—Eso se nota en seguida conocerla, Tiffany.
—Nos criamos con institutrices, esperábamos casarnos con algún hombre de rango. Mi madre quedó devastada luego de quedar sola con nosotras. Yo tenía diecisiete y Hope tenía sólo doce años. Ese secreto nos agobia a veces. Nos fuimos a vivir muy lejos de nuestra anterior casa para no encontrarnos con nadie que la conociera.
—¿Y a su padre no lo ha vuelto a ver?
—Me escribe a veces, pero yo no le respondo. Fue una traición horrible la que nos hizo.
—Es cierto.
—Madre tuvo que vender muchas pertenencias, joyas, algunos cuadros que valían algo. Tenemos un tío que nos ayuda, gracias a él nos pudimos establecer en Brighton, pero la renta que tenemos es solo la que resulta de unas tierras en el norte que eran del abuelo de mamá y que tío Brian nos ha cedido. Ha sido un ángel, lamentablemente no hemos podido recuperar una propiedad que era de nuestra abuela, hay en enredoso problema legal tras de aquello. Esa propiedad renta muchísimo, nos habría ayudado a subsistir mucho mejor.
—¿No cree que pueda hacer un matrimonio ventajoso? Usted es guapa y elegante.
—A los hombres no les interesa eso. Buscan chicas con dinero o con alcurnia, pero madre no quiere que nos asocien con papá ni con su familia. No tengo ni una cosa ni otra ahora — dijo dejando la taza de té vacía sobre la mesa— ¿Y usted? Su padre es noble.
—Es verdad. Mi padre es barón también, pero no tenemos dinero, Tiffany. Papá hizo algunos malos negocios, un hombre con el que hizo inversiones lo estafó y ha perdido todo su dinero. Aidan fue muy leal al casarse conmigo, puesto que no tengo una dote que ofrecer.
—Su esposo es hermano de un hombre importante.
—Si, Liam es conde y sus hermanas hicieron matrimonios ventajosos— dijo bebiendo un sorbo de su té— pero no crea que ha sido por interés. Los Hart se han casado por amor, mis cuñadas son hermosas y muy elegantes, tienen mucha clase y agradezco que me hayan aceptado en su familia.
—Pero usted es una chica decente y bella, elegante, bien criada. No tienen nada que reprocharle.
—En eso está equivocada— dijo Melany bajando la voz y yendo a revisar que la puerta estuviera bien cerrada— le voy a contar algo que usted ni se imagina.
—¿De qué habla?
—Mi padre me envió a Brighton, porque en Bedford fui protagonista de un horrible escándalo.

—¿Usted?
—Me acusaron de haber tenido un desliz con un hombre que llegó al pueblo, fui desterrada de allí, mi padre me sacó de la ciudad para evitar que las habladurías siguieran.
—¿Usted? ¿Su esposo no lo sabe?
—Aidan sabe todo, pero ahora le voy a contar esa historia. No es lo que parece— dijo yendo a buscar una botella de licor y un par de copas desde el aparador— tenemos que beber algo— agregó entregando una copa llena del líquido ambarino a su amiga.

Los próximos quince minutos fueron de confidencias. Melany le contó a su amiga todo lo sucedido, desde que conoció a Aidan hasta que se comprometió con Stanfield. Luego le relató los sucesos de la fiesta en la que Gibson la condenó y los pormenores del viaje hasta la casa de su tía. Sólo omitió lo sucedido con Aidan en la posada, porque eso era demasiado íntimo.

—¡Entonces la acusaron injustamente!
—Aidan me creyó afortunadamente y se la jugó por mí. Me imaginó que el conde no estuvo de acuerdo en un principio.
—Debió decirle la verdad.
—No tengo cómo probarlo. Obviamente mi esposo sabe que nunca estuve con otro hombre antes que con él, pero el resto de la gente no va a creer mi palabra. Los hombres tienen credibilidad, nosotras somos poco escuchadas en esta sociedad hipócrita.
—Es cierto. Mi madre se sintió juzgada por lo que hizo mi padre, siendo que él fue el que la engañó y ella fue víctima de ese engaño.
—Es lo que digo— dijo Melany bostezando— creo que es tarde, debería ir a descansar. No la aburro más con mis historias.
—Tenemos que seguir hablando de nuestras historias.
—Pero será mañana, vamos a dormir ahora. Su hermana debe estarla esperando para no asustarse sola— rio— si desea lleve algún libro para conciliar el sueño.
—Muchas gracias, creo que me llevaré un par de los que vi aquí recién.
—Buenas noches, Tiffany. Gracias por venir.
—Gracias a usted por invitarnos. Hope está muy emocionada.

Las chicas se fueron a sus cuartos. Tiffany se metió en la cama regocijada de que su nueva amiga tuviera tanta confianza en ella, esperaba poder retribuir esa confianza de alguna forma.

Capítulo XXVI

Las chicas estaban revisando los manteles y los cubiertos que el señor Davies, un antiguo criado terminaba de limpiar.

—Con tantos cuchillos uno no sabe cuál debe usar— dijo Hope tomando uno de los cubiertos de plata y levantándolo para mirarlo con calma.
—Ese es para el pescado— dijo Tiffany que había tenido educación adecuada al respecto.
—Tú sabes de eso, yo nunca tuve ese tipo de instrucción, soy como una granjera— dijo la chica haciendo reír a las otras.
—Tienes que mirarme a mí, yo te voy a decir cuál debes usar.
—Si alguna vez me invitan al palacio no estarás allí para ayudarme, deberías hacerme clases de protocolo.
—Tiene razón, Tiffany. Debería aprovechar de enseñarle a su hermana el uso de todos estos cubiertos. Yo todavía me confundo con los de los mariscos y algunas cucharas.
—Lo vez, no soy la única que se confunde— dijo Hope dejando el cuchillo y tomando un tenedor— este es el de la carne, estoy segura.
—Tienes razón. Algo sabes— dijo su hermana contando los cubiertos y dejando las servilletas bien dobladas.
—Son doce juegos, señora— dijo el ama de llaves guardando todo en una caja.
—Está perfecto, seremos nosotras tres, Aidan, Freeman que es su socio, creo que tres visitantes, aunque no se si traerán a sus esposas. Podríamos colocar a alguien en el cuarto azul y también tenemos más o menos en buen estado la habitación que usa Abigail, la que tiene cochas blancas.
—Si traen a sus esposas sería bueno que tuviera algún licor suave— declaró Tiffany.
—Helen hizo un licor de miel— dijo la señora Murphy refiriéndose a la cocinera— y creo que queda de ese vino dulce que el señor trajo de Gales en el último viaje.
—Creo que eso será suficiente— dijo Melany saliendo del comedor con las chicas— dígale a la señora Fuller que además del plato principal y el entrante tenga siempre alguna opción de vegetales, algunas damas son muy preocupadas de su figura.
—Helen va a preparar sopa de nabos, pescado con patatas especiadas y pavo relleno con setas y ciruelas. Para la segunda noche me propuso una sopa de calabacín, filete con alguna salsa picante y crema, vegetales salteados, un rollo de pollo con espinacas y nueces. De postre unas natillas con dulce de membrillo, unos crepés con mermelada y unos barquitos de merengue.
—Dios santo, todo estará delicioso. La señora Fuller tiene unas manos prodigiosas para la cocina — dijo Hope saboreándose de solo pensar en toda esa comida.
—Creo que en esta casa vamos a subir de peso.
—Sobre todo pensando que mamá nos hace comer como pajaritos— dijo la chica con indiferencia.

Melany comprendió que las chicas vivían con estrecheces y se sintió apenada por ellas. Eran chicas muy inteligentes, agradables, bonitas y educadas. Lamentablemente los hombres no se fijaban en eso, aunque alguno podría haber por ahí que tuviera más seso. Se propuso encontrar algún buen partido para sus amigas, los socios de Aidan podían ser solteros, había que indagar en aquello.

—Aidan anunció su llegada para el mediodía, tenemos que tener listos los cuartos— dijo

hablando a la señora Murphy.
—Preparamos los cuartos del ala este, está todo listo. Se limpiaron muy bien, dejamos mantas extra por si los caballeros son friolentos.
—Esta casa no es tan fría, nuestra casa es bastante fría en Brighton— dijo Hope admirando el sol que se colaba por las ventanas.
—Es verdad, Brighton es bastante más frío. Cuando llegué a casa de tía Deirdre me costó acostumbrarme.

Pasado el mediodía comenzó el alboroto en la puerta de la residencia de los Hart. Melany estaba nerviosa por recibir a sus invitados y ansiosa por ver a Aidan luego de dos semanas alejados. Cuando lo vio entrar en la casa el corazón le saltó fuerte en el pecho y una enorme sonrisa se instaló en su cara.

—Te extrañé— le dijo él cuando llegó a su lado y le dio un abrazo.
—Y yo a ti— dijo ella en su oído— cada día y cada noche.
—Vamos a recuperar el tiempo perdido, hermosa— susurró besando su mejilla— ven, quiero presentarte a nuestros invitados— agregó llevándola de la mano.
—Pero antes quiero que conozcas a mis amigas— dijo ella llamando a las chicas que esperaban en el cuarto contiguo— Tiffany y Hope Callaghan— dijo señalando a cada una.
—Señor Hart, es un placer conocerlo. Agradecemos mucho que nos reciba en su casa.
—Las amigas de Melany son bienvenidas en esta casa— dijo él saludándolas con cortesía— ustedes fueron muy amables con ella en Brighton.
—La señora Hart fue muy amable con nosotros también— se atrevió a decir Hope.
—Qué es eso de la señora Hart— dijo ella fingiendo molestia— soy Melany— aclaró siguiendo a su esposo y llevando a las chicas para conocer a los visitantes.

En el recibidor se encontraron con Freeman que ya era conocido de ella y un par de hombres mayores, que debían ser los posibles socios de su esposo. Ella esperaba gente más joven, se desalentó un poco, pero sólo hasta que vio entras a dos muchachos muy risueños.

—Dijiste que eran tres— dijo ella hablando a Aidan entre dientes.
—Me equivoqué— dijo él mirándola arrepentido— son cinco.
—¡Cinco!
—Si, uno de ellos trae a su esposa y su hijo. Te los voy a presentar— dijo invitándola a caminar junto a él— Señor Trust, le presentó a mi esposa, Melany. Cariño, el señor Arnold Trust, su esposa Betty y Harold.
—Encantada, señor. Señora Trust que gusto que haya venido— dijo saludando a una mujer muy menuda de rostro pálido y ojos oscuros. Junto a ella estaba su hijo, un chico alto y muy parecido a su padre.
—El gusto es mío, señora Hart. Su esposo no nos contó lo maravillosa que era su mansión.
—Es demasiado amable— dijo ella llamando a una de las doncellas— Betsy, acompaña a la señora a su habitación, la dejaremos en el cuarto junto a las chicas, el blanco.
—En seguida, señora— dijo la chiquilla rubia y regordeta con un tocado blanco en la cabeza.
—El viaje fue largo, tienen que descansar— dijo Emily presentando a Freeman con sus amigas.
—Señora Hart, luce radiante.
—Señor Freeman, es demasiado amable. Le presento a las señoritas Callaghan, Tiffany y Hope.

—Un placer, señoritas. ¿Las conozco de algún sitio?
—Puede ser que nos haya visto en Brighton— dijo Tiffany recordando que alguna vez se toparon con él en alguna velada.
—Es cierto— dijo él entrando en la casa luego y subiendo a la habitación que le designaron junto con uno de los mozos que llevaba su equipaje.
—Cariño, permíteme presentarte a los señores Cummins y Selman— dijo llamando a un señor alto y robusto y a otro más joven, alto y de ojos claros con un pequeño bigote.
—Señora, un placer que nos reciba en su casa.
—No, el placer es nuestro. Por favor, siéntanse como en su casa. Los mozos los acompañarán a sus cuartos— dijo Melany llamando disimuladamente a la señora Murphy— en el cuarto azul el joven Selman.
—Como no, señora— dijo de ama de llaves llamando a una de las chicas para que abrieran las ventanas del cuarto que no estaba preparado realmente.
—Antes de subir podríamos ofrecerles un trago— dijo Melany mirando a Aidan con cara de enfado por el desbarajuste que armó con sus visitas extra.
—Por supuesto, vengan conmigo, tengo un whisky añejado maravilloso que me envió mi cuñado. Es el dueño del Harland.
—El Harland es el mejor hotel de la ciudad— dijo uno de los hombres siguiendo a Aidan hasta el despacho.
—Parece que son bastantes visitas— dijo Tiffany sonriendo.
—Vamos a tener que servir porciones más pequeñas— se lamentó Hope pensando en la comida.
—La señora Trust no parece comer mucho— bromeó Melany aun enfadada con Aidan.
—No crea— le advirtió la señora Murphy— las apariencias engañan.

Cuando media hora más tarde, las doncellas terminaban de habilitar los cuartos adicionales y los invitados se retiraban para descansar por fin del largo viaje, Melany llamó a Aidan a su lado.

—Debiste avisarme, no te costaba nada enviarme una carta.
—Fue una decisión de último minuto. No veo que haya sido un problema tan grande.
—No lo fue, gracias a mis dotes de anfitriona y a todo el aparataje que movió la señora Murphy.
—Lo siento, merezco un castigo— dijo él rozando el pecho de ella con un dedo.
—Esta noche te voy a castigar— advirtió ella mirándolo fijamente a los ojos.
—Me puedes castigar con tus manos prodigiosas y con tu lengua que me…
—¡Aidan! tenemos visitas— advirtió ella ruborizada.
—Tengo ganas de hacerte mía ahora mismo, vamos al cuarto— dijo susurrando en su oído.
—Pronto será hora de almorzar. No hay tiempo— señaló ella agitada.
—Luego del almuerzo vamos a retozar un rato, entonces— dijo hablando despacio en su oído y mordiendo el lóbulo de su oreja.
—No podemos hacerlo con gente en la casa. Sería una grosería desaparecer tanto rato.
—Estoy a punto de explotar. ¡Te necesito! – declaró él quejándose y besando su frente— mi cuerpo está ardiendo.
—Y el mío— dijo ella mirándolo a los ojos y suspirando. Demoró unos segundos en cambiar de opinión, tomándolo de la mano— vamos al cuarto— agregó corriendo escaleras arriba llevándolo con ella hasta la habitación.

Media hora después, Aidan se arreglaba su ropa, colocaba su camisa en su sitio dentro del

pantalón y se ponía la chaqueta.

—Hacerlo con ropa es muy práctico— dijo ayudándola a ajustarse el vestido, mientras acariciaba uno de sus pechos por entre la tela.
—¡Eres un loco!
—No fui yo el que me trajo obligado y me lanzó sobre esa cama.
—No creo que tan obligado. No te resististe lo más mínimo — rio ella besándolo en los labios— tenemos que bajar, nuestros visitantes deben estar hambrientos.
—Yo estoy hambriento, todavía tengo ganas— dijo besando su cuello y lamiendo uno de sus pechos.
—¡Basta! — pidió Melany separándose de su lado y acomodando sus pechos dentro del vestido — esta noche deberé castigarte el doble.
—¡Eso espero!

El almuerzo se desarrolló amenamente. Los Trust eran gente sencilla, la dama era muy divertida y tal como pensó la señora Murphy se alimentaba bastante bien. El hijo coqueteó toda la comida con Hope que se deshacía en sonrisas para el chico. Esa tarde los hombres se fueron a recorrer la finca para conocer algunas máquinas que Aidan había instalado el verano anterior y que ayudaban a cosechar algunos frutos. Las mujeres se dedicaron a beber el té y a relatar algunas historias, notando que tenían amistades en común.

—Si, claro que sí. Trust tiene un socio que estuvo viviendo en Bedford ¿o sería Hertford?
—¿Cómo se llama el señor? — preguntó Melany interesada, aunque hacía meses que no frecuentaba al lugar.
—Paterson, es un prominente hombre de negocios y es joven todavía— dijo la señora— y soltero — agregó después mirando a las chicas.
—No recuerdo haberlo conocido en Bedford— dijo Melany— aunque hace un largo tiempo que no vivo allí. Estuve residiendo en Brighton con tía Deirdre y luego estuve en casa sólo un par de meses, hasta el matrimonio. Luego nos vinimos a instalar en esta casa que es propiedad de la familia del señor Hart.
—Hermosa construcción— dijo la dama— debe ser del siglo XVI.
—Al parecer es muy antigua. Los Hart tienen un árbol genealógico que es muy basto.
—¿El señor Hart es hermano de un conde?
—Si, es así— declaró Melany— el conde de Bradley es su hermano mayor— señaló llamando a una de las chicas— ¿le apetece otro bocadillo? — dijo viendo que la señora no estaba haciendo ningún régimen alimenticio.
—Esos de miel son muy ricos.
—Betsy, por favor. Que la señora Fuller envíe más bocadillos de miel.
—Y de frambuesas— agregó Hope saboreando uno.
—Por supuesto, Betsy, que envíe de todos— sonrió Melany ajustando una servilleta sobre su falda. Rowena le había recomendado proveerse de mucha comida para sus invitados, eso no fallaba.

Capítulo XXVII

Al día siguiente, los caballeros se fueron al pueblo y ellas llevaron a la señora Trust a pasear por el jardín. La dama se deshizo en elogios por el tamaño del parque, las aguas de la laguna y la cantidad de mariposas que paseaban entre los arbustos. Al llegar la noche, Tiffany los deleitó con un poco de música.

—Tiene una voz hermosa— dijo la señora Trust, bebiendo de su copa de licor.
—Muchas gracias, no acostumbro a cantar. Hace tiempo que no ensayaba con el piano.
—No lo parece— dijo la señora— cuando yo era joven, tocaba bastante bien, pero ahora tengo las manos algo maltratadas, me duelen las articulaciones.

Melany aprovechó de darle un buen consejo para tratarlas, ya que su abuela paterna, lady Micaela Sutton sufría bastante con aquellos malestares.

—Puede beber té de jengibre, té verde o cúrcuma. Son maravillosos productos para mejorar las articulaciones.
—No conozco nada de eso— dijo la dama interesada.
—Son especias— aclaró— creo que tenemos algo de eso en la cocina. Si los agrega a los alimentos también puede servirle. Le pediré a la señora Murphy que después le convide un poco. El té verde es un tipo de té menos fermentado, no tiene gran sabor, por lo que no se usa como el negro.
—Se lo agradezco enormemente.
—O podría beber té de romero, eso es muy bueno. Quizás pueda volver a tocar el piano— dijo Hope sonriendo a la señora que le sonrió de vuelta.

Al anochecer, las chicas se quedaron conversando un rato, cuando la dama se fue a su cuarto y los señores fumaban en la salita de junto.

—Parece que la señora es de una raza especial— dijo Hope al recordar que la señora comía como si no le importara subir de peso— no engorda con la comida.
—No seas impertinente— dijo su hermana.
—Debería tener más cuidado con sus opiniones, podría molestar al hijo— dijo Melany molestando a la chica— el joven Trust se veía muy entretenido con usted durante la cena.
—Me estaba contando de sus aficiones. Le gusta la caza y la pesca, cabalga todos los días y juega mucho al cricket.
—Parece que está interesado.
—No lo creo. Solamente le caí bien— dijo la chica menospreciándose— no se va a fijar en una chica pobre.
—No debería pensar así. Los Trust no necesitan dinero— dijo Melany— puede ser que el joven Trust se haya sentido atraído.
—¿Usted cree? — preguntó la niña entusiasmada.
—No es bueno ilusionarse— se apuró en decir Tiffany, pero cambió de idea al ver que Melany la censuraba con la mirada— pero tampoco tiene nada de malo que lo conozcas mejor.
—¿No te molesta?
—Cariño, puedes divertirte, si el chico es buena compañía y tiene una conversación

interesante…
—Es simpático y tiene bonita sonrisa— dijo la niña suspirando y haciendo reír a sus amigas.
—Se irán mañana, pero nada dice que no vuelvan a verse— la animó Melany que pensaba que las Callaghan merecían tener suerte.

El último día, la señora Trust y las chicas se fueron al pueblo para conocerlo un poco. Las visitantes no habían tenido la oportunidad de recorrerlo y esa mañana se encontraban paseando por el parque central en donde se reunían las damas de sociedad de Surrey. Melany les presentó a algunas conocidas y luego se separaron. La señora Trust se reunió con su esposo que había ido a comprar tabaco y las muchachas fueron a ver unos hilos que Melany deseaba adquirir para terminar de bordar unos pañuelos. Las tres estaban junto a la ventana en donde la señora Tisdell colocaba los hilos para que la luz de la calle permitiera percibir bien los colores.

—Nunca he sido buena con la aguja, termino con los dedos sangrando— se lamentó Hope mientras revisaba unas cintas que colgaban de un mueble aparador en la tienda.
—A mí me relaja bordar. Claro que hace meses que estoy tratando de terminar esos pañuelos.
—¿Tiene muchos quehaceres en casa?
—Entre una cosa y otra se va el tiempo— dijo Melany viendo a lo lejos a alguien que le parecía conocer. Cuando estuvo segura de quién se trataba se puso pálida.
—¿Qué le sucede? — preguntó Tiffany al notarlo.
—Creo que vi a alguien conocido, pero no es alguien que deseo ver— aclaró tratando de desandar sus pasos.
—¿A quién se refiere? — preguntó la chica que estaba muy junto a Melany; Hope estaba preguntando por unos adornos a la persona que atendía la tienda.
—A ese hombre que está con los Trust— dijo señalando a la pareja que conversaba con un hombre.
—¿Conoce al señor Lincoln? — preguntó Tiffany asombrada.
—¿Lincoln?
—Ese tipo es el señor Lincoln, ya sabe. El que provocó el escándalo de Daisy Cohen.
—No, no lo conozco. Debo estar confundiéndolo con otra persona— declaró mirándolo nuevamente y confirmando su apreciación inicial— ¿Usted lo conoce?
—Sólo de vista. Jamás estuvimos en las fiestas de los Cohen ni de nadie de su círculo, una amiga me lo señaló en una ocasión cuando estábamos en una velada. No me lo presentó.
—¿Está segura?
—Claro, recuerdo ese gesto que tiene, de ponerse el brazo tras de la cintura— señaló la chica.

Melany recordó ese gesto. Efectivamente, la persona que ella recordaba hacía ese mismo gesto cuando se acercaba a conversar con alguien. Melany quedó completamente confundida, pero prefirió salir de allí. Llamaron a Hope y salieron de la tienda. Cuando llegaron al parque los Trust estaban solos.

—Señora Hart, si hubiera llegado unos minutos antes le habría presentado a un amigo— dijo el señor arreglándose su sombrero.
—¿Se encontró con algún conocido?
—Efectivamente, un adinerado comerciante con el que estoy haciendo unos negocios.
—El señor Paterson— declaró la señora Trust interviniendo en la conversación— el que les

comentaba ayer. Que increíble como es el mundo, nada más ayer les hablaba a las damas de este joven— agregó la señora abriendo su sombrilla para cubrirse del sol.
—¿Paterson? — dijeron las chicas al unísono mirándose aturdidas.
—Si, el señor Abraham Paterson, un hombre muy importante. Justamente ahora vuelve a la ciudad, tiene que atender unos negocios.
—¿Qué hacía por aquí? — preguntó Melany interesada.
—Creo que tiene algún pariente, algún familiar lejano— aclaró el señor ofreciendo el brazo a su esposa— querida, acompáñame quiero recorrer de nuevo por allí donde están aquellos sauces, te aseguro que te van a agradar mucho, hay bastantes pajarillos.

En casa esa noche, Melany terminaba de desenredar su pelo, luego de que la doncella le quitara todas las horquillas que llevaba en el moño que usó en el día. Cuando Aidan entró en el cuarto desde la puerta de comunicación se puso de pie para ir a su encuentro. Hart la tomó de la cintura y comenzó a besar su cuello.

—Ayer me prometiste que esta noche serías mía— dijo recordando que la velada anterior las visitas no se acostaron hasta muy entrada la noche y él se quedó con ellos en la sala de fumar.
—Ayer preferiste a esos señores. No sé si cumpla mi promesa— dijo ella acariciando sus brazos que la rodeaban.
—¿Qué tengo que hacer para convencerte?
—No lo sé. Me imagino que algo se te ocurrirá— dijo dejando que la besara en el hombro. De pronto, recordó algo— Hoy vi a Gibson— agregó haciendo que él la mirara enfocando su vista en el espejo que tenían delante.
—¿Gibson? — preguntó sin saber de quién hablaban. Cuando comprendió se mostró molesto— ¿por qué viste a ese tipo? ¿acaso lo has seguido viendo después…
—¡Claro que no! — exclamó ella— no dije que estuve con él— aclaró— dije que lo vi.
—¿Cuál es la diferencia?
—Estaba en el pueblo, lo divisé cuando estábamos paseando con las chicas y la señora Trust.
—¿En el pueblo? — preguntó él, soltándola.
—Si, está en el pueblo.
—¿Por qué me lo cuentas? ¿hay algo más?
—Si— dijo ella haciendo que se sentara en la cama— Creo que es un estafador.
—Al parecer dejó muchas deudas en Bedford.
—No sólo ahí.
—¿Cómo lo sabes? — preguntó con suspicacia, haciendo que ella se enfadara.
—Deja eso— ordenó haciéndolo callar— ¿me vas a dejar hablar?
—Soy todo oídos— señaló poniendo su mano en la pierna de ella que lo golpeó suavemente para que dejara de jugar.
—Estaba con Tiffany cuando lo vi. Ella lo conoce también— dijo ordenando que se callara cuando vio que abriría la boca— pero para ella es el señor Lincoln— agregó haciendo que él la mirara fijamente— y los Trust lo conocen por Paterson.
—No comprendo.
—Dios santo, el ingeniero más inteligente de la región no comprende lo que le dice su mujercita — bromeó acariciando su mejilla.
—Si no te expresas bien, no entiendo— dijo él esperando una aclaración.
—El tipo se cambia el nombre cuando se traslada de ciudad. Creo que los Trust creen que es un

adinerado inversionista y es posible que te inviten a trabajar con él.
—No trabajaré con él— declaró él con seguridad.
—Si, lo harás— dijo ella dejándolo pasmado.
—¿Por qué haría eso?
—Porque yo te lo pido— señaló ella.
—Ese tipo te condenó frente a todo un pueblo, te hizo escapar de allí y estuvimos a punto de no volver a vernos si no hubiera sido…
—Porque nos amamos— terminó ella de decir y puso un beso en sus labios.

El beso comenzó siendo suave y luego de un rato ambos estaban en la cama cumpliendo ella la promesa que le había hecho la noche anterior.

—Explícame lo que me dijiste antes de ese tipo— dijo Hart jugando con su pelo que caía sobre los almohadones de la cama.
—Quiero que mi nombre quede limpio.
—¿Vas a obligarlo a que lo diga en la plaza de Bedford para que todos se enteren?
—No es necesario que te burles.
—A mí no me importa lo que piense la gente. Yo sé que ese tipo no te toco ni un pelo de tu linda cabeza— dijo acomodando el cabello de ella tras de su cuello.
—A mí si me importa. Mi reputación quedó manchada y mi pobre hermanita está viendo afectados sus planes de matrimonio porque ese pueblo hipócrita la castiga— dijo sollozando.
—Podemos pedirle a la condesa que la apadrine. Nadie va a atreverse a desafiar a Rowena Hart.
—Lo sé, pero eso sería a la fuerza. Quiero que mi nombre quede limpio.
—No sé cómo podrías lograrlo haciendo que trabaje con él.
—Tienes que interesarlo en tus negocios, que crea que has caído en su trampa y luego lo llevas a Bedford.
—No querrá regresar.
—Tengo una idea— dijo ella abrazándolo para comenzar a besar su pecho y luego seguir bajando hasta su ombligo— pero después te explicaré eso.

Capítulo XXVIII

La tarde siguiente, luego del almuerzo, cuando las visitas dejaron la casa, Melany y su esposo discutían acerca de la idea de la chica.

—No haremos algo así— dijo zanjando el tema.
—¿Por qué no?
—Porque es una locura.
—Claro que no. Sólo déjame decirle a Tiffany lo que estoy planeando. Si ella no desea hacerlo no seguiré insistiendo.
—Espero que tu amiga sea menos insensata que tú— dijo él sirviéndose un trago— ahí viene.
—Permiso— dijo la chica entrando en el cuarto.
—Tome asiento, señorita Callaghan— ofreció él— ¿un trago?
—No, gracias, señor Hart. Creo que es algo temprano.
—Es temprano, pero la insensatez de mi esposa me ha vuelto insensato— dijo sentándose en su silla y esperando a que Melany hablara— dile ahora, cuéntale de tu idea— pidió atento a lo que vendría.

Melany ofreció asiento a su amiga en una silla que enfrentaba a la propia y sonriendo comenzó a hablar.

—Tiffany, no piense que soy una insensata como dice mi esposo— comenzó diciendo al tiempo que lo miraba desafiante.
—No lo pienso, por supuesto que no— dijo la chica.
—Espere a que le cuente…
—Aidan, deja de interrumpir— pidió Melany sonriendo otra vez— Querida, le conté de mis problemas en Bedford— comenzó diciendo— hubo un hombre que se aprovechó de mi…
—Insensatez— terminó él.
—Descuido— señaló ella tajante— y por esa causa mi familia y yo hemos estado en boca de todos.
—Lo lamento realmente.
—Ayer encontramos a ese hombre en la plaza y creo que el destino lo está colocando frente a mí para reparar el daño que me hizo.
—¿Lo encontramos? — preguntó la chica confundida.
—Usted me dijo que se llamaba Lincoln.
—Claro, era el señor Lincoln de Brighton, pero usted dijo que no lo conocía.
—No lo conozco como el señor Lincoln, sino como Arthur Gibson. Claro que ahora es el señor Paterson.
—Se refiere al tipo que los Trust encontraron ayer— afirmó la chica que parecía muy despierta — ¿me dice que ese hombre ha engañado a mucha gente?
—Es usted muy despierta— se alegró Melany mirando a Aidan de reojo— exactamente es lo que digo. En Bedford intentó comprometerme y dejó un río de deudas tras de él. En Brighton casi convence a esa señorita Daisy de escapar con él y ahora parece que dado que los Trust no tienen hijas, su cometido es estafarles su dinero.
—Eso no puede ser. Ese hombre necesita un escarmiento— declaró Tiffany con dureza.
—Pienso lo mismo— dijo ella mirando a Aidan que bebía el último sorbo del trago y dejaba el

vaso sobre la mesa— por eso quería contarle lo que estoy pensando.
—La escucho— dijo la chica.
—Usted es hija de un barón, su origen es noble y a ojos de otros podría tener mucho dinero.
—Pero no lo tengo.
—Eso no lo sabe Gibson, Lincoln, Paterson, no sé cómo decirle.
—¿Y qué importa eso?
—Necesito que me ayude de una manera especial. Puede negarse y no me sentiré menos amiga suya por eso— advirtió Melany— deseo tenderle una trampa a ese tipo y lograr que limpie mi nombre.
—Me parece muy bien, si desea que le ayude con algo…
—Quiero que deje que este tipo la corteje, le diremos que es hija del barón Callaghan y que tiene mucho dinero. Cuando la vea, con su clase y su elegancia lo creerá en seguida. Tenemos que hacer que la convierta en su próxima víctima.
—No tengo dinero, ni joyas, nada que pueda aparentar que soy una chica noble, aunque lo del origen se lo concedo— dijo la chica riendo.
—Le prestaré mis joyas, mis vestidos, tenemos tallaje similar— dijo mirando a la chica que era solo un poco más baja que ella y tenía un cuerpo similar, aunque era algo más delgada.
—No lo sé. No soy una mujer seductora, no puedo asegurarle que se fije en mí.
—Usted es muy hermosa, pero eso ni siquiera importa, a él le importará su dinero. Recuerde a la chica Cohen, no digamos que es una belleza en ciernes.
—No, claro que no— dijo Tiffany pensándolo— ¿y cuál es el plan?
—Señorita Callaghan— dijo Aidan sorprendido— me imagino que está bromeando— señaló levantándose del escritorio y dejándolas solas— claro, por algo son amigas— dijo saliendo del cuarto.
—Lo siento, ¿dije algo malo? Parece que su esposo se ha disgustado con usted.
—No, claro que no. Aidan es muy testarudo, más tarde solucionaré esto con él— dijo riendo con malicia— Le agradezco que me ayude. Gracias de verdad— dijo Melany esperanzada— Pídame lo que quiera a cambio.
—No, claro que no. Es un favor de amiga— dijo la chica— además me parece divertido. Mi vida fue muy glamorosa hasta los quince años, luego se ha vuelto bastante sombría, no veo lo malo de tener un poco de diversión ahora.
—Es usted una mujer decidida— dijo Melany sorprendida— los Trust quedaron de volver en dos semanas cuando regresen de su viaje, pasarán por aquí y traerán a este socio.
—Cuando la vea se dará cuenta.
—No me verá. Voy a fingir algún malestar que me recluya en mi cuarto, sólo estarán un par de días cuando mucho. Lo importante es que este tipo la conozca y quede prendado de usted. Vendrán algunos amigos de Aidan a visitarlo. El hijo del marqués de Welles y un amigo que es hijo de un vizconde. Si traba amistad con ellos será mucho mejor. Gibson no conoce a estos chicos, porque ellos estuvieron en Londres en ese tiempo que él estuvo en Bedford.
—Hope no va a entender nada.
—Su hermana es una chica despierta. ¿Le parece que la invitemos a participar de esta trama?
—Estará feliz. Siempre ha dicho que quiere ser actriz, pero madre se horroriza. Claro que mi hermanita lo dice por eso.
—Estamos de acuerdo entonces— dijo Melany comenzando a entusiasmarse con su idea— vamos a mi cuarto, tiene que probarse algunos vestidos que le pueden quedar —Betsy— llamó con una campanilla a la chica que llegó en seguida— dile a la señorita Hope que la esperamos en

mi cuarto, tenemos algo que contarle— señaló tomando a su amiga de la mano para llevarla por las escaleras hacia su alcoba.

—Me encanta la idea— dijo la pequeña cuando se reunió con ellas en el cuarto y le contaron— no es como si estuviéramos engañando a alguien inocente…se merece lo que le pase.
—No le pasará nada— explicó Melany— solamente tenemos que lograr que mi nombre quede limpio— agregó.
—¿Cómo limpio? — preguntó confundida.

Melany relató la historia que le había contado antes a Tiffany y la choca abrió unos ojos enormes cuando terminó de relatar la historia.

—Ese tipo es un desgraciado— exclamó— merece esto y mucho más. Deberían meterlo a la cárcel.
—No es para tanto— rio Melany— pero le vamos a dar de su propia medicina.
—Me gusta— señaló Hope— voy a ser la hija del barón Callaghan— rio.
—Lo eres, querida— dijo la mayor.
—Se me olvida— agregó después con pesar.
—Bueno, las señoritas Callaghan tienen que probarse sus atuendos— pidió Melany llamando a una de las doncellas para que las ayudara— Susy, por favor, tráeme algunos vestidos de los que quedaron guardados en el cuarto contiguo— dijo Melany— los traje desde casa cuando fui hace unos meses, tengo que ver si me quedan.

Las chicas se quedaron buen rato probándose los vestidos de Melany. Eligieron finalmente un vestido color amarillo muy elegante para Hope que necesitaba ajustarse en el escote, otro de color verde limón y un par de trajes de casa y para Tiffany un traje color rosa oscuro que le quedaba casi perfecto, junto con un traje de montar de color verde oscuro y un vestido de fiesta de colores claros y muchos encajes.

—Estos vestidos son preciosos— dijo Hope que no había lucido nada así antes.
—Son algo viejos, pero me los puse bastante poco. Mi hermana es algo más baja y más delgada, éstos no le quedaron. El resto se los dejé para que los usara.
—Me sentiré extraña enfundada en estas sedas y estos brocatos tan finos. Temo estropearlos— dijo Tiffany.
—Pierda cuidado. Son suyos— señaló Melany asombrando a las chicas.
—¿Bromea? — pregunto la pequeña tocando los botones que cerraban la espalda del vestido amarillo.
—Por supuesto que no. Mis vestidos son de hace tiempo, cuando mi padre podía comprarlos. Me alegro de haberlos cuidado, pues Scarlett, mi hermanita ha podido ocuparlos esta temporada, pues de lo contrario no habría tenido cómo lograrlo— Tenemos que pedirle a la modista que venga mañana— dijo cambiando de tema mientras llamaba a la señora Murphy— por favor, pídale a alguno de los muchachos que lleve una nota a la señora Reynolds. Necesitamos ajustar urgentemente unos trajes, puede enviar a alguna de sus ayudantes, son ajustes menores.
—En seguida, señora— dijo el ama de llaves saliendo del cuarto.

Esa noche, en el cuarto, Melany esperaba que Aidan fuera a su recamara, pero era tarde y él no

aparecía. Al parecer se había molestado de verdad. Ella no era mujer que esperara. Tomó su bata y se cubrió el delgado camisón que llevaba. Se dirigió a la puerta de comunicación y entró sin llamar.

—¿Qué haces? — preguntó al ver que su esposo leía sentado en la cama.
—Estoy leyendo un libro de sermones.
—¿Prefieres un libro de sermones antes que dormir conmigo? — preguntó ella ofendida.
—Tengo miedo de ti. Puedes hacerme daño— bromeó dejando el libro sobre la cama.
—Nunca te haría daño— dijo quitándose la bata y gateando sobre la cama— más bien quiero hacerte otras cosas— agregó entrando entre las cobijas.
—No sé si quiero— dijo él tomando de nuevo el libro— no me tomas en cuenta para nada— agregó fingiendo estar ofendido él ahora.
—Claro que lo hago. Te dije lo que quería hacer y me permitiste que lo hiciera— dijo ella— aunque no necesito tu permiso— agregó mordiendo su oreja.
—No me vas a seducir para que olvide tus insensateces.
—Yo creo que si— dijo ella abrazándolo y comenzando a besarlo, mientras el libro caía desde la cama hasta el suelo.

Capítulo XXIX

Las chicas habían estado ensayando bastante durante las dos semanas que tuvieron hasta que Aidan regresó con sus amigos desde Bedford. Blake Robinson y Hugh Chapel eran bastante ruidosos y desde aquella mañana en que se estuvieron instalando ya habían revolucionado esa casa.

—Esta casa es fascinante, es como una reliquia— dijo Robinson entrando desde las caballerizas.
—Debe tener cientos de años— dijo Chapel dejando su sombrero sobre una mesa.
—Es cierto, creo que la construyó el abuelo de la abuela Olivia— explicó el dueño de casa.
—Dios santo, eso es mucho tiempo— dijo el pelirrojo de ojos celestes que Abby declaraba como muy separados, pero que no le quitaban el atractivo.
—Melany ha decorado algunos salones, pero casi todo está aquí desde los tiempos de mis tatarabuelos.
—Espero que podamos cabalgar por estas tierras, parece un sitio muy hermoso.
—Es muy hermoso— dijo Melany bajando por las escaleras vestida con un sencillo traje de día — bienvenidos a nuestro hogar temporal.
—Señora Hart, es un placer volver a verla— dijo Robinson que muchas veces compartió con ella en Bedford, antes de que todo se volviera desastroso.
—Llámenme Melany, si son amigos de Aidan serán mis amigos también— dijo la chica, dejando a los invitados muy satisfechos con la calidez de su recibimiento.
—Melany, es una gran anfitriona, los cuartos están espectaculares— dijo Chapel pensando en la orientación que tenía el cuarto que le asignaron— parecen dignos de un príncipe.
—Gracias por sus palabras, esperamos que se sientan a gusto.
—El almuerzo estará a la altura de sus expectativas— dijo Aidan que sabía que sus amigos tenían buen apetito— Estamos en confianza así que el pescado con papas fritas será la comida de bienvenida.
—Que bien nos conoces, amigo— dijo Robinson saboreándose.
—Me encanta el pescado…— alcanzó a decir Chapel quedándose de pronto en silencio al ver que por la escalera bajaba una chica trigueña de linda sonrisa, junto con una más chica rubia y menos alta.
—¿Qué te pasa? — preguntó Robinson al ver a su amigo callado— Ah, te has vuelto a enamorar — agregó bromeando— mi amigo es de corazón sensible— susurró Robinson al oído de Melany haciéndola reír.
—Estimados, les presento a las señoritas Callaghan, son hijas de un barón— aclaró para que los chicos entraran en la farsa sin enterarse.
—Señoritas Callaghan— dijo Chapel aproximándose a las muchachas— es un placer.
—Muchas gracias, señor— respondió la pequeña al ver que la mayor se ponía nerviosa con los ojos oscuros del rubio.
—Tiffany, Hope. Les presento al señor Robinson— dijo señalando al pelirrojo— y al señor Chapel— unos buenos amigos del señor Hart.
—Encantada— dijo Tiffany dejando que el rubio le besara la mano enguantada.

El grupo se dirigió entonces hacia el comedor entre las bromas de los muchachos, que recordaban sus últimas andanzas en Bedford. El pescado con papas fritas fue un suculento banquete, luego de eso los jóvenes se fueron a dormir y las muchachas se retiraron a la salita de

Melany a conversar y ajustar algunos detalles.

—Estos jóvenes son hijos de gente importante, muchachas. Creo que serán una buena medida para ver si los convencen de sus orígenes.
—Son muy guapos— dijo Hope— el pelirrojo tiene unas pecas muy atractivas.
—Deja de entusiasmarte con todos— dijo Tiffany poniendo orden.
—¿Te gusto a ti, acaso? — preguntó la chica enfadada.
—Claro que no— aclaró su hermana— te digo que no puedes andar entusiasmándote con cada hombre que conoces.
—Sólo dije que es guapo. El otro también lo es. Tiene unos ojos de mirada intensa, me puso nerviosa hasta a mí— declaró haciendo reír a las muchachas, pues Hope Callaghan no era tímida.

Luego la pequeña se retiró a su cuarto. Fue a dormir una siesta para regresar más tarde al salón en donde tendrían una velada con las amistades del señor Hart. Podían jugar cartas o tocar el piano. Hope estaba muy contenta de que su hermana hubiera aceptado esa invitación. Hacía tiempo que no lo pasaba tan bien. Cuando le escribió a su madre le comentó lo bien que se sentía en Surrey, esperaba que su madre no estuviera ansiosa por que regresaran, porque ella la extrañaba, pero se estaba divirtiendo bastante.

—¿Qué pasa?
—No lo sé. Pasado mañana llegarán los Trust y traerán a ese señor Paterson. Espero no estropearlo todo.
—Usted no tiene que hacer nada más que comportarse como lo que es, la hija de un barón, todo lo demás tenemos que dejárselo al destino. Confío mucho que viéndola con las ropas que lleva— dijo señalando el vestido que le había regalado y que llevaba puesto— y con las joyas que se pondrá para la velada de esa noche caiga rendido a sus encantos.
—No soy una chica muy llamativa. No sé si logre…
—Parece que si lo es. Le aseguro que el señor Chapel quedó prendado en cuanto la vio y no se le conoce por ser mujeriego.
—Fue galante, nada más. No se iba a fijar en mi…
—Claro que lo hizo. Lo dejó sin palabras— manifestó Melany pensando en que Hugh Chapel era un buen partido para su amiga. Claro que el chico era hijo del vizconde Chapel y eso no era algo menor, pero estaría en casa una semana. No tenía nada de malo jugar un poco con la ilusión— Disfrute de su compañía, no desperdicie la ocasión de conocer jóvenes educados y divertidos.
—Es cierto. Todo esto serán bonitos recuerdos para mí y mi hermana— dijo sonriendo— le agradezco demasiado que haya pensado en nosotros.
—Fue la mejor idea, nos hemos divertido bastante. Espero que pasado mañana logremos el objetivo. Si no sucede, no pasa nada. Es una oportunidad solamente, que no quiero desaprovechar, pero no se sienta presionada.
—Está bien. Pero haré mi mejor esfuerzo.

Se fueron a descansar también. Los hombres esa tarde fueron al pueblo y regresaron cuando ellas estaban en el salón luego del té. Aidan se acercó a Melany y le entregó unos dulces que le había comprado. Se quedaron conversando en un rincón, el resto se dedicó a conversar acerca de sus aventuras, mientras jugaban a las cartas.

—Dejamos a mamá sola en Brighton, Melany nos convidó siendo muy amable, lo hemos pasado muy bien. El clima ha estado espectacular— dijo la más pequeña que en seguida se sentía a gusto con extraños.
—En Bedford estuvo lloviendo muchísimo, la vida social estaba bastante apagada. Nos encantó la idea de venir a estas tierras— declaró Robinson dejando sobre la mesa un cuatro de tréboles— Amigo, estás distraído— agregó mirando a Chapel, pudiste bajarte antes.
—Lo siento, este juego de salón no es donde más me destaco.
—Te destacas más bailando— rio el pelirrojo.
—¿Le gusta bailar, señor Chapel? — preguntó Hope Gallagher golpeando a su hermana con el pie, por debajo de la mesa— mi hermana baila divino.
—¿En serio, señorita Callaghan? — preguntó el rubio interesado.
—Mi hermana exagera— señaló la chica— bailo regular.
—Pero toca el piano maravillosamente— agregó la pequeña.
—¿Eso tampoco es cierto? — volvió a preguntar el muchacho.
—Eso lo hago algo mejor, no sé si maravillosamente— dijo regalándole una sonrisa al rubio que le devolvió otra sonrisa que dejó a la chica con el corazón alborotado.

Robinson y Hope se miraron con gesto cómplice, ambos notaron la atracción que había allí.

—Mañana habrá una velada para recibir a unos socios del señor Hart— dijo Hope— podrías tocar el piano, así podemos bailar nosotros— bromeó la chica.
—¿Qué están planeando? — preguntó Melany que llegaba junto a ellos.
—Le decía a los señores, que esperamos que mañana podamos bailar— dijo la muchacha.
—No te distraigas, chica— le pidió su hermana que cambiaba una carta desde el mazo central— no estás concentrada en el juego.
—Perdimos hace rato— dijo la chica riendo— estos señores son muy hábiles con las cartas.
—Debe ser porque viven en el club— señaló Hart que llegaba con una botella de ginebra y otra de coñac para servir a sus amigos— ¿Qué prefieres, Blake?
—Algo suave, sabes que no soy bueno para beber— dijo el chico con ironía, haciendo reír a su amigo.
—Yo prefiero coñac— dijo Chapel— ¿las señoritas que toman?
—Tengo un licor de cereza que me envió la condesa hace unos días. Voy a pedir que nos sirvan un poco— declaró Melany tocando una campanilla— Betsy— dijo a la chica que siempre aparecía en seguida— dile a la señora Fuller que deseamos probar el licor que nos mandaron desde Bedford.
—En seguida, señora.
—Mañana podremos bailar, espero que sea una velada interesante— dijo Melany— estarán los Trust, ya los conocen— dijo a las chicas— vendrán con algunos amigos.
—¿Quiénes son? — preguntó Robinson que no estaba para nada al tanto de los negocios de su amigo. El marqués de Welles no tenía inversiones en ese ámbito, el señor era un terrateniente muy acaudalado y su hijo se dedicaba a proveer de caballos a las caballerizas del lord.
—¿Te ha ido bien con tus negocios? — afirmó Chapel— Hamilton es tu mejor promotor. Vive destacando las maravillas de la mecanización.
—Es un hombre inteligente y audaz— dijo Aidan— escogió a mi prima, en eso se nota su valor — rio— este señor Trust es un comerciante muy adinerado y está comprando algunas tierras en Somerset, vive cerca de la residencia Hart en la región y se mostró muy interesado en adquirir

máquinas. Freeman lo visitó y ya sabes, ese tipo convence a cualquiera.
—Es verdad— reconoció Chapel— Freeman es muy convincente. Pensé que estaría aquí.
—No, está en Gales. Fue a recorrer algunas propiedades, ya sabes que su abuelo le exige cierto tiempo de vez en cuando.
—A ese señor no se le puede negar nada— rio Chapel que sabía de los orígenes del otro hombre — mi abuelo es muy amigo del señor, es bastante convincente también— sonrió dejando a las hermanas Callaghan atontadas.
—Bueno, creo que es mejor que dejen esas cartas. Las señoritas tendrán sueño, es mejor que las dejemos ir a dormir. Si me siguen al salón de fumar les mostraré algún tabaco que tengo.
—Nosotros beberemos nuestro licor de cereza— propuso Melany— y hablaremos cosas de chicas— declaró hablando con ironía— espero que tus amigos nos ayuden a atrapar al señor Paterson. Tenemos que convencerlo de ir a Bedford.
—Yo me encargo— dijo Aidan que ya se había entregado a los deseos de su mujer.

Capítulo XXX

Llegó el día tan esperado. A media tarde, los Trust hicieron su aparición en la mansión acompañados de un par de socios, entre ellos el señor Paterson que Tifanny y Hope reconocieron en seguida como el truhan que engatusó a la señorita Cohen y que escapó con suerte de Brighton antes de que el padre de la chica le diera su merecido. Al parecer era como un gato con muchas vidas, que aprovechaba para estafar a gente crédula. Era una suerte que ellas lo hubieran ubicado de vista y que Melany lo hubiera conocido, pues no había duda del engaño que estaba fraguando ahora con otra identidad.

—Señor Hart, que place regresar— dijo el señor Trust acompañado de su esposa que no le soltaba el brazo.
—Mi estimado señor, nos alegra que regresara. Ya sabe que me interesa mucho contar con su confianza.
—La tiene muchacho, la tiene— dijo el hombre— y le diré que no cualquiera se gana mi confianza— agregó haciendo que Hope que estaba unos metros más atrás casi se atorara al evitar reír, mientras observaba al tal Paterson.

El hombre era joven, no debía tener más de treinta y cinco años. Era de mediana estatura, de ojos intensos y sonrisa cautivadora. No era raro que muchas mujeres cayeran rendidas a sus encantos. En cuanto vio a las chicas se interesó en ellas. Notó en seguida que eran de alta cuna por las ropas que vestían.

—Mi señor Hart. Permítame presentarle a mi nuevo asociado. El señor Paterson ha llegado hace poco a Birmingham y estamos a punto de cerrar algunos negocios— dijo el señor causando pesar en las chicas que lo veían como la futura víctima del tipo.
—Señor Paterson, sea bienvenido en mi casa— dijo Aidan fingiendo amabilidad cuando lo que quería era romperle la cara, se comportó aceptando el saludo del otro— señora Trust, por favor tomen asiento— añadió hablando a la dama que le sonreía agradecida.
—Por supuesto, venga a descansar al salón— ofreció Hope haciéndose notar.
—Lo siento, no le he presentado a nuestras invitadas. La señorita Tiffany Callaghan, hija del barón de Tyne, su hermana Hope— dijo señalando a ambas bellezas.
—Un placer conocerlas— dijo Paterson besando la mano de Tiffany que sobre su guante lucía una sortija de esmeraldas que Melany le prestó.
—El placer es nuestro— respondió la menor que siempre salvaba en esas situaciones a su hermana que era más recatada.

Unos minutos después, cuando los invitados ya estaban instalados en el salón y Trust se había terminado de beber un aperitivo, Robinson y Chapel aparecieron desde el campo. Al verlos se acercaron a saludar.

—Le presento a mis amigos, el señor Robinson, hijo del marqués de Welles y Hugh Chapel, vizconde de Gaiman.
—No soy vizconde realmente, es una broma de mi amigo. Mi padre es el vizconde aún y espero que lo siga siendo por mucho tiempo— aclaró el rubio sonriendo.

Chapel se acomodó en el sillón en el que estaban sentadas las damas, haciendo que Tiffany se pusiera aún más nerviosa con la cercanía.

—Su esposa, ¿cómo se encuentra? — preguntó la señora Trust llamando a su hijo que se había quedado en la puerta admirando una pintura que retrataba a un par de caballos.
—Melany está un poco indispuesta, creo que está algo acatarrada.
—Su nariz parece un verdadero tomate— declaró Robinson bromeando— no está nada presentable.
—Señor Robinson, es usted un bromista— dijo la señora Trust entretenida con esos chicos tan divertidos.
—La señora Hart lamenta mucho no poder acompañarlos, esperamos poder suplirla de buena forma— dijo Tiffany comenzando a desempeñar su papel— la señora Murphy tiene listas las habitaciones. Si desea puede ir a descansar un momento.
—Si, el almuerzo se servirá en una hora más. Pueden ir a refrescarse— propuso Hope que se creía la señora de la casa en ausencia de su amiga.
—Si, creo que lo voy a hacer. El viaje fue bastante demoledor. Los caminos están terribles— señaló la dama.
—Madre, la acompaño— dijo el hijo al ver que Hope la guiaba por las escaleras.
—No es necesario, puedo ir sola, cariño.
—Insisto, madre. Me quedaré tranquilo si la veo tendida un rato para que descanse sus pies— dijo mirando a Hope y sonriendo.
—Acompáñenme, así puede ir a su cuarto, señor Trust— dijo la chica entusiasmada con su papel.
—¿No desea refrescarse, señor Paterson? — dijo la mayor de las Callaghan para comenzar a interesar al hombre— debe estar cansado.
—Para nada, no me molestaría quedarme hasta el almuerzo conociendo la casa. ¿Podría mostrármela?
—Claro que si— dijo la chica intentando ponerse de pie.
—No se moleste, señorita Callaghan. El señor Paterson se deleitará mucho más si le mostramos los caballos que acaban de llegar— dijo Chapel invitando al hombre a salir al patio trasero.
—No sé si…— alcanzó a decir el hombre, pero se vio de pronto flanqueado por los chicos.
—Claro que si— dijo Robinson secundando a su amigo— se impresionará de los caballares que han llegado.

Robinson tomó al tipo del brazo y lo llevó con él fuera de la casa. Tiffany se quedó aturdida al ver que le habían quitado la posibilidad de acercamiento con el hombre. No había mucho tiempo para lograr su cometido, sólo estarían hasta el día siguiente.

—No fue para nada de ayuda que lo sacaran de aquí— dijo reclamando a Chapel— tengo que interesar a ese hombre y si se lo llevan…
—Ya lo interesó— dijo Chapel muy serio— alejarlo lo hará interesarse más, sobre todo si piensa que usted tiene más pretendientes. Eso la hará más apetecible.
—No tengo más pretendientes— aclaró ella— ni tiempo para perder— señaló molesta.
—Le aseguró que sus ojos la cautivaron— dijo sonriendo— y este enorme anillo también— agregó lanzando una carcajada— no es necesario que exagere.
—Señor Chapel. No interfiera. La señora Hart necesita nuestra ayuda y usted ha sido bastante…

—¿Qué?
—Impertinente— dijo ella sonrojándose.
—Lo único que le digo es que la clave para interesarlo es mostrarse indiferente.
—No sé cómo interesarlo— reconoció ella— pensé que tenía que mostrarme interesada.
—Lo que usted tiene que hacer es mostrarse lejana, lucir sus joyas y sus trajes— explicó él— y ese escote no creo que sea necesario.
—La señora Hart cree que sí— dijo ella tomando sus faldas para subir las escaleras— no vuelva a interferir, señor Chapel.
—No lo haré— manifestó él fingiendo molestia— sólo quería ayudar.
—No está ayudando— dijo ella enfadada— esta noche me voy a poner algo más atrevido. Tengo poco tiempo para atraer a ese hombre así que haré caso a los consejos de Melany.
—Perfecto, como quiera. Quiero ver ese vestido atrevido.
—Será el primero en verlo— declaró ella desapareciendo por la escalera.

En la habitación de las chicas Melany y la doncella terminaban de vestir a las muchachas para que bajaran a la velada que se desarrollaría en el salón. Tiffany estaba nerviosa, Hope entusiasmada y ansiosa por bailar con el hijo de los Trust.

—No creo que sea necesario que me coloque este escote tan pronunciado.
—Tenemos poco tiempo y necesitamos que Paterson o Lincoln o como sea que se llame ese tipo caiga rendido a sus pies.
—El señor Chapel dijo…
—No le hagas caso hermanita. Está celoso— declaró Hope asombrando a su hermana, mientras se miraba al espejo por última vez antes de bajar y dándose su aprobación— me veo tan guapa, debería usar siempre estos vestidos.
—Se los podrá poner en casa— dijo Melany.
—Tendría que ser para tomar el té con mamá— dijo decepcionada— nadie nos invita, Melany.
—Ya tendrá oportunidad de lucirse en sociedad— dijo la dueña de casa dándole un codazo a la niña— el señor Trust se ve muy entusiasmado.
—Tiffany dice que no tengo que ilusionarme— explicó la chica— el señor Trust tiene dinero, no se va a fijar en una muchacha pobre.
—Se han visto cosas más raras— rio la señora Hart— ahora, querida respire para que podamos ajustar este corset— dijo terminando de abrochar el vestido de la muchacha.

Tiffany Callaghan lucía un escotado vestido de noche de color rosa oscuro, con mucho brillo en el corpiño, anchas mangas transparentes y un faldón amplio repleto de vuelo en el ruedo.

—Se pondrá este collar— dijo Melany abriendo el joyero que trajo la doncella y sacando una joya de rubies pequeños que formaban una rosa— era de la abuela de Aidan.
—Es demasiado— dijo la muchacha mirándose en el espejo y tocando la alhaja— jamás tuve algo así en mis manos.
—Es impresionante— dijo Hope ajustando un brazalete de diamantes en su muñeca— parecemos hijas de un príncipe. Gracias Melany.
—¿Por qué me agradece?
—Porque esto es como un sueño, tendremos lindos recuerdos al volver a casa. Mamá no va a creer…

—No se puede enterar— advirtió Tiffany golpeando a su hermana en el trasero— nos enviaría a casa de tía Gertrude.
—¡Noooooooo! — exclamó la chica asustada.

Terminaron de arreglarse y bajaron al salón. Melany se sintió confiada, esperaba que sus amigas pudieran mantener la farsa y convencer al tipo ese de enredar a la mayor de ellas con alguna propuesta indecente.

Unos minutos más tarde, en el salón, Aidan y sus amigos observaban desde lejos como la señorita Callaghan y el señor Paterson conversaban animadamente. No podían oírlos, pero ella parecía acongojada.

—Mi padre es demasiado estricto. Lo único que deseo es escapar de esa casa. Me encantaría conocer el mundo. ¿usted ha viajado mucho?
—Si, mi distinguida señorita Callaghan. Le encantaría conocer los lugares que he visitado.
—Me encantaría realmente, pero debo contentarme con visitar a mis amistades nada más.
—¿Conoce hace mucho tiempo a la señora Hart?
—La verdad es que hace poco tiempo, pero los Hart son una familia muy distinguida, de lo contrario mi padre no permitiría ni siquiera estas visitas. El hermano del señor Hart es alguien muy importante.
—Debe ser terrible para usted— dijo él admirando el collar que la chica portaba en su cuello.
—Lo es. Me encantaría tener alguna aventura, escaparme por allí, aunque fuera por poco tiempo, para sentirme libre— dijo mirándolo a los ojos.
—Creo que usted es una mujer muy especial, señorita Callaghan.
—No creo serlo, apuesto que se lo dice a todas— dijo ella recordando frases que Melany le había ayudado a memorizar de un libro romántico que encontraron.
—Por supuesto que no— dijo Paterson hablando bajo— jamás conocí a nadie que me impresionara tan rápidamente— agregó mirándola a los ojos y haciendo que ella se ruborizara.

La pareja estaba algo alejada del grupo que conversaba en el centro del salón. Cuando alguien habló a su lado, Tiffany se sobresaltó.

—Lo siento, parece que interrumpo algo— dijo Chapel con una copa en la mano— ¿de qué hablaban?
—Le contaba a la señorita Callaghan de mis viajes.
—¿Dónde reside, señor Paterson? — preguntó el rubio interesado.
—Mi familia es de Cardiff, mi padre tiene grandes extensiones de tierra y muchos caballos.
—Impresionante— dijo Robinson que llegaba junto a ellos también— tiene que visitarnos en Bedford lo más pronto que pueda. Mi padre adora los caballos, el marqués es muy aficionado a los animales.
—¿Bedford?
—Si, señor Paterson— exclamó Tiffany entusiasmada— tiene que acompañarnos a Bedford, nos iremos en unos días a casa del conde.
—¿Se irá con ellos?
—Espero que no desprecie la invitación— dijo ella tratando de coquetear, mientras Chapel la miraba molesto— el conde nos ha invitado a su residencia. Con mi hermana regresamos a casa

luego de aquel viaje.
—No creo que…
—Liam no tendrá reparos en que llevemos algunas visitas. La casa del conde está bastante retirada. Bedford es un pueblo pequeño, ni siquiera le proponemos conocerlo. La mansión Hart es impresionante, muchos caballos, jornadas de caza, pescamos en el río, la condesa hace unas fiestas fascinantes.
—¿Qué dice? — preguntó Chapel insistiendo en que el hombre los acompañara.
—¿De qué hablan? — preguntó Aidan integrándose al grupo.
—Le decimos al señor Paterson que tiene que ir a Bedford.
—Por supuesto, usted también señor Trust. Liam es feliz recibiendo visitas, podríamos organizar una jornada de caza la próxima semana ya que nos iremos pasado mañana a su residencia. Tiene que conocer a mi cuñada, la condesa es una excelente anfitriona.
—¿Qué dices, querida? — preguntó el hombre mirando a la dama que parecía empezar a entusiasmarse.
—Podríamos retrasar el viaje, querido. Si el señor Hart nos invita a casa del conde…
—¡No se hable más!, nos vamos todos a Bedford— ordenó Robinson chocando su copa con su amigo.

Tiffany le sonreía al señor Paterson, que la miraba interesado. La chica lucía un amplio escote, en donde el collar se perdía entre sus pechos. La muchacha puso una cara de doncella desvalida que provocó que el otro considerara la invitación.

—Si usted cree que mi presencia sea necesaria— dijo Paterson hablando a la chica.
—Le pido por favor que nos acompañe— dijo la chica con gesto inocente— será una buena oportunidad de conocernos mejor. Su vida me parece tan interesante— declaró pestañeando lentamente.
—Creo que nos parecemos bastante— susurró el hombre— parece que usted está deseosa de aventuras.
—Tengo mucha curiosidad por conocer el mundo, viajar. Pero padre…
—Usted ya es una mujer, no puede estar a las órdenes de su padre, señorita Callaghan.
—Creo lo mismo— dijo ella sonriéndole.
—Tiffany— exclamó su hermana llamando a la muchacha— tienes que tocar algo de música.
—Será después— dijo la mayor dirigiéndose al grupo— creo que es hora de pasar al comedor. Luego podemos seguir con la tertulia— agregó mirando a Paterson como si no hubiera nadie más en el cuarto.

Quienes estaban sentados se levantaron de su sitio para seguir a la señora Trust y su esposo que guiaban al grupo.

—Su vestido es realmente escandaloso— dijo Chapel, haciendo que la muchacha se volteara a verlo con unos enormes ojos de impresión— pero parece que dio resultados.
—No sabe lo convincente que puede ser un buen escote— dijo ella respirando profundamente para superar los nervios.
—Demasiado convincente, creo yo— dijo Chapel muy serio— ese tipo estaba a punto de coger uno de sus pechos que parece que se van a escapar de allí.
—¡Señor Chapel! No sea vulgar— pidió ella mirando su escote para comprobar que nada

estuviera fuera de su lugar— lo importante es que el hombre está cayendo en el juego.
—Está babeando— manifestó él invitándola a pasar delante de él para caminar hasta el comedor.

La cena fue bastante animada, Hope se había vuelto muy cercana con la señora Trust que sabiendo que era hija de un noble no ponía reparos en que su hijo cortejara a la chica que le parecía bastante agradable y muy bonita. Tiffany aceptaba las atenciones de Paterson que se desvivía por complacerla. Luego de la cena, el grupo se retiró al salón de música en donde Tiffany se acercó al piano para tocar algunas melodías. Paterson se instaló frente a ella y no la dejó de observar en toda la velada.

En otro rincón del salón, los amigos conversaban acerca de los avances que habían tenido con el tipo ese que parecía ser un verdadero estafador.

—Recibí esta mañana la carta de Hamilton— dijo Aidan comentándola a sus amigos— el tipo ese se hacía llamar Arthur Gibson, decía ser hijo de un conde o algo así y que su padre además era muy adinerado, que hacía barcos.
—¡Y todo el mundo le creyó!
—Prácticamente, pero Conrad lo investigó porque le pareció sospechoso, por lo que evitó que se acercara a su familia. Claro que a Abby la conoce, así que Rowena se encargará de que se vaya unos días a la ciudad a visitar a Emily. El resto de la familia no tuvo ninguna cercanía con este hombre.
—Perfecto, no sospechará nada— dijo Blake bebiendo de su trago— me encanta tu esposa, nos está dando bastante diversión.
—A mí no me parece divertido, pero Melany cree que puede resultar— dijo Aidan mirando a Chapel que no hablaba— ¿Qué pasa, amigo?
—Nada— dijo el otro mirando hacia el otro rincón del cuarto.
—No sabía que te gustaba tanto la música— bromeó Robinson golpeándolo en la espalda.
—Sólo observaba a ese hombre, no le veo nada de particular para que las chicas se encandilen con él.
—Porque no te gustan los hombres— afirmó Robinson— pero te aseguro que la señorita Callaghan parece que algún encanto le encuentra— dijo por molestarlo.
—¿Tú crees?
—No lo sé. Tal vez no la han cortejado mucho y esto es una novedad.
—No lo creo— dijo Chapel sin quitarle la vista de encima.
—Hugh, querido amigo. Creo que es mejor que no te metas en esas aguas…
—No pensaba hacerlo— declaró tajante.
—Me alegro— dijo Hart pensando que la chica no sería aprobada por el vizconde, sin dinero ni conexiones como estaba en realidad.

Al terminar la noche, todos se fueron a sus cuartos. Melany esperaba ansiosa a que su esposo trajera noticias. El señor Hart se hizo esperar para que ella ardiera de curiosidad. Cuando entró al cuarto ella lo esperaba sentada en la cama envuelta en una bata sobre su camisón. Él abrió la puerta de comunicación quitándose el pañuelo que traía al cuello, se quitó el chaleco y lo lanzó sobre una silla. Su esposa esperaba ansiosa.

—¿No me vas a contar qué pasó?

—¿A qué te refieres? — dijo él sentándose en la cama para quitarse las botas.
—Aidan, si no me cuentas que pasó…
—Tu señorita Callaghan me ha sorprendido. No pensé que fuera a comportarse así.
—¿Qué pasó?
—Resultó ser una coqueta terrible o es muy buena actriz— declaró quitándose los pantalones— Casi me da pena el tipo ese.
—¡Qué dices! Se merece todo lo que le pueda pasar. Ha engañado a muchas mujeres, ni que decir de todos los hombres estafados además…
—Es verdad. Creo que un ojo negro se le vería bastante bien, me han dado ganas de darle su merecido varias veces.
—¿Me dirás que pasó? — dijo ella sentándose muy cerca de él en la cama.
—Nos vamos todos a Bedford pasado mañana— señaló él dejándola asombrada.
—¿Es cierto? Si me estás engañando…
—No puedo engañarte, me descubrirías en seguida.
—No me pongas a prueba— amenazó ella dándole un pellizco suave.
—Allí abajo hubo una escena digna de un drama romántico. La señorita Callaghan pestañeando como una gata, el tipo ese encandilado, Chapel jugando al hombre celoso y Robinson haciendo de payaso, la chica Callaghan pequeña pareciendo una niña tímida y recatada frente a la pobre señora Trust.
—Lamento tanto no poder estar ahí.
—Bueno, creo que convencimos al señor Paterson de acompañarnos a Bedford. Si es así, podríamos conseguir lo que deseas— dijo él metiéndose entre las cobijas.
—¿El conde estuvo de acuerdo? — preguntó ella intrigada.
—Liam está en Londres y regresa en dos semanas. Rowena ha accedido porque dice que le parece muy divertido jugar a estar farsa. Todas las Hart están locas.
—La condesa es fascinante, quiero estar ahí.
—Por supuesto que no estarás— dijo él tajante— nos vamos pasado mañana, te quedas quietecita en casa y nos dejas terminar con todo esto.
—No me voy a quedar aquí— declaró ella metiéndose entre las sábanas.
—No me vas a convencer esta vez— dijo él.
—Yo creo que sí— afirmó ella comenzando a acariciar su pecho por debajo de las sábanas.
—No vas a seducirme cada vez que…

No alcanzó a terminar la frase, porque su esposa se lanzó sobre él y no lo dejó ni siquiera respirar.

Capítulo XXXI

En el coche camino a Bedford, Aidan y su esposa envuelta en una enorme capa para que nadie pudiera reconocerla conversaban sobre sus próximos pasos.

—No sé en qué va a terminar todo esto— dijo él molesto.
—No esperabas que me quedara en casa y te dejara regresar aquí, siendo asediado por todas esas chicas que te persiguen.
—Me perseguían, ya no pueden conseguir nada conmigo.
—Ellas creen que pueden conseguir bastante— dijo mirando por la ventana— además, me ibas a extrañar si me quedaba en casa.
—Eso es cierto— reconoció el tomando su mano y haciéndola sonreír— vamos a tener cuidado de que nadie te vea. Si la señora Trust te descubre todo será en vano.
—Por supuesto, tendré cuidado.
—Vas a tener que seguir escondida.
—Será excitante, nos veremos a escondidas.
—No saldrás de ese cuarto para nada.
—Ya veremos— declaró ella arreglando su capucha, pues ya llegaban a su destino.

Al bajar de los coches, todo el mundo quiso entrar rápidamente a la casa, pues estaba bastante frío. Rowena salió a recibirlos y a invitarlos a ingresar a la mansión. La señora Trust no escatimaba elogios para la condesa.

—Es usted hermosa, mi lady— dijo la dama haciendo una ridícula reverencia.
—No es necesario que me trate con tanta formalidad.
—Mi cuñada es una mujer muy sencilla— dijo Aidan invitando a la señora a ingresar a la casa.
—La señora Richie los llevará a sus cuartos, pero antes podemos tomar un té.
—Por favor, vamos a tomar un trago para que entren en calor— agregó mirando a Rowena para advertirla de que Melany estaba en el coche— Señor Paterson, señores Trust les presento a la condesa, lady Rowena Hart— agregó riendo.
—No es necesario…
—Mi lady, su mansión es impresionante— dijo el señor que gozaba codeándose con los nobles.
—Muchas gracias, es verdaderamente hermosa, estoy de acuerdo— dijo ella mirando a Aidan para que se los llevara pronto.
—Liam mantiene un brandy que les va a encantar— agregó el rubio invitándolos nuevamente a la casa.
—Claro, vayan. En seguida los alcanzo— dijo caminando hacia el coche de Aidan que se mantenía con la puerta cerrada.

Rowena avanzó unos pasos y abriendo la puerta se encontró con la chica que permanecía agazapada tras la ventana del coche.

—Melany, ¿qué hace aquí? pensé que se había quedado oculta en su casa.
—No pude aguantarme, necesitaba estar aquí. Lo siento, Rowena.
—Claro que no lo siente— rio la chica— yo tampoco quisiera perderme lo que va a suceder. Esperemos que todo esto resulte.

—Yo también lo espero.
—Tiene que salir de ahí sin que nadie la vea— señaló llamando a uno de los mozos— Jimmy lleve a la señora hasta la cocina y que ingrese por la puerta de servicio— ordenó mirando al muchachito que la observaba atentamente y atendía a su tono conspirador— la ayuda a llegar al cuarto del señor Aidan y regresa.
—Si, mi lady.
—Usted no la ha visto.
—Si, la he visto— dijo el chico confundido.
—No la ha visto— insistió la condesa golpeando al chico en el hombro— y no se recuerda de nada de lo que hemos hablado— añadió mirándolo con censura.
—Claro, mi lady. No la he visto y no recuerdo nada.
—Excelente, vaya después a la cocina y le daré un regalo.
—Gracias, mi lady— dijo el chico sonriendo y ayudando a Melany a bajar del coche— señora, acompáñeme.
—Y no piense mal— dijo advirtiendo al chico— es la señora Hart, la señora de Aidan Hart— declaró— pero usted no la ha visto.
—No la he visto— repetía el muchacho llevando a la chica por entre medio de unos arbustos hasta la cocina.

Rowena se arregló su vestido de color verde esmeralda y se arrebujó en el mantón grueso que la cubría del viento frío que estaba empezando a correr, respiró profundo e ingresó a la casa para entretener a sus visitantes.

Cuando iba entrando a la mansión, otro coche se aproximaba y ella se quedó en la puerta esperando a ver de quién se trataba. Cuando el vehículo se detuvo, en seguida la puerta se abrió y un muchacho pelirrojo y de intensos ojos azules bajó sonriendo.

—Mi lady, lamentamos la tardanza— dijo Robinson haciendo una aparatosa reverencia a la chica.
—No sea payaso, Robinson— dijo la muchacha dando un abrazo al chico y saludando a Chapel que se bajaba tras de él.
—¿Llegó todo el mundo? — preguntó el rubio envolviéndose en su capa de color negro.
—Aidan está aquí, con una pareja mayor, un joven bastante guapo y un hombre de buen ver.
—¿Y las señoritas Callaghan? — preguntó Chapel preocupado.
—No han llegado ningunas señoritas— señaló Rowena llamando a un mozo— lleve el equipaje de los señores a los cuartos del ala poniente, Smith, por favor.
—¿Cómo qué no?
—Se habrán retrasado— dijo Robinson caminando hacia la casa— creo que mi amigo nos esperará con algo para calentar el cuerpo.
—Vayan al salón, deben estar ya en eso— dijo ella caminando tras él— señor Chapel, ¿no viene?
—En seguida— dijo el rubio quedándose parado en las escalinatas de ingreso a la mansión.
—Se ha vuelto a enamorar— susurró Robinson acercándose a Rowena— parece que le dio fuerte.
—El mes pasado estaba prendado de la señorita Whyte.
—La ha reemplazado por una hermosa trigueña de ojos oscuros— dijo Robinson viendo como su

amigo se quedaba parado como una estatua en medio del frío— Gracias al cielo que no soy tan emotivo.
—Ya verá cuando llegue la chica adecuada, Robinson.
—La única que me importa ya está casada y tiene dos gemelos— dijo riendo.
—Es usted un payaso, Robinson— declaró Rowena tomándolo del brazo y entrando con él a la casa.

En el interior, el grupo conversaba rodeando la chimenea que les entregaba el calor necesario para recuperar el aliento. Paterson aislado de los demás observaba a unos y a otros y se admiraba de la suntuosidad de la casa. Rowena como buena anfitriona trataba de generar conversación.

—Señor Paterson, ¿qué le parece Bedford? ¿lo conocía?
—No había tenido la oportunidad, me parece que sus paisajes son bastante interesantes.
—Es un pueblo bastante aburrido— dijo Robinson— no hay mucho que ver. Le aconsejo que aproveche esta jornada de caza, aquí en esta mansión hay todo cuanto se puede ver. Pero si desea, podemos ir al pueblo…— agregó el pelirrojo con mala intención.
—No, claro que no— se apresuró a replicar Paterson— prefiero los parajes naturales, antes que a las multitudes.
—No lo diría— señaló la señora Trust— en Londres lo hemos visto bastante asiduo a las fiestas.
—Solo por cumplir, mi señora— aclaró el hombre.
—Y hay muchas perdices, faisanes y patos silvestres— dijo Hart entregando una copa a Robinson y preguntando por Chapel.
—Se quedó parado en la puerta esperando a su amada— ironizó Blake hablando bajo a su amigo.
—Les hemos preparado unos cuartos magníficos— dijo Rowena llamando a la señora Richie con un gesto— si desea puede ir a descansar un momento— agregó la condesa para que la señora Trust se retirara a su cuarto.
—Le agradezco, el viaje fue fatigoso.

Chapel entraba en la casa quitándose su capa y entregándola a uno de los mozos. Se acercó a Hart para beber un trago.

—Ya llegarán, el camino estaba algo entrampado. Lloyd es un buen cochero, seguramente estarán por aparecer— dijo el rubio para animar a su amigo.
—Las señoritas Callaghan han tardado demasiado— dijo Paterson ansioso también por la llegada de la chica.
—En cualquier momento sentiremos el ruido de cascos— dijo Aidan al tiempo que el sonido llegaba a sus oídos— Lo ve— añadió llegando junto a Trust que degustaba el brandy con deleite.
—Señor Hart, esta casa es señorial.
—Si, es un lindo sitio— dijo Aidan separándose para hablar con su cuñada.
—La insensata de mi esposa ¿está a salvo? — preguntó hablando al oído de la chica.
—No te preocupes, nadie la vio.
—No debió venir.
—No debiste traerla— declaró ella sonriendo.
—No la traje— aclaró él con gesto molesto.
—Me encanta que gobiernes tan bien a tu esposa— rio ella.
—Las señoras Hart no se caracterizan por ser gobernables— agregó guiñándole un ojo— tus

niños, ¿dónde están?
—En sus cuartos, durmiendo. Aunque Daisy ya quiere caminar, no se queda quieta.
—Es una Hart— señaló Aidan viendo a su cuñada subir por las escaleras hasta su cuarto.

En el salón, se armó un alboroto cuando las chicas entraron. Paterson se acercó a Tiffany para demostrar su preocupación.

—Pensamos que les había sucedido algo.
—El cochero se retrasó, porque un carro enorme llevaba animales y tuvimos que separarnos del camino. Pero ya estamos aquí— dijo Hope quitándose su capa.
—Señorita Tiffany, ¿se siente bien? — preguntó el hombre ofreciendo su brazo para que la chica se incorporara al grupo.
—Si, sólo algo cansada— dijo entregando su capa y sus guantes a una doncella— gracias— agregó sonriendo a la chiquilla.
—¡Qué hermosa es su casa, señor Hart!— dijo la más pequeña que se asombraba por cada cosa que veía.
—Es la casa del conde, mi hermano. Aunque prácticamente nos criamos aquí.
—¿Esa es su familia? — preguntó la niña mirando los retratos en la pared principal del cuarto.
—Si, mi abuela Olivia— dijo Hart señalando un enorme retrato de una mujer de cabello oscuro y ojos intensos— el siguiente es mi hermano el conde y la condesa; un retrato reciente.
—¿Y el resto? — preguntó Tiffany admirando los retratos de una pareja muy elegante y de las tres hermanas del anfitrión.
—Mis padres, el antiguo conde lord Percival y lady Agnes. Las chicas son mis hermanas, pero son retratos antiguos.
—¡Qué hermosas! La más pequeña es muy rubia.
—Ese retrato es bastante antiguo, Abigail debió tener doce años en ese entonces. Ya tiene diecinueve.
—¿Abigail Hart es su hermana? — preguntó Paterson alarmado— ¿Vive en esta casa?
—Si, mi hermana reside aquí — confirmó Aidan asustando al tipo— lamentablemente está en casa de Emily, mi hermana mayor.
—Ah. ¡Qué lamentable! — manifestó el hombre volviendo a respirar.

Luego de compartir un momento más, los visitantes se retiraron a sus cuartos para descansar y prepararse para la cena. Tiffany y Hope quedaron instaladas en el cuarto de visitas más grande, con dos camas, en donde se quedaban las amistades de las chicas o sus primas cuando las visitaban.

—Esto es suntuoso, Tif. Voy a extrañar tanta grandeza cuando regresemos a casa.
—Aprovecha entonces de disfrutarlo, cariño. Es una experiencia bella.
—Es cierto. Melany ha sido encantadora y dicen que la condesa es adorable.
—Me pone nerviosa conocerla, nunca he estado con una condesa— dijo Tiffany mirando el vestido azul que la doncella dejó sobre la cama.
—Dijo Melany que era muy agradable— dijo la chica mirando a su hermana con detención— ¿qué pasa?
—Me siento terrible— dijo la chica sentándose en la cama junto a su hermana.
—¿Por qué?

—Vamos a exponer a ese hombre al juicio de todos— dijo sintiéndose con remordimientos.
—Ese hombre— dijo la chica mirando a su hermana con enfado— dañó a Melany, ha estafado a mucha gente y ahora pretende seguir haciéndolo. Vas a hacer justicia.
—Si todo sale bien…

Las muchachas se cambiaron y estaban a punto de bajar al salón cuando Melany se asomó en el cuarto dejando a las chicas pasmadas.

—¿Qué hace aquí? — exclamaron al unísono.
—Tenía que venir, no pude quedarme en casa sin tener noticias.
—Pueden verla— exclamó Tiffany cogiendo las manos de la chica con ambas manos.
—Esta casa es enorme y las visitas ocupan la otra ala— señaló Melany sentándose en la cama— ¿Está lista? ¿cómo le ha ido con ese Paterson?
—Es un hombre muy lisonjero, me llena de halagos. Ha insistido bastante en que debo ver mundo y salir de los dominios de mi padre.
—Está preparando el camino para comprometerla. Tiene que tener cuidado. Parece que tiene algún encanto, pues varias chicas han caído en sus redes.
—¿Cómo lo sabe?
—El cuñado de Aidan conoce a un señor que investiga a la gente. En Norkfold logró casarse con una chica y la familia pudo anular la boda, pero el hombre sacó una buena tajada. En Huntington hizo algo similar, la familia de la chica pagó una buena suma para que desapareciera sin causar más daño.

Estaban en medio de esa conversación cuando una de las doncellas golpeó para entrar. Melany alcanzó a esconderse detrás de la puerta, mientras la chica las llamaba para bajar al salón. Las hermanas Callaghan fueron tras la doncella que las acompañó hasta las escaleras y se perdieron en medio del grupo que las esperaba en la sala.

Melany salió sigilosamente del cuarto y se escabulló por el corredor hasta llegar al cuarto de Aidan en donde la había instalado el chico que Rowena envió con ella. Cuando cerró la puerta caminó hasta la ventana para admirar la noche que estaba estrellada y con un poco de brisa. Estaba concentrada en el paisaje nocturno cuando alguien abrió la puerta haciendo que ella se alarmara.

—Rowena, me asustó. Pensé que alguien me había descubierto.
—Cálmese. Tengo a la señora Richie en complicidad con nosotras. Se encargará de que las chicas no vengan a este cuarto a menos que ella lo ordene.
—Excelente. No sé si fue buena idea venir para quedarme encerrada.
—¿Le gustaría estar en el salón?
—Me encantaría ser una polilla para revolotear entre las luces de las velas y escuchar y ver todo lo que sucede.
—Le iba a proponer algo, pero tal vez crea que es muy arriesgado…
—Dígame— pidió la chica intrigada.
—¿Se atrevería a disfrazarse de mi tía Ada?
—¡Bromea!
—Todo esto es una farsa, ¿qué más da agregarle otro personaje? — rio la pelirroja interesando a

su nueva cuñada.
—Rowena, usted es una caja de sorpresas.
—Mi tía Ada olvidó unos vestidos cuando vino a visitarme para conocer a los niños. Son trajes bastante poco agraciados, no dejan ver ni media pulgada de piel.
—Pero necesitaría ocultar mi rostro.
—Tengo unas pelucas que encontré en la buhardilla. Parece que en algún tiempo se usaron para que las señoras no tuvieran que peinarse en los viajes.
—Esto va a ser divertido— dijo Melany— necesitaría unas gafas gruesas que me cubran la cara también.
—Con maquillaje podemos hacer algunas arrugas. Puede fingir que es media sorda y la dejaremos en un sillón cubierta con un chal. Le aseguro que ese tipo no se va a acercar a una anciana con algún interés romántico.
—Rowena, es genial. Me habían dicho que usted era una mujer muy divertida.
—Aidan siempre dice que soy una oruga que se ha vuelto mariposa. Creo que me estoy volviendo más parecida a un molesto mosquito — dijo riendo.
—¿Cómo lo haremos?
—Voy a anunciar esta noche que mañana llegará mi tía Ada. Saldrá en el coche y regresará para hacer su entrada triunfal. Tendrá que alojarse en otro cuarto, por supuesto.
—No hay problema.
—¿Qué cree que dirá Aidan?
—Se va a enfurecer— dijo Melany tranquilamente.
—¿No le importa?
—No se preocupe, yo puedo manejarlo— rio haciendo un gesto pícaro.
—Me gusta, Melany. Es una chica digna de los Hart— dijo dejando a la muchacha para bajar al salón— le enviaré con la señora Richie los vestidos y la peluca— agregó al salir y cerrar la puerta.

Capítulo XXXII

Esa noche en el cuarto de Aidan, la pareja discutía acaloradamente. Melany escuchaba atentamente los reparos que su esposo señalaba a su conducta.

—Ahora si te has vuelto loca.
—Claro que no. Creo que es importante que sepa lo que está sucediendo.
—Por supuesto que no.
—Nadie se dará cuenta. Sólo tú y Rowena lo sabrán.
—Rowena se ha vuelto tan descocada como Harper— dijo agarrándose la cabeza y despeinándose.
—Lo hace por una buena causa y creo que puede resultar.
—Puede no resultar también y quedaremos todos expuestos.
—Nadie se dará cuenta, cariño— dijo ella acariciando su pecho y desabotonando el cuello de su camisa.
—Lo vas a hacer de nuevo.
—¿Qué cosa? — dijo ella besando suavemente los labios de él.
—Seducirme para que acepte tus caprichos.
—No son caprichos— agregó ella acariciando su abdomen por debajo de la camisa.
—No voy a ceder esta vez— dijo Hart cerrando los ojos cuando su mujer empezó a desabrochar su pantalón.

Al día siguiente, cerca del mediodía, la falsa señora Stevens bajaba del coche de los Hart que la había ido a buscar al cruce de caminos. Rowena fue a recibirla y la presentó a los invitados teniendo cuidado de que no se acercaran demasiado a ella.

—Tía, será mejor que vaya a descansar a su cuarto. La esperaremos para almorzar— dijo la pelirroja tomándola del brazo y guiándola escaleras arriba.
—Gracias, hija— dijo la anciana dama que apenas caminaba afirmándose en un bastón.

Aidan se mantenía apoyado en un mueble al costado de la chimenea, viendo como su mujer desplegaba sus dotes de actriz. Observó alrededor y se sintió envuelto en una completa farsa. Dos chicas haciéndose pasar por adineradas hijas de un barón que no las veía desde hacía años, sus amigos haciendo uno el payaso y el otro el despechado porque la chica no lo tomaba en cuenta, su mujer disfrazada de anciana decrépita y él en medio de toda esa trama teniendo que fingir y tratando de no reírse o de no golpear al tipo que había dañado la reputación de Melany. Cuando Rowena regresó al salón se acercó a hablarle.

—Deberías dedicarte al espectáculo— dijo entre dientes.
—Creo que tu mujer es mejor artista que yo— rio la pelirroja divertida.
—Es una descocada.
—Te gusta que sea así. Aidan Hart, no podrías vivir con una mujer seria y formal.
—Es verdad, pero no debería abusar.
—Me alegro de que la encontraras, es una chica encantadora.
—Manipuladora.
—Parece que sabe cómo manipularte— rio la pelirroja golpeándole la barriga y reuniéndose con

los Trust que seguían alabando la casa.

En el almuerzo, la tía Ada se sentó en el rincón más alejado de Paterson, junto a Robinson que la miraba confundido; recordaba a la señora Stevens un poco más alta y con más arrugas en la tez. Los Trust ahora alababan a la cocinera y degustaban el vino que el barón, esposo de Peyton, les había enviado.

—Es exquisito. Lo mejor que he probado, debería dedicarse a la vitivinicultura, Hart.
—Eso lo veremos más adelante, mi cuñado lo ha pensado desde hace tiempo.
—En el invernadero tenemos algunas uvas que el barón de Burgois trajo de Francia, esperamos que puedan brotar y veremos qué pasa.
—¿Tienen un invernadero? — preguntó Hope interesada.
—Mi cuñada cultiva muchas flores— señaló Aidan— es su pasatiempo.
—A mí también me gustan las flores— dijo la señora Trust.
—La condesa prepara aceites y su padre los usa en sus jabones— dijo haciendo que los otros lo miraran interesado.
—El señor Duncan, mi padre, es el dueño de los jabones Lady Rowena— aclaró la dueña de casa.
—Que pequeño es el mundo. Es mi preferido— dijo la dama.
—Señorita Callaghan— dijo Rowena para forzar la conversación— vi que le llegó carta de su familia.
—Si, madre nos escribió— dijo observando alrededor a los comensales— el barón desea que regresemos a casa lo más pronto posible.
—Debe ser para apresurar lo de tu boda— dijo Hope inocentemente mientras cortaba su filete.
—¿Qué boda? — preguntaron Paterson y Chapel al unísono, que estaban sentados uno a cada lado de la chica.
—No es nada— dijo Tiffany— no se ha hablado de boda aún.
—Nuestro padre desea unirse a una de las familias más prominentes de Scheffield y como el joven Duval está prendado de mi hermana, tarde o temprano se concretará el compromiso.

Paterson se quedó mirando fijo a la chica que le sonrió con coquetería. El hombre estaba empezando a ver que su presa se escapaba de sus manos. Rowena siguió insistiendo con el tema.

—Entonces nos dejará pronto— afirmó cortando su filete.
—Puede ser que pasado mañana debamos dejarlos— señalo Tiffany con pesar.
—Justo ahora que recién llegamos. Lo estamos pasando muy bien— dijo Hope mirando al joven Trust de reojo. Se habían perdido un buen rato antes del almuerzo.
—Su padre no puede obligarla a regresar— declaró Paterson que estaba junto a la chica.

Rowena tomó la palabra para cambiar el tema y distraer al resto, para que los demás no notaran que Paterson y la señorita Callaghan hablaban a susurros.

—Me temo que si— dijo ella hablando despacio— mi padre no permite que se le contraríe.
—Usted debería liberarse de él.
—Tal vez si me caso con ese hombre podría sentirme menos atrapada.
—Claro que no— dijo Paterson intentando rozar su mano que ella tenía sobre el regazo y que la

mesa cubría.
—No tengo otra opción— dijo ella fingiendo pesar.

Mientras tanto, en la cabecera de la mesa en donde Aidan estaba sentado, las miradas entre él y Rowena a propósito de la tía Ada que parecía estar quedándose dormida estaban llenas de complicidad.

—Tía Ada, si desea puede retirarse a su cuarto. Debe estar cansada— dijo la pelirroja hablando fuerte a la supuesta dama mayor.
—Claro que no, hijita— respondió la chica hablando a gritos— estoy muy bien. No te molestes por mí.
—Debería ir a dormir, tía— insistió Hart muy serio— no queremos que vaya a atrapar un catarro.
—Este muchacho es tan amable— dijo Melany hablando a Robinson que seguía confundido— no me perdería por nada la velada que sigue. Me encantaría escuchar algo de música.
—Por supuesto— dijo Rowena— yo podría tocar algo, pero no los deleitaría realmente.
—Tal vez la señorita Callag…— alcanzó a decir Chapel para llamar su atención, pero Aidan le dio un golpe en la pantorrilla para que no interrumpiera a la pareja que se hacía confidencias— tú y yo tenemos que hablar más tarde— advirtió Hart a su amigo.
—No sé de qué— respondió el otro.
—Ya te vas a enterar.

El resto de la cena se desarrolló con normalidad, los comensales alabaron el postre que no era más que fruta y algo de merengue, pero la señora Trust se lo devoró haciendo que las chicas se miraran y recordaran a la señora Murphy que decía siempre que la dama tenía buen apetito.

Luego de la cena, el grupo se trasladó hasta el salón pequeño, pues no era una gran cantidad de personas y se volvió una velada íntima en donde la señorita Callaghan los deleitó con algunas dulces melodías. Paterson se ubicó junto al piano para mantenerse frente a ella e intercambiar miradas. El resto aprovechó de bailar al ritmo de la música.

En un descanso, Rowena se sentó al piano para que la señorita Callaghan aprovechara de bailar, Chapel aprovechó la ocasión y tomando su mano la llevó al centro del salón para que lo acompañara. La pareja se veía muy coordinada bailando y Tiffany se divirtió bastante bailando con el joven. Luego, Paterson la reclamó para seguir bailando y el rubio se separó de ellos mirándola desde uno de los rincones del cuarto sin quitarle la vista de encima.

En el cuarto de las chicas más tarde, Hope advertía a su hermana, pues la veía muy interesada en ese tipo.

—Sabes que no te conviene, espero que no te estés ilusionando con él— dijo la más pequeña abriendo las cobijas para acostarse.
—Por supuesto que no lo hago. Yo sé que no puedo.
—Me parece excelente. Eres mi hermana sensata.
—La única que tienes.
—Pero eres más sensata que yo— rio la muchacha— Es un hombre muy guapo, pero no te vayas

a confiar.
—Por supuesto que no— dijo la chica con poca convicción.
—No tenemos idea de quién es realmente.
—Es hijo de un vizconde— dijo Tiffany asombrada.
—¿De quién estás hablando? — preguntó Hope volteándose a verla.
—¿De quién hablas tú? — respondió ella ruborizada— te refieres a…
—Al tal Paterson— señaló molesta— ¿De quién hablabas tú? del rubio con ojitos hermosos— señaló sonriendo.
—Claro que no. Sólo estaba confundida, pensé que hablabas de él.
—Yo no hablaba de él, pero tú pensabas en él.

Tiffany se puso de pie y fue a buscar su camisón para prepararse para dormir. Su hermana se acercó a ella.

—Chapel es un hombre guapo, elegante y muy fascinante, pero tú sabes que no puedes ilusionarte tampoco con él— le advirtió su hermanita.
—Lo sé— dijo ella soltando su cabello y comenzando a trenzarlo para meterse a la cama— no soy tan tonta como para soñar con algo así.
—Parece que le gustas.
—Porque cree que soy hija de un barón.
—Lo eres— afirmó la otra.
—Sabes a qué me refiero. No tenemos ni un céntimo.
—En realidad somos hijas de un adinerado barón. El problema es que él ocupa ese dinero para mantener a otra familia— señaló la chica.
—¿Lo sabías? ¿cómo te enteraste?
—Escuché a madre hablando con tía Lidia hace un tiempo. Pero no hablemos de eso, mejor concentrémonos en lo que importa. ¿Qué te dijo ese tipo? — preguntó la muchacha y su hermana se la llevó hasta la cama y la hizo sentarse junto a ella para contarle.

En el cuarto de los Hart, Melany esperaba a su esposo acostada en el lecho, convertida nuevamente en una guapa y joven muchacha. Aidan se demoraba, quizás ni apareciera por el cuarto todavía, así que cogió un libro que tenía en su mesa de noche y se dispuso a leer. Unos minutos después se sobresaltó al oír una voz.

—Te quitaste bastantes años de encima, tía Ada— bromeó Aidan entrando en la habitación.
—Pensé que no vendrías— dijo ella dejando el libro sobre la cama.
—No me hacía mucha gracia acostarme con una mujer mayor, no he tenido jamás esas fantasías.
—¿Y cuáles has tenido?
—Ya sabes cuáles, me has cumplido algunas— rio él sentándose en la cama para quitarse las botas.
—¿Por qué tardaste tanto?
—Hablaba con mi amigo. Chapel ha estado haciendo el tonto todo este tiempo. Le conté la verdad.
—¿Por qué hiciste eso?
—Porque parecía que le gustaba realmente la chica. No hay ninguna posibilidad de que el vizconde apruebe esa relación. Es mejor que lo deje.

—Hacen bonita pareja. Yo creo que a ella le gusta mucho.
—Pero ha sido bastante correcta. No lo ha alentado para nada.
—Esa es una táctica que a veces resulta— rio ella— pero no creo que lo haga por eso— aclaró después— creo que ella sabe muy bien que no puede ilusionarse con él— dijo Melany apenada.

Se quedaron en silencio, Melany notaba que él estaba algo molesto. No quería comenzar una pelea.

—¿Te diviertes? — preguntó él sin tener que explicar a qué se refería. Ella lo comprendió en seguida.
—No lo hago por diversión— dijo haciéndose la ofendida.
—Creo que lo disfrutas— dijo él quitándose la camisa y acomodándose a su lado en la cama.

Aidan se tendió junto a ella y la tomó por la cintura comenzando a besarla con suavidad en el cuello, procedió a desatar el nudo de su camisón para dejar sus pechos expuestos y comenzar a acariciarlos.

—Me tienes a tu merced, no puedo enojarme contigo— dijo haciendo que ella sonriera aliviada.
—¿No estás molesto?
—Debería estar enfurecido, te estás portando como una niña pequeña.
—Me preocupa que Tiffany pueda cometer algún error, no estoy tranquila. Quiero ver qué está pasando.
—Parece que la señorita Callaghan ha hecho un buen trabajo. Paterson se ve ansioso, cree que la chica se va a ir sin alcanzar a comprometerla— dijo separándose de ella y buscando algo en su chaqueta.
—¿Qué es eso?
—Harper me escribió esta nota. La trajeron esta tarde— dijo entregándosela mientras se quitaba los pantalones y los lanzaba al piso.

Melany tomó el papel, abrió la hoja y la leyó con interés. Luego volvió a cerrar la carta que la prima de Aidan les había enviado.

—Esta todo arreglado entonces.
—Si, mañana será el día— dijo él dejando la carta en un cajón— ahora deberíamos dormir.
—¿Quieres dormir? — preguntó ella sorprendida— pensé que…
—Podrías ponerte la peluca— bromeó— creo que me estás despertando nuevas fantasías— dijo metiéndose a la cama junto a ella y haciéndola reir.

Capítulo XXXIII

Temprano en la mañana, las chicas salieron a caminar por el sendero que rodeaba el parque. A poco andar se encontraron con Paterson y Robinson que se acercaban a caballo; Chapel venía algo más atrás. Cuando los hombres llegaron junto a ellas, desmontaron para saludarlas y ofrecerse a acompañarlas. Unos mozos se llevaron los caballos y las chicas los invitaron a recorrer el parque.

El grupo rodeó la casa y caminó por entremedio de algunos arbustos. Luego de un momento, se habían reordenado y Hope conversaba con Chapel, mientras Tiffany y Paterson se separaban unos metros y hablaban en secreto. Cuando vieron que se acercaba un coche, Robinson que se había alejado un poco de los demás fue hacia el interior de la casa, desde donde salía un mozo para ver quién llegaba tan temprano a visitarlos. Hope y Chapel entraron tras de Robinson y la otra pareja que se había rezagado quedó frente al coche. Cuando el mozo abrió la puerta dejó aparecer frente a ellos a una mujer muy hermosa, vestida de manera elegante y refinada.

—Señor Gibson— dijo la recién llegaba mirando al hombre que tenía enfrente— ¿Qué hace usted aquí?
—¿Señor Gibson? — preguntó Tiffany haciéndose la sorprendida.
—Lo siento, creo que me confunde— dijo el hombre bastante sobresaltado.
—No lo creo— dijo la muchacha observando a la chica que no reconocía— compartimos varias veces en casa de los Quinn. Estuvo cortejando a mi prima Abigail, lo recuerdo perfectamente. ¿Cómo se atreve a volver por aquí? — dijo la mujer empezando a levantar la voz— ¿cómo tiene cara de aparecerse después de lo que hizo a la señorita Sutton?
—¿La señorita Sutton? — preguntó Tiffany fingiendo estar atónita— señor Paterson, ¿de qué habla la señora?
—¿Paterson? — exclamó la otra mujer asombrada.

Cuando la escena estaba empezando a parecer una comedia de equivocaciones, la pelirroja dueña de casa apareció en escena y saludó a la visitante.

—Harper, querida. ¿No sabía que venías tan temprano?
—Conrad tenía que ir al pueblo y aproveché de venir en el mismo coche— aclaró la chica mirando a la pareja que tenía enfrente.
—Que grosera he sido— dijo Rowena— señorita Callaghan, le presento a la señora Hamilton, prima del señor Hart y de mi esposo, el conde.
—Y prima tuya también, querida. No reniegues de mí— sonrió la chica dando la mano a la muchacha.
—Te presento al señor…
—Lo conozco, no es necesario— agregó haciendo que Tiffany lo mirara preocupada.

Rowena se preocupó de distender el ambiente tenso que había allí, llevándose a la invitada con ella y dejando a la pareja sola junto con un par de lacayos que se quedaron cuidando el coche del hijo del marqués. Tiffany cogió su quitasol y cerrándolo entró en la casa dejando a Paterson, o como quiera que se llamara ese tipo, sin palabras y completamente descolocado.

Al entrar presuroso tras ella, Paterson notó como Tiffany se acercaba a la dueña de casa y a su visitante y vio como sus planes se diluían como el agua entre los dedos. Esa mujer iba a poner en alerta a la muchacha y todo el trabajo que había realizado, exponiéndose en ese lugar, donde había bastantes acreedores que pudieran meterlo entre rejas, sería perdido. Tenía que solucionarlo a como diera lugar.

Las chicas conversaban sentadas en la salita de Rowena, en donde se encerraba de vez en cuando para escribir cartas o dedicarse a leer tranquila. Tiffany mostraba su preocupación.

—Esto puede ser un arma de doble filo. Si se asusta demasiado puede escapar y olvidarse de su intención.
—Eso no lo sabemos. Al parecer es un hombre muy decidido— dijo Harper que había tenido algunas noticias sobre el tipo. Conrad había averiguado algunas cosas.
—Vamos a tener que esperar para ver qué decisión toma— dijo Rowena atendiendo a la puerta que alguien golpeaba— adelante— dijo riendo al ver que Melany se asomaba con su disfraz— tía Ada, por favor acompáñenos— agregó mirando a Harper que la observaba confundida.
—Tu tía Ada está muy cambiada— dijo susurrando a la pelirroja que no decía palabra.
—Realmente lo está, creo que parece una veinteañera— señaló Rowena pidiendo a Melany que se quitara la peluca.
—¡Melany! — exclamó la señorita Callaghan asombrada.
—Sssshhh — la hicieron callar ambas.
—¿Qué hace vestida así? — preguntó Harper tomando la peluca entre las manos.
—¿Ha estado todo este tiempo entre nosotros? — preguntó Tiffany riendo— es usted una gran actriz.
—¡Qué divertido! — dijo la señora Hamilton riendo también.
—Aidan no está tan divertido— manifestó Melany sentándose junto a ellas y recuperando su peluca— no tiene tan buen humor como creen.
—Mi primo se ha vuelto muy juicioso— declaró Harper tomando la mano de la chica— ¿Está nerviosa?
—Si, parece que todo esto es un castillo de naipes que va a caer de repente— dijo Melany suspirando.
—Ya está hecho. Desenmascaré al tipo delante de la señorita Callaghan— dijo Harper— que me ha parecido una buena actriz también.
—¿Usted cree? — preguntó orgullosa— no sabía que tenía este talento. Creo que me voy a tener que dedicar al teatro— dijo desanimada.
—Anoche vi que hablaron muy secretamente con ese hombre. ¿Le propuso algo?
—No me lo propuso directamente, pero me insinuó que yo necesitaba dejar el yugo de mi padre y que lo considerara un amigo. Que cualquier cosa que necesitara recurriera a él. Yo le dije que estaba reflexionando para tomar la decisión correcta, que no quería regresar a casa— señaló la chica— creo que lo dejé esperanzado en que podía dar el zarpazo— rio.
—Lo que tiene que hacer ahora es mostrarse ofendida para que él decida actuar y convencerla de que es un buen hombre— dijo Rowena— debería irse a su cuarto para que no la vea hasta el té. Aidan los llevará al campo esta mañana, creo que van a pescar.
—Yo me voy ahora, tengo que regresar a ver a Ethan— dijo Harper levantándose de su asiento.
—Tu bebé está hermoso, voy a ir a visitarlo en unos días.
—Cariño, no duermo nada, todavía no organiza sus horarios.

—¿Hamilton ayuda?
—Conrad es un sol. Cuando el niño no se quiere dormir lo arrulla y en seguida lo tiene profundamente dormido.
—Es maravilloso, Liam se finge dormido cada vez que le pido que arrulle a los niños— rio Rowena.

Las damas salieron del cuarto y Tiffany se retiró a su alcoba. Paterson, que lucía muy gallardo con su traje de montar, estaba reunido con los hombres en la puerta esperando a Aidan para irse al campo. La miró subir las escaleras, sin que ella le dirigiera una sola mirada.

Aquella tarde, cuando las señoras disfrutaban del té, los hombres regresaban del campo en donde habían estado compartiendo, al tiempo que intentaban atrapar algún pescado.

—Señoras, ¿nos extrañaron? — preguntó Robinson que traía la chaqueta mojada y llena de barro.
—Señor Robinson, ¿qué le pasó? — Preguntó la condesa, tapándose la nariz al sentir el olor de la ropa del chico.
—Un accidente con un pez que se convirtió en pescado, gracias a mi talento.
—Era una sardina— dijo Chapel bromeando.
—Ni siquiera atrapaste un pececito, no te burles de mi— respondió el otro.
—No me gusta matar animales.
—Pero te los comes— señaló Hart.
—No es lo mismo— aclaró el rubio.
—Será mejor que vayamos a asearnos y cambiarnos para la cena— propuso Hart acercándose a la tía Ada— señora Stevens, ¿no está muy cansada? Puedo acompañarla al cuarto— ofreció mirando a su esposa con malicia.
—No le oigo, joven— dijo ella para molestarlo— ¿qué dice, hijita? — preguntó mirando a la pelirroja.
—Nada, tía. El señor Hart se irá a su cuarto a asearse.
—Falta le hace— dijo la señora mirándolo con indiferencia.

Hart se fue sonriendo hasta su cuarto y se llevó con él a todos los demás. Paterson se retrasó un poco y se acercó a Tiffany que lo escuchó atenta.

—Señorita Callaghan, me gustaría explicarle…
—No es necesario…
—Si, lo es. Usted se ha hecho una falsa idea de mí.
—No me he hecho ninguna idea, señor… ¿Gibson?
—Eso tiene explicación— dijo él.
—Y lo de esa señorita Sutton ¿también?
—Eso es una confusión. Déjeme explicarle— pidió susurrando— ¿podemos hablar más tarde?
—Déjeme pensarlo— dijo ella fingiéndose ofendida, pero dándole esperanzas al hombre.

Cuando Paterson se alejó y subió las escaleras detrás de los demás que ya desaparecían en el rellano, Tiffany hizo un gesto a las damas para confirmar que el hombre iba a hacer lo que todos esperaban.

Capítulo XXXIV

Al final de la tarde, cuando todos se reunían en el salón, Paterson se acercó nuevamente a la señorita Callaghan para rogar por su atención. La chica lo hizo sufrir un poco y luego aceptó su propuesta.

—Lo espero antes de la cena, en el invernadero— señaló haciendo que el hombre respirara tranquilo— debe ser discreto, no quiero provocar un escándalo.
—Por supuesto, su honor es lo más importante— declaró satisfecho y confiado.

La nueva tía Ada, que parecía estar arreglando las flores de un enorme jarrón, caminó lentamente con su bastón para interrogarla.

—¿Qué le dijo?
—Va a acudir— afirmó ella confiada.
—No podemos fallar. Harper está por llegar.
—No me ponga más nerviosa de lo que estoy— suplicó Tiffany— me siento fatal. Estar engañando…
—Tiffany, ese hombre ha destrozado la reputación de varias chicas y ni decir de las estafas que ha fraguado, de los engaños que ha inventado. Hay muchos interesados en encontrarlo para que responda por sus fechorías.
—Lo sé, pero…
—Si no se siente segura, no tiene que hacerlo. No le voy a pedir que lo haga si no…— alcanzó a decir Melany tomando su mano.
—¡Claro que lo haré! — la interrumpió exclamando enfática— son tonterías mías— dijo viendo como Chapel entraba al cuarto y se servía un trago.

Melany salió de la habitación para dejarlos solos. El joven se acercó a ella y le ofreció algo de beber.

—¿Se siente bien?
—Si, es solo que…
—No está sola. Ha sido muy valiente y ha demostrado ser una amiga leal— dijo causando que ella se sintiera fatal por estar mintiéndoles a todos.
—Señor Chapel, quisiera decirle algo…
—Después— dijo él mirándola fijamente a los ojos y haciendo que ella se sintiera estremecida y triste al mismo tiempo.

El joven la dejó sola y se fue a reunir con el resto de los hombres que se entretenían en la sala de fumar, antes de pasar al comedor para disfrutar de la opípara cena que los esperaba.

—¿Qué pasa, hermanita? — dijo Hope que bajaba al salón enfundada en un hermoso vestido.
—Me siento mal engañando al señor Chapel.
—¿Sólo a él?
—Tú entiendes.
—Parece que le gustas— dijo la chica.

—Porque cree que soy otra persona.
—Tú eres la misma persona, con vestidos caros o sin ellos— dijo abrazándola— ¿Se lo vas a decir?
—Creo que es lo correcto. Lo iba a hacer ahora, pero…
—Ahora tienes que preocuparte de otra cosa.
—Es cierto. ¿Qué hora es?
—Van a ser las ocho.
—Tengo que irme. ¿está todo listo?
—Listo— dijo Hope arreglando su cabello, al tiempo que el señor Trust más joven aparecía desde el jardín.

Mientras el resto de la gente de la casa se reunía en el salón para compartir antes de la cena, Tiffany se escapó del grupo para acercarse al invernadero. El edificio contiguo a la edificación antigua había sido construido a petición de lady Agnes para cultivar rosas y otras especies que le gustaba criar. La dama siempre fue entusiasta por tener la casa repleta de flores y allí podía cultivar algunas plantas que eran delicadas y de difícil mantención, pero ella gozaba cuidándolas. El lugar actualmente estaba dedicado a preparar almácigos de productos de la huerta, almacenar semillas que Rowena había pedido traer de la casa de su padre en Gales y guardaba frutales que pronto pensaban trasplantar al jardín de invierno. Aquella noche la construcción estaba a oscuras y había en el entorno un silencio sepulcral.

Tiffany estaba preocupada. En aquel sitio alejado quedaría a merced de ese hombre, pero se sentía segura al pensar que alguien de la casa estaría cerca por si necesitaba ayuda. Respiró profundo y se rodeó con sus propios brazos, pues sintió un estremecimiento al encaminar sus pasos hacia la entrada norte del invernadero.

Ingresó al lugar, empujando una de las puertas de marco de metal y vidrio del pequeño espacio que constituía un agregado al cuerpo principal del invernadero que Rowena había incorporado para dejar allí algunos arbustos que en esa época del año sufrían con las bajas temperaturas y varios maceteros con plantas de hojas verdes, anaranjadas y algunas de tonos rojizos que se protegían del tiempo frío. Entre medio de aquellas plantas, Tiffany se quedó a la espera de Paterson que llegaría en cualquier momento.

Sólo debió esperar un par de minutos hasta que el hombre hizo acto de presencia, asomándose a la puerta sigiloso como un gato. Aquella parte del invernadero quedaba iluminada por algunas antorchas que se habían dispuesto en el sendero que llegaba desde la casa, el resto del edificio estaba completamente a oscuras.

—Señorita Callaghan, estaba ansioso por poder hablar con usted.
—No veo por qué.
—Usted sabe a qué me refiero. No deseo que gente con malas intenciones me haga quedar mal a sus ojos.
—Señor Paterson, no sé qué creer— dijo ella fingiendo sentirse decepcionada— pensé que usted era distinto.
—Claro que lo soy. Desde que la vi por primera vez sentí que usted y yo estamos hechos el uno para el otro.

—Estoy confundida— señaló tapando su rostro con ambas manos— este poco tiempo que lo conozco me ha hecho pensar algunas cosas.
—¿Qué cosas?
—Nada— dijo ella dudosa— son tonterías de chica.
—No son tonterías. Tal vez ha pensado que podría salvarla de ese futuro horrendo que le impondrá su padre. Podría escapar conmigo, cuando se den cuenta ya estaremos demasiado lejos.
—¿Habla en serio?
—Haría lo que fuera por protegerla. No había pensado en casarme hasta que la conocí.
—¿Casarse?
—Sería un esposo devoto y jamás le faltará nada. Mi padre es un hombre muy acaudalado y yo he acumulado una importante fortuna.
—La señora Hamilton me ha puesto en antecedentes de algunas conductas suyas que…
—Nada de eso es cierto.
—No sabe lo que ella me ha dicho— aclaró Tiffany haciendo que el tipo se pusiera nervioso.
—Nada pudo decirle que…
—Sus deudas de juego.
—Ah, eso— dijo el tipo respirando confiado— le aseguro que no he pensado jamás no cumplir con ellas. Tuve que irme apresuradamente, por algunas urgencias en casa, pero por supuesto que responderé por ellas. No debería juzgar…
—¿Lo de la señorita Sutton también fue causa de su apresuramiento? — se apresuró a decir ella interrumpiéndolo.
—¿Qué le dijeron?
—Que usted la comprometió frente a toda la ciudad. ¿Es cierto? Usted y ella…
—Por supuesto que no es cierto. Jamás tuve nada con aquella mujer, fue ella la que me persiguió durante semanas— mintió al tiempo que escuchaba un leve ruido que venía desde los arbustos.
—Entonces ¿no es cierto que ella se entregó a usted y que luego usted la dejó, desapareciendo del pueblo? — preguntó la chica quedando expectante a la respuesta del hombre.
—Claro que no, jamás le toque un pelo. Soy un hombre de honor— dijo sintiendo un leve ruido como de un murmullo sordo que desapareció en seguida.
—Dicen que mucha gente lo vio una noche, cuando usted y ella…
—Fue una broma de mis amigos. Lamenté lo sucedido.
—Pero no lo reparó— dijo la chica respirando aliviada.

Paterson se acercó a ella y le cogió la mano. Se la llevó a su corazón y le profesó su amor apasionado haciendo que la chica se asustara un poco.

—Me comporté como un chiquillo irresponsable, debí aclararlo todo, pero mis asuntos en casa me llamaron con urgencia.
—No lo sé— dijo soltándose de su mano— quisiera confiar en usted.
—Vámonos de aquí esta misma noche— propuso el hombre tratando de coger su mano otra vez e intentando besarla— cuando nos encuentren ya será mi esposa.
—Mi padre se horrorizaría. Me quitaría toda su protección.
—Tendrá la mía— dijo haciendo que ella lo mirara como encandilada.

Tiffany sintió que la tarea ya estaba hecha, el hombre había confesado que Melany era inocente de todas aquellas acusaciones. Ahora solamente tenía que deshacerse de él y regresar a la casa.

—Señor Paterson, creo que es mejor regresar con el resto. No puedo hacer ahora lo que me pide, tengo que pensarlo.
—Está perdiendo una gran oportunidad. No lo piense, solo deje que su corazón decida. Esta noche puede ser libre del yugo de su padre— dijo tratando de abrazarla.
—Señor Paterson, ¿qué hace? ¡déjeme! — exclamó asustada— quiero regresar a la casa.
—No creo que sea una buena idea.
—¡Déjeme ir! — exclamó la chica asustada— mi hermana me estará buscando, hemos faltado mucho rato.
—Esperemos a que lleguen aquí— dijo el tipo confiándose de su suerte— si la encuentran sola conmigo en medio de la oscuridad podrían pensar lo que no es.
—Usted no dejará que lo piensen— declaró ella alarmada— señor Paterson, usted…
—Es lo mejor que puede pasar, nos encontrarán solos aquí…
—¡Le digo que me suelte! — exclamó Tiffany tratando de zafarse del hombre que la aprisionaba por las muñecas.
—Señorita Callaghan, verá que es lo mejor que puede pasar. Si grita los hará venir más pronto— dijo seguro de estar logrando su cometido.
—¡Suélteme! — gritó tratando de soltarse de sus poderosas manos.
—¡Suéltela! — gritó una voz grave que aparecía asomándose a la puerta del invernadero.
—Señor Chapel, no debe entrometerse— dijo el tipo vanagloriándose de su suerte— la señorita Callaghan y yo solo conversábamos íntimamente.
—No es cierto— dijo ella sollozando— quería obligarme…
—¡Déjela o se va a arrepentir!
—La señorita ha aceptado ser mi esposa, creo que usted no tiene nada que decir.
—¿Lo aceptó? — preguntó el rubio avanzando unos pasos.
—No es cierto— gritó ella asustada mirando a Chapel que comenzaba a encolerizarse— yo no he aceptado su propuesta, debe creerme.
—Sólo nosotros sabemos lo que pasó. No tiene que darle explicaciones a este hombre— dijo Paterson sin soltarla.
—Creo que no solo ustedes saber lo que pasó aquí— afirmó Chapel— viendo cómo se abría la amplia puerta que comunicaba ese sector del invernadero con el resto del edificio, donde Harper Hamilton junto a algunas señoras los miraban con asombro.
—¡Es un sinvergüenza! — gritaba la mayor de las Donovan— enlodó la reputación de una muchacha con fines despreciables.
—Siempre pensé que era un descarado— dijo su hermana— lo que hizo fue despreciable realmente y ahora pensaba hacerlo con esta pobre chica.
—¿De qué se trata esto? — exclamó Paterson blanco como el papel? Me han tendido una trampa — exclamó alterado— es una bruja— señaló gritándole a Tiffany— va a paga lo que ha hecho.
—Yo creo que el que va a pagar es usted— dijo otro hombre que acompañaba a las mujeres— cuando mis amigos se enteren de que ha vuelto al pueblo se encargaran de recuperar su dinero.

Cuando Paterson vio al hombre puso pies en polvorosa, pero no alcanzó a escapar, pues Chapel se aseguró de darle su merecido colocando un golpe seco en la mandíbula que lo dejó tendido en el suelo, Harper atinó a detenerlo para que no cometiera una tontería de la que se arrepintiera después, dejando que el hombre se pusiera de pie con el labio roto y viendo como salía corriendo de la propiedad. Cuando desapareció de la vista del grupo, Harper enfrentó a las mujeres que

parecían avergonzadas por el juicio público a que habían expuesto a la señorita Sutton tiempo atrás.

—Creo que ha sido evidente que este hombre ensució la reputación de la señorita Sutton con toda intención— dijo la mayor de ellas.
—Y que muchas la juzgaron injustamente— afirmó Harper que guiaba a todo el grupo fuera del invernadero, dejando a la señorita Callaghan junto con Chapel que le ofreció su brazo para que la chica se apoyara en él.

Al llegar a la casa, se encontraron con Aidan y Rowena que esperaban ansiosos los resultados de toda la trama que habían fraguado.

—Confesó todo y ahora debe estar buscando algún coche para escapar del pueblo nuevamente.
—¿Hablas en serio? — dijo la pelirroja.
—Tengo que romperle la cara, por fin lo voy a tener en mis manos— declaró Aidan con todo el odio reprimido que ahora quería salir a flote.
—No vale la pena— señaló la señora Hamilton satisfecha y deteniendo a su primo para que no hiciera una locura— Además, ya estará lejos. Canto como un pajarito— se ufanó Harper recibiendo un trago de manos de Robinson que llegaba desde el interior de la casa con una botella de jerez.
—Tenemos que celebrar entonces — dijo Hart invitando a todo el mundo a tomar asiento en el salón— espero que se queden a cenar— dijo hablando a las hermanas Donovan que entre avergonzadas y ansiosas por regar las nuevas noticias trataban de escabullirse de ahí.
—No debe molestarse, agradecemos su cortesía, señor Hart, pero es mejor que nos vayamos.
—Lamento que sea así. Espero que regresen pronto. Mi esposa estará ansiosa por recuperar sus atenciones.
—Por supuesto, diga a la señora Hart que es muy bienvenida en nuestra casa.
—Agradezco mucho que su influencia vuelva a colocarla en el sitio que se merece en este pueblo.
—Así será— dijo la mayor de las Donovan que salía de la casa junto con su esposo y su hermana.

Unos metros más allá, sentada en un cómodo sillón, una anciana encorvada y cubierta de muchos chales sollozaba sin poder parar.

—Cariño, todo se acabó— dijo Aidan acercándose a ella— podrás recuperar tu lugar en este pueblo.

Melany se quitó la peluca, dejando a varios sorprendidos, pues no tenían ni idea que la tía Ada era bastante más joven de lo que parecía.

—Esto parece una ópera bufa— dijo Robinson riendo y sirviéndose otra copa de la botella que mantenía en su mano— me encantan los Hart, son una caja de sorpresas.

En algún rincón del patio, fuera de la casa, una pareja conversaba sobre los acontecimientos que se habían sucedido un momento antes.

—Fue muy valiente, señorita Callaghan— dijo Chapel cubriéndola con su chaqueta que se quitó para protegerla del frío de la noche. La chica temblaba.
—Tenía que ayudar a Melany, era injusto todo lo que tuvo que vivir. Además, no corría ningún peligro, ese hombre no estaba interesado en mí realmente.
—Yo creo que sí. No todo era interés por el dinero de su padre, creo que estaba prendado de usted— dijo Chapel mirándola a los ojos— igual que yo.
—Señor Chapel…
—Déjeme hablar, señorita Callaghan — dijo tomando su mano— no me atreví a decírselo antes, porque pensé que iba a complicarlo todo, pero estoy encantado con usted, me parece una mujer fascinante, hermosa, valiente, la compañera ideal para alguien como yo.
—No soy lo que parece, señor Chapel— dijo ella dejando que una lágrima cayera por su mejilla — he engañado a todo el mundo.
—¿Acaso no es Tiffany Callaghan? — preguntó él expectante.
—Si, lo soy.
—¿Su padre es el barón de Lyne?
—Si.
—Entonces no veo que es lo que no es como parece.
—No soy la mujer que usted cree.
—¿Por qué no tiene dinero?
—Lo sabía— dijo ella aturdida— entonces comprende lo que quiero decir— dijo ella secándose otra lágrima que caía por su rostro— agradezco sus atenciones, señor Chapel, pero no puedo…
—Tiffany, no me rechace, le aseguro…
—No está pensando señor Chapel— dijo ella devolviéndole la chaqueta y dejándolo solo mientras entraba en la casa.

Ingresó al salón, en donde Melany la esperaba para abrazarla efusivamente y agradecerle todo lo que había hecho.

—Me alegro de que todo saliera como lo planeamos— dijo la chica recibiendo una copa de manos de Robinson que seguía encargado de los tragos.
—Como lo planeó Harper— dijo Rowena riendo— fue increíble que inventaras aquello de la velada a la luz de las velas en el invernadero.
—Las Donovan creyeron inmediatamente que era una nueva moda que traje de Paris— rio la chica— te aseguro que se oyó claramente cada palabra. No me explico cómo fue que este hombre no se dio cuenta que había una audiencia oyendo sus mentiras.
—Un par de veces oí los murmullos y los suspiros, temí que el tipo nos descubriera— señaló Tiffany tratando de parecer contenta cuando su corazón estaba roto.
—Ahora será mejor que cenemos. Conrad llegará en cualquier momento, pero no es necesario que lo esperemos— dijo la señora Hamilton orgullosa de su actuar— pueden brindar por mí si lo desean— dijo vanagloriándose de su ingenio.
—Paremos al comedor, hay unas costillas en salsa de vino que nos están esperando— ofreció Rowena haciendo que todos entraran en la habitación contigua y llamando a la señora Richie que esperaba sus órdenes.

Más tarde, en la habitación de los Hart, Melany se cepillaba el pelo dejando que su esposo la

abrazara desde la espalda y le rodeara la cintura.

—Finalmente tenías razón.
—No estaba segura. Hubo momentos en los que pensé que todo se volvería un desastre.
—Pero salió perfecto. Las Donovan van a resarcir el daño que hicieron con sus lenguas y las damas de Bedford te recibirán encantadas en sus salones.
—Estoy tan feliz. Espero que mis padres se enteren en seguida. Mamá estará contenta, sobre todo por el futuro de Scarlett. Creo que el señor Pearce tiene serias intenciones con mi hermana, pero su padre estaba reacio a ese enlace. Ahora todo será distinto.
—Para mí será igual.
—Tu creíste lo que creyó todo el mundo.
—Fui un imbécil— señaló besando su cuello y desatando el nudo que cerraba el camisón.
—No vas a seducirme cada vez que quieras que olvide tus errores.
—Siempre lo voy a intentar— dijo él empujándola sobre la cama.

Capítulo XXXV

La tarde siguiente encontró a las chicas tomando el té animadamente. Rowena detallaba a Abby que llegaba de su viaje todos los acontecimientos que se había perdido.

—No es justo, me sacaron de aquí y me perdí toda la diversión.
—No te sacamos, tú estabas en casa de Emily. Fue una casualidad.
—Podría haber sido tu tía Louise— dijo la chica metiendo los dedos en el dulce de grosellas.
—Deja eso— ordenó Rowena viendo que Tiffany parecía estar pensando en algo que tenía su mente muy lejos de allí —¿Está bien, señorita Callaghan? — dijo sin que la otra le pusiera atención — Tiffany, ¿se siente bien? — repitió después.
—Oh, lo siento. Si, por supuesto. Creo que es tiempo de que regresemos a casa. No queremos seguir molestando— dijo mirando a su hermanita que la miraba con pena.
—Si, es tiempo de irnos— dijo la chica mirando a Melany que había estado en silencio.
—Tiffany, quiero hablar con usted un momento— dijo ésta dejando su servilleta sobre la mesilla y caminando hacia la salita de Rowena.

Las muchachas se alejaron del grupo y se encerraron allí. Melany invitó a su amiga a sentarse frente a ella en el sillón, al pasar junto a la mesa tomó un sobre que dejó en su regazo.

—¿Qué pasó con el señor Chapel? pensé que usted y él…
—Nada puede pasar entre nosotros, Melany. Usted lo sabe.
—¿No le gusta, acaso?
—No importa eso. El señor Chapel es un hombre al que no puedo aspirar.
—A él parece no importarle.
—Parece ser un joven muy desenfadado, puede parecerle divertido desafiar a su padre.
—No lo creo. Es la primera vez que lo ven interesado de verdad en una chica. Aidan siempre dice que su amigo le teme al matrimonio.
—Cuando encuentre a la chica correcta dejará de temerle.
—Yo creo que la encontró— dijo tomando la mano de la chica entre las suyas— ¿no desea ilusionarse?
—¿Para qué? No puedo hacerlo. Soy la hija de un noble, pero no tengo dinero, ni un patrimonio que pueda aportar a un enlace— dijo secándose una lágrima que caía desde uno de sus ojos.
—Tiffany, le voy a estar infinitamente agradecida por lo que hizo. Me ha devuelto a la sociedad, puedo entrar a los salones con la frente en alto. Déjeme darle algo a cambio de su ayuda.
—No es necesario, le dije que no esperaba nada a cambio.
—Pero yo quiero darle algo a cambio— dijo Melany entregándole el sobre que tenía encima de su falda.

Tiffany la miró asombrada, recibió el sobre y sacó desde el interior un legajo de papeles que procedió a leer. Al principio no entendía, pero luego tomo razón del contenido.

—¿La propiedad de Newcastle está recuperada? — exclamó sorprendida.
—El abogado de los Hart, el señor Burton, hizo algunas gestiones. Solamente tuvo que encontrar algunos documentos inscritos por allí y por allá y se comunicó con su tío. El señor Brand accedió a darle a su hermana, es decir a su madre, el usufructo de la propiedad, lo que equivale a cinco

mil libras al año de renta. Eso la hace una hija de un noble con algo de dinero.
—Mucho dinero, Melany— dijo la chica llorando— no sabe lo que esto significa para mí, para nosotras.
—Lo imagino— dijo apretando su mano otra vez— el señor Chapel es muy guapo— agregó sonriendo— dele una oportunidad al pobre hombre.
—¿Por eso se me declaró? — preguntó ella decepcionada mirando el documento. Pensó que el chico estaba al tanto de todo.
—Él no lo sabe.
—¿Lo dice de verdad?
—Este sobre llegó esta mañana, ni siquiera Aidan lo sabía.
—Lo rechacé, Melany— dijo apesadumbrada— El señor Chapel ni siquiera va a volver a hablarme.
—Aidan dice que su amigo es muy testarudo. Si le regala un par de sonrisas y esta noche baila con él un par de veces, tal vez insista— dijo Melany dejando a la chica sola en la salita revisando los papeles que tenía entre manos.

Cuando salió de la habitación llamó a Hope que se acercó intrigada.

—Su hermana quiere contarle algo— dijo mirando a la chica que parecía asustada— son buenas noticias— dijo volviendo a tomar el té con su cuñada que le contaba a Abby con lujo de detalles todo lo sucedido.
—No es justo, me perdí toda la diversión— decía la chica rubia enfadada.

Dos semanas después, el salón de los Richmond estaba repleto de gente. Los Hart hacían su entrada triunfal como siempre que eran invitados a cada gala. El conde, su esposa y su hermana pequeña lucían impactantes mientras cruzaban el salón. Más atrás, Aidan y su esposa eran recibidos por los dueños de casa con toda la pompa que se merecían.

Cuando la orquesta comenzó a tocar el vals un rato después, las parejas se acercaron a la pista. El señor Hart y su esposa, de soltera Melany Sutton, giraban al ritmo de la música siendo admirados por todos quienes veían la hermosa pareja que formaban.

—Parece que fue ayer, cuando en esa esquina te vi parado junto con tu hermano. Eras el hombre más guapo de la fiesta.
—Fue una suerte que tu amiga Debbie nos presentara.
—Yo no dejo las cosas a la suerte— dijo ella sonriendo— tuve que regalarle uno de mis sombreros favoritos por ese favor.
—Me escogiste en seguida.
—Quería que fueras mío, pero tú nunca me mirabas. En todas las fiestas en las que nos topamos antes apenas me saludaste. ¿No te gustaba?
—Eras la más hermosa de todas. No pensé que me miraras siquiera— dijo él acercándola a su cuerpo demasiado— siempre guardé la invitación de esa fiesta.
—No hablas en serio— declaró ella asombrada— No pensé que el señor Hart fuera tan romántico.
—No soy tan romántico, señora Hart. Desde que te vi la primera vez quise meterte en mi cama. Creo que la señorita Sharp salió muy favorecida. Ese favor me costó dos entradas para el teatro

— rio él haciendo que ella lo mirara aturdida.

Aidan comenzó a mover su mano por la espalda de su mujer y a jugar con los botones haciendo que ella se preocupara de dar un escándalo en medio de la fiesta.

—Lograste lo que querías — dijo ella sin quitarle los ojos de encima— ahora ya me tienes en tu cama
—Y tú— dijo mirándola con ardor— porque siempre fui tuyo.

F I N